

TESEO, REY DE ATENAS

TESEO 2

MARY RENAULT

MARY RENAULT Seudónimo de la escritora inglesa Mary Challand (1905-1983). Formada en Oxford, ejerció como enfermera durante la Segunda Guerra Mundial. Terminada la contienda se instaló en Sudáfrica, donde inició su carrera literaria en 1956. Viajera incansable, recorrió buena parte del continente africano y casi toda Grecia. Su pasión por la Antigüedad, su erudición y su prodigiosa capacidad fabuladora la llevaron a cultivar la novela histórica, género en el que ha alcanzado las más altas cotas de prestigio y calidad literaria.

Esta novela completa la recreación del mito de Teseo que la autora, inspirada en las viejas leyendas áticas, inició con *El Rey debe morir*. Teseo, el legendario rey de Atenas, hijo de Egeo o Poseidón y de Etra, es uno de los personajes más controvertidos y fascinantes de la Grecia clásica. Destructor de Knossos, residencia real de la dinastía minoica, fundador de la dinastía ateniense, reformador religioso, gran navegante y pirata, a él se atribuye el sinecismo ateniense (reunión de varios pueblos en una ciudad, con igualdad de derechos entre todos los habitantes e instituciones políticas y religiosas unificadas) tras haber conquistado gran parte del Ática. En *Teseo rey de Atenas*, el héroe ya ha logrado volver a Atenas, después de salir victorioso del combate con el minotauro de Creta. La novela relata, a un tiempo, cómo se convierte en rey del Ática y de Creta y sus expediciones guerreras, sus acciones como gobernante y sus amoríos con Ariadna, Hipólita —reina de las amazonas— y Fedra.

SALVAT — HISTORIAS DE GRECIA Y ROMA

TESEO, REY DE ATENAS

Título original: *The Bull from the Sea*

Traducción: Julián Ruiz

Traducción cedida por Editorial Edhasa

Diseño de cubierta: BaseBCN

© 1998 Salvat Editores, S.A. (De la presente edición)

© 1962 Mary Renault

© 1994 Julián Ruiz (De la traducción)

© 1994 Edhasa

ISBN: 84-345-9851-5 (Obra completa)

ISBN: 84-345-9859-0 (Volumen 8)

Depósito Legal: B-36.711-1998

Publicada por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impresa por CAYFOSA — Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

Edición Digital Septiembre 2004 por Kory

NOTA DE LA AUTORA

La leyenda de Teseo, tal como llegó a los griegos del período clásico, se resume brevemente a continuación de esta nota. Sin embargo, quizá sea éste el lugar oportuno para explicar cómo interpreté la historia de su juventud hasta su regreso a Creta en un libro anterior, *El Rey debe morir*.

En él se da por sentado que en la Grecia micénica había dos formas de realeza divina. Los pelasgos o Pueblo de la Costa, y los cretenses que adoraban a la Madre Tierra, siendo el rey consorte un personaje inferior, sacrificado después de cada ciclo de las cosechas para que su juventud y su vigor pudieran renovarse continuamente. Aunque la conquista griega llevó a Creta la realeza hereditaria, persistían restos del antiguo culto. Ariadna fue su Sacerdotisa Suprema por derecho de nacimiento.

Los precursores de Teseo, invasores patriarcales procedentes del norte, consideraron a sus reyes intermediarios directos entre el pueblo y los dioses del empíreo, de cuya lluvia vivificante dependían las cosechas. Los reyes transmitían la noble responsabilidad de ofrecer su propia vida en sacrificio supremo cuando, en tiempos de crisis agudas, los augurios así lo demandaban.

Se supone que Teseo, cuya vida entera implica tensión y conflicto entre ambos principios, recibió en Troizen el sentido de su destino real, lo que le indujo a imponer el culto del Olimpo en Fleusis, después de la muerte ritual del rey, y presentarse en Atenas tras haber aplastado a los bandidos del Istmo en una victoriosa operación militar. Aceptado como heredero del rey Egeo, se ofreció voluntariamente en sacrificio cuando Creta exigió el tributo de mancebos y doncellas.

La mayoría de los eruditos están de acuerdo en que el destino de dichos jóvenes consistía en participar en el peligroso deporte del salto del toro, reproducido frecuentemente en el arte minoico. Yo he presentado al Minotauro, hijo humano del adulterio de la reina Pasfae, intrigando para destronar al moribundo rey Minos y usurpar el trono. Teseo, gracias a su habilidad y destreza en la Danza del Toro, conservó vivo al grupo de atenienses hasta que en la confusión que siguió a uno de los grandes terremotos cretenses (de cuya proximidad había heredado un aviso previo) acaudilló a los siervos nativos oprimidos y a los acróbatas taurinos en una revuelta victoriosa. Ariadna, que se enamoró de él por sus proezas en el ruedo, le ayudó en su conspiración y zarpó con él rumbo a Atenas. Pero cuando la nave llegó a Naxos, Teseo supo, horrorizado, que volviendo a los espantosos ritos de la religión antigua, ella se había unido a las ménades en la orgía dionisiaca anual y las había ayudado a despedazar al joven rey, como Agave en las Bacantes de Eurípides. Abandonándola mientras dormía, regresó solo a la patria. De aquí arranca *Teseo Rey de Atenas*.

Las amazonas de la leyenda clásica parecen ser producto de dos tradiciones fundidas. No veo razón para dudar, aunque no la he elegido, de la versión de Herodoto. Según él, tras el aniquilamiento de todos los hombres de una tribu, las mujeres prefirieron formar una comunidad guerrera antes que padecer las miserias de la esclavitud, tan conmovedoramente descrita por el Héctor de Homero, y que tan poco cambió en los tiempos históricos. Pero a fin de explicar, al menos en parte, el papel de las amazonas en la gran evasión, he preferido presentarlas como sacerdotisas guerreras de Artemisa, semejantes a aquellas que, según Pausanias, cuidaban su santuario en Efeso.

Varias razas y religiones muestran vestigios de tales comunidades que a veces sobrevivieron a las guardias de corps de los reyes sagrados. Megatenes las encontró en los reinos arios del norte de la India en el año 300 a. de C., como también Sir Richard Burton dos mil años después, aunque reducidas a una función puramente decorativa.

Las amazonas del Ponto pertenecían tradicionalmente a la raza de los escitas blancos, de ahí que fueran rubias. Sólo aparecen reproducidas en las estatuillas de Anatolia, que representan doncellas o diosas a lo largo de varios milenios. Se dice que las amazonas de Efeso danzaban con címbalos y sisfros, pero la danza de las armas se inspiraba en una de la que he sido testigo, aunque ejecutada por hombres y niños: la jalfa musulmana. Es una danza tan extraña como impresionante. Las puntas agudas y las hojas afiladas se muestran

previamente a los espectadores. En el punto culminante de la música, la carne es taladrada pero no sangra.

Aunque en leyendas posteriores Teseo desposa a Fedra después de la muerte de Hipólita en la batalla, o después de haber sido repudiada por infiel —lo que hizo que declarara la guerra en señal de venganza (aunque Plutarco rechaza esta versión)—, el matrimonio con la princesa cretense fue una necesidad dinástica tan evidente que necesariamente se realizó poco después de la conquista de la isla. La leyenda asigna más de un hijo fruto de la unión de Fedra con Teseo, pero dice poco de Akamas. Después de pasar cierto tiempo en Eubea, donde fue educado como simple caballero, parece ser que, con la misma condición, tomó parte en la guerra de Troya. Allí demostró ser lo bastante valiente y leal para ser introducido en el Caballo de Madera, pero nada se dice de que luchase con Menesteo, quien acaudilló a los atenienses en calidad de rey. Algunos dicen que Menesteo fue asesinado, otros que murió de muerte natural o que fue depuesto por los atenienses. En todo caso, Akamas lo sucedió en el trono, pero se ignora en qué circunstancias.

Su papel en la revelación de la culpabilidad de Fedra es invención mía. ¿Cómo conoció la verdad Teseo? Cada historiador menciona una boca distinta, humana o divina. Los elementos constantes son el intento de seducción, el silencio de Hipólito ante la calumnia de la mujer, la invocación de Teseo a Poseidón y el Toro del Mar llevado por una ola. Como la trayectoria de Teseo indica que no era un estúpido, debió de necesitar algo más que una acusación repentina para persuadirse de que su hijo había traicionado a la naturaleza. Eurípides hace que Fedra se ahorque, dejando una acusación escrita contra Hipólito; un gesto bastante persuasivo pero demasiado trágico para obtener un resultado tan mezquino. He redactado adrede las últimas palabras del joven; me parece digno de tener en cuenta el hecho de que Sócrates, quien se enfrentó a la muerte con impávida resolución, hiciera la ofrenda de la misma como acción de gracias a un sueño revelador.

El joven muerto se desvanece en el misterio. Algunos dicen que los habitantes de Troizen hallaron su tumba, pero no la mostraban a los extraños; otros que Artemisa lo llevó a Epidauro, donde Esculapio lo resucitó de entre los muertos, para ser posteriormente abatido por Zeus a causa de su presunción. El joven fue escondido por la diosa en Italia, donde ronda por el bosque sagrado de Virbio, disfrazado de anciano.

Un médico-brujo africano me contó una vez un curioso cuento, con un final bastante similar, acerca de la reina Juana de Inglaterra que, después de fundar la ciudad de Johannesburgo, fue asesinada por los bóers. Su hijo, aunque preservado de las asechanzas de aquéllos hasta su adolescencia, fue asesinado a su vez. Lo enterraron en Pretoria pero, para ocultar el crimen, pusieron sobre la tumba la imagen de un anciano, que yo identifiqué como el monumento a Kriiger. Si uno permanece de pie junto a la estatua, me dijo mi informador, a veces oye una voz muy tenue; pero si la policía descubre a alguien escuchando, le ordena que se aparte.

Las extraordinariamente defendidas andanzas de Teseo en pos de diversas mujeres han sido objeto de estudio y explicadas en términos religiosos como supresión de los santuarios de la diosa. Pero a mí me parece que la antigua y aristocrática carrera de piratería explica dichos episodios sin necesidad de tantas complicaciones.

En el año 490 a. de C. los persas desembarcaron en Maratón y fueron vencidos por los atenienses a pesar de que éstos eran abrumadoramente inferiores en número. Más tarde los vencedores afirmaron que Teseo se les había aparecido en el campo con sus armas para acaudillarlos, como los ángeles luchadores de la Edad Media. El hecho dio gran impulso al culto de los héroes en Atenas. En el año 475, sus presuntos huesos fueron trasladados por Cinón desde Skyros, después de una campaña para la cual la historia del asesinato perpetrado por Licomedes debió de servir como pretexto. La leyenda no dice nada de semejante creencia por parte de los herederos de Teseo. Lo cierto es que sobrevivió una versión alternativa, en la que Teseo cayó del acantilado a causa de un resbalón. La semejanza de su muerte con la de su padre es muy significativa.

Dejamos su epitafio a Plutarco: «Su tumba es santuario y refugio para esclavos fugitivos y para todos los hombres de condición inferior que temen al poderoso, en memoria de que Teseo, mientras vivió, defendió al oprimido y oyó siempre con benevolencia la plegaria del suplicante».

LA LEYENDA DE TESEO EN LA GRECIA CLÁSICA

El rey Egeo de Atenas, perseguido por la desgracia y la esterilidad, debido a su enemistad con Afrodita, estableció el culto de ésta en Atenas y fue a consultar al oráculo de Delfos. El oráculo le ordenó que no soltara su pellejo de vino hasta que llegase a casa. Al regresar, pasó por Troizen y contó la historia al rey Piteo, quien, adivinando que presagiaba un nacimiento notable, condujo a Egeo, a la sazón borracho, al lecho de su hija Aithra. Aquella misma noche, ésta recibió órdenes en sueños de que se dirigiera al santuario —isla de Atenea, donde Poseidón también yació con ella. Cuando Egeo despertó, dejó su espada y sus sandalias debajo de un altar de Zeus, y le dijo a Aithra que si nacía un niño lo enviase a Atenas en cuanto pudiera levantar la piedra. Esta hazaña la realizó Teseo cuando contaba dieciséis años; para entonces era un joven de estatura y fortaleza heroicas, diestro en la lira y otros instrumentos musicales e inventor de la lucha.

Decidió dirigirse a Atenas por el camino del Istmo para demostrar quién era al sortear sus peligros y venció en combate singular a todos los monstruos y tiranos que apresaban a los viajeros. En Megara mató al cerdo gigante Faia, y en Eleusis degolló al rey Querción, que acuchillaba a los viajeros, obligándolos a luchar hasta la muerte.

Cuando llegó a Atenas, la bruja Medea, amante de su padre, adivinó su parentesco y, para asegurar la sucesión de su hijo, persuadió a Egeo de que tan formidable joven constituía una amenaza para su trono. Egeo preparó una copa envenenada para dársela en un banquete, pero Teseo mostró la espada en el momento crítico. Egeo apartó la copa de sus labios y gozosamente lo abrazó; la bruja escapó en su carro, tirado por dragones alados.

Egeo adoptó a Teseo como heredero ante el júbilo de todos. Pallas, heredero anterior, y sus cincuenta hijos fueron muertos por el joven príncipe o enviados al exilio. Teseo conquistó nuevo honor domeñando un toro salvaje que asolaba la llanura de Maratón. Poco después, sin embargo, la ciudad quedó sumida en llanto por la llegada de la nave cretense del tributo que venía en busca de los mancebos y doncellas que regularmente eran enviados para ser devorados por el Minotauro.

El rey Minos de Creta, a consecuencia de un voto, recibió de Poseidón un magnífico toro para el sacrificio, pero lo conservó para sí. Como castigo, Afrodita infundió a la reina Pasifae una pasión monstruosa por él, que ella consumó dentro de una vaca hueca construida por Dédalo, el maestro artífice. Como fruto de esa unión nació el Minotauro, ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Para esconder su vergüenza, Minos tenía un Laberinto impenetrable, también construido por Dédalo, donde se retiró del mundo. En el corazón de la mole escondió al Minotauro, introduciendo en ella una provisión de víctimas humanas.

La cuota de Atenas era siete mancebos y siete doncellas. Entre ellos se incluyó Teseo, según la mayor parte de las versiones, por voluntad propia, aunque otros dicen que después de ser sorteado. Al partir, su padre le pidió que, si volvía vivo, cambiara la vela negra de la nave por una blanca.

A su llegada a Creta, Minos se burló de su pretensión de ser hijo de Poseidón, y lo desafió a recoger un anillo arrojado al mar. Teseo no sólo recibió el anillo de las ninfas del mar, sino la corona de oro de Tetis. Su hazaña hizo que la hija de Minos, Ariadna, se enamorara de él. Le entregó un ovillo de hilo con el que podría desandar sus pasos en el Laberinto, y una espada para matar al Minotauro.

Consumada la hazaña, Teseo reunió a los jóvenes atenienses —las doncellas estaban encerradas aparte—. Para tal contingencia se había preparado adiestrando a dos muchachos singularmente valerosos, pero de aspecto afeminado, a fin de que ocuparan el lugar de dos doncellas. Los dos muchachos abrieron la prisión donde éstas se encontraban y todas las víctimas escaparon a Atenas, llevando consigo a Ariadna, a la que Teseo abandonó en la isla de Naxos. Dionisios, que la encontró allí, se enamoró de ella y la convirtió en jefa de sus ménades. Llegando a la vista de Atenas, Teseo se olvidó de cambiar la vela de luto por una blanca, con lo que Egeo, loco de dolor, se arrojó al mar desde la Acrópolis o, según otras versiones, desde lo alto de una roca. Teseo le sucedió en el trono.

Durante su reinado unificó el Ática y le dio leyes para las tres condiciones sociales: terratenientes, granjeros y artesanos. Su fama se acrecentó al proteger a los siervos y

esclavos maltratados, para los que su tumba fue un santuario hasta los tiempos históricos. Piritos, rey de los lapitas, hizo una incursión contra su ganado, a modo de desafío, pero los jóvenes guerreros midieron sus fuerzas y luego se juraron amistad eterna. Teseo firmó parte de la cacería del oso de Caledonia y en la batalla entre lapitas y centauros, y se dice que emuló las hazañas de Hércules. En una incursión contra las Amazonas se llevó a su reina, Hipólita. Más tarde, el pueblo de ésta, en venganza, invadió el Ática, pero Hipólita tomó las armas al lado de Teseo y una flecha la mató. Antes le había dado un hijo, Hipólito.

Después de la muerte de Hipólita, Teseo envió un emisario y se desposó con Fedra, hija menor del rey Minos. Hipólito era para entonces un joven fuerte y hermoso, dedicado a las carreras de caballos y al casto culto de Artemisa, la deidad tutelar de su madre. A Fedra la invadió una pasión devoradora por él y suplicó a la nodriza del joven que defendiera su causa. Al verse rechazada se ahorcó, dejando una carta en la que lo acusaba de haberlo violado. Teseo, convencido del hecho por su muerte, expulsó a su hijo e invocó contra él la maldición que le fuera confiada por su padre Poseidón. Mientras Hipólito conducía su carro a lo largo del rocoso camino costero, el dios envió una gran ola que llevaba sobre la cresta un toro del mar, el cual hizo salir de estampida a sus caballos. Su cadáver aplastado fue llevado en presencia de Teseo, quien se enteró de la verdad demasiado tarde.

En adelante, la fortuna abandonó a Teseo. Mientras ayudaba a Piritos en su intento de raptar a Perséfone, fue confinado en el mundo subterráneo por cuatro años, hasta que Hércules lo libertó. A su regreso encontró Atenas sumida en el caos y la sedición. No pudiendo restaurar el dominio de la ley, maldijo la ciudad y partió rumbo a Creta. En el camino quedó detenido en Skyros donde, traicionado por su anfitrión, cayó al mar desde lo alto de una roca.

TESEO Rey de Atenas

Mis camaradas del coso taurino cretense y yo llegamos al Pireo con buen tiempo y viento a favor. Knossos, que desde tiempo inmemorial reinó sobre los mares, había caído. El humo desprendido del Laberinto incendiado seguía adherido a nuestra ropa y a nuestros cabellos.

Salté a la playa y hundí ambas manos en la arena ática. Me acariciaba las palmas, como si me expresara su amor. Entonces vi a la gente que presenciaba nuestro desembarco. No nos saludaban, sino que se llamaban unos a otros para ver a los forasteros cretenses.

Miré a mis camaradas, los mancebos y las doncellas de Atenas mandados a Creta como tributo para aprender el salto del toro y danzar, en las arenas enrojecidas de sangre, en honor del Minotauro. Viéndolos, supe cómo habían de verme, a su vez, los ojos áticos: un bailarín y lidiador de toros, imberbe, espigado, afinado por el entrenamiento; ceñido el talle por un cinturón con herrajes dorados, el tonelete bordado con plumas de pavo real y los párpados sombreados con kohl; nada de helénico había en mí, salvo mis cabellos rubios. El collar y los brazaletes de mis brazos no eran las joyas serias de una casa real, sino los atavíos costosos de la Corte del Toro, presentes de los señores amantes del deporte y de las damas amantes de los mancebos a un adolescente diestro en la danza y en el salto al trascuerno.

No era de sorprender que nadie me conociera. La tauromaquia es como un veneno que intoxica el alma. Hasta que mis pies tocaron tierra ática, casi todos me conocían por Teseo el Ateniese, capitán del equipo de las Cigüeñas; el favorito de la afición, campeón de salto al trascuerno, de frente y por detrás. Me habían pintado sobre las paredes del laberinto y tallado en marfil; de las pulseras de las mujeres colgaban pequeños Teseos de oro. Los aedos me cantaban en estrofas que, según ellos, perdurarían a través de los siglos. A estas cosas estaba todavía aferrado mi orgullo. Ahora había llegado el momento de ser el hijo de mi padre.

Oí un gran tumulto de voces. La muchedumbre sabía ya quiénes éramos. En medio de una gran confusión, la gente en tropel se dispersaba para llevar las nuevas a Atenas y a la Roca, o bien contemplaba con ojos atónitos al hijo del rey disfrazado de saltimbanqui. Las mujeres lanzaban gritos de desconuelo al ver las cicatrices que habían dejado en mi torso y costado las astas fulgurantes de los toros. Todos llevábamos estas cicatrices. La gente creía que habíamos sido azorados.

Vi pintada en el rostro de mis camaradas una mezcla de desconcierto y regocijo. En Creta semejantes heridas eran consideradas entorchados de honor, marcas de nuestra insuperable destreza.

Recordé el momento de mi partida, las lágrimas y los lamentos por mí, que me había ofrecido voluntariamente a ser la víctima propiciatoria del dios. Por no poder expresar lo que sentía, rompí a reír, y alguna anciana me besó.

En la Corte del Toro se oían durante todo el día las voces de los mancebos y de las doncellas. Todavía sonaban en mis oídos.

—¡Mirad! Ya hemos vuelto. Si, todos nosotros. Mira, ahí tienes a tu hijo. No, los cretenses no nos perseguirán más. Minos ya no existe. ¡Ha caído la Casa del Hacha!¹ Allí, después del terremoto, libramos un duro combate. Teseo mató al heredero, el Minotauro. ¡Somos libres! ¡Nunca más pagaremos el tributo a Creta!

La gente murmuraba sin quitarnos los ojos de encima. Su asombro era mayor que su júbilo. Un mundo sin Creta era algo nuevo bajo el sol. Todos los jóvenes saltaron a tierra.

—Esta noche cenad en vuestras casas —dije con tono risueño a mis camaradas.

Y pensé: «Mis queridos camaradas, no reveléis el misterio de nuestra odisea. Ya les habéis dicho todo lo que pueden comprender; no gritéis contra el viento».

Siguieron charlando; ahora podía oírlos con oído ático; eran palabras tan extrañas como el canto de un pájaro.

—Somos las Cigüeñas. Las Cigüeñas, las Cigüeñas, el primer equipo en la Corte del Toro. Un año entero en el coso, y todos seguimos con vida. Es la primera vez que algo así ocurre en los anales de Creta, que se remontan a seiscientos años. Ha sido obra de Teseo; él nos

¹ El laberinto, nombre formado de la palabra griega Labys, que significa hacha.

entrenó. Teseo es el más grande volteador de toros que jamás hubo en Creta. ¡Hasta aquí, en Atenas, debéis de haber oído hablar de las Cigüeñas!

Los parientes abrazaban a sus seres queridos mientras sacudían la cabeza como si no diesen crédito a sus ojos. Los padres asían mis manos y las besaban por haberles traído a sus hijos sanos y salvos. Contestaba a sus preguntas con respuestas vagas. ¡Cómo habíamos implorado a los dioses, cómo habíamos conspirado en la Corte del Toro para huir de ella! Y ahora, qué duro era para nosotros dar por terminada aquella vida azarosa y brava. La emoción del combate, más fuerte que el amor, había abierto en nosotros una herida que jamás dejaría de sangrar. Una doncella le decía a su prometido, que apenas si la conocía:

—Rhion, he lidiado toros. Los he cogido por las astas y he saltado por encima de ellas. Una vez lo hice de espaldas. Mira esta joya; le gané una apuesta a un príncipe, y él me la regaló.

Advertí una expresión de horror en el rostro del muchacho, y miró a su prometida como si no entendiese de qué hablaba. En la Corte del Toro lo más importante para un muchacho o una muchacha era la vida y el honor. Aún persistía en mí este sentimiento. Para mí los esbeltos atletas de mi equipo eran sencillamente maravillosos. Vi con los ojos de este hijo de la tierra cuán distinta era ella, con sus movimientos armónicos y su tez bronceada, de las pálidas doncellas de Atenas.

Cuando pensé en las aventuras que habíamos compartido las Cigüeñas y yo, tuve que contenerme para no azotar al necio y llevarme en brazos a la muchacha. Pero la Corte del Toro había quedado reducida a cenizas y piedras ennegrecidas: las Cigüeñas no estaban ya bajo mi férula, mi reinado había terminado.

—Traedme un ternero negro —ordené a la gente—. Debo sacrificarlo a Poseidón, el que hace temblar la tierra, quien nos ha permitido regresar sanos y salvos. Y enviad un mensajero a mi padre, el rey.

El ternero vino mansamente y dobló la cabeza como aceptando su destino: un buen presagio que gustó a la gente. Apenas si opuso resistencia, pero me lanzó una mirada de reproche que parecía humana, lo cual, considerando su mansedumbre, me resultó extraño. Lo ofrecí y vertí su sangre sobre la tierra. Cuando sofoqué con vino las llamas, oré:

—Padre Poseidón, señor de los toros, hemos danzado para ti en tu palacio sagrado y puesto nuestras vidas en tus manos. Tú nos has devuelto indemnes a nuestros hogares; sigue colmándonos con tu bondad y cuida de que no se derrumben los puntales que sostienen nuestros tejados. Y en cuanto a mí, ahora que he vuelto a la fortaleza de Erecteo, no permitas que mi brazo flaquee a la hora de defenderla. Haz que prospere la casa de mi padre y concédeme cuanto te suplico.

Todos gritaron «¡Amén!»; pero el sonido se dispersó. Comenzó a correr el rumor de noticias recientes. Mi mensajero estuvo de regreso antes de que hubiera alcanzado la Ciudadela. Se acercó a mí lentamente, y la muchedumbre se apartó para abrirle camino. Supe entonces que era portador de malas nuevas. Durante unos instantes permaneció ante mí, en silencio. Al cabo, transmitió el fúnebre mensaje.

Me trajeron un caballo. Algunos de los vasallos de mi padre vinieron a mi encuentro. Mientras cabalgábamos del Pireo a la Roca, pude oír que las voces de júbilo eran reemplazadas por lamentos.

Desmontamos en la rampa que conducía a las puertas de entrada. La gente de palacio se acercó a mí para besarme las manos y la orla de mi faldilla cretense. Creyendo que había muerto, se habían sentido sin dueño, desvalidos, y en peligro de ser esclavizados si no huían antes de que vinieran los palántidas a apoderarse del reino. Yo les dije:

—Llebadme donde mi padre.

El vasallo de más edad me dijo:

—Veré, señor, si las mujeres han terminado de asearlo. Estaba cubierto de sangre a causa de la caída.

Se hallaba en una habitación de la planta alta, tendido sobre su amplio lecho de cedro, bajo un cobertor rojo forrado de piel de lobo; siempre había sido sensible al frío. Lo habían envuelto en una túnica azul con franja de oro. Dormía su último sueño entre mujeres que sollozaban, se mesaban los cabellos y hundían las uñas en sus pechos. Un lado de su cara estaba blanco, y el otro azul, debido al impacto contra la roca. Tenía el cráneo hundido, pero

una venda limpia ocultaba la fractura. Otras vendas invisibles sujetaban sus miembros dislocados o rotos.

Lo contemplé sin derramar una lágrima. Lo había conocido apenas medio año antes de partir hacia Creta. Antes de saber quién era, había tratado de envenenarme en este mismo aposento. No le guardaba rencor por ello. Sólo veía ante mí a un anciano muerto, destrozado; a un extraño. El viejo abuelo que me había criado, Piteo de Trozena, era el padre de mis años de infancia y de mi corazón. Por él habría llorado. Pero la sangre es la sangre, y no puede uno borrar lo que hay escrito en ella.

La parte azulada de su rostro expresaba crueldad; la blanca revelaba una sonrisa secreta. Al pie del lecho se hallaba tendido su lebrél, con el hocico entre las patas y la mirada perdida.

—¿Quién de entre vosotros lo vio morir? —pregunté.

El lebrél levantó las orejas y su cola golpeó blandamente el suelo. Las mujeres lanzaron una mirada furtiva a través de los cabellos con que se cubrían el rostro y renovaron sus gritos de aflicción; las más jóvenes desnudaron sus pechos y comenzaron a arañárselos. Pero la vieja Mikale permaneció en silencio, arrodillada junto al lecho. Mi bisabuelo la había apresado hacía mucho tiempo, en el transcurso de una guerra; tenía más de ochenta años. Sus negros ojos simiescos se clavaron en los míos, sin pestañear. Sostuve su mirada, aunque no me resultó fácil.

—Lo vio el centinela del muro norte —dijo—, y también el de la atalaya. Ambos coinciden en que estaba solo. Lo vieron salir a la plataforma que bordea el acantilado; subió al barandal y alzó los brazos. A continuación, se lanzó al vacío.

Miré el lado derecho de la cara de mi padre y luego el izquierdo. Había algo que no coincidía con el testimonio de los dos hombres.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté.

La anciana apartó su mirada de mí.

—Un mensajero de Sunión llegó con la noticia de que una nave estaba pasando frente al promontorio. «¿Qué vela lleva?», preguntó. El mensajero respondió: «Cretense, señor. Negra azulada, con un toro pintado en ella». Ordenó que dieran de comer al mensajero y entró en el palacio. Fue la última vez que lo vimos con vida.

Me di cuenta de que sabía muy bien lo que decía. Así pues, alcé la voz para que todos me oyeran:

—Mi pesadumbre será eterna. Ahora recuerdo su recomendación de que pusiera una vela blanca si regresaba sano y salvo. He estado un año lidiando toros, guerreado y presenciando el gran terremoto y el incendio del Laberinto. Mi pena por haber olvidado la recomendación de mi padre es infinita.

Un viejo chambelán, pulido y blanco como la plata, se apartó del grupo y avanzó hacia mí. En las casas de los reyes hay pilares inmovibles que resisten todos los embates.

—Señor, no te lo reproches —me dijo—. Murió como un eréctida. Lo mismo le ocurrió en su día, y en este mismo lugar, al rey Pandión. Y el rey Cecrope cayó por el precipicio del palacio de Eubea. Fue el deseo de los dioses que muriera, puedes estar seguro de ello, y tu memoria ha flaqueado porque así lo ha dispuesto el cielo. —Me dirigió una sonrisa de plata—. Los inmortales perciben el olor del buen vino y nunca dejan que se vuelva agrio.

En este punto se elevó una especie de zumbido, bajo y amable, pero agudo como los gritos de los guerreros al penetrar por una brecha abierta por otros.

Vi la sonrisa de mi padre bajo la barba recién peinada. Había gobernado un reino tumultuoso durante cincuenta años. Sabía muchas cosas acerca de los hombres. Me parecía más pequeño que en el momento en que partí, o tal vez fuera que yo había crecido un poco.

—Caballeros, podéis marcharos —dije.

Se fueron. Las mujeres me miraron de soslayo. Con un leve ademán, les señalé la salida. Pero olvidaron a la vieja Mikale, asida a una de las columnas del lecho, pues las rodillas entumecidas le flaqueaban. Me dirigí hacia ella y la levanté; nos miramos a los ojos. Humilló luego su frente y se dispuso a salir. La retuve cogiéndola del brazo, que no era más que pellejo blando sobre hueso frágil.

—¿Lo viste? —pregunté.

Sus arrugas se hicieron más profundas y se estremeció como un niño cogido en falta. Bajo mis dedos sentí como si el hueso de su brazo se hubiera librado de sus carnes flácidas. Entre sus cabellos, que habían empezado a ralear, vi un cráneo rosado como piel de gallina.

—Contéstame —insistí—. ¿Te habló?

—A mí —dijo entrecerrando los ojos— nadie me habla. En los días del rey Cecrope la gente me hacía más caso. Me habló cuando le llegó la hora. ¿A quién sino a mí, que estaba en su cama? «Escúchame, Mikale», me dijo. «Inclínate sobre mí, muchacha, arrima tu oído a mi cabeza. La oirás resonar como una concha.» Así pues, me incliné para darle gusto. Pero me apartó con su brazo y abandonó el aposento como un hombre sumido en sus pensamientos. Fue directamente al torreón norte, y desde allí se arrojó de cabeza al precipicio, sin lanzar un grito. Había referido la misma historia hasta la saciedad a lo largo de sesenta años.

—Eso por lo que se refiere a Cecrope —dije—, Pero aquí el cadáver que yace es el de Egeo. Vamos, ¿qué te dijo?

Me miró a los ojos; era una mujer cercana a su fin, una criatura marchita, a cuyos ojos asomaba el fulgor de la vieja Serpiente del Hogar. Pestañeó y me dijo que no era más que una pobre esclava, y que ya nada recordaba.

—¡Mikale! —le dije—. ¿Acaso no me conoces? No te burles de mí.

Tuvo un ligero sobresalto. Y luego, como si fuese una vieja nodriza dirigiéndose a un niño enfurruñado, dijo:

—Claro que te conozco, a pesar de tu aspecto de bailarín o de favorito de un rico señor. Eres el joven Teseo, a quien dio el ser una hija del rey Piteo; el joven hábil y avisado. Le enviaste un mensaje desde Creta con un saltimbanqui, para que mandase sus naves contra el rey Minos y te trajera aquí. ¡En qué aprieto lo pusiste! Pocos supieron lo que lo aquejaba. Pero las nuevas llegaron a mí.

—Más le habría valido hacerse a la mar que lamentarse —dije—. Creta estaba a punto de caer y yo lo sabía. Y lo probé; por eso me encuentro aquí.

—Poco puede confiar un hombre cuando sus propios hermanos le disputan su primogenitura. Más le habría valido confiar en el oráculo de Apolo, antes que desatarle el ceñidor a tu madre. Sí, ciertamente, se enfrentó a un destino muy superior a sus fuerzas; ¡pobre hombre!

La solté. Se frotó el brazo, gruñendo. Mis ojos se posaron en el que había sido mi padre. Bajo la venda que le sujetaba el cráneo, corría un hilillo de sangre.

Retrocedí un paso. Deseaba gritar, llamarla como un niño a su nodriza. Pero se había echado atrás como la Serpiente del Hogar, que se repliega rápidamente hacia su agujero. Sus ojos eran como puntos de ónix. Era de la vieja casta del Pueblo de la Costa y conocía la magia y el habla de los muertos en la casa de las tinieblas. Sabía muy bien a quién servía, y no era a mí. La Madre no está lejos de donde están los muertos. Cuando las Hijas de la Noche escuchan, no hay hombre que se arreve a mentir.

—Siempre me temió —dije—. Cuando vine a verlo la primera vez, al regresar victorioso del Istmo, trató de matarme por el miedo que sentía.

Asintió. Era cierto que ella conocía todas las noticias.

—Pero cuando supo que yo era su hijo —continué—, ambos hicimos lo que parecía más indicado. Yo libré sus batallas; él me concedió honores. Al parecer, nos amábamos como debíamos. Quería que viniera aquí a verlo., tú fuiste testigo de nuestras charlas junto al fuego.

Me volví hacia el lecho. La sangre había cesado de fluir, pero se veía aún fresca en la mejilla.

—Si hubiese sido mi propósito causarle daño —dije—, ¿le habría salvado la vida en el campo de batalla? De no haber sido por mi escudo, habría muerto alanceado en Sunión. No obstante, seguía temiéndome. Me marché a Creta, y así y todo siguió acosado por el temor. Tal vez ahora pudiera verlo justificado. No acudió con los barcos. Era algo que debíamos dirimir entre ambos. En su lugar, yo me hubiese muerto de vergüenza.

En cuanto estas palabras surgieron de mi boca, me arrepentí de haberlas pronunciado. En su presencia sonaban impropias; las Hijas de la Noche oyen tales cosas. Algo frío tocó mi mano. Me estremecí. Pero era el hocico del lebrél blanco, cobijado en mi mano. Se apretujó contra mi muslo, buscando calor.

—Cuando llegó el momento de izar la vela, imploré a Poseidón para que me diera una señal. Quería llegar a él antes de que se enterara de mi regreso para demostrarle que venía en son de paz y no le guardaba rencor por haberme defraudado; en suma, que no sentía impaciencia por heredar su corona. Recé mis plegarias y el dios me envió la señal que imploraba.

Las Guardianas de los Muertos acogieron, silenciosas, mis palabras. Las palabras no lavan la sangre. Era necesario un ajuste de cuentas. Sin embargo, me habría gustado hablar con él, de hombre a hombre. Lo que temía hacer movido por el temor, lo hizo movido por la aflicción. Pero él era el rey. Afligido o no, debería haber nombrado un sucesor, preocuparse de su reino y no permitir que tras su muerte fuese víctima del caos. Eso lo sabía. Tal vez fuera cierto que el dios lo había llamado.

Miré a Mikale y sólo vi en ella a una vieja esclava del Pueblo de la Costa. Lamenté haber hablado tanto en su presencia. Fue cojeando hasta el lecho mortuario y, con un lienzo que las mujeres habían dejado, enjugó el rostro del difunto. Luego cogió su mano derecha, la volvió con esfuerzo, a causa de la rigidez del cadáver, y examinó su palma. Tras unos segundos, dejó la mano en su sitio y cogió la mía. La suya conservaba todavía la frialdad de la del muerto. El perro vino a interponerse entre los dos, gruñendo. Mikale lo apartó bruscamente y se alisó el vestido.

—Sí, sí, un hado que él no pudo resistir. —Una débil llama surgió en sus ojos acuosos—. Déjate llevar por tu hado, pero no pretendas adelantarte a él. Si lo haces, te encontrarás con lo tenebroso. La verdad y la muerte vienen del norte, en una estrella fugaz... —Cruzó los brazos sobre su pecho y comenzó a balancearse. Su voz se hizo afilada, como si se dispusiera a hablar con los muertos. Luego se enderezó y gritó con fuerza—: ¡No dejes suelto al toro del mar!

Esperé, pero tras estas palabras se calló. Sus ojos volvieron a apagarse, perdiendo toda expresividad. Avancé unos pasos hacia ella, pero reflexioné: «Es inútil. No me dirá nada sensato».

Me volví, y entonces oí un gruñido áspero. Era el perro. Tenía el rabo entre piernas, el hocico fruncido, todos los dientes fuera. Hubo un rumor sordo de pisadas, como de hojas secas barridas por el viento. Y la anciana desapareció.

Los vasallos estaban esperando. Salí del aposento, con el hocico del perro pegado a mi cuerpo. No lo aparté.

Enterré a mi padre con fasto en una ladera de la Colina de Ares, donde yacían otros reyes. Su tumba estaba bordeada de enormes piedras y adornada con clavos dorados y flores. Las ofrendas de comida y bebida fueron depositadas en delicadas ánforas de vivos colores colocadas en veladores con incrustaciones de marfil. Envolví el cadáver en un magnífico sudario, y para transportarlo mandé construir un carro alto y espléndido. En unos cofrecillos esmaltados iban su espada y su daga más preciada, así como sus dos grandes anillos de oro y su regio collar.

Sobre el túmulo que ordené alzar por encima del sepulcro, sacrificué ocho toros, así como un hermoso corcel para sus correrías por tierras tenebrosas. Mientras la sangre empapaba la tierra, las mujeres le dedicaron cantos fúnebres y de alabanza. El lebrél Atkis me siguió, pero al oler la sangre comenzó a lanzar angustiosos aullidos, por lo que lo aparté de allí y mandé que dos galgos de palacio fueran sacrificados en su lugar. Si hubiera mostrado su aflicción hasta el final, lo habría mandado a hacer compañía a mi padre, pero al parecer el animal había decidido escogermelo como dueño.

La gente comenzó a subir el montículo. Dejamos abierta la puerta que comunicaba con el interior de la tumba, para que desde allí el difunto fuera testigo de los juegos de los funerales. Los cánticos subían y bajaban de tono y la gente caminaba igual que la sangre fluye siguiendo la cadencia de los latidos del corazón. Permanecí allí, pensando en mi padre y en la clase de hombre que había sido. Había recibido mi mensaje de que, si lanzaba sus naves contra Creta, los siervos se alzarían y nosotros, los danzarines taurómacos, nos apoderaríamos del Laberinto. Le había ofrecido fama y victoria y, como botín, el tesoro acumulado en un milenio. Pero no quiso aventurarse. Si hay algo que no entiendo, ni entenderé jamás, es al hombre que desea y no se atreve a realizar su deseo.

Pero lo cierto era que había muerto. Durante todo el día fueron llegando jerarcas de Ática para asistir al festín y los Juegos que habían de celebrarse el día siguiente. Desde las azoteas del palacio podían verse las tropas de vanguardia serpenteando entre los montes. En el llano, los penachos de los cascos ondeaban altivos detrás de los aurigas, y los infantes levantaban con sus pies nubes de polvo. Pero yo había visto, desde el Laberinto, las grandes calzadas de Creta que iban de costa a costa, sin una sola arma en ellas, salvo en los puestos de guardia, y tal visión no me era grata en absoluto.

Venían armados hasta los dientes y tenían buena razón para ello. Esos señores áticos nunca habían conocido una ley común. Muchos, llegados del norte, estaban conquistando pueblos helenos como el nuestro; esto podía verse a gran distancia, puesto que los otros automedonres les cedían el paso. Pero también eran del Pueblo de la Costa, que se habían mantenido en sus valles y sus montes y habían pactado una paz precaria con sus vencedores; piratas del promontorio con algunos fuertes tierra adentro, que seguían entregados a sus rapiñas; y hombres que mi padre y yo habíamos adiestrado y a quienes, después de habernos ayudado en la guerra palántida, habíamos dado parte del botín.

Cuando llegase el momento de elegir, me elevarían a la dignidad de Rey Supremo, o por lo menos serían aliados míos en caso de guerra y no darían hospitalidad a mis enemigos. Unos pocos pagaban un tributo en ganado, vino o esclavos a la Casa Real o a sus dioses. Pero gobernaban sus propias tierras según los usos y costumbres de sus antepasados, y se cuidaban de que nadie se entrometiera en sus asuntos. Puesto que los usos y costumbres de sus vecinos eran distintos a los suyos y las cuestiones de casta y de estirpe los habían dividido sangrientamente, los escudos en la calzada no eran puro alarde.

Contemplé los flancos escarpados de la Roca, la fortaleza eternamente inexpugnable. Era esto, y sólo esto, lo que había hecho Rey Supremo a mi abuelo, luego a mi padre y finalmente a mí. Si no hubiese sido por la Roca, yo habría sido como uno de los de abajo, al mando de unas cuantas lanzas, amo y señor de unos pocos viñedos y olivos y de algún ganado, siempre que por las noches pudiese guardarme de mis vecinos. Esto, y no más.

Entré en la casa y contemplé la Diosa de la Ciudadela en su nuevo altar. Desde tiempo inmemorial se hallaba en la Roca, pero en los días de mi abuelo Pandión, cuando los hermanos se repartieron el reino, Pallas se había apoderado de ella y se la había llevado a su fortaleza de Sunión. Cuando en la guerra que incitó mi padre tomé por asalto el palacio, la recuperé y me la traje a la Roca. Le demostré un gran respeto; durante el saqueo, traté a sus sacerdotisas como si fueran mis propias hermanas y conservé intacto su tesoro; pero había pasado demasiado tiempo en Sunión, y por si por casualidad se le ocurría regresar allá y

abandonarnos, decidimos atarla a su columna con cuerdas de piel de toro. Era muy vieja. La madera de su rostro y de sus redondos pechos desnudos era negra como el azabache y estaba bruñida por el tiempo y los óleos. Sus brazos estaban tendidos rígidamente hacia adelante; tenía una serpiente de oro enrollada en el brazo derecho, y el escudo que portaba en su mano izquierda era auténtico. Siempre había estado armada; cuando la traje al Palacio le puse un nuevo casco para congraciarme con ella. Debajo de su ara se encuentra la caverna de la Serpiente del Hogar, vedada a los hombres, aunque sea amiga de éstos. Ama a los caudillos astutos y a los príncipes audaces, y a las casas que a través de las generaciones se han mantenido honradas y fieles a sus principios. La sacerdotisa dijo que la Serpiente del Hogar daba todavía buenos presagios, lo que probaba que estaba contenta con su morada. Por miedo a darle un título que no fuera de su agrado, en nuestros himnos votivos la llamamos Palas Atenea.

Llegó la noche. A los invitados se les ofreció comida y lecho. Pero antes de que la tierra se cerrara sobre mi padre definitivamente, yo aún tenía que cumplir otros deberes de hijo. La mayor parte de la noche la pasé de guardia, con los demás, junto al túmulo. Alimenté la pira y vertí vino sobre ella, en ofrenda a los dioses tenebrosos. Las llamas brincaron iluminando el túmulo y el ancho boquete revestido de piedras abierto en él, las pintadas columnas que había a ambos lados de las puertas del sepulcro, las aldabas de bronce sobre las puertas abiertas y, en su dintel, la serpiente eréctida. Pero no disiparon las tinieblas del interior del sepulcro. A veces, cuando le volvía la espalda, me acometía la sensación de que se hallaba allí, en medio de las sombras, tras los umbrales del sepulcro, observando el cumplimiento de los ritos que le eran debidos, según puede verse en los cuadros funerarios.

La luna menguante llegó tarde e iluminó débilmente el campo de tumbas, los álamos y cipreses, semejantes a lanzas en ristre, y los antiguos túmulos con sus estelas de leones y jabalíes y sus escenas de guerra, y las astas con sus mohosos trofeos escorzadas hacia el suelo.

El alma de la pira se extinguió, un ramillete de chispas doradas se elevó por encima de ella y las llamas se convirtieron en delgadas lenguas azules. La noche se hizo más fría. Era la marea menguante de los hombres vivos. Empapados por el rocío, acudieron arrastrándose los fantasmas para calentarse con los rescoldos de la pira y catar el vino de las ofrendas. En tales ocasiones, cuando la sangre fresca les presta nuevas fuerzas, pueden hablar a los hombres. Me dirigí al umbral, en el interior del túmulo; la luz de la pira se reflejaba en el gran aldabón de bronce de la puerta; pero pasado el umbral todo era quietud y silencio.

«¿Qué diría él?», pensé. «¿Cómo es el reino de Hades en el que el sol no se pone ni se levanta, ni se alteran las estaciones? Allí tampoco cambian los hombres, porque donde hay cambio hay vida y los muertos, que sólo son sombras de vidas pretéritas, conservan para siempre la forma que tuvieron en su vida terrena, cuando caminaban bajo la luz del sol. ¿Necesitan los dioses juzgarnos aún más? Ciertamente, vivir con nosotros mismos y recordar ya es condena suficiente. ¡Oh Zeus, Apolo, no me dejéis bajar sin gloria a los dominios del crepúsculo! Y cuando me encuentre en ellos, dejadme oír cómo pronuncian mi nombre en el mundo de los vivos. La muerte no nos domina mientras un rapsoda nos cante y el niño nos recuerde».

Di una vuelta alrededor del túmulo y reprendí a dos guardas que estaban bebiendo detrás de un árbol. Mi padre jamás tendría que echarme en cara que una vez en posesión de su cetro, no hubiese respetado los ritos. Mandé que volvieran a encender la pira y vertí aceite sobre ella, pensando: «Algún día yaceré aquí y esto mismo hará mi hijo».

Por fin apuntó por oriente el lucero del alba. Pedí una antorcha y subí las largas rampas que conducían a la Ciudadela, hasta que penetré en el oscuro palacio y me eché en la cama sin quitarme la ropa. Debía levantarme al amanecer para dar comienzo a los Juegos.

Transcurrieron felizmente. Hubo una o dos disputas, como es normal que ocurra en Ática. Pero mis juicios se impusieron; los espectadores los aplaudieron y los perdedores, avergonzados, los aprobaron.

Los premios eran lo bastante magníficos como para satisfacer a todos. De todos los que concedí, el más espléndido fue para el vencedor de las carreras de carros, en honor de Poseidón, el de los caballos veloces. El primer premio consistió en un corcel de guerra entrenado para el tiro.

El segundo fue una mujer. Era la más joven de las doncellas de mi padre, una ramera de ojos azules que, en vida de mi padre, había hecho lo imposible por compartir mi lecho. Sabiendo lo que yo sabía acerca de ella, se dio por muy satisfecha marchándose con un hombre más fácil de engañar que yo, y de paso se dio el gusto de concentrar la admiración, y la envidia, de cientos de guerreros. Su andar era, verdaderamente, el de una diosa, y fui muy alabado por mi liberalidad. El tercer premio fue un carnero y un trípode.

Mi padre recibió las honras de rigor; las grandes puertas forradas de bronce fueron cerradas, y fueron cegados con tierra los accesos a las mismas.

Su espectro habría cruzado ya el río para unirse a los ejércitos de los muertos. Pronto la hierba cubriría su sepulcro y las cabras irían a pacer allí.

Los jóvenes se arremolinaron en las márgenes del río, y en medio de un alegre vocerío se bañaron y vistieron. Los mayores, que no habían caldeado su sangre con el ardor de los certámenes y sentían todavía en sus cuerpos el helado soplo de la muerte, se apiñaron en grupos separados. Pero también llegó hasta estos grupos la alegría de vivir, como el zumbido de los saltamontes en un espléndido día de otoño.

Fui a engalanarme para el festín. Era una tarde cálida; las vestiduras regias eran gruesas y olían a rancio. Pensé en Creta, en donde sólo los muy ancianos y los de baja ralea cubren sus cuerpos, en tanto que el príncipe va casi tan desnudo como un dios. Para no parecer demasiado extranjero, me puse unos calzones cortos helenos de cuero rojo, y un ancho cinturón tachonado de lapisluluis; en el torso sólo el regio collar, y en el antebrazo pulseras de oro. De ese modo era a la vez rey y taurómaco, y lo externo de mi persona se conciliaba con mi interior. Me sentía así más seguro de mi mismo.

Los jóvenes eran todo ojos. Puesto que yo era, ante todo, un luchador, había sacrificado los rizos que coronaban mi frente para que el contrario no me asiera por ellos (este corte de pelo todavía se llama «de Teseo»). Pero mi mente estaba concentrada en mis invitados, y en aquellos que faltaban. Era ya hora de contar a mis enemigos. Hallé que todos los grandes señores estaban presentes, menos uno, y era éste el más fuerte, un hombre del que había oído contar muchas cosas. Se trataba de una cuestión grave.

A la mañana siguiente, hice que se congregaran todos en la cámara del consejo. Por primera vez, me senté en el trono de Erecteo. A lo largo de las pintadas paredes, en bancos ricamente tapizados, tomaron asiento los señores de Ática. Traté de olvidar que muchos de ellos tenían hijos mayores que yo y, sin rodeos, llegué al fondo del asunto.

Minos había muerto; y también su heredero, el Minotauro. En Creta bullían docenas de amos, lo que equivalía a decir que no se tenía ninguno.

—Estas noticias se propagarán como el fuego por los reinos aqueos. Si queremos ser los dueños de las islas y no los vasallos de algún nuevo Minos, debemos hacernos a la mar.

Creta es una tierra de oro; no era difícil ser escuchado. Un hombre se levantó y dijo que, en efecto, era una gran tierra para conquistar, pero que para encarar semejante guerra necesitaríamos aliados. El hombre tenía razón, y yo, la respuesta adecuada. Pero en este punto se oyó un rumor de voces que provenía de la puerta exterior; hubo un revuelo entre los presentes, mezcla de miedo y expectación. Algunos intercambiaron sonrisas secretas, como si esperaran que ocurriese algo insólito.

Tras un rumor de pisadas y de armas posadas en tierra, entró un hombre en la sala. Era el mismo que había faltado a la fiesta, y ahora llegaba tarde al consejo.

Su excusa era fría, casi insolente; la oí mientras lo observaba en silencio. Jamás lo había visto. No podía salir con frecuencia de su castillo de Kitairón, desde el cual saqueaba a los viajeros de la carretera de Tebas.

Me lo había imaginado de ceño sombrío, pero era rechoncho, suave y sonriente.

—Te he echado de menos, Procusto —le dije—. Pero vienes de tierra escabrosa y seguramente los caminos son penosos.

Sonrió. Le expuse sin rodeos mi pensamiento. Mi padre había transigido con él durante veinte años, antes que arriesgarse a una guerra.

Eso lo sabían todos los presentes. Desde el instante en que se presentó, todos los ojos convergían en él, y al mismo tiempo todos los oídos, tendidos hacia él, esperaban sus palabras. Era evidente que le temían más que a mí, y este descubrimiento me heló el corazón.

Pero mientras le exponía mi modo de sentir y de pensar, oí junto a mí un agudo ladrido, y mi lebrél, Aktis, acurrucado a mi lado, se alzó sobre sus patas y comenzó a temblar. Le

acaricié las orejas y en el rostro del hombre se dibujó una sonrisa sardónica. De repente, me asaltó un pensamiento: «¡Por Zeus! Ese hombre trata de asustarme... ¡a mí!»

Todos aquellos rostros serviles me lanzaron miradas como si quisieran comunicarme su desaliento. Hervía de indignación. Jamás me había sentido tan furioso. Pero permanecí sentado, en silencio, y esperando.

Entonces el hombre se levantó y fue a ocupar el estrado de los oradores. Era evidente que había sido criado en una casa de príncipes.

—¡Voto por la guerra! —exclamó—. Los hombres que no se arriesgan a combatir jamás dejarán a sus hijos un patrimonio rico en oro y esclavos.

Hizo una pausa y miró en torno, pavoneándose, como si aquellas palabras desgastadas por el tiempo fueran de su invención. Nadie se atrevió a sonreír. En cuanto a mí, seguía refrenando mi ira.

—Y así pues —añadió—, antes de que podamos hablar de barcos y de hombres, debemos, siguiendo la costumbre, elegir a un jefe que encabece la expedición guerrera, en vista de que el rey es menor de edad.

Hubo un murmullo de voces apagadas. Ningún hombre salió en mi favor. Unos instantes antes esta circunstancia habría pesado en mi ánimo. Pero aquellas palabras insolentes fueron como una chispa que prendiese fuego a una pira.

—Te hemos oído, Procusto —exclamé—. Y ahora, escúchame. Yo mandaré los barcos que vayan a Creta, y todos estos señores irán conmigo y regresarán vencedores. Porque yo conozco tan bien el Laberinto como tú los desfiladeros de Kitairón, ichacal carroñero!

Se le heló la sonrisa en los labios. Sin duda había pensado que yo no me atrevería a desafiarlo en mi propio palacio. Había venido a deshonrarme y a burlarse de mí. Me pregunté cuántas veces mi padre habría claudicado ante ese desvergonzado para que no hubiese vacilado en dar semejante paso con su hijo.

—No acudiste a nuestro festín —dije—. Un hombre que agasaja a tantos y tantos viajeros debería tener grandes amigos allí donde va. He oído decir que la cama que reservas a tus invitados es una obra maestra tal que el que duerme en ella no la abandona, y tiene que ser llevado fuera con los pies por delante. Tendré que ir a comprobarlo. No hagas preparativos para recibirme. Ya lo has hecho demasiadas veces en honor de tus invitados. Cuando yo te visite, por la cabeza de Poseidón, serás tú quien ocupe ese lecho.

Se quedó unos instantes mirándome. Pero los señores áticos permanecieron quietos, aliviados, como si alguien les hubiese quitado un peso de los hombros. De pronto, uno de ellos lanzó una carcajada estridente; y entonces, todos lo imitaron, armando un barullo extraordinario.

A Procusto se le hinchó el cuello, como una serpiente llena de veneno con ansias de escupirlo. Abrió la boca para hablar, pero yo se lo impedí.

—Estás bajo mi techo —le dije— y si quieres salir de aquí con vida, hazlo ahora mismo. Si cuando haya contado los diez dedos de mi mano aún no lo has hecho, mandaré que te arrojen desde lo alto de la Roca.

Me lanzó una sonrisa de verdugo y se fue. Y no demasiado pronto. Detrás de mí, en la pared, había viejas jabalinas y tuve que contenerme para no coger una y atravesarlo con ella.

Así pues, ahora tenía dos guerras que librar. Pero fue para mí de gran provecho. Los jefes se habían enemistado entre sí por haber tolerado durante demasiado tiempo las tropelías de Procusto; si hubiese cedido terreno, habrían dirigido contra mí toda su frustración.

La mayoría de ellos me siguieron. Procusto sabía que iría a su encuentro, pero no tan pronto; no le di tiempo a que levantara defensas en torno a su castillo junto al mar; llegamos a sus muros y lo tomamos por asalto. Lo que hallamos en el aposento destinado a sus invitados fue algo indecible, que más vale dejar en olvido. Vimos su famoso lecho y en las mazmorras del castillo encontramos a algunos de los invitados que habían dormido en él y esperaban su turno. Algunos se arrojaron a nuestros pies y nos pidieron que los atravesásemos rápidamente con nuestras espadas. Ciertamente, era lo mejor que podía ocurrirles.

Les vendamos los ojos, o lo que quedaba de ellos, y les devolvimos la libertad. Los que todavía podían valerse por sí mismos nos pidieron un favor. Querían que les entregáramos a su anfitrión, pues deseaban devolverle sus atenciones. Lo teníamos atado; sólo de verlo sentía náuseas. Dejé que los invitados se las hubieran con él y cerré las puertas. Al cabo de algunas

horas murió y me preguntaron si quería ver el cuerpo, o lo que habían dejado de él, pero yo decliné la proposición y les dije que arrojaran los restos al mar. Sus hijos ya habían muerto en el asalto. Era una estirpe que debía ser destruida para siempre.

Así murió Procusto, el último y más grande de los bandidos montañeses, y el más pernicioso también. Mucho antes de que abriera la boca en el consejo supe que no era el más indicado para llevarlo conmigo a Creta, y menos todavía para dejarlo en Atica. Se interpuso en mi camino y no ocultó sus intenciones; no fue muy inteligente de su parte provocar mi cólera. Pero era hombre engreído y esclavo de sus placeres y uno de éstos era la satisfacción de sus bajos instintos. Le faltó perspicacia. No me conocía y no atinó a comprender lo mucho que me beneficiaría con su pérdida. El resultado vino a mí como buitre mensajero de un feliz augurio. Ahora, todos mis vasallos estaban detrás de mí y dispuestos a surcar conmigo el mar.

Mientras aprestábamos las naves para la expedición, llegaron noticias de que, al parecer, en Creta tenían un nuevo Minos. Conocía su nombre, Deucalión y, según me habían contado, era un hombre de paja puesto por los señores cuyas fortalezas habían resistido los alzamientos.

Pero por sus venas corría sangre real y su ejército, constituido por indómitos lanceros de casas empobrecidas, había arrebatado el Laberinto a los siervos rebeldes.

Por este motivo decidí no cargar sobre ellos como un toro enfurecido. Conocía a los cretenses y formé mis planes recordando su astucia. Lo que había olvidado era su insolencia. Me enviaron un mensajero. Se presentó en mi palacio con una melena rizada que le caía sobre los hombros desnudos, y el esbelto talle ceñido con un cinturón guarnecido de oro. Lo precedían pajes negros con regalos de cortesía: un collar de oro con colgantes de cristal, jarros pintados que contenían esencias exquisitas, un raro rosal en flor rociado de sangre y ámbar. Nada se dijo, esta vez, acerca de un tributo de mancebos y doncellas áticos.

En medio de los agasajos y frases de cortesía, me pregunté: «¿Dónde he visto yo antes a este presumido? De seguro que él me conoce. Sin duda se habrá lavado la boca con esencias desde que me gritó en el graderío del coso».

Sostuvo mi mirada sin pestañear, invocó a su señor e hizo votos por mi fidelidad. Contuve la risa. Tratar a los cretenses como si fueran jefes helenos era como perseguir a un zorro con una jabalina. Me obligaron a vivir entre ellos durante todo un año, cuando hubiera debido dedicarme a tareas de príncipe. En vez de ello, mis tareas fueron aprender el arte de la tauromaquia y penetrar sus mentes tortuosas.

Le pregunté dónde estaba el cuerpo de Minos (que jamás encontrarían) y el sello real (que había traído conmigo). Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo.

—¿Fondeaste tu nave en el Pireo? —inquirí.

Allí no había visto nada; para ocultar mis planes había mandado que mis barcos se reunieran en Trozena, en el extremo opuesto del golfo.

Me contestó suavemente, aunque sus palabras escondían cierta ansiedad.

—No, señor, en Maratón. Anclé a cierta distancia de la ciudad, porque aún tengo a bordo un presente, más digno de tu fama, que te envía mi señor. No habría sido prudente que lo trajera por las calles puesto que la gente habría huido espantada. Rey Teseo, ya que los bailarines y taurómacos se han dispersado y puede darse por terminada la danza, mi señor te manda como presente de honor a Podargos, rey de los toros del sagrado rebaño nacido del Sol. Es tuyo; puedes hacer con él lo que desees.

—¡Podargos! —No pude reprimirme y la alegría iluminó mi rostro. Todos los que, bailando o saltando, lidiamos en el Laberinto, conocíamos al Viejo Níveo, el magnífico portento blanco único en las manadas pintas de Creta. Había sido el toro de los Delfines, tan avieso como hermoso; los Delfines fueron un equipo de muy corta vida. Nunca rehuía el combate, arremetía de frente y siempre se lucía en la suerte del salto al trascuerno. Cuando mataba lo hacía de un modo tan fulminante que los que estábamos presentes no podíamos, pese a nuestra práctica, ponernos de acuerdo en cómo y por qué había ocurrido el percance. Si ese toro nos hubiera tocado en suerte, muy pocos de nosotros habríamos regresado sanos y salvos a nuestra patria. No obstante, siempre había deseado enfrentarme a él. Por eso ahora, al oír su nombre, sentía un júbilo extraño.

Volví a la realidad y advertí que en el rostro del cretense se dibujaba una sonrisa maliciosa.

—Un presente regio —dije—. Pero digno de un dios, no de un hombre. Esos toros son sagrados; Apolo montará en cólera si lo incluyo en mi rebaño.

—Llevarlo de nuevo a Knossos sería un verdadero trastorno —dijo el cretense un tanto desconcertado.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Ciertamente lo sería. Me habría gustado preguntarle cómo se habían arreglado para traerlo; pero me contuve. Ya no era un muchacho para lidiar con semejante bestia.

—No es necesario —dije—. El rebaño del Sol pertenece a Apolo. Se lo devolveremos al dios.

De cualquier modo, no podía aceptar semejante regalo de un hombre al que había decidido declarar la guerra. El sacrificio del toro salvaría mi honor, aunque sólo de pensarlo se me helaba el corazón. Lo menos que podía hacer era utilizarlo antes como semental. Sería como el último aliento de la Corte del Toro; el chisporroteo postrero de aquel año tan extraordinario. El tumulto atronador del coso bajo el sol de Creta es algo que jamás se olvida.

Por fin, tras una reverencia, el mensajero cretense se marchó.

Permanecí durante unos instantes abstraído en mis recuerdos, pero los aparté de mi mente y me entregué a las tareas del día. Más tarde divisé a un heraldo que se aproximaba corriendo proveniente del oeste. Entonces vi que Amyntor, el capitán de mi guardia, se precipitaba rampa arriba como un poseso. Era el mejor de los mancebos que habían estado conmigo en Creta, y aunque tal vez fuese joven para su cargo, también lo era yo. Traspuso la puerta, jadeante y exhausto, como si nos halláramos todavía en la Corte del Toro.

—iTeseo! ¡Podargos anda suelto!

—Recobra el aliento, muchacho —le dije—. Tendremos entonces que cogerlo.

—Se ha desmandado. Estos estúpidos cretenses lo soltaron y ahora está causando verdaderos estragos en las calles de Maratón. Ya ha acabado con la vida de tres hombres; cuatro más y una mujer se hallan moribundos. ¡Y una niña!

—¡El Viejo Níveo! —dije—. ¡Pero si jamás fue un forajido! Nunca embistió antes de que los Delfines se entendieran con él.

—El viaje por mar debió de enfurecerlo. Y su furia creció cuando los vecinos de Maratón trataron de capturarlo. Aparte de los humanos, tres caballos, alguna mula y unos cuantos perros han mordido el polvo víctimas de su furia.

—¡Perros! ¿Le han echado perros? —exclamé lleno de ira—. ¡Estúpidos ignorantes! ¿Acaso no saben quién es?

—Lo dudo, mi señor. En Creta nos acostumbramos a esos toros gigantes, y al lado de ellos los de aquí son terneros. Lo toman por un monstruo.

—¿Por qué se han entrometido esos estúpidos sin avisarme antes?

—Han dejado ya de entrometerse y ahora están explorando al cielo. Dicen que ha sido enviado por Poseidón para destruirlos; lo llaman el Toro del Mar.

Las palabras vibraron como un batintín. Permanecí en silencio durante unos instantes. A continuación comencé a quitarme la ropa. Cuando estuve desnudo fui al cofre en donde guardaba mis arreos de taurómaco. Eché a un lado, por inútiles, los adornos vistosos y fijé con correas la pieza de cuero ribeteada de oro que protegía mis genitales. Una cosa es jugarse la vida en el coso y otra perder la virilidad.

Amyntor siguió hablando. En mis oídos, sus palabras sonaban como las de la vieja Mikale. Junto al lecho de mi difunto padre, supe que la anciana había hablado con la suprema potestad. Había introducido en mi mente una sombra secreta, un destino expectante que venía lentamente a mí encuentro, con su cortejo de estrellas. Pues que viniera, y lo más pronto posible, ahora que me hallaba en la plenitud de mi juventud y de mis fuerzas, certero el ojo y poderoso el brazo. Antes de que acabase el día saldría vencedor o moriría.

Amyntor asió mi brazo con un movimiento espontáneo que al punto reprimió. Lo soltó y me dijo:

—iTeseo! ¿Qué vas a hacer, señor? No puedes enfrentarte a él ahora. Está desmandado y ciego de furor por lo mucho que lo han azuzado.

—Lo veremos —dije. A continuación comencé a revolver el cofre buscando mi talismán, un toro de cristal pendiente de una cadenilla. Jamás había pisado el coso sin él. Escupí sobre el toro para que la suerte me favoreciera, y llamé, gritando, a uno de mis servidores—: Que un heraldo se traslade inmediatamente a Maratón y comunique a los vecinos que ordeno que

dejen tranquilo al animal y se metan en sus casas y no salgan de ellas hasta que yo les avise. Haz que ensillen a Centella, mi corcel de guerra. Que aten al pomo de la silla una red para toros y unas fuertes ligaduras de cuero de las que se utilizan en los sacrificios. No pierdas ni un segundo. Y sobre todo, Amyntor, absténte de toda intervención. Me enfrentaré a ese toro yo solo.

El servidor fue a decir algo, pero después de pensárselo mejor decidió permanecer con la boca callada. Abandonó el aposento. Amyntor se dio una palmada en el muslo y exclamó:

—¡Santa Madre! ¿Has perdido el juicio? ¿Después de todo un año jugándote la vida en el coso, vas a arriesgarla ahora una vez más? Juraría que los cretenses lo han hecho a propósito. Recibieron órdenes de soltar al toro. Sabían cuán orgulloso eras, y cuál sería tu reacción.

—Después de pasarme un año lidiando para ellos —dije— lamentaría mucho decepcionar a los cretenses. Sin embargo, Amyntor, ésta no es la Corte del Toro. De modo que no grites.

A pesar de todo me siguió escaleras abajo, y no cesó un momento de lamentarse y aconsejarme que ordenase a la guardia eleusiana que matara al toro con sus lanzas. Tal vez se pudiera acabar con él de esta forma, pero, ¿cuántos morderían el polvo antes de conseguirlo? Le contesté que era el hado que el dios había enviado exclusivamente para mí, y que para cumplirlo no podía arriesgar las vidas de otros hombres.

Por Atenas corrió la voz de lo que me disponía a hacer. Los vecinos, desde las terrazas de sus casas, me vieron pasar. Algunos quisieron seguirme, pero mis jinetes los obligaron a retroceder y cerraron tras ellos las puertas de la ciudad. Por fin me encontré solo en el camino que conducía a Maratón. Cuando llegué a las afueras de la ciudad, pobladas de olivos y de campos floridos, comprobé que estaban desiertas; sólo se oía en el silencio de la mañana el canto monótono de la abubilla y el aleteo de las gaviotas sobre el mar.

Por entre altos y negros cipreses, un camino conducía al mar y junto a él se levantaba una pequeña taberna, el lugar acogedor que buscan los labriegos al atardecer, cuando desuncen sus yuntas, con su emparrado sobre los bancos, sus gallinitas, sus cabras y una ternera para completar el cuadro. La casa, de blancas paredes y techumbre de paja, era vieja como el mundo y parecía amodorrada bajo el sol. Más allá, entre la bahía y las montañas, se extendía una árida llanura. El mar azul lamía una playa en donde se amontonaban restos de naves naufragadas, y por encima de las montañas soleadas podía observarse el perezoso desfile de nubes color de vino rojo. Una hierba mezquina, tapizada de amarillenta fáfara, se extendía desde la ribera hasta los olivos. Entre las flores, como un enorme bloque de mármol blanco, se hallaba el toro de Creta.

Até mi caballo a un ciprés y avancé lentamente. Era, por supuesto, el Viejo Níveo. Podía distinguir incluso sus cuernos pintados. El sol se reflejaba en las franjas doradas, pero las puntas estaban sucias de sangre. Apuntaba el mediodía, la hora de la Danza del Toro.

Por el modo en que bufaba y miraba a un lado y a otro con ojos inyectados en sangre, comprendí que el animal estaba excitado. Aunque me hallaba a mucha distancia de él, advirtió mi presencia y se puso a escarbar la tierra con una de sus patas delanteras. Me alejé para cavilar. No era prudente excitarlo más antes de que estuviese preparado.

Monté de nuevo sobre mi caballo y me dirigí a la pequeña taberna. Allí estaba la ternera, de color de miel, con sus grandes y dulces ojos castaños. Recordé cómo se capturaban los toros en Creta y reí para mis adentros por no haberseme ocurrido antes. Até, pues, mi caballo a un árbol, junto al emparrado, y llamé a la puerta de la taberna.

Oí el rumor de unas lentas pisadas, la puerta se entreabrió y por el resquicio unos ojos viejos me examinaron.

—Déjame entrar, madre —dije—. Quiero hablar con tu marido.

—Debes de ser un extranjero —dijo, y abrió.

Dentro, la casa era como el nido de un reyezuelo, escueto y limpio. Saltaba a la vista que aquella mujer había sido más tiempo viuda que esposa. Era muy diminuta y encogida; aparentaba tener cerca de cien años. Sus ojos eran todavía brillantes y azules, pero daba la impresión de que habría bastado un soplo para hacerla desaparecer. Esperé a que hablara, porque no quería sobresaltarla.

—Joven, eres muy temerario aventurándote así por tierra extraña. ¿No oíste al pregonero? El rey supremo de Atenas ordenó que nos metiéramos todos en nuestras casas hasta que trajera a su ejército. Por los campos corre suelto un toro enfurecido; dicen que ha

venido del mar. Está bien, pobre muchacho, entra, en esta tierra el huésped es sagrado. Por tu modo de hablar advierto que vienes de tierras extranjeras.

Entré, con actitud humilde, en la casa. Esa anciana era la primera persona en decirme que había cogido acento en la Corte del Toro.

Se atareó, diligente, y me sirvió vino en una taza de arcilla. Me ofreció un taburete de tres patas para que tomara asiento y me dio pan de cebada con queso de cabra. Era ya hora de que respondiese a su hospitalidad en términos corteses, pero sin turbarla.

—Que la Buena Diosa te bendiga, madre —dije—. Ahora se me hará más fácil la tarea. Vengo de Atenas con la orden de capturar al toro.

—¡Misericordia divina! —exclamó—. ¿Cómo ha podido ocurrírsele al rey semejante disparate? ¡Mandar a un muchacho solo contra un enorme toro enloquecido! Tienes que volver a Atenas y hacerle ver al rey que su idea es absurda. No debe de saber nada acerca de las costumbres de las reses y por eso te ha mandado.

—El rey me conoce. He aprendido mi oficio en Creta, y es de ahí de donde proviene este toro. Por eso me encuentro aquí. Madre, ¿puedes prestarme tu ternera?

La anciana se puso a temblar y su boca se abrió como una bolsa vacía.

—¿Quieres llevarte a mi pobre Azafrán para que ese fiero animal la destroce, cuando el rey tiene miles de reses que le pertenecen?

—¿Destrozarla? —dije—. Te equivocas. Esa ternera lo apaciguará, y si la cubre te dará un ternero como no habrá otro igual en toda Ática; podrás venderlo por una fortuna. —Se dirigió a una de las ventanas farfullando y a punto de llorar—. ¡Sé buena conmigo, abuela —le dije—, por el bien de todos!

Se volvió hacia mí.

—¡Pobre, pobre muchacho! Dispuesto a desafiar al toro aun a riesgo de tu vida... Junto a eso, ¿qué valor tiene mi pobre ternera? Llévatela, muchacho, y que la Madre de Todos vele por ti.

La besé en la mejilla.

—Si logro salir de ésta con vida, haré que el rey te recompense, madre; lo juro por mi honor. Dime cómo te llamas y dame algo para escribir.

Me trajo de la tienda una tablilla de cera. Borré lo que había apuntado en ella y escribí: «El rey debe a Hekaline tres vacas, un centenar de jarras de vino dulce y una esclava joven y fuerte. Si muero, que los atenienses vayan a Delfos y pregunten a Apolo cómo elegir a un rey. Teseo». Miró el mensaje y movió la cabeza en señal de asentimiento; por supuesto no sabía leer.

—Guarda bien este escrito, madre, y dame tu bendición. Tengo que irme.

Cuando abandoné la casa, llevándome a la ternera, vi los ojos brillantes de la anciana que me atisbaban tras los postigos de la ventana.

Podargos se había alejado. Fui en su busca y, mientras caminaba cautelosamente vi algo en la playa, demasiado blanco como para tratarse de los restos de un naufragio. Era un cuerpo humano casi desnudo. Eché a correr hacia él, pues llevaba el atuendo de la Corte del Toro.

Era una muchacha de mi equipo de Creta, una de las doncellas del tributo de Atenas al Minotauro. Había ido al toro con más audacia y orgullo que yo; además del protector de cuero, llevaba botas doradas, correas en las manos y todas sus joyas, y se había pintado el rostro para la lidia. Tenía un ancho desgarrón en un costado, allí donde el asta debió de penetrar hasta alcanzarle el hígado. Estaba moribunda, pero me reconoció y pronunció mi nombre.

Me arrodillé junto a ella.

—¡Teba! —exclamé—. ¿Qué has hecho? ¿Por qué no me has esperado? Sabías muy bien que vendría.

Sus ojos brillaban, extraviados, y jadeó anhelosamente, mientras la sangre fluía a borbotones de la tremenda herida.

—¡Teseo! ¿Ha muerto Pilia?

Alcé la mirada y vi una red de toro, y más allá, sobre la orilla, el cuerpo de la segunda doncella, en el mismo lugar adonde la bestia la había lanzado. Me acerqué a ella y me cercioré de que había muerto. Luego, regresé junto a Teba.

—Sí. Ha muerto —dije—. Su muerte debió de ser instantánea.

Habían sido amantes en Creta, según era usanza en la Corte del Toro. Alzó la mano y se palpó la herida en el costado.

—Necesito el hacha... ¿podrás hacerlo?

En las arenas de Creta era costumbre servirse del hacha para rematar a los heridos en trance de muerte.

—No, querida —dije—, no llevo arma alguna. Pero no temas, no sufrirás por mucho tiempo. Coge mi mano.

Recordé con qué cariño, con qué devoción las había cuidado y entrenado en el Laberinto, cómo las había alentado o salvado, con hábiles regates, de las astas de los toros... ¡para llegar a esto!

—Hemos cumplido con nuestro deber —dijo la doncella, jadeante. Ocurre algunas veces que el guerrero, en trance de morir y antes de que se le enfríen las heridas, habla y habla hasta que, de repente, se extingue igual que la llama de una lámpara—. Volvimos con demasiado orgullo en nuestros corazones, y los nuestros nos odian. —Hizo una pausa para respirar. Le acaricié la frente bañada en un sudor frío y pegajoso—. Mi padre me dijo que era una ramera desvergonzada porque jugaba con nuestro viejo buey, saltando por encima de él con una pértiga para diversión de los muchachos. Y en cuanto a Pilia, le encontraron un escribano para marido. Blando como un cochinito. En Creta lo habrían arrojado al toro. Decían los padres que podía considerarse dichosa casándose con él, ya que había vivido como un saltimbanqui...

—Eso debieron decírmelo a mi —dije, pero ¿qué consuelo podían aportar mis palabras a la muerta y a la que iba a morir?

—Nos tachaban de enemigas de los hombres. ¡Oh, Teseo! No nos perdonaban que hubiésemos estado en la Corte del Toro. Lo consideraban una especie de deshonor... y por eso tratamos... —Eché hacia atrás la cabeza, entornó los ojos y, cuando los abrió de nuevo, apretó fuertemente mi mano y me dijo—: Embiste por el lado derecho. —Lanzó un suspiro y su alma voló al empíreo.

Su mano abandonó suavemente la mía y me dejó solo. Huyó de mi mente la visión de la Corte del Toro. Pero al ponerme de pie divisé a lo lejos, sobre la playa fangosa, una forma blanca, perversa y noble, que olisqueaba el viento. Era el toro matador de Creta.

Caminé con cautela por entre los árboles, hasta que encontré un viejo y sólido olivo, el último antes de llegar al mar. Até a él la ternera, así como un extremo de la larga cuerda de piel de toro terminada por un nudo corredizo. A continuación trepé al árbol con la red, y colgué ésta entre dos ramas. Permanecí quieto, pues a partir de ese momento todo se hallaba en la mano de los dioses. Elegí, para mis plegarias, a Apolo, puesto que los toros cretenses provienen de sus manadas sagradas, y le prometí éste si me ayudaba a capturarlo.

Puse manos a la obra.

Podargos estaba con la grupa vuelta hacia mí y se sacudía las moscas con el rabo. Moqué el dedo para percibir la dirección del viento, con la esperanza de que el olor de la vaquilla lo atrajera hacia donde yo estaba. Pero la brisa soplaba desde el mar.

Bajé del árbol y eché a andar lentamente hacia el toro. El suelo estaba cubierto de costras de arena endurecidas por el sol, que hacían difícil la marcha. No quise alejarme demasiado del árbol. Arrojé al toro dos o tres piedras, pero no logré alcanzarlo. Seguí, pues, caminando con la sola compañía de mi sombra exigua proyectada por el sol del mediodía. Volví a arrojarle piedras. Una de ellas lo alcanzó. Volvió ligeramente la testuz y me miró de soslayo. Agité los brazos para llamar su atención. De embestirme, lo haría con la velocidad de un carro de combate. Bajó la cabeza y me lanzó una mirada dura, como diciéndome: «Agradécele a los dioses que ahora esté descansando y no me tientes». Luego echó a andar pausadamente, hacia delante.

En mis oídos sonaba el rumor de la rompiente, y mezcladas con él me llegaban las palabras de la vieja Mikale: «¡No dejes suelto el toro del mar!».

Pensé: «Lo han soltado, y ahora debo capturarlo; la suerte de mi reino depende de ello. ¿Por qué esperar?».

Avancé corriendo hacia él. Estuvo observándome, escarbando el suelo con una pata. Llevé dos dedos a mi boca y silbé con fuerza el himno que tocaban en la Corte del Toro cuando soltaban a los astados en el coso. Y al instante me detuve.

Aguzó las orejas. Se cuadró, clavando simétricamente las patas en la arena, pero no arrancó. Aunque no hablaba, comprendí claramente lo que decía: «¡Hola! ¡Un mocito danzarín y lidiador de toros! ¿Por qué no te acercas más, puesto que conoces las reglas del juego?»

Vamos, mi pequeño danzarín, acércate y bailemos juntos. No vaciles, itoma al torito por los cuernos!».

Tenía la sabiduría de los seres agraciados por los dioses. Debería haber sabido que me obligaría a la danza del toro, que era sagrada desde los tiempos en que los primeros humanos combatieron entre sí con hachas y cuchillos de piedra. Alcé el brazo, como tantas veces hice en las arenas de Knossos, e hice el saludo de los capitanes de equipo.

Me pareció extraño no oír el vocerío de las gradas. «Bueno —dije para mis adentros—, tan extraño como no tener aquí a mi equipo.» Este pensamiento me hizo reír. Uno no haría nada en el coso sin la locura del dios.

Escarbó con la pata una vez más y acto seguido, como una exhalación, me acometió.

No hay nada más precioso en la arena que el consejo del agonizante. Sabiendo que embestía por el lado derecho le di un quiebro en la misma cabeza, y a cuerpo pasado, por el lado izquierdo, así con mis manos las astas pintadas y sucias de sangre. Mis dedos y mis palmas habían perdido la elasticidad y la dureza de cuero que tenían en la Corte del Toro, pero todavía eran fuertes y tenaces. Salté por encima de sus astas, y por la forma de iniciar el derrote con mi cuerpo prendido en ellas, pude darme cuenta de que esta carga le era familiar, e incluso grata.

Acaso le recordara los juegos circenses. Era como un entendimiento tácito entre el toro y yo, que él parecía acoger con gusto. Se encontraba en una tierra extraña, lejos de su patria, en donde los hombres y los perros le labían azuzado sin piedad, justamente a él, hijo sagrado del Sol, destinado al homenaje de un rey. El contacto, el forcejeo y el peso de un taurómaco le consolaban de sus desdichas pasadas. Ahora se sentía dueño de su destino.

Sólo por medio de la danza y de los saltos podía atraérmelo y lograr mis propósitos. De modo que hice de mí mismo todo un equipo. Fue ésta la última y mejor faena de Teseo, el ateniense, capitán del equipo de las Cigüeñas, la que hice solo en Maratón, para los dioses y para los muertos.

Cuando después de saltar por el aire caí al suelo, nadie había allí para darme una mamo o para apartar al toro. Pero este estado de cosas era tan insólito para él como para mí mismo, con la diferencia de que su mente era más lenta que la mía, y fue precisamente esto lo que me salvó. Cuando se revolvía contra mí le hacía un quiebro, lo cogía por los cuernos y saltaba, y todo ello sin olvidar el propósito de acercarlo más y más adonde se hallaba la vaquilla. Realicé la suerte varias veces, hasta que mis piernas comenzaron a flaquear y mis manos a sangrar, desolladas por el roce candente de las astas. Antes de efectuar lo que creía que sería mi último salto, pensé: «Esta vez el toro se dará cuenta de que las fuerzas me han abandonado y me corneará a mansalva». Pero apartó sus ojos de mí, olisqueó el aire y partió como una flecha en dirección al olivo. La ternera mugió blandamente y alzó el amarillento rabo.

Me quedé unos instantes inmóvil, jadeante y dolorido, hasta que comprendí que el toro se había olvidado por completo de mí. Entonces me arrastré hacia él, sin hacer el menor ruido, y le prendí una de las patas traseras en el nudo corredizo. A continuación trepé al olivo y me escondí entre su ramaje.

El toro estaba tan ocupado en su agradable tarea, que no se dio cuenta de nada. Pero cuando advirtió que tenía trabada la pata, comenzó a dar tan violentos tirones que el árbol se estremeció. El tronco tenía el grosor de dos hombres y sus raíces eran profundas, pero llegué a temer que lo arrancara de cuajo. Si no me hubiere aferrado a él como un mono, en una de sus sacudidas me habría arrojado al aire, envuelto en follaje y con algún que otro nido de aves. La vaquilla mezcló sus mugidos con los bramidos estentóreos del toro. Pero la cuerda resistió hasta que éste se dio finalmente por vencido y abandonó la lucha. Sin duda, no era la primera vez que lo capturaban, y se resignó a su suerte. Se quedó quieto, jadeante, y entonces me dirigí a él y le eché encima la red.

Ya no me encontraba solo. Por todos lados, como si hubieran brotado por ensalmo de la tierra, enjambres de hombres me rodearon. Debían de haberse presentado cuando me hallaba todavía escondido en la copa del árbol. Rodearon al toro y todos a una pretendieron tirar de los extremos de la red. Yo salté al suelo y les enseñé el modo de derribarlo de un solo tirón, y con muy poco esfuerzo. Lo habrían matado allí mismo con sus lanzas y sus hachas, en desquite por el miedo que les había hecho pasar, como suelen hacer los hombres mezquinos. Les espeté que, puesto que había sido ofrecido a Apolo, no merecía una muerte tan ruin.

Ordené que me esperaran y partí solo con la vaquilla. Tenía que pagar una deuda. La pobre anciana parecía tan impresionable que quería ser yo mismo quien le revelara mi verdadera identidad. Llamé a su puerta, y como nadie me contestó, entré en la casa. Estaba tendida en el suelo, debajo de la ventana. Cuando la recogí en mis brazos, su peso era tan leve como el de una avecilla muerta. Había exhalado el último suspiro pendiente de mí, presenciando, anhelosa, mi pelea. Deseé que no hubiese muerto antes de haber alcanzado yo la victoria.

Todos los años ofrezco sacrificios en su honor sobre el túmulo que hice levantar en el sitio que ocupaba su casita blanca, y la esclava que le prometí ha envejecido cuidando su ara. Los vecinos de Maratón también hacen ofrendas en su honor, porque creen que desde el empíreo protege sus rebaños y los multiplica; por consiguiente no será olvidada después de mi muerte.

Las doncellas lidiadoras de toros duermen, juntas, su último sueño. Mandé levantar para ellas un túmulo de guerreros, enterré a las dos en un mismo ataúd. Las gentes de la ciudad comenzaron a murmurar hasta que perdí la paciencia y les dije lo que pensaba de su hipocresía. Y a partir de entonces las malas lenguas callaron.

Volví adonde se hallaba cautivo el toro. Todos seguían sintiendo por él un miedo atroz, y les dije que me quedaría junto a la bestia hasta que fuera sacrificada a Apolo. Después de inmovilizarlo con fuertes ataduras, mandé que lo subieran a una carreta y, montado en su cuello, hice mi entrada en Atenas. No le llamaron la atención los gritos, los aplausos ni los ramilletes de flores con que fue acogido por los atenienses; estaba acostumbrado, ya que en Creta este tipo de manifestaciones eran corrientes. Así pues, se dejó conducir dócilmente hasta el ara del dios al cual pertenecía, recordando tal vez los días de gloria en el coso, días que no habrían de volver jamás.

Pero cuando lanzó el último aliento en el momento mismo en que se elevaba al empíreo, oí el canto funebre y sentí como si unas alas de águila condujeran mi alma hasta las alturas en donde moran los dioses. Había afrontado y destruido el signo adverso de mi destino. Era, ciertamente, el rey.

Antes de que comenzara el verano y los montes vaciaran sus torrentes en los ricos llanos, declaramos la guerra a Creta. Fui al frente de dos armadas, la mía y la del rey Piteo de Trozona, el padre de mi madre, que me había criado de niño, antes de que mi propio padre me reclamara. Era ya muy viejo para capitanear su flota, pero para reemplazarle me envió a un buen número de hijos y nietos; todos eran excelentes guerreros y dignos de compartir con nosotros el botín de la victoria.

Yo no conocía mucho mejor que ellos el territorio cretense, pues el año que pasé en él estuve cautivo en el Laberinto, pero conocía a los siervos nativos, a los habitantes primitivos de la isla. Ellos también me conocían; primero, como el taurómaco por el que solían apostar y, más tarde, como el hombre que había encabezado su alzamiento. Pensaron que yo sería con ellos más justo y clemente que sus señores semigriegos, y me ayudaron cuanto pudieron. Quien vaya ahora a Creta oirá de sus labios que cumplí todas mis promesas.

Delante del Laberinto, medio derruido y ennegrecido por el fuego, se veía todavía el pórtico de la Corte del Toro, con sus columnas rojas y su gran toro encarnado pintado en el muro. A corta distancia del mismo, disputamos una dura batalla por la conquista de la llanura de Knossos. En los lugares montañosos, hacia el este, los hombres son bravos como jabatos, no les interesa el poder, sólo la independencia. Minos no había sido riguroso con ellos, y lo mismo hice yo. Pero la Creta que en un tiempo había dominado los mares y las islas estaba en mi poder. La guerra no fue sangrienta. Después de haber sido dominados durante mil años desde el Laberinto, suspiraban por un jefe supremo. Fragmentados en pequeños y ruines señoríos, pensaron que el caos volvería a apoderarse de ellos. Fue una lección que recibí con seriedad; me habría avergonzado no conseguir que mi propia tierra fuese tan civilizada como la que acababa de conquistar.

Perdoné incluso a Deukalión cuando me pidió clemencia. Tal como yo había imaginado, se trataba de un muñeco dispuesto a bailar al son que le tocara; más vano que orgulloso, estaba contento de ser un rey vasallo y un súbdito aliado con tal de no perderse el espectáculo. Su mujer era como él, perezosa y fina, y en Creta habría sido peligrosa. Por lo tanto, cuando supe que habían prohijado a la pequeña Fedra, la hija más joven del rey Minos,

salvada cuando el palacio se incendió, creí prudente dejarla a su cuidado. Formulé el propósito de verla antes de mi partida, pues era una niña encantadora que había presenciado mis proezas en el coso y me consideraba un héroe. Pero tuve que hacer tantas cosas que no pude ver cumplido mi deseo, y en el puerro, antes de embarcar, compré a un nubio unos pajarillos de brillante plumaje provenientes de África, y se los mandé con uno de mis mensajeros.

Camino de mi reino, mis tíos, mis primos y yo nos detuvimos en Trozona, para saludar a mi abuelo, por primera vez desde que abandonara su casa. Fue al puerto a recibirme, y lo vi en el muelle, alto, un tanto encorvado, con todas sus galas de soberano. Recordé la última vez que lo había visto. Fue en ocasión de la visita del rey de Pilos, y mientras esperábamos su llegada, me mandó que fuera a casa nuevamente para peinarme. Esto había sucedido cuatro años atrás, cuando yo tenía quince.

Los jóvenes desengancharon los caballos y condujeron la carroza real por la Puerta del Águila, bajo una lluvia de pétalos de rosa y de mirto, y en medio de alegres cánticos. En la escalinata del palacio me esperaba mi madre. Recordé nítidamente el momento de nuestra separación, años atrás. Había venido a despedirse después de rogar por mí en el altar de la Madre; sus cabellos estaban espolvoreados de oro y su diadema todavía impregnada de olor a incienso. Ahora llevaba cintas y violetas en sus cabellos y su falda estaba bordada con flores. En la mano portaba una guirnalda para coronarme con ella. Su belleza me pasmó, pero luego, cuando me aproximé a ella para besarla, advertí que el último destello de juventud la había abandonado.

Después del festín ofrecido en palacio, mi abuelo me condujo a sus aposentos particulares, en la planta superior. No vi el taburete bajo el que solía sentarme a los pies del rey, mi abuelo. Había sido sustituido por la silla que reservaba a los reyes que lo visitaban.

—Me place verte, Teseo —dijo—, rey supremo de Ática, rey supremo de Creta. ¿Y que más, ahora?

—Rey supremo de Creta, abuelo, y simplemente rey de Atenas. Rey supremo de Atica no es más que una palabra. Ya habrá tiempo para eso.

—La junta ática es difícil de convencer; no se avienen a razones y son indómitos a más no poder. Por de pronto, has conseguido que paguen tus diezmos y peleen contra tus enemigos. Eso ya es mucho conseguir, en Ática.

—En mi opinión, muy poco. Si la casa de Minos se mantuvo durante diez siglos fue debido a que Creta tenía una ley.

—Sin embargo, ha caído.

—Porque no hubo bastante ley. Terminó con los siervos y los esclavos. Los hombres se vuelven peligrosos cuando no tienen nada que perder.

Mi abuelo enarcó las cejas. Me miró como si fuese un niño. Pero no desplegó los labios.

—El rey debió preocuparse por ellos —dije—. No sólo para tranquilizarlos; estaban bajo su cuidado. ¿No decimos que todos los desamparados, el huérfano, el extranjero, el suplicante, los que nada poseen y sólo pueden orar, son sagrados a los ojos de Zeus, el Salvador? El rey debe ampararlos, pues sigue al dios en poderío. A los siervos, a los mercenarios sin tierra, a los cautivos de la guerra; ¡incluso a los esclavos!

Era premioso en el hablar, y después de unos instantes de reflexión, dijo:

—Ahora, Teseo, eres por fin dueño de tu propio destino, pero también del de muchos hombres. Sin embargo, he vivido más que tú y quiero decirte esto: nada hay más poderoso en el hombre que el deseo de poseer sus propios bienes. No los toques si no quieres hacerte enemigos por doquier. Y sé muy bien que no permanecerás quieto en tu trono años y años. Cuida de las intrigas y conjuras que tramen tus enemigos a tus espaldas. Y sé siempre justo.

—Lo seré, señor —dije—. Por lo demás, nunca haré nada incorrecto; respetaré su tradición y sus costumbres. Todas estas costumbres que trajeron de sus patrias primitivas; las pequeñas y viejas diosas en las encrucijadas, los sacrificios de la aldea, son como un techado que los resguarda del viento. Yo también sé lo que es el destierro. Pero viven en un pavor perpetuo, tanto el jefe como el porquerizo, el bandolero montañés, el avariento dueño cuyos jornaleros sudan todo el día para poder comer las sobras del puchero, y hasta el vecino bravucón que mata las reses extraviadas y maltrata al pastor. Haré justicia por igual, lo mismo si son jefes que jornaleros. Maté a Procusto para probarles que soy justiciero. Creo que acudirán a mi.

Asintió pensativo. Era viejo pero, como todos los hombres duchos en su oficio, siempre estaba dispuesto a escuchar cosas nuevas.

—Los hombres —continué— podrían ser mejores de lo que son. Lo aprendí en la Corte del Toro, cuando adiestraba a mis muchachos. Hay una fe y un orgullo que al principio pueden simularse, pero que con la práctica se hacen verdaderos.

Advertí que fruncía el entrecejo. Estaba tratando de verme a mí, su nieto y rey, viviendo una vida que sólo conocía por las canciones y las imágenes murales: un enjorjado saltimbanqui lidiando toros ante multitudes de humilde extracción, comiendo y durmiendo y adiestrándose con jóvenes de distintas procedencias, hijos de piratas ajusticiados, escitas bárbaros, salvajes amazonas capturadas en la guerra. La idea de que hubiese sido un esclavo le resultaba casi insoportable. Era más sabio que el más sabio de la casta de lidiadores y también más noble; pero no le era posible comprender. Nada podía compararse a la vida de emoción y de gloria en las arenas del coso.

Así pues, me limité a hablarle de las acciones de sus hijos en las batallas, alabando a los mejores como se merecían, porque no ignoraba que aún no había elegido a su heredero. Todos eran hijos de las mujeres de su palacio; de los hijos tenidos con la reina sólo mi madre había sobrevivido. De niño, y antes de enterarme de mi verdadera condición, pensé que sería yo su elegido; pero ahora me daba cuenta de que era imposible, pues no iba a dejar sus dominios en manos de un señor ausente, y quería que supiera que no albergaba en modo alguno semejante pensamiento.

Después fui a ver a mi madre. Me dijeron que había ido a ofrecer un sacrificio. Pregunté si alguien sabía dónde se hallaba, porque caía la noche, y me respondieron que la encontraría a la salida del sol en el bosque de Zeus. En vista de esto, busqué a una doncella que demostró que no me había olvidado y me fui con ella a la cama.

Por la mañana me encaminé monte arriba por el sendero que corría por encima del torrente. Al principio el bosque era abierto, con claros en los que los pájaros cantaban gozosos, pero a medida que ascendía el bosque se hacía más espeso y añoso. La hierba crecía pálida y alta, y entre las negras hojas de encina caídas, amontonadas a lo largo de los años, las raíces de los árboles semejaban rígidas serpientes. Caminé por el tortuoso sendero, apenas transitable, hasta que llegué al lugar sagrado en el que Zeus abatiera el roble. Al caer el árbol el claro se despejó, de modo que podía verse el cielo. Entre las raíces del árbol muerto se veía la piedra en donde mi padre había dejado las preseas para mí, para cuando alcanzara la pubertad. Mi madre se hallaba junto a ella.

Avancé con una sonrisa en los labios y los brazos tendidos hacia ella, pero cambié de actitud cuando advertí que llevaba las vestiduras sacerdotales, así como la alta diadema con serpientes de oro; comprendí que estaba purificada para algún rito sagrado y que no debía ser tocada por la mano de un hombre. Antes de que pudiera pronunciar una palabra me lanzó una mirada significativa. Con ella, en el bosquecillo, había dos sacerdotisas, una anciana y una doncella de trece o catorce años. Entre las dos primeras llevaban una cesta cubierta que debía de contener objetos sagrados. La vieja susurró algo al oído de la doncella y ésta me observó con una expresión de sorpresa en el rostro.

—Ven, Teseo —me llamó mi madre—. Este lugar pertenece a Zeus. Iremos a otro altar.

Se dirigió a un sendero que desaparecía en la espesura. De pronto sentí como si un pájaro nocturno me hiciera cosquillas en el cuerpo.

—¿Qué ocurre, madre? —pregunté, aunque lo sabía.

—Este no es el lugar indicado para que hablemos —contestó—. Ven.

La seguí a través de la fronda; oí detrás de mí un murmullo de voces y un crujir de hojas y ramas. Eran la anciana y la doncella, que nos seguían a cierta distancia. Llegamos por fin a una peña alta y vercosa. En ella alguien había labrado un enorme ojo abierto. Me quedé inmóvil sabiendo que ésta era una morada de la diosa y que, como tal, estaba vedada al hombre. El sendero, después de bordear la peña, seguía adelante; pero yo aparté mis ojos del mismo y esperé. Las sacerdotisas se habían sentado a prudente distancia en una piedra cubierta de musgo. Mi madre seguía callada.

—Madre —dije—, ¿por qué me has traído ante Ella? ¿Acaso no me he afanado en Sus dominios y padecido y vivido peligrosamente con la vida siempre pendiente de un hilo? ¿Acaso no basta con eso?

—Calla —me contestó—. Tú sabes muy bien qué has hecho.

Miró de soslayo la piedra y el sendero detrás de ésta, y con un susurro de voz y movimientos suaves me alejó más del lugar en el que se hallaban las sacerdotisas. Entonces, al verme muy cerca de ella, me di cuenta de que mientras me hallaba en Creta había crecido una pulgada. Pero no por eso me sentí mayor.

—En Eleusis, donde luchaste con el rey del Año hasta darle muerte, te casaste con la reina sagrada. Pero antes de que transcurriera un año la destronaste e impusiste tu imperio sobre sus súbditos. En Atenas, Medea, la suprema sacerdotisa huyó de ti para salvar su vida.

—¡Trató de asesinarme! —Traté de no hablar muy alto, pero en el silencio del bosque mi voz resonó como un alarido—. La Reina de Eleusis conspiró con ella para que mi propio padre me diera muerte. ¿Fue con ese propósito que me mandaste junto a él? ¡Tú eres mi madre!

Se llevó las manos a su cabeza y la oprimió durante unos instantes. Luego me dijo:

—Aquí no soy más que una servidora, y digo lo que se me ordena. —Suspiró hondamente, con todo su cuerpo. Fue esta muestra de pesadumbre, más que sus palabras, lo que me heló la sangre en las venas—. Y en Creta —continuó— arrebataste a la Tres Veces Sagrada Ariadna, diosa en la tierra, del santuario de la Madre. ¿Dónde se encuentra ahora?

—La dejé en Naxos, en el santuario de la isla. ¿Conoces madre, los ritos que allí se observan? ¿Sabes cómo muere el rey del Vino? Estaba allí como pez en el agua, no obstante haberse educado en la ignorancia de todas estas cosas. En la Casa de Minos hay sangre corrupta. Cuando me llegue la hora de procrear, legaré a mi reino una estirpe más noble.

Tuve la sensación de que el enorme ojo grabado en la roca atravesaba mi espalda y me volví para enfrentarme a él. El ojo, pétreo e inmóvil, me devolvió la mirada... Oí entonces un leve rumor a mí espalda. Era mi madre que lloraba.

Extendí las manos, pero ella retrocedió. Con una mano se tapó el rostro y con la otra me hizo señas de que me apartase.

Después de unos instantes, dije:

—De niño me diste como guía a una diosa más clemente.

—Entonces le pertenecías —dijo. El ojo miró más allá de mí. Me volví y advertí que las dos sacerdotisas me observaban. Parecía como si el bosque fuera todo ojos.

Mi madre se acercó a la peña e hizo sobre ella un signo circular. Entonces se agachó y buscó en la tierra, y al alzar las manos vi que una de ellas estaba llena de bellotas, y la otra de hojas secas. Volvió a dejarlas en la tierra, me cogió del brazo e, imponiéndome silencio con un gesto, me llevó a otro lugar del bosque. Por entre los árboles vi jugar dos cachorros de zorro. Cerca de ellos se veía, medio devorado, el cuerpo de una liebre. Mi madre se volvió hacia la peña. Sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo.

—¿Qué debo ofrendarle, entonces? —pregunté.

—Su altar se encuentra entre sus vástagos. Ha de tomar su desquite.

—Poseidón es el dios que presidió mi nacimiento —dijo—. Apolo hizo de mí un hombre, y Zeus un rey. Hay muy poco de mujer en mi esencia.

—Apolo, que comprende todos los misterios, dice también: «Nada extraordinario». Él es conocimiento, Teseo, pero ella es lo que él conoce.

—Si las plegarias no la conmueven, ¿por qué me has traído aquí?

Suspiró y dijo:

—Todos los dioses se conmueven ante el sacrificio prescrito. —Me señaló con el índice el sendero que discurría más allá de la peña—. En el Pueblo de la Costa dicen que antes de que los dioses hubieran formado a sus padres con la arcilla de la tierra, éste fue el santuario de los Titanes, hijos de la Tierra, que corrían a cuatro manos y peleaban con troncos de árboles.

Aunque yo no tenía nada que decir, igualmente habría hablado para atraer su atención a lo que conocía. Durante mi ausencia había discurrido por aguas profundas. Se hallaba bajo el influjo de los augures y sacerdotisas. Caminé hacia la peña y yo la seguí dócilmente. Las dos sacerdotisas se levantaron y nos siguieron. Ya junto a la peña, dijo:

—Cuando hayamos traspuesto el umbral, no importa lo que veas u oigas, no abras la boca. En este lugar el hombre tiene prohibido hablar. Ofrecerás un sacrificio en silencio. Sobre todo, no se te ocurra revelar lo que debe permanecer oculto. La Madre Tenebrosa no se muestra a los ojos de los hombres.

Pasada la peña, el sendero descendía en suave pendiente hasta una hondonada, lecho profundo de un viejo torrente que se había convertido con el tiempo en un riachuelo. Por encima de las escarpadas orillas, las copas de los árboles se abrazaban. Las sombras eran

verdosas y acuosas; las piedras parecían secas hasta que uno hundía el pie en una charca oculta o se oía un gotear invisible. Las rocas se estrecharon, y entre ellas vi tendida una cuerda con un curioso nudo. Mi madre lo deshizo, ignoro cómo, y la cuerda cayó al suelo. Al pasar por encima de ella, mi madre se llevó un dedo a los labios.

Nuestros pies se hundieron hasta los tobillos en un agua mansa. Por encima de nuestras cabezas, a una altura de tres cuerpos de hombre, se elevaban las paredes verticales de la torrentera. Pero según íbamos caminando se ensanchó el barranco y nos encontramos, finalmente, en un ancho espacio circular, rodeado en todo su contorno de rocas. En el fondo, en la pared opuesta, se abría la boca de una caverna. La corriente del riachuelo brotaba de ella con un murmullo semejante una risa ahogada, y unos escalones mohosos de escasa altura daban acceso a las tinieblas del interior.

Mi madre me señaló un punto entre dos piedras. Me dirigí hacia allí con paso trémulo, pero sólo vi un jabato atado a una cuerda. Lo desaté y lo saqué de allí. Abajo, en la boca de la caverna, junto a una losa, se hallaba la vieja sacerdotisa armada de un hacha pequeña. Sobre la losa se veían manchas parduzcas de sangre. El jabato forcejeó, furioso; sus bufidos me helaron la sangre. Empleé toda mi fuerza y de un solo golpe le cercené la cabeza. Con su último suspiro lanzó una bocanada de sangre que se desparramó por el suelo. Murió y vi en la boca de la caverna tres rostros de mujer que me observaban: la joven doncella, la mujer y la anciana. Mi madre me hizo señas.

Dentro de la caverna la oscuridad era casi total. A cierta distancia de la boca, el suelo descendía en suave declive en medio de las tinieblas más profundas. A un lado, la corriente del riachuelo fluía por un canal que ella misma se había abierto, cuyos bordes estaban manchados de amarillo y rojo... Dispersas por el suelo vi cestas llenas de grano, raíces y hojas; algunas estaban tapadas. En las paredes había colgados diversos objetos que no pude identificar del todo, tal vez fueran vestiduras o sacos de cuero curtido.

Al otro lado de la corriente, detrás de una roca saliente que cerraba el paso a la luz, me pareció distinguir una cortina de piel de cabritilla colgada de un bastidor de madera. Debajo había una losa, semejante al pie de un altar.

Entonces dieron comienzo los ritos propiciatorios. Mi madre y la anciana recogieron agua del riachuelo; la primera me lavó la mano derecha, y la segunda la cabeza, que estaban manchadas con la sangre del jabato. Entonces vino la doncella para lavar mi mano izquierda. Era una muchacha del Pueblo de la Costa, una muchacha tímida e incauta, morena y espigada, y con los ojos como el agua del bosque. Me miraron cuando acudió a mi lado, trémula como un cachorrillo. En ese lugar tenebroso me había olvidado de mis proezas y de mi fama. Pero la muchacha despertó mis recuerdos.

Dejé caer mi mano. La doncella aguardó un instante; luego la tomó tímidamente en la suya, para proceder a su aseo. Su frente se tiñó de grana; luego el sonrojo cubrió su rostro y su pecho. Pero bajó púdicamente los ojos y cumplió con pulcritud su cometido.

Los ritos fueron prolongados. Las mujeres iban y venían detrás de la cortina que ocultaba el altar. Sacaron de allí objetos diversos que incensaron y rociaron con esencias. Observé a mi madre, recordando cómo la había visto año tras año, desde mi infancia, espléndidamente ataviada, con su crujiente falda enjorada revoloteando en torno a ella, mientras realizaba el sacrificio de la recogida de las mieses sobre el umbral del santuario, bajo el sol deslumbrante, y todo ello con muchos secretos en su corazón.

Crepitó el fuego detrás de la cortina y el aire se llenó de un fuerte olor a resinas y hojas quemadas. El humo acre irritó mi nariz y mi garganta. El horror de los primeros momentos cedió paso al cansancio. La doncella desapareció detrás de la cortina y me dispuse a esperar que reapareciera pensando en sus muslos firmes y jóvenes y en sus tersos senos. Finalmente salió de detrás de la cortina y por azar, o porque no pudo remediarlo, sus ojos se clavaron en los míos. Mi madre no nos miraba. Yo sonreí y moví mis labios, formando un beso. Bajó los ojos, confusa, y sin fijarse en lo que hacía dio con el hombro en la cortina. Ésta se desprendió del bastidor y cayó al suelo.

Durante el último año había vivido intensamente. En el coso mi vida había estado muchas veces a merced de la agudeza y de la velocidad de mi mirada. Y miré a la diosa antes de darme cuenta de lo que era.

Estaba en su altar, sobre un pequeño trono de madera pintada. Estaba hecha de piedra. Era redonda y llena de hoyuelos, a la vez mujer y piedra. Con las dos manos habría podido

abarcó su cuerpo. Estaba tan grávida que no tenía talle y llevaba los cortos brazos cruzados sobre el enorme vientre y los pesados pechos. Sus muslos eran de un grosor desmesurado y terminaban en pies insólitamente pequeños. Estaba sin pintar, desnuda y sin joyas; era, en suma, una piedra gris, pequeña y redonda. El rostro no se le veía, ya que tenía la cabeza hundida entre los pechos y no mostraba más que unos rizos toscamente labrados. No obstante, me estremecí, y un sudor frío recorrió todo mi cuerpo. Era tan vieja, itan sumamente vieja! A su lado el roble destrozado por Zeus parecía un brote de primavera. Acaso la tierra la había formado por sí misma, antes de que las manos de los hombres supieran esculpir.

Mi madre y la sacerdotisa anciana se precipitaron sobre la cortina, la recogieron y volvieron a colocarla en su sirio. La anciana hizo signos para ahuyentar a los espíritus malignos. La doncella había ido a refugiarse junto a la pared más alejada, con los ojos desmesuradamente abiertos, con los nudillos en la boca y los pies hundidos en el agua del riachuelo. El fango rojizo del cauce se adhería a sus tobillos como si fuera sangre. No me atreví a hablar. La miré, condolido. Pero ella, rígida y absorra, no me vio.

Por fin mi madre apareció de detrás de la cortina, intensamente pálida, con manchas de cenizas sobre la frente. Me hizo señas y descendió por los peldaños de piedra hasta la base de la tosca escalera. Yo la seguí, en silencio. Mirando por encima del hombro vi que las dos sacerdotisas ya no estaban juntas. La anciana había avanzado unos pasos hacia nosotros. La doncella se había quedado rezagada.

Pasamos por delante de la peña con el ojo labrado y salimos a un claro del bosque. Mi madre se sentó en una piedra y escondió la cabeza entre las manos. Pensé que lloraba.

—No es nada. Pasará —me dijo, y advertí que sufría un tremendo abatimiento. Finalmente, levantó la cabeza. Mientras esperaba, tendí mí vista en busca de la doncella.

—¿Dónde está, madre? —pregunté—. ¿Qué será de ella?

—Morirá.

—¡Es tan joven para tan funesto destino! —exclamé.

Mi madre se oprimió fuertemente la frente con una mano, como si le doliera.

—Morirá. Eso es todo. Es del Pueblo de la Costa, gente valiente, y cuando les toca morir, lo hacen sin pestañear. Todo ha terminado para ella. Ése ha sido su destino.

Le toqué la mano; estaba más caliente y los colores habían vuelto a su rostro. Así pues, no vacilé en preguntarle:

—¿Y cuál es mi destino?

Frunció el entrecejo y se pasó los dedos sobre los ojos entornados. Entonces descansó sus manos en el regazo y enderezó el cuerpo. Su respiración se hizo más profunda y pausada; sus ojos como mármol estaban muertos para los míos. Esperé, solo.

Por fin, lanzó un suspiro prolongado, semejante al de los enfermos o al de los guerreros que se desangran en el campo de batalla. Abrió los ojos y pareció reconocermé. Pero movió la cabeza como si su peso fuera excesivo para sus fuerzas, y todo lo que dijo fue:

—Vuelve al palacio y déjame. Debo dormir.

No podía decir si había recuperado la visión o si sería capaz de hacerlo. Permaneció inmóvil en aquel lugar, entre las hojas secas del bosque, como un guerrero después de una larga jornada de combate, o como un esclavo extenuado. Permanecí unos instantes junto a ella, pues no quería dejarla abandonada en la soledad del bosque; pero entonces apareció la anciana, se quitó el manto que llevaba, lo extendió sobre ella y, volviéndose a mí, me miró fijamente. Me fui.

Al caminar por el bosque, monte abajo, me volví varias veces para mirar entre los árboles por si veía a la doncella. Pero nunca más la vi.

Tardé cinco años en conseguir que toda Ática aceptase una única ley común. Jamás trabajé con tanto afán. En la guerra le sostienen a uno el ardor del combate y las ansias de gloria y de victoria; en el coso taurino son los aplausos, los vítores, las apuestas y la vida íntima con los camaradas de equipo. Pero las tareas del gobierno de un pueblo son silenciosas, solitarias, y ponen a prueba la paciencia del hombre más tranquilo. Es como tallar una estatua de un bloque defectuoso y rebelde; uno tiene que tomarse las cosas con paciencia si quiere que la imagen del dios que se quiere reproducir salga perfecta.

Tribu por tribu, clan por clan, con todos tuve que confraternizar, comiendo con sus jefes, cazando con sus arrogantes señores, asistiendo a sus asambleas... En ocasiones, para escuchar la voz de los desheredados, iba solo, como un viajero extraviado y pedía asilo en la choza de un pescador o bien en alguna alquería de la montaña, compartiendo con sus moradores su queso de cabra y su pan de centeno y escuchando el relato de sus penalidades y de su eterno conflicto con el amo de la tierra, avariento y rapaz.

Antes de darme a conocer y de prometerles maravillas, siempre solicitaba de ellos que me mostraran el altar de su dios o de su diosa ancestral y depositaba en él mi ofrenda. Esto no sólo complacía a mis anfitriones, sino que servía para mis propósitos. Estas gentes sencillas, aisladas en los repliegues de los montes, no conocían los nombres originales de su dios, ni sabían que fuera adorado en otros lugares, y le daban un título propio de la vieja tierra extranjera de la que procedían. A menudo creían que su Zeus les pertenecía sólo a ellos, y que el Zeus del valle próximo era su enemigo. Lo peor del caso es que todo ello convertía en rey al jefecillo local. Por supuesto, era el Sumo Sacerdote del dios, o del marido de la diosa, de modo que ¿cómo podían jurar fidelidad al servidor de otro dios?

Cuando debe uno enfrenarse con problemas de tal magnitud, lo mejor que puede hacer es solicitar la ayuda de Apolo; en mi caso, cuando lo hacía recibía su consejo esa misma noche. En una ocasión, soñé con que tocaba mi lira —cosa que había descuidado últimamente— y cantaba un himno maravilloso. Mientras caminaba me olvidé de la canción; pero comprendí lo que el sueño significaba, y supe que el dios me ayudaría.

Para convencerme, hice la siguiente prueba: me disfracé de rapsoda vagabundo, de esos que cantan por los caminos para procurarse cena y lecho. Cierta noche pedí asilo en una alquería del valle y canté una balada sobre Peleia Afrodita, a la que adoraban como podían haberlo hecho con cualquier otra diosa. Naturalmente reconocieron en la balada a la nacida de la espuma de las olas, con sus palomas y su ceñidor mágico. Referí en la canción cómo el rey había levantado en su honor un altar en Arenas, porque le había ayudado a regresar sano y salvo de Creta. Esta vez me marché sin revelarles mi identidad; me complació en extremo que mi música fuera alabada por hombres que no ambicionaban favor alguno. Me dieron vino y una buena tajada de carne; y lo que fue mejor: una hermosa doncella con la que había cambiado dos o tres miradas tiernas mientras cantaba y se deslizó en mi lecho cuando todos dormían. Sin duda, mi plan contaba con la bendición de Apolo.

Así pues, congregué a todos los rapsodas en mi palacio. Les ofrecí una paga magnífica, puesto que su trabajo los llevaría a lugares muy por debajo de su condición social. Pero puesto que yo mismo lo había hecho, bien podían hacerlo ellos. Por otra parte, era una labor que acabaría reportándoles fama y gloria en Arenas, cuando todos los dioses de los jefes tuvieran allí sus altares. Convinieron conmigo en que ningún servicio podía ser más agradable a los Inmortales que el que yo solicitaba de ellos, y lo desempeñaron a la perfección.

En cuanto a mí, hube de recorrer el país y trabar conocimiento con sus numerosos jefes, lo que, en verdad, resultó extremadamente tedioso. Me veía obligado a recordar las acciones de guerra de sus antepasados y citar al dios del que habían emanado; ensalzar la calidad de los trofeos colgados en la sala, o escuchar las aburridas melodías de algún rapsoda improvisado. Pero, por encima de todo, no debía mirar a las mujeres, pues había corrido la voz de que me gustaban y, si no quería sembrar el pánico en las familias, tenía que abstenerme hasta de contemplarlas. Era como para desesperarse. A menudo sentía el deseo de comentar con alguien mis impresiones y pensamientos, pero todos los corazones estaban puestos en cosas pequeñas y habrían pensado que era un soñador. De modo que tuve que realizar solo mis planes.

Un día de verano me trasladé a mis grandes pastos en la llanura de Maratón. Era una tierra regia pero, por estar próxima al mar, y estar expuesta por lo tanto, a las incursiones de

los piratas, mi padre no la había abastecido de reses. Decidí ponerla en condiciones e instalé en ella nuevas cercas. En esos pastos crié el ternero que tuvo la vaquilla de la vieja Hekaline con el toro de Creta. Tenía ya tres años y hacía honor a su estirpe; sus hijos eran numerosos y más de veinte vacas estaban preñadas por él. Le puse por nombre Oinops, debido al rojo oscuro de su hocico.

Un día, corría yo entre los olivos cuando oí el sonido de los cuernos y percibí un humo de almenara que se elevaba por encima de los árboles. Mi auriga detuvo la carroza y los jinetes se detuvieron detrás de nosotros. Me dijo:

—¡Piratas, señor!

Olisqueé el humo que se levantaba de la distante atalaya. No ocurría algo así desde los tiempos de la caída de Creta; o, mejor dicho, una cosa vieja parecía haber recobrado nueva vigencia. Cuando los capitanes cretenses venían a tierra firme para recoger nuestro tributo, alegaban que lo hacían para librarnos de los piratas. Sin duda, en ello había algo de cierto.

Mi auriga me lanzó una mirada inquisitiva que quería decir: «¿Por qué has venido tan desprevenido? Ya te advertí que en un recorrido tan largo tu padre habría traído consigo a su guardia».

—¡Vamos! ¡Deprisa! —dije—. Veamos lo que ocurre.

Puso los caballos al galope y en ese momento un muchacho de unos trece años, hijo de un pequeño jefe del lugar, vino corriendo a nuestro encuentro. Apartó de su frente bañada en sudor un rubio mechón de pelo y me dijo, jadeante:

—Señor, mi rey y señor, te vimos desde la atalaya. Mi padre dice que te apresures, quiero decir, que honres su casa, señor, los piratas están desembarcando.

Cogí al muchacho con mi brazo, lo alcé en vilo y lo senté a mi lado.

—¿Qué velas llevan? ¿Y cuántas naves son?

Era lo que siempre se preguntaba. Algunos merodeadores no eran más que un hatajo de asesinos que se contentaban con quemar la alquería más próxima, saquear sus provisiones de invierno y hacer cautivos para más tarde venderlos como esclavos. Pero también había entre ellos hombres de noble linaje, segundones y jóvenes guerreros empeñados en aumentar sus bienes y que desdeñaban su presa cuando la consideraban vulgar. Fuera lo que fuere, la jornada se anunciaba pletórica de acontecimientos.

—Tres naves, señor —respondió el muchacho que, como ocurre con los de su edad, estaba enterado de todo—, y en sus costados llevan pintado un león rojo. Es Piritoos, el lapita.

—De modo que ese bandido tiene un nombre.

—¡Oh sí, señor! Es el heredero del rey de Tesalia. Dicen por tierras del norte que es un jinete formidable, pero en ocasiones se hace a la mar. El Errante Piritoos, así lo llaman. Mi padre dice que guerrea más por amor a la aventura que por ansias del botín.

—Si quiere aventura, satisfaré con creces su deseo —dije—. Tenemos que llegar a casa de tu padre antes que él.

Ordené al auriga que saltara a tierra, puesto que era el más corpulento y pesado de los tres, y cogí las riendas. Mientras ponía a los caballos al galope tendido, el muchacho me dijo:

—Vino a robar tu ganado, señor. Al parecer, se trata de una apuesta.

Cuando le pregunté cómo lo sabía, me contestó que se lo había dicho un pescador de Euboia, en cuyas aguas habían fondeado las naves. Muchas veces me he preguntado, ante la necesidad de los hombres, qué sucede con estos muchachos cuando se hacen mayores.

—Es un fanfarrón —dije— que cuenta los despojos antes de tenerlos en la mano.

El muchacho se aferraba con fuerza a uno de los lados del carro. Los dientes le rechinaban, pues el camino es muy escabroso.

—Quiere habérselas contigo —dijo— por una cuestión de prestigio, señor, porque eres el mejor guerrero del mundo.

Esas palabras no habrían tenido importancia si las hubiese pronunciado algún adulador de Atenas; pero en boca del muchacho eran oro en polvo, como cuando en las alquerías del valle dicen al rapsoda: «Vuelve a cantar esta balada».

—Bien, eso está por probarse —contesté.

Al acercarnos a la aldea, el humo de la atalaya se elevó a mayor altura, y el ruido de los cuernos se hizo más intenso. Los vecinos batían ollas, perolas y cualquier objeto de metal que tuvieran a mano, como si con el estruendo pretendieran ahuyentar el miedo que los atenazaba.

Por orden del jefe, muchas mujeres se habían refugiado en lo alto de la atalaya. A cierta distancia se oía un ruido ensordecedor, mezcla de voces y el mugir de las reses.

El jefe acudió a recibirme a la entrada de la aldea. Como había visro desde lejos que me acompañaba un número reducido de hombres, temía que lo despojara de los suyos y los perdiera en la batalla, dejándolo sin gente. No me llevé a ninguno de sus hombres, pero envié a uno de sus jinetes a explorar. Volvió a los pocos minutos, pues no había ido más allá de los límites de mis pastos. Sólo halló en ellos a dos hombres heridos; los demás vaqueros habían huido. La puerta de la cerca estaba rota y el ganado del Sol había desaparecido; los piratas estaban de vuelta en sus barcos. El muchacho había dicho la verdad.

—No hay tiempo que perder —exclamé—. ¿Tienes dos caballos frescos?

Me dio dos, los únicos caballos de tiro que poseía. Comprendí que los jinetes no irían muy lejos conmigo; la excelente casta tesaliense era rara en tierras del sur, y ninguno de sus caballos era capaz de llevar a un hombre durante mucho tiempo en su grupa. Sin embargo, era necesario hacer algo.

Partimos, pues, en dirección al llano, cuando por un atajo vino corriendo a nuestro encuentro el hijo del jefe. Agitó los brazos para que nos detuviéramos y me dijo:

—Señor, ilos he visto! Me he subido a lo alto de un pino y desde allí los he visto. Llévame contigo, señor, y te indicaré dónde se encuentran.

—Vamos a combatir, muchacho —le dije—. ¿Te ha dado permiso tu padre?

Tragó saliva y dijo con singular firmeza:

—Sí, mi señor. —A su edad yo habría mentido como él. Al advertir mi vacilación, agregó—: Alguien tendrá que sujetar tus caballos mientras peleas, señor.

Me eché a reír y le ayudé a subir al carro. Es mejor aprender las artes de la guerra temprano y de los amigos, que tarde de los enemigos. Reanudamos la carrera y, cuando los jinetes flaquearon, les indiqué por señas que se retiraran antes de que los caballos se desplomaran reventados. Finalmente llegamos a un claro del bosque y desde allí pudimos divisar la llanura. El muchacho señaló un punto con el índice. En la curva que formaba la bahía, a corta distancia de la costa, se hallaban anclados los tres barcos piratas, de proas afiladas como cabezas de serpiente y anclas de piedra que podían abandonar cuando se imponía una retirada rápida. Por lo que pude ver, había a bordo una fuerte guardia. Los piratas tanto manejan el remo como la lanza, y la mitad de la tripulación, unos ochenta hombres, se encontraba allí. Los demás debían de estar entregados al saqueo. Solían fondear sus naves muy cerca una de otra, e improvisaban sus incursiones de acuerdo con lo que divisaban desde el mar.

Oí un gran griterío y, al doblar la siguiente curva, vi a los merodeadores. Se estaban llevando las reses con la destreza de quien sabe muy bien lo que hace. Observé que de repente se producía entre ellos un gran revuelo: se arracimaron y en el desorden que siguió un hombre salió despedido por el aire. Debía de ser obra del toro, el hijo de Podargos, que hacía honor a su linaje. Pero sucumbió ante el número y, fuertemente trabado y azuzado a lanzazos, tuvo que seguir a los demás. Conté las astas y advertí que sólo se llevaban las reses de sangre cretense, es decir, las mejores. Era evidente que las embarcarían antes de que mis hombres pudiesen intervenir.

Llevé una mano a mis ojos a guisa de pantalla, agucé la vista y vi que un hombre, apartado del grupo, agitaba el brazo dando órdenes. Su casco despedía reflejos de plata. «Es Piritos —pensé—. El hombre que viene a saquear la tierra helénica y a tirarle, de paso, las orejas a Teseo».

Me volví hacia el muchacho.

—Ahora, apéate —le dije—. Voy al encuentro de ese granuja.

—¡No lo hagas, señor! —gritó desolado.

—¿Por qué no? —dije—. Un hombre tiene que pelear cuando lo desafían. Me figuro que no ha contado con que me presentaría sin compañía; pero si es un guerrero y hombre de honor, vendrá solo a mi encuentro y no me atacará con su banda. Si no es un hombre de honor, ¡mala suerte para mi! De cualquier forma, es un riesgo que debo correr.

—Pero, señor —dijo—, quería decirte que no me obligues a apearme.

—No me hagas perder el tiempo —espeté—. Ya me has oído. ¡baja!

—Ahora soy tu escudero, señor —dijo, agarrándose al borde del carro y con los ojos arrasados en lágrimas—. Tú me tomaste para que te ayudara con los caballos. Tengo que ir al combate contigo o quedaría deshonrado.

—Bueno, muchacho, tendrás ocasión de ver tu honra acrecentada —no tuve más remedio que reconocer— y también la posibilidad de que tus huesos no se hagan viejos. Está bien. ¡Adelante con nuestro destino, y veamos lo que nos reserva! ¡Manténte firme!

Por una pendiente bajamos al llano. Ya en él, el carro avanzó con la rapidez del rayo, saltando y rebotando sobre los terrones salobres. El sol brillaba, deslumbrante. Maratón siempre había sido para mí un lugar maravilloso. Los cascos de los caballos golpeaban sobre el suelo áspero y en mis brazos sentía una extraña comezón; el viento chocaba contra mi escudo; me desprendí de él y se lo di al muchacho para que lo guardara. Lo agarró fuertemente con una mano y con la otra se aferró al borde del carro, aspirando con la boca abierta el viento que soplaba del mar.

Los piratas se volvieron hacia nosotros. Eran hombres corpulentos e hirsutos, con las piernas arqueadas, propias de quien salta del pecho de su madre directamente al lomo de un caballo. Nos señalaron y comenzaron a proferir gritos estruendosos; recordé que gozaban de gran fama de ladrones de caballos y pensé que los que arrastraban mi carro podrían incitarlos a darnos muerte para apoderarse de ellos. Sus palabras se perdían en el viento; advertí que, al igual que los helenos, no se rasuraban el labio superior, ni tampoco las mejillas, de forma que una barba espesa les cubría todo el rostro.

Las reses se dispersaban al tiempo que los lapitas se interpelaban entre sí en una lengua bárbara, mitad helena, mitad jerga pirata. Con todo este barullo, el jefe no me había visto, pues entre él y yo se interponía el ganado. Existía la posibilidad de que uno de aquellos rufianes me lanzara una jabalina. Recordando que el toro respondía al nombre que le había puesto, grité con todas mis fuerzas:

—¡Oinops! —y el toro, por unos instantes, se detuvo.

El cabecilla con casco de plata corrió a mi encuentro, muy oportunamente, porque uno de los piratas —un arquero— tenía ya dispuesta una flecha en su arco. El jefe lo apartó de un manotazo e hizo señas a su escudero para que le entregara la lanza y la rodela.

Debía de tener unos veinticuatro años, era más alto que los demás e iba acicalado como un heleno, con una barbilla negra muy recortada y el resto del rostro pulcramenre rasurado. Sus cejas eran negras como el ala de un cuervo, en tanto que sus ojos, claros, verdosos, con reflejos dorados, eran brillantes, bravíos y cautelosos como los de un leopardo.

Blandió su lanza y en un perfecto griego, por más que con el áspero acento del montañés, me preguntó:

—¡Eh! ¡Atrás! ¿Quién eres?

Sus vestiduras eran ricas, pero algo anticuadas. Abundaban en ellas los adornos de bronce labrado; su casco era de plata bruñida, y se cubría con una piel de león con colmillos y garras. Una larga serpiente azul, pintada en la piel, rodeaba su brazo derecho, como es costumbre entre los tracios. Pero los reyes lapitas han contraído muchas veces matrimonio con mujeres helenas; conocen a los dioses por sus verdaderos nombres y los himnos de batalla y las reglas de la guerra.

—Soy Teseo, el hombre a cuyo encuentro has venido —exclamé.

Sonrió y enarcó las cejas.

—Bienvenido, rey Teseo. ¿No te sientes muy solo tan lejos de tu casa?

—No. ¿Por qué? Estaba seguro de encontrar buena compañía. Vine, además, para recoger mi ganado. Déjalo donde está. Como sois extranjeros, os eximiré de pagar multa.

Los piratas comenzaron a vociferar, y avanzaron unos pasos; pero él los interpeló, imperioso, y se detuvieron sumisos como perros bien adiestrados.

—Al parecer, tu toro te conoce bien. ¿Os habéis echado mucho de menos? —Añadió un comentario tan procaz que chocó a mi improvisado escudero. Por las risas y exclamaciones de sus hombres pude darme cuenta de que lo adoraban.

—¿Qué eres tú, Piritos? —repliqué—. ¿Un señor de hombres o un ladrón de ganado? He venido para averiguarlo —cogí mi escudo.

—Llámame ladrón de ganado si quieres —exclamó—. Pero uno que sabe escoger y seleccionar las mejores reses.

Sus ojos brillantes y muy abiertos revelaban insolencia. Eran semejantes a los de un gato, perezosos y sin malicia hasta el instante preciso de la acometida.

—Bien —dije yo—, esto concuerda con lo que me han dicho de ti. Sólo nos queda una forma de resolver nuestras diferencias de criterio.

Le entregué las riendas al muchacho, quien las cogió como sí en ello le fuese la vida. A continuación salté del carro con todas mis armas. Estábamos frente a frente. Había encontrado lo que buscaba. Pero algo me atormentaba: jamás me había enfrentado a un hombre a quien me doliera tanto matar.

También la reflexión había interrumpido el ímpetu de Piritos, blandiendo levemente la lanza dijo:

—Por lo que veo, te encanta pelear. Te complaceré. La pelea es mi pasatiempo favorito. Te convertiré a ti o a cualquier otro hombre que venga a darme lecciones de cortesía en un festín succulento para perros y chacales. Ya puedo ver a las mujeres gimiendo y lamentándose sobre tu cuerpo. Si, he oído que todas enloquecen por ti.

—No te apenes por anticipado —repliqué—. En cuanto a ti, ninguna mujer de estos contornos gemirá bajo tu cuerpo. Y te convertirás en un espléndido banquete para cuervos y buitres.

—¿Buitres? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Quieres decir que te has propuesto devorarme? Veo que no eres el hombre del que tanto me han hablado.

—Lo que ocurre es que no bajas con mucha frecuencia de tus montes —dije—; por eso ignoras las costumbres de las gentes que viven en casas y no en guaridas.

Se echó a reír, dejando un tanto suelto el escudo y descubriendo parte de su costado derecho: sabía que no lo atacaría si bajaba la guardia. No conseguía irritarlo hasta el punto de que perdiera la cabeza, ni tampoco lograba enfadarme de verdad. Pero no tenía objeto perder más tiempo cambiando bromas y lamentando no habernos encontrado en circunstancias distintas.

—Escucha, Piritos, ese muchacho me trajo tu cartel de desafío. Es un heraldo sagrado: si caigo, respétalo; no quieras retar a la suerte. Y ahora dejemos ya de insultarnos como un par de mujerzuelas disputando en la fuente a propósito de un cántaro roto. Vamos, hazme frente y probemos el temple de nuestros bronce.

Arrojé lejos de mí el escudo.

Se quedó unos instantes contemplándome con sus grandes ojos verdosos de gato. A continuación, sacudió el hombro, el escudo se desprendió de él y cayó al suelo; luego arrojó lejos de sí la lanza.

—¡No, por Apolo! ¿Somos perros rabiosos u hombres? Si te mato, desaparecerás y perderé la ocasión de conocerte. ¡Trueno de Zeus! Te has presentado solo ante mí, con un chiquillo por escudero, confiando en mi honor. ¡Ante mí, tu enemigo! ¿Qué harías entonces con un amigo?

Al oír estas palabras, tuve la sensación de que un dios custodio se había interpuesto entre nosotros. Mi corazón brincó, jubiloso, dentro de mi pecho; la lanza se desprendió por sí sola y avanzando unos pasos le tendí mi mano. La suya, con la serpiente azul arrollada a la muñeca, vino al encuentro de la mía; el apretón me pareció un ademán familiar, conocido de toda la vida.

—Pónme a prueba —le dije— y lo sabrás.

Mientras nos estrechábamos vigorosamente las manos, los lapitas se pusieron a lanzar voces de júbilo.

—Vamos —dijo—, pongamos las cosas en claro. Te pagaré la multa que me impongas por mi actitud. Este viaje ha sido muy provechoso para mí; el botín recogido es importante y me permite pagar mis deudas. Eres el rey; dicta tu ley. Debo fiarme de ti, ya que tú has comenzado fiándote de mí.

Me eché a reír y le dije:

—Ya he visto al tunante de Oinops ajustando por sí solo sus propias cuentas. Da cualquier día una fiesta en mi honor y me daré por satisfecho.

—¡Hecho! —gritó—. Te invitaré a mi boda.

Seguidamente intercambiamos nuestras dagas en señal de amistad. La mía tenía una incrustación en oro que representaba a un rey en un carro de combate, cazando leones. Era obra de un artesano lapita, y mucho mejor de lo que uno podía esperar de un lapita; la

empuñadura estaba recubierta de pepitas de oro y en la hoja, en un relieve en plata, aparecían caballos a galope. Cuando nos abrazamos para sellar nuestro pacto, recordé que el muchacho había venido conmigo para presenciar un combate. Sin embargo, no parecía decepcionado. Tampoco parecían estarlo los lapitas; aunque tardos en comprender, se dieron cuenta de la importancia del encuentro y nos vitoreaban, entusiasmados, alzando sus escudos.

Comprendí que el destino me había reservado aquel singular encuentro con un hombre extraordinario que podía alterarlo, para bien o para mal. Pero aconteciera lo que aconteciera, el hombre era excelente, como lo es un león, en cuanto a belleza y valor, aunque acaso nos devore las reses. Ruge ante las lanzas que lo acometen y las antorchas arrancan chispas de sus ojos dorados y, lo quiera uno o no, tiene que amarlo de todo corazón.

Tras ofrecer un sacrificio y celebrar nuestro encuentro con un festín, di por descontado que sería mi invitado en Atenas.

—De buena gana iría —dijo—, pero no hasta después de mi cacería en Kalidón. Vine al sur anticipándome a los acontecimientos. Tienen allí uno de esos jabalíes gigantes que Bendis envió como una maldición.

Bendis era el nombre que daban en las regiones montañosas a la Doncella Luna; había mucho de lapita en él, a la vez que de heleno.

—¿Qué? —exclamé—. Una vez, en Megara, maté una enorme jabalina; creí que no habría otra igual en la tierra.

—Si damos crédito a las fábulas de los centauros, abundaban en enorme cantidad.

Debido al tutor que había tenido en la infancia, su griego era en parte ampuloso y altisonante; empleaba, asimismo, la jerga costera que suelen hablar los piratas, y en sus labios sonaba más armoniosamente que en los de sus hombres.

—Tengo entendido —continuó— que tus antepasados los mataban con flechas envenenadas. Los centauros no cazan como los caballeros, son demasiado salvajes.

Pensé en los lapitas de su banda y no pude imaginarme cómo serían los seres que él consideraba salvajes.

—Comen carne cruda —explicó— y cuando bajan de sus montes sólo lo hacen para sembrar la desdicha. Si los jabalíes hubieran liquidado a todos sus antepasados, la cosa no habría tenido mayor importancia. Como tampoco la tendría el que tales antepasados hubieran terminado con todos los jabalíes. Si estos animales son una maldición, los centauros no les van muy a la zaga.

Me ofendió que se negase a ser mi invitado, pero siempre tenía a flor de labios alguna antigua leyenda para disipar mi enfado.

—En Kalidón —dijo— sacrificaron algunas vírgenes en el altar de Artemisa. —Esta vez recordó el nombre heleno de la diosa—. Quemaron a tres y mandaron otras tres al norte, al altar de la diosa, en el que las doncellas sacrifican hombres. Pero Artemisa les hizo saber por medio de los augures que lo que ansiaba era el jabalí. Como despertaron su cólera, lo ignoro, pero es una diosa de la que uno debe precaverse. Hasta los centauros le temen. Por consiguiente al rey sólo le queda el recurso de congregar a sus guerreros y hacer sonar la trompa de caza. Perdóname, Teseo, pero eso es algo que no puedo perderme. La amistad lo es todo, pero por encima de ella está el honor. —Me imaginé al viejo tutor imbuyendo en su cabeza las archisabidas cantinelas—. Bueno, pero, ¿por qué separarnos? Iremos juntos.

Abrí la boca para decir: «Me esperan tareas urgentes», pero me asaltó al punto el pensamiento de que había trabajado como un forzado durante meses y años, y me vi camino del norte, indolente y jubiloso, en compañía de Piritos y de sus lapitas. La idea era para mí una pura tentación, lo mismo que la mirada tierna de una doncella prometida a otro.

Dijo, riendo:

—Podrás estirar cómodamente las piernas a bordo: he dejado en mi barco espacio suficiente para albergar tu ganado.

Yo era todavía demasiado joven. Aún no estaba muy lejano en mi mente el recuerdo de mi viaje al Istmo cuando, al amanecer ignoraba lo que me reservaba el día: Creta y la Danza del Toro. Estaba ya marcado por el sello de Poseidón. Había nacido para rey y, mientras crecía para alcanzar el cetro, todo dentro de mí iba dirigido a una misma meta. Ahora ya sostenía firmemente el cetro en mi mano. Desde luego, el rey siempre tenía muchas tareas pendientes. Pero había otro Teseo al que se le requemaba la sangre, ocioso e inactivo. Y Piritos estaba demasiado enterado de la existencia de tal hombre.

—¿Por qué no? —le contesté.

Y así, dejé de lado mis tareas de gobierno y fui a Kalidón. Presencí cómo se deslizaban las naves por el pacífico Istmo y a través del Colfo de Corinto, azul entre los montes, hasta alcanzar Kalidón. Allí nos entregamos a una cacería que resultó una magnífica exhibición de destreza. Hubo buena compañía y un festín opíparo. Pero no hay bien que dure cien años, pues allí mismo fuimos testigos de una discordia sangrienta en el palacio real. Como ocurre a menudo, sucumbió el mejor. Con todo, fue un espléndido festín de victoria para el joven Meleagro y la cazadora de largas piernas con la que compartió el premio; el conflicto vino después. Pero, con el tiempo, los rostros se han difuminado y cuando miro hacia atrás sólo veo a Píritoos.

He amado a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero nunca a un hombre. Lo mismo le ocurría a él, y nuestra amistad no alteró este hecho. No obstante, si empuñaba una lanza o una lira o montaba un carro, silbaba a un perro o cogía al vuelo la mirada de una mujer, siempre era el rostro de él lo que veía. En nuestra amistad había una especie de emulación, y nuestra fe se hallaba teñida de temor. Desde el día en que lo conocí, le habría confiado la mujer de mi corazón o dado sin reparos la espalda en un combate; la misma confianza sentía él hacia mí. Pero lo que él prefería en mí me llenaba de dudas.

De Kalidón, y apartándome cada vez más del camino de regreso a Atenas, fuimos al oeste, a Tesalia, en calidad de invitados de su padre. Viajamos a campo traviesa, con un puñado de hombres, pues los demás se habían marchado con las naves. Dijo que era para ganar tiempo, pero como pronto advertí, fue para satisfacer sus ansias de aventura. Y no nos faltó ocasión, pues varias veces topamos con lobos, ladrones y leopardos, por no hablar del frío que padecimos en las cumbres de las montañas. Una vez, recorriendo una senda tortuosa, cortada a pico sobre una garganta pavorosa, se nos echó encima un vendaval furioso que, trocando el desfiladero en una inmensa flauta de piedra, se puso a ulular estentóreamente. El dios de los vientos pretendía arrancarnos los escudos de las manos, y así habría ocurrido de no haberlos colocado en el suelo cubiertos de piedras. Uno de los lapitas desapareció arrastrado por el huracán.

Por fin llegamos a un punto desde el cual pudimos contemplar las llanuras de Tesalia, en las que la tierra fértil se extiende entre montes poblados de árboles. Los lapitas acamparon junto a un arroyo y oraron al dios de su rey; a continuación, se lavaron y peinaron, se rasuraron el labio superior y se recortaron la barba. Todo ello hizo que me parecieran más nobles y dignos; por lo menos demostraban que eran helenos en sus tres cuartas partes. Tras haber señalado nuestra presencia con fogatas, la guardia de palacio vino a nuestro encuentro. Fue entonces cuando advertí la verdadera riqueza lapita: no crecía en la tierra, sino que corría por encima de ella, como lo hace el trueno que tan grato es a Poseidón. Es la tierra de los grandes caballos que pueden llevar montado a un hombre.

En verdad, eran hermosos, rápidos y robustos, y sus largas crines semejaban las cabelleras de las doncellas. Llegué a creer lo que me había contado Píritoos acerca de que cuando las yeguas estaban en celo, el negro viento del norte de Tracia acudía bramando por los desfiladeros para cubrir las montañas. Montados en ellos fuimos hasta el río que corría por el fondo del valle. La corriente discurría a la sombra de abedules plateados. Desde allí, a través de las hojas tiernas, se divisaban, a gran distancia, las altas montañas. Sus laderas estaban cubiertas de bosques espesos y oscuros. Píritoos los llamaba «los bosques de los centauros».

Los lapitas son hábiles constructores de naves. La madera abunda en sus tierras, y con ella levantan sus casas, cuyos dinteles labran y pintan de rojo. El palacio de Larisa se alzaba sobre una colina, junto al río, en el centro de una de las llanuras más extensas. Allí, el padre de Píritoos nos recibió en la puerta del palacio. Me acogió con cortesía extrema, pero se mostró áspero y lacónico con su hijo. Cada vez que partía en busca de aventuras, el anciano lo imaginaba muerto; el recuerdo de sus zozobras pasadas avivaba su resentimiento presente. Arriba, en el aposento de Píritoos, vi la cama bien hecha, las lujosas colgaduras, y muestras evidentes de que durante su ausencia el aposento era cuidado con esmero y amor, como si estuviera ocupándolo.

Durante el tiempo que permanecí con él, Píritoos me mostró todos los juegos ecuestres de los lapitas: alancear un trofeo a galope tendido; recoger un anillo del suelo; correr de pie sobre la silla o disparar desde ella el arco pequeño típico del país. Mi amigo corría montado de pie sobre dos caballos, con un pie en cada uno. Su gente juraba que Zeus había tomado la

aparición de un semental para procrearlo. Montaba ya enormes caballos a una edad en que yo tenía que alzarme sobre la punta de mis pies para darles sal. Jamás conseguiría igualar su estilo, pero antes de mi partida deseaba competir con él. Cuando uno está acostumbrado a cabalgar toros, no resulta demasiado difícil mantenerse sobre un caballo. Antes de cederle la primacía me habría roto el cuello gustosamente.

En una ocasión su padre me llamó aparte y me habló de la ciencia de gobernar. Conversamos sobre nuestras leyes, opiniones y cosas semejantes. Luego me preguntó si yo podría lograr que Piritoos se preocupase de tales asuntos.

—Ya no es un muchacho —me dijo—; sin embargo, se conduce como si yo fuera a vivir eternamente.

Advertí que sus movimientos eran lentos y premiosos; tenía las mejillas hundidas y un aspecto demasiado macilento para un hombre que aún no había cumplido los sesenta años.

Más tarde, le dije a Piritoos:

—Tu padre está enfermo y lo sabe.

Frunció el entrecejo y respondió:

—Sí, querido, yo también lo he advertido. Desde que partí ha sufrido un notable cambio. Esta mañana he hablado con el médico. ¡Hablar y hablar! Cuando el cántaro suena es que está vacío. No hay nada que hacer. Me lo llevaré conmigo a la sierra.

Le pregunté si Apolo, el que todo lo cura, tenía allí un altar sanatorio. Él me miró un tanto avergonzado y me dijo:

—No, allá arriba sólo hay un médico de caballos al que acudimos cuando todo lo demás falla. Si quieres puedes venir. ¿Acaso no estás deseando ver un centauro?

Debí de manifestar extrañeza ante sus palabras. Cortó con su cuchillo una ramita (tomábamos el sol junto al río después de haber nadado un rato) y me dijo:

—A veces se encuentra a alguno que conoce las artes de la magia.

—En mi tierra —le dije—, la magia es cosa de mujeres.

—Pero éste es un país de caballos. Vosotros, los del sur, heredasteis las costumbres del Pueblo de la Costa, después de conquistarlo. Nosotros conservamos las de nuestros errabundos antepasados. Sí, querido, mi padre sabe muy bien el motivo de que yo sea un trotamundos; lo llevo en la sangre. Es la enfermedad lo que le tiene transido de angustia. ¿Sabes?, en esta tierra de caballos las mujeres son un impedimento, como el ganado. Para quienes no paran en un sitio representan un estorbo. A menos que pretendamos que empuñen las armas, como esas gatas salvajes, las amazonas...

Abrí la boca, pero pensé al instante que ya había hablado en exceso de la Corte del Toro y no quería parecer tedioso.

—También los centauros —continuó—, a su modo, son gentes de a caballo. He cazado por estos montes toda mi vida y apenas he atisbado el lomo de una mujer centauro. En cuanto advierten la presencia de gente extraña se guarecen en sus cuevas. Pero cuando iba a la escuela, por aquellos caminos...

Se interrumpió de pronto.

—¿Qué? —lo interpele.

Tomó aliento y dijo:

—Es costumbre entre nosotros, los que tenemos sangre real, antes del rito de la pubertad. Otras casas reales hacen lo mismo; en Fria y en Bicos, por ejemplo. Es nuestra consagración a Poseidón, el de los caballos. Él creó a los centauros. Según dicen los hizo antes de que Zeus los convirtiera en hombres verdaderos. Otros aseguran que fueron obtenidos, de casta equina, por los Titanes. Nosotros, los lapitas, somos dueños de los caballos, pero los centauros pertenecen a la misma casta y viven junto a ellos una vida salvaje. Se aparean desvergonzadamente con las yeguas a plena luz del día. Conocen la magia caballar, y en Tesalia ésta produce más efecto que los ensalmos de las mujeres.

—¿Cómo vivías allí?

—En los montes desnudos y en los huecos de las rocas. Si quiere convertirse en hombre, un muchacho tiene que curtirse. Cuando uno absorbe el veneno de las flechas, tiene que tenderse dentro de la caverna sagrada. No hay quien olvide semejante noche, ¡por Zeus! Los sueños...

Se tapó la boca dando a entender que le estaba vedado hablar del asunto.

—¿Veneno en las flechas? —pregunté.

—Sí, te lo administra el Viejo Manitas. No mata en el acto; por lo menos sobrevives durante siete años. Entonces tienes que tomar otra dosis que no te enferma como la primera. Ya lo verás por ti mismo.

Al alba del día siguiente, nos pusimos en camino; Piritos y yo a caballo, y el rey a lomos de una mula. Cruzamos tupidos bosquecillos de bayas y de madroños, en los que el rocío desprendido de la neblina de los montes humedecía nuestras rodillas desnudas; ascendimos por laderas cubiertas de arbustos, iluminadas ya por los primeros rayos del sol; nos adentramos en espesos pinares donde nos rodeó la oscuridad y el silencio, porque la alfombra de agujas de pino ahogaba las pisadas de nuestras monturas. La presencia invisible de las hamadriades que poblaban la tupida selva angustiaba nuestros ánimos. En ocasiones la hojarasca dificultaba nuestro paso, pero nunca lo suficientemente para impedirnos continuar. Aquí y allá se veían excrementos de caballos y huellas de pequeños cascos.

Incluso Piritos parecía impresionado. Cuando le pregunté si todavía teníamos que subir mucho para llegar a la morada del Viejo Manitas, tuvo un sobresalto y miró tras de sí.

—Aquí no lo llames de ese modo —dijo—. Es el mote que le pusimos cuando niños.

El rey nos seguía al paso lento de su montura. Mostraba el semblante de un hombre que renacía a la vida. Al iniciar el viaje tenía la cabeza hundida entre los hombros, pero ahora cabalgaba erguido y miraba y escuchaba con avidez; en una ocasión vi que sonreía.

El aire de las alturas se volvió sutil y estimulante. Nos hallábamos en medio de un chaparral sembrado de rocas grises y brezos. En torno a nosotros se extendía mucho espacio azul; a lo lejos se erguían montañas altas y escarpadas. En semejante lugar parecía lógico hallar a la Doncella Luna, deslumbrante como una llama quieta en su tremenda pureza, mirando de hito en hito a un león.

Piritos detuvo su montura.

—Debemos aguardar al mozo de caballos encargado de la acémila portadora de los regalos.

Así pues, esperamos, deleitándonos con el gorjeo de los pájaros apenas despiertos, el canto de la alondra y, más allá, una quietud profunda. Pasados unos instantes, tuve la sensación de que nos estaban observando. Pensé: «Si me vuelvo y no veo a nadie, el pánico se apoderará de mí». No obstante, me volví y, sobre un peñasco, vi a un rapazuelo, quieto como un gato adormilado bajo el sol, con la barbilla apoyada en las manos y los codos clavados en la piedra. Al advertir que había descubierto su presencia, se levantó de un salto y se llevó una mano a la frente, a modo de saludo. Iba cubierto con pieles de oveja, al modo de los pastores; iba descalzo y llevaba el pelo desgredado. Pero saludó al rey y a Piritos con reverencia cortesana, como si se hallara en palacio.

Piritos le hizo una señal y le preguntó si el sacerdote centauro estaba en la cueva. No lo llamó Viejo Manitas, sino que empleó el nombre de «centauro». La lengua que utilizó es tan antigua y tosca que a un heleno le resulta muy difícil forzar los labios para pronunciarla. Abundan en ella los sonidos raros e incluso gruñidos semejantes a los de un oso.

En un griego correcto, el muchacho le contestó que iría a ver. Echó a correr entre las rocas con la ligereza y agilidad de una cabra; lo seguimos. Hubo un momento en que mi caballo, después de olisquear el aire, lanzó un fortísimo relincho. Al doblar el recodo siguiente, vi algo que me hizo dar un respingo: un animal con cuatro patas y dos brazos.

Según todas las apariencias se trataba de un caballejo de áspero pelaje de cuyos hombros surgía un chiquillo de pelo alborotado. Eso fue lo que a primera vista me pareció. Al acercarme, vi que el animal pacía con la cabeza agachada, y que el niño, montado a horcajadas, tenía escondidos los pies sucios y morenos en el pelaje hirsuto del animal.

Nos recibió haciendo con la desaliñada mano la señal de saludo y homenaje propia de la guardia real. A continuación, espoleó su montura con la rodilla y siguió el camino del primer muchacho. Al instante volvió éste cabalgando sobre otro caballo que debía de tener, por lo menos, doce palmos de alzada. Pronunció de nuevo el nombre del centauro y dijo que se hallaba dentro de la cueva.

Mientras nos encaminábamos a ella le pregunté a Piritos de quién era hijo aquel muchacho.

—¡Quién sabe! —respondió—. Tal vez lo sea del gran rey de Micenas. Vienen aquí desde todas partes. Sólo el Viejo sabe quiénes son, hasta que sus padres acuden a recogerlos y llevárselos de nuevo a casa.

Le miré los pies: al igual que los muchachos, los llevaba hundidos en el largo y revuelto pelaje de su montura. Entonces lo imaginé con los alborotados cabellos negros cayendo sobre sus ojos verdes, viviendo en aquellos parajes como un zorro indómito. Pensé que además de la Corte del Toro había otras escuelas del mismo linaje. Sin duda era eso lo que nos había atraído mutuamente.

El sendero bordeó una loma. Tras ella se extendía un repecho tapizado de hierba, aliagas y zarzas, que terminaba en la pared vertical de un alto acantilado. En esta pared se abría una cueva.

Piritoos saltó a tierra y ayudó a su padre a descabargar. Entre ambos descargaron el serón que llevaba la acémila. Éstas y las demás monturas fueron apartadas de allí. Miré a mi alrededor y oí el sonido de un caramillo. Quien lo tocaba era un muchacho que estaba sentado debajo de un árbol, sobre una piedra lisa. Cuando lo apartó de sus labios, un canto extraño le respondió. Era el de una lira colgada de un árbol, que el viento hacía sonar suavemente. Al acercarme vi enroscada a una rama una larga, delgada y bruñida serpiente, que movía la cabeza al compás de la música. Traté de advertir al muchacho el peligro que corría, pero él meneó la cabeza, miró la serpiente, sonriendo, y me indicó, muy cortésmente, que permaneciera quieto.

Piritoos y su sirviente estaban desarrollando los presentes cuando me volví para mirar en dirección al acantilado. Dos hombres cabalgaban al pie del mismo, hacia la boca de la cueva. Los contemplé y me di cuenta de que no eran príncipes que vivieran una existencia dura y sacrificada sino, sencillamente, centauros.

Iban cubiertos tan sólo por un trozo de piel de cabra, aunque en un primer momento me pareció que iban completamente vestidos, tan espeso era el vello que cubría sus cuerpos casi por completo. Los dorsos de sus largos brazos y de sus piernas eran tan peludos como las panzas de sus potros salvajes, en cuyo pelaje hundían los pies. Aquellos caballos eran bestias tan salvajes como los muchachos con los que habíamos topado, pero con cernejas recias y espesas y un aspecto difícil de calificar: podría decirse que era insolente y procaz. Si se trataba de servidores, lo eran del modo en que puede serlo un chacal respecto del león. Algo así como un toma y daca regido por la conveniencia. Observé que los hombres se apeaban dejando a sus monturas libres de vagar a sus anchas.

Los hombres se acercaron llevando bultos en los brazos. Su frente era estrecha y su nariz ancha y plana. Como si todo el pelo lo hubieran reservado para sus hombros y espaldas, sólo unas pocas hebras ralas adornaban sus barbillas deprimidas. Con todo y ser bravíos y agrestes como el terreno que los rodeaba, manifestaban respeto por encontrarse en lugar tan sagrado. Interrumpieron sus gruñidos y voces ásperas y se encaminaron rumbo a la cueva como perros de caza atados en trailla. Allí se agacharon y depositaron su carga junto a la entrada. Vi que, antes de irse, cada uno de ellos cogía un puñado de tierra y se frotaba la frente.

Entre tanto, Piritoos estuvo atareado con sus propios presentes: una piel de carnero teñida de escarlata, una jarra decorada llena de miel y una bolsa de malla para guardar hierbas. Me hizo señas para que fuera con ellos a la cueva. El enfermo estaba ahora muy débil y necesitaba mi ayuda para transportar los presentes hasta la boca de la cueva. Ya cerca de ella oí un grito agudo y vi lo que habían dejado los centauros: un panal lleno de miel virgen y un niño. Era un niño centauro, con los ojos tan arrugados como los de un viejo. Estaba envuelto en un trozo de piel de gato; tenía las rodillas dobladas como si le doliera el vientre.

Piritoos depositó sus presentes sobre las rocas, al lado del panal. El anciano rey avanzó mientras movía la cabeza como si dijera: «Ya podéis iros». Luego se tendió sobre la hierba que tapizaba la boca de la cueva, cerca del niño.

Piritoos y yo esperamos entre las rocas. El servidor había penetrado en la cueva. Transcurrió algún tiempo. El rey se relajó tanto que parecía dormir. Reinaba una gran quietud sólo interrumpida por el lloriqueo del niño, las abejas que zumbaban entre los brezos y el chiquillo que tocaba el caramillo a dúo con el arpa eólica para los oídos extasiados de la serpiente.

Algo pareció moverse dentro de la cueva, y en seguida apareció un hombre; se trataba de un centauro. Por lo que me habían contado pensé que tendría algo de sangre helena en las venas. Pero era un centauro de los pies a la cabeza, gris y viejo. Se detuvo unos instantes en la boca de la cueva y vi que olisqueaba el aire como un perro que hubiera permanecido

durante mucho tiempo encerrado en algún sitio, con los ojos dirigidos hacia donde apuntaba su nariz. Primero se acercó al niño. Lo levantó, le olió la cabeza y la rabadilla y le pasó la mano por el vientre. El pequeño dejó de llorar y entonces el centauro lo tendió a su lado.

Observé detenidamente su rostro. Fuera cual fuere la forma salvaje que adoptó su dios tutelar para procrearlo, había en él algo divino. Se advertía en sus ojos. Eran oscuros y tristes, recordaban épocas remotas de la tierra, antes de que Zeus reinase en el cielo.

El rey enfermo, tendido en la hierba, alzó la mano a modo de saludo. No hizo ningún otro movimiento: como un sacerdote frente a otro sacerdote, esperó pacientemente todo el tiempo que el centauro creyera conveniente. Asintió éste con gravedad, rascándose mientras lo hacía, sin que ello, al parecer, menoscabara su dignidad. En tal momento ciertas notas del caramillo hicieron que le prestase atención; se dirigió entonces hacia el muchacho, le sacó el caramillo y arrancó de él unos acordes. Oí que desde la espesura un pájaro le respondía. El muchacho le dijo algo y él le contestó. No supe en qué lenguaje se expresaban, pero el muchacho parecía muy tranquilo. Llegué a comprender la tristeza del viejo centauro. Había brotado de la tierra antes que todas las gentes que temían su sabiduría y no lo comprendían, de forma que su única compañía eran los niños que bajaban de la montaña para hacerse hombres y luego olvidaban sus consejos o se avergonzaban de ellos. «Un viejo médico de caballos —dirían— que nos libraba del veneno de las flechas.»

Pero cuando el temor a la enfermedad o la muerte los volvía a la infancia, entonces lo recordaban.

Se acercó al rey con sus piernas cortas y arqueadas; de cuclillas junto a él, escuchó sus palabras. A continuación, manteniéndose sobre sus manos y rodillas, lo olió por todas partes, pegó su oreja pequeña y redonda a su pecho y palpó su vientre, primero dándole masajes con firmeza, y luego, cuando el paciente se estremeció, acariciándolo como a un caballo. De repente, lo dejó y entró en la cueva llevando en sus brazos al niño centauro.

Al cabo de unos instantes, volvió con una taza de barro que contenía una poción. Una vez que el rey la hubo bebido, se sentó a su lado y durante un buen espacio de tiempo cantó suavemente. Ignoro a qué dios centauro invocó; era como una salmodia lenta y profunda que brotaba de su ancho pecho. Mezclada a ella se oían los sonos del caramillo del muchacho, los del viento en la lira y el chirriar de las cigarras. El conjunto evocaba la voz de la montaña. Finalmente, todo terminó: el rey le dio la mano al centauro y luego se apartó de él. Aunque su paso no era más firme que antes, se había operado en él un cambio profundo. Tenía el aspecto de un hombre reconciliado con su destino.

Piritoos lo miró durante unos instantes y a continuación subió la rampa que conducía a la cueva. El centauro acudió a su encuentro y ambos se pusieron a hablar. Vi que el Viejo Manitas lo observaba con atención, tal vez para fijar en su mente el recuerdo del niño que antaño había sido. Cuando se separaron, Piritoos alzó la mano, como es costumbre entre hombres que hacen un pacto. Durante todo el camino de regreso a casa permaneció en silencio. Pero por la noche, cuando estuvimos solos y el vino desató nuestras lenguas, le pregunté qué promesa había hecho. Fijó sus ojos en mí y dijo:

—Me hizo prometerle que cuando yo fuera rey sería bueno con su pueblo.

Los atenienses acogieron con gran júbilo mi regreso. Dijérase que, como las mujeres, me querían más a causa de mis infidelidades. Habían aplazado sus disputas y rencillas en espera de que yo las resolviera. Una vez dirimidas sus discordias y comprobado que seguían satisfechos de mi gobierno, me envalentoné y puse en práctica mis planes. Proyecté un gran festival, completamente ático, para el mes de las cosechas. Los sacerdotes de las diosas de todos los altares, fuera cual fuera el nombre por el cual eran invocadas, fueron invitados al sacrificio; se celebrarían juegos en su honor, a ellos podrían concurrir los jóvenes protegidos por una tregua sagrada y olvidar sus discordias. Los jefes tribales, que eran pastores de su pueblo ante los dioses, serían invitados también como huéspedes de honor.

Hasta ese momento, jamás se me había ocurrido que pudiera ser sacerdote al mismo tiempo que rey. Poseidón había sido muy bueno conmigo dándome poder para presagiar el terremoto, cualidad común en los perros y en los pájaros, pero que, entre los hombres, sólo poseen quienes tienen la sangre del linaje de Pelope. Siempre le prestaba oídos y desempeñaba con respecto a otras deidades los deberes prescritos. Pero reconciliar los ritos de tantas deidades celosas venía a ser como un juicio en el que un veredicto injusto podría provocar una guerra de diez años. Una noche soñé que todas acudían en mi presencia, se despojaban de sus sagradas vestiduras y aparecían tan desnudas como cuando salieron del vientre de sus madres. Mi destino era conceder un premio a la más hermosa y ser maldecido por todas las demás.

Este sueño me trastornó tanto que me levanté en medio de la noche y vertí aceite y vino en el ara de Atenea. Su altar se hallaba sumido en penumbra. En la mano de la sacerdotisa, a quien arranqué del sueño, tembló la llama de la lámpara. El rostro de la diosa, ensombrecido por el casco, parecía moverse como el de una muchacha orgullosa y tímida que dice: «¡Tal vez!». Luego regresé a mi lecho, y me dormí apaciblemente. Al día siguiente, cuando me reuní con los sacerdotes y los reyes para planear el festival, no me fue difícil obtener su aprobación.

Tuve la impresión de que a la diosa le complació la ofrenda. El festín y los juegos transcurrieron como si fuera su mano la que dirigiera nuestros movimientos. Los ancianos afirmaron que en ningún relato de sus antepasados se hacía mención de un esplendor semejante. La fortuna se puso de nuestra parte: un tiempo ideal, cosechas excelentes y ninguna discordia o conflicto entre los presentes, augurios magníficos en los sacrificios y, en los juegos, lides sin encono en las que los vencedores ganaban limpiamente. La gente se mostraba encantada; los jóvenes y las doncellas lucían el esplendor de su belleza, los cantos eran melódicos y sinceros. Cuando me levanté para conceder el premio a la lucha, un himno brotó de todas las gargantas de los presentes; era tan espontáneo y vibrante como si hubiesen visto a un dios único, y yo pensé: «Recuerda que eres mortal». La fortuna me sonreía; con el festival logré que Ática entera y Eleusis formaran un solo reino con una legislación única. Los señores, los artesanos y los campesinos integraron sus dioses a los nuestros, añadiendo, si así lo preferían, el nombre que tenían en su propio lar. Por fin habían comprendido que aquello significaba el final de la guerra en Ática; que cualquier hombre, a menos que hubiese matado con su propia mano y no hubiera pagado el precio de la sangre, podría pasar tranquilamente por delante de la casa del vecino sin necesidad de llevar armas.

Poco tiempo después del festival cabalgué hasta Kolonos para recibir los presagios de Poseidón.

Era un hermoso lugar, no lejos de la ciudadela, poblado de viñedos y de olivos; los jóvenes enamorados iban a él para escuchar el canto del ruiseñor. La cima era el lugar sagrado consagrado a Poseidón Hippios; incluso en aquellos días la gente lo respetaba. Nada había en él de particular, salvo peñascos y rocas deshechas, y algún que otro bosquecillo de abetos. Pero si uno permanecía en la cumbre y miraba hacia abajo podía ver una depresión llana y circular, como si una enorme herradura hubiera hollado el suelo, y larga como el alcance de una piedra arrojada por un muchacho.

Me atrevo a presumir que mil años antes el dios de los caballos había estampado allí su planta. La maleza y las zarzas habían crecido sobre ella, el altar era pequeño y el sacerdote a su cuidado rechoncho y soñoliento. La última vez que estuve allí me indigné al ver lo descuidado que se encontraba el lugar, pues el dios estaba, ciertamente, presente en el mismo. Cuando llegué a la cumbre me invadió una gran desazón, como si un gato me recorriera el espinazo. Le pregunté al sacerdote si también él sentía algo semejante, y me

respondió que así era, en efecto; supe que mentía, pero no pude demostrarlo. El dios que hacía temblar la tierra lo probó aquel mismo año. No fue muy fuerte la sacudida, pero la casa del sacerdote se vino abajo y éste murió aplastado entre los escombros. Las gentes del lugar casi enloquecieron de espanto y enviaron un heraldo suplicándome que apaciguara al dios.

Me encaminé al lugar en un carro tirado por tres caballos y acompañado por una guardia montada. A fin de honrar al Padre de los Corceles, había elegido los caballos entre los más hermosos. Los que arrastraban mi carro iban tocados con plumas rojas, y sus colas estaban primorosamente trenzadas. Todos los demás caballos iban magníficamente enjaezados. Llevamos con nosotros al más hermoso semental de mi manada, coronado para el sacrificio. Pero el dios había decidido otra cosa.

Al acercarme al lugar, busqué con la mirada a las gentes que habían solicitado mi presencia. El sendero estaba vacío. Se veía por doquier el rastro de la cólera del dios; me sentí inquieto y me pregunté si habría descargado ya su cólera. Amyntor se adelantó para averiguarlo, pero le ordené que retrocediera. A mis oídos llegaban voces y gritos lejanos, y el gemido angustioso de una mujer. Me sentía extremadamente disgustado y quería averiguar personalmente qué ocurría. Así pues, detuve la columna, me apeé y comencé a caminar con la única compañía de una guardia de cuatro hombres.

Al acercarme al lugar de donde procedían las voces, oí la de una mujer que pedía clemencia, entrecortada por los golpes que se daba en el pecho. Oíanse maldiciones y blasfemias y un sordo rumor como de pedradas. Cuando llegué al borde del promontorio, pude ver lo que ocurría: los vecinos del lugar estaban lapidando a un hombre. Éste, agachado, se cubría el rostro con las manos; tenía los cabellos blancos manchados de sangre. La mujer, todavía joven, forcejeaba para correr en auxilio del hombre, implorando que perdonaran a su padre, pues ya había sufrido bastante. Cuando, a empellones, la hicieron retroceder, lanzó un alarido y se puso a invocar a Poseidón. En ese momento avancé unos pasos y solté un grito imperioso; todos se volvieron hacia mí, jadeantes, dejando caer las piedras que llevaban en las manos.

La mujer se acercó sollozando hacia mí, corriendo y tropezando entre las vides; su vestido estaba hecho jirones y cubierto de sangre por las heridas que ella, en el paroxismo de su desesperación, se había infligido en el pecho. Aparentaba más edad de la que en realidad tenía, como suele ocurrir entre las campesinas; la vida dura y las penalidades habían ajado su rostro. Se echó a mis pies y, abrazándose a mis rodillas, las besó. Su rostro, de rasgos nobles, estaba cubierto de polvo y bañado en lágrimas. Lo tomé entre mis manos, laforcé a mirarme, y le pregunté de qué acusaban a su padre. Pero el jefe de la aldea se adelantó y dijo que aquel impío había mancillado el altar de Poseidón tocándolo con sus manos antes de que el dios que hace temblar la tierra aplacara su cólera, a fin de que la muerte cayera sobre todos ellos. Mientras tanto, el anciano lapidado, al oír que hablábamos de él, se enderezó sobre sus rodillas. Extendió las manos buscando, supuse, a la muchacha. Advertí entonces que era ciego.

—Anda, ve junto a él —dije a la joven y alcé mi mano para que los hombres retrocedieran.

Se aproximó a su padre, le ayudó a incorporarse y, tras ponerle el bastón en la mano, lo condujo hasta mí. Estaba cubierto de sangre, pero me pareció que no tenía ningún hueso roto. Por su modo de andar adiviné que hacía ya mucho tiempo que estaba ciego. La muchacha le susurró unas palabras al oído, diciéndole quién era yo. Volvió la cabeza hacia mí y un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, pues el rostro de aquel hombre era el del mismísimo Hado. Más allá de todo dolor, más allá de toda desesperación, con la esperanza y el temor olvidados, como se olvida la leche que uno tomó en la primera infancia.

Caminaba apoyado en la muchacha y golpeando reciamente el suelo con la punta de su bastón. Llevaba una túnica corta, como de viaje, destrozada y llena de sangre. La lana era fina y la oria estaba bien dibujada. Era la clase de prenda que refleja la destreza y el esfuerzo de la mujer que la tejió. Su cinturón era de cuero repujado y en otro tiempo debió de estar tachonado con clavos de oro. Todavía podían verse los agujeros. Mis ojos bajaron en busca de sus sandalias, pero iba descalzo. Sus pies eran fuertes y nudosos. Sin duda habían recorrido enormes distancias, pues estaban retorcidos como la madera de un árbol al que hubieran claveteado una y otra vez para seguir creciendo a pesar de las heridas. Entonces supe quién era.

Se me erizó el cabello. Mi mano trazó maquinalmente el signo que conjura los malos espíritus. Sus párpados hundidos se agitaron como si viera.

—Tú eres Edipo —dije— y fuiste, en un tiempo, rey de Tebas.

Hincó una rodilla en tierra; advertí en el movimiento una rigidez que no se debía únicamente a sus articulaciones. Dejé que se arrodillara, porque sabía que no sería adecuado de mi parte decirle que se levantara sin ayudarlo a hacerlo, pero no encontraba modo de que mis manos me obedecieran.

Cuando el pueblo de Kolonos advirtió que no me atrevía a tocar a aquel anciano, fue como si alguien abriera la puerta de su casa a una manada de lobos hambrientos. Aullando y gesticulando, cogieron de nuevo las piedras que habían arrojado al suelo y avanzaron hacia el anciano. Parecían danzar sobre sus patas traseras y esperar que yo cogiera a Edipo y lo arrojara como un trozo de carroña a sus abiertas fauces.

—¡Atrás! —grité.

Me inspiraban más asco que el hombre arrodillado ante mí. Me incliné, pues, y lo cogí en mis brazos. Advertí que su carne flaca y sus huesos viejos eran como los de cualquier otro humano; en suma, no era más que un ser abrumado por el dolor.

La mujer dejó de gemir y se puso a llorar mansamente, tapándose los ojos con las manos para ocultar sus sentimientos. El anciano permaneció ante mí, enderezando un tanto la cabeza, como si los ojos de su mente percibieran a un hombre más alto que él. Ahora reinaba el silencio, podía oír el susurro ahogado de la gente murmurando que ni siquiera un rey podía tentar impunemente a los dioses.

Kolonos de los Caballos siempre fue, a pesar de su enorme belleza, un lugar ingrato para mí. Aquel día, como ya dije, tuve el presentimiento de que estaba gestándose, en las alturas o en las profundidades de la tierra, un acontecimiento luctuoso. De repente, la ira que se había ido acumulando dentro de mí rompió todos los diques. Me volví hacia la chusma y grité:

—¡Silencio! ¿Qué sois? ¿Hombres, jabalíes, lobos o chacales? Os digo que, según manda la ley de Zeus, hay que ser misericordioso con los que imploran misericordia. Y si no queréis hacerlo por temor al cielo, ¡lo haréis por temor a mí! ¡Os lo juro por la cabeza de mi padre Poseidón!

Los murmullos fueron apagándose y dieron paso a un siseo imperceptible. El jefe de la aldea avanzó hacia mí, lloriqueando. A pesar de estar dominado por la ira y el temor que me inspiraba el lugar, me sentí desazonado e inquieto, como si el dedo de dios apretase mi cuello.

—Tomo a este hombre bajo mi protección —dije—. Ponedle una mano encima o lapidado y atraeréis sobre vuestras cabezas la cólera de Poseidón. ¡Os maldeciré en su nombre!

Entonces me sentí invadido por una fuerza extraña emanada de la tierra; dentro de mí tenía el Poder. El canto de un pájaro rompió el silencio.

—Retiraos —dije— y a su debido tiempo le pediré a Poseidón que sea clemente con vosotros. Ahora dejadme que hable a solas con este hombre y esta mujer.

Se alejaron. No pude seguir mirando a la joven. Estuve a punto de decir: «Con este hombre y su hija», cuando recordé que era también su hermana, nacida de la misma matriz.

La muchacha se quitó el pañuelo que ceñía su cabeza y restañó con él una herida del anciano; observé que era hija de su corazón y fiel a la memoria de su infancia. Era el momento de saludarlo con palabras que su estirpe merecía. Pero no podía decirle: «Edipo, hijo de Laios», puesto que había matado a Laios con sus propias manos.

Por lo tanto, dije:

—Bienvenido seas a esta tierra. Los hombres deben caminar con cuidado por los lugares que fueron azotados por los dioses. Perdóname por lo que te han hecho estos hombres a los que no pude enseñar mejor. Tendré que enmendarlos. Pero antes tengo que hacer un sacrificio, pues así lo indican los presagios.

Pensé que, antes que nada, tendría que bañarme para purificarme.

Por primera vez, Edipo habló. Su voz era profunda, más joven y firme que su cuerpo.

—Percibo el contacto del que fue engendrado por un dios, el guía que me fue prometido.

—Primero, descansa y come —le dije—. Luego haré lo preciso para que cruces Ática sano y salvo.

—Descansaré aquí —respondió.

Lo miré y, chasqueando los dedos, llamé a los hombres que llevaban el vino al sacrificio. Edipo se había puesto blanco como el yeso; pensé que iba a morir. Mi copero se echó a

temblar de tal forma que tuve que arrebatarme la copa de la mano. Después de beber el vino, el anciano pareció más animado, pero tuve, no obstante, que sostenerlo para que no cayera. Algunos de mis hombres se ofrecieron para ayudarme, pero sus rostros estaban contraídos, como si se vieran obligados a tocar un áspid o una araña venenosa, por lo que rechacé su ayuda.

Cerca había una piedra grande y lisa, que en otros tiempos debió de servir para señalar algún límite de tierras. Le hice sentar en ella, a mi lado.

Lanzó un hondo suspiro y se enderezó.

—Un vino fuerte y a la vez delicado. Tebas no puede ni siquiera igualar el vino de Ática. —Usaba ahora el lenguaje de los reyes anfitriones. Hasta ese momento, el temor que sentía había contenido mis lágrimas—. Engendro de un dios —dijo—, déjame que reconozca tu rostro.

Cuando alzó su mano, percibió la sangre y el polvo que la cubrían y, antes de llevarla a mi rostro, la limpió con el borde de su túnica.

—El domador de toros, el matador del Minotauro. Y la estampa de un joven danzarín. En verdad, los dioses están aquí. —Su mano recorrió mi rostro y se posó en mis párpados—. El hijo del dios llora —dijo.

No contesté. Mis hombres se hallaban a mi lado y tenía que guardar el debido decoro—. Hijo de Poseidón, no pretendo abrumarte con mi pesadumbre, sólo quiero darte mi bendición. Por fin he hallado la señal tan largamente esperada. Estoy aquí para ofrendarte mi muerte.

Permanecí en silencio. ¿Cómo podía uno desearle una vida más larga o una mejor fortuna? Lo hecho, hecho estaba. Y aunque me compadecía de él, porque no era de piedra, no quería sus huesos en Ática. Las Furias siguen a tales hombres como enjambres de moscas tras un trozo de carne podrida. Como si hubiera adivinado mis pensamientos, declaró:

—Están aquí. Pero están en paz conmigo.

Ciertamente, el aire era suave y placentero; podía percibirse el olor de las uvas maduras. Era de la tierra de donde procedía la salmodia. Eso lo sabía yo de mucho tiempo atrás: en Kolonos, el que hace temblar la tierra siempre parecía musitar debajo del suelo. Sin ningún género de duda estaba encolerizado y podía perder de un momento a otro la paciencia. Me parecía que no era ese un presente que le fuera grato.

—¿Por qué hablar de muerte? —le dije—. Pese a lo que estos palurdos te hayan hecho, no estás herido mortalmente. Estás enfermo y, sencillamente, la presientes, o tal vez la reclames. En verdad, tú, más que nadie, tienes derecho a hacerlo. Pero sangre como la tuya atrae la mala suerte. Vamos, saca fuerzas de flaqueza, tu corazón ha soportado pruebas más penosas.

Sacudió la cabeza y luego hizo una pausa como si dijera: «¿Podrá comprender?». Pensé en sus grandes dolores y esperé humildemente como un niño delante de un hombre.

—A ti puedo hablarte —dijo finalmente—. Fuiste a Creta a lidiar toros por los atenienses. A buen seguro que tenías el signo del sacrificio.

Hice un ademán de asentimiento, pero recordé y dije:

—Sí.

Llevó su mano a la frente ensangrentada y alzó los dedos húmedos.

—Esta sangre viene de Cadmos y Harmonia: el linaje de Zeus, el linaje de Afrodita. También conozco la virtud de la muerte ofrendada. Cuando la plaga azotó Tebas, sólo esperé la decisión de los augurios. Envié heraldos a Delfos convencido de que el oráculo diría: «El rey debe morir». Pero la palabra de Apolo se limitó a recordar lo impuro. Así, pues, comencé a andar paso a paso a través de las tinieblas, por el camino que me lleva hacia mí mismo.

A continuación hubo un silencio, el silencio de un pozo sin fondo al que se arroja una piedra.

—El pasado es el pasado. No te lamentos inútilmente.

Extendió su mano sobre la mía e inclinó el cuerpo hacia delante como si fuera a revelarme algún secreto.

—Cuando tenía riquezas y me sonreía la fortuna, hubiera muerto de buena gana. No obstante, seguí viviendo. Me han echado de las aldeas, azuzado los perros contra mí; en el rigor de la noche olía el rastro dejado por un zorro en su carrera hacia su madriguera y dormía con una piedra por almohada, perseguido, entre sueño y sueño, por las Hijas de la Noche. Sin

embargo, yo, que habría muerto gustosamente por los tebanos, no pude hacerlo por mi propia mano. ¿Por qué, Teseo? ¿Por qué?

No le respondí que los pordioseros aman más la vida que los reyes.

—Todas las cosas pasan y, con paciencia, se alcanzan días mejores.

—Ahora conozco el motivo. Esperé a las Bien Nacidas. Cuando uno ha pagado su deuda, no reclaman más. Si todavía queda algo, lo retienen en depósito a favor de uno. Durante este último año, mi dolor ha sido como agua estancada en el fondo de una cisterna y no como torrencial que lo deja a uno empapado. Pensé que finalmente moriría como un gorrión en invierno, que cae en las tinieblas desde el matorral y es devorado por las hormigas. Pero la cuenta ha aumentado. El poder regio está nuevamente junto a mí. Tengo una muerte que ofrendar.

Entretanto, la muchacha se había peinado y reparado en lo posible los destrozos de su vestido. Se acercó a nosotros y se sentó en el suelo. Adiviné su deseo de escuchar lo que el anciano decía; pero éste bajó la voz y no creí necesario interpedarla para que se apartase.

—¿Sabes, Teseo, que los ciegos ven en sueños? ¡Oh, sí, sí! No lo olvides; los jóvenes lo ignoran. Cuando por la noche te quites la túnica, recuerda que, a pesar de la penumbra, tus ojos volverán a ver y ni el fuego ni el bronce te servirán de nada. Las Solemnes me llevaron a un lugar en el que vería lo que debía ver. Regresé a él, pero todo era quietud y silencio. Barrieron el suelo con escobas y luego se sentaron como grises piedras recubiertas de telarañas. Primero el ambiente parecía lleno de neblina; luego se inició una clara oscuridad, algo así como el atisbo de una llama. Su brillo me permitía ver a Apolo, desnudo como un rayo de luz, contemplándome con sus grandes ojos, azules como el cielo que se mira en el mar. Pensé que, siendo yo impuro, debía apartarme de su presencia; pero él, puro en su fuego no mostró ira alguna; no sentí temor. Alzó la mano: las Solemnes dormían profundamente, como duermen las viejas piedras de las cuevas aunque el sol penetre en ellas a raudales. Entonces el dios abrió los labios para decir: «Edipo, concómete a ti mismo y dime qué eres». Me abismé en mis pensamienros. Recordé que había afrontado una situación semejante en el Lugar de la Ordalia dedicado a la Esfinge. Y ahondando en mis recuerdos supe que la respuesta era la misma. Dije: «Mi señor... sólo soy un hombre». El que deshace las tinieblas me sonrió. Su luz penetró en mi cuerpo como si me hubiera vuelto de cristal. «Ven —dijo—, puesto que por fin has alcanzado la edad viril. Haz lo que debes y entrega tu ofrenda.» Yo sabía que en la cueva había un altar de piedra; estaba limpio de sangre y cubierto de hojas de laurel. Subí a él y la primera de las Solemnes me siguió con unas tijeras, como una vieja sacerdotisa de rostro bondadoso. Cortó el rizo que me caía sobre la frente y lo depositó sobre el altar. Advertí que mis cabellos volvían a ser tan rojos como cuando niño.

Edipo cruzó las manos sobre el regazo y alzó la frente. Permanecí en silencio, por temor a que mis palabras lo devolvieran a las tinieblas. De repente se enderezó.

—¡Antígona! —llamó, en el tono de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

La muchacha se acercó. Su actitud semejaba la de un perro que observa en la casa una agitación cuya causa desconoce, un perro lento a la hora de comprender, pero leal; la clase de perro que se tiene sobre una tumba hasta morir. Tendió el brazo para que el anciano apoyara en él su mano. Hablaron entre sí unos instantes. Hubiera podido oír sus palabras, pero no lo hice, pues en cuanto logré recapacitar, comprendí por qué mi frente se ponía tensa, sentía un nudo en las entrañas, y el cloqueo de las gallinas penetraba en mi cabeza como delgadas agujas. Si un niño hubiese dado una palmada detrás de mí me habría hecho brincar. Tuve la sensación de que una fría serpiente se enroscaba en mi interior. Miré los olivos de la apacible Kolonos: los pajarillos levantaban el vuelo asustados y se dispersaban piando. La ira de Poseidón, el hacedor de terremotos, estaba a punto de desatarse y sacudir la tierra.

Miré a mi alrededor: el anciano hablaba con la muchacha, mi guardia bostezaba, ociosa, y más allá de las viñas, los aldeanos mantenían una actitud expectante. Cuando recibo el aviso, hiervo de indignación al ver cuán impasible se muestra la gente que me rodea, mientras yo, que afronté peligros que les habrían hecho enloquecer de espanto, sufro sudores de muerte. Pero tanto el goce como el sufrimiento son privativos de los dioses, y uno debe atenerse a sus consecuencia. Por consiguiente, permanecí inmóvil e hice señas a los kolonianos. Se acercaron esperanzados, después de recoger nuevamente las piedras.

—¡Quietos! —les dije—. He recibido un aviso de Poseidón. No tardará en descargar el golpe. ¿Qué otra cosa merecís quienes lapidáis a los que vienen a implorar ante su ara?

Al oír mis palabras no dejaron caer las piedras, sino que se agacharon y las depositaron sobre el suelo como si se tratara de frágiles huevos. Les señalé el pie de la colina y se encaminaron de puntillas hacia allí. Me habría echado a reír a carcajadas si no me hubiese sentido tan indispuerto.

Amyntor, que comprendió lo que ocurría, me dijo en voz baja:

—He cuidado de todo, caballos y guardia. Puedes retirarte a descansar.

—Está bien —contesté—, pero primero tenemos que atender a nuestro huésped.

Me volví a Edipo.

—Ven. Ha llegado el momento —dije.

Así era. Me costó un gran esfuerzo conseguir que mi voz no temblara.

Edipo besó a la muchacha en la frente, luego echó a andar monte abajo, como un perro obediente al que mandan a casa y, asiendo mi brazo con sus fuertes dedos, que parecían dotados de vista, me dijo:

—Hijo de Poseidón, si tu padre está preparado, también lo estoy yo. Llévame hasta donde se abra una puerta, y ofrécame al dios.

Contemplé sus ojos vacíos. Cuando comprendí su mensaje, de buena gana habría echado a correr como un caballo cuando ve un bosque incendiado. Toda mi vida, cuando me asaltaba el presentimiento del terremoto, forzaba mi voluntad para dar el aviso antes de ponerme a salvo. Sentí que se me erizaba el vello. No alcanzaba a adivinar qué quería Poseidón de mí. Luego pensé: «Pero sí lo sabe el dios». De seguro que esa temible cosa era un mensaje suyo. No podía proceder de un hombre. Si me dejaba arrastrar por el miedo, el poder de Poseidón me abandonaría. Dije a Amyntor:

—Llévame a los hombres, reúnelos al pie de la colina y espera allí. —Me miró fijamente. Debió de parecerle que estaba enfermo—. Vete —le dije, recordando cuán excelente hombre era; de lo contrario, no habría vacilado en azotarlo—. Debo hacerlo por el dios.

Amyntor me cogió una mano y la apoyó en su frente; luego tomó el mando de la guardia y todos abandonaron el lugar. Me encontré a solas con Edipo, el Maldito, mientras el aire inmóvil se cernía como plomo sobre las quietas copas de los árboles; las abejas permanecían en silencio y los pájaros se ocultaban, acobardados, en el ramaje.

Edipo me apretó los dedos, preguntando adónde iríamos.

—Calla —repliqué. El menor ruido me estremecía y me revolvía el estómago—. Espera. Aún no lo sé.

Sentía verdaderas ansias de echar a correr. Pensé: «¿Hacia dónde deseo correr?». Y, lentamente, como un buey al que llevan al sacrificio, emprendí la marcha en sentido contrario. Sabía hacia dónde me dirigían mis pasos: a un lugar abrupto, cubierto de brezos. Entonces, el terror que invadió mi corazón me hizo comprender que era aquél el sitio indicado.

El anciano ciego me siguió tanteando el suelo con el bastón. Lo conduje entre las hileras de vides, ladera arriba, hacia su destino. A cada paso crecía mi turbación. En mis sienes sentía un martilleo más acelerado que el palpar de mi corazón, y un invencible temor me erizaba el vello de todo el cuerpo. Me guiaba como un perro que olisquea el olor del miedo.

Cuando alcanzamos el desolado pedregal, Edipo deslizó sus dedos desde mi muñeca a mi mano. La suya era cálida y estaba seca.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó amablemente, aunque su voz me retumbó en los oídos—. ¿Estás enfermo o te duele algo?

Nadie puede alardear cuando siente en la nuca el hálito de un dios.

—Tengo miedo —dije—. Nos estamos acercando. —El anciano me apretó la mano cariñosamente. No advertí miedo en él, pues era un sentimiento que había superado hacía mucho tiempo—. Es efecto del aviso —expliqué—. Cuando el dios hable, pasará.

Muy cerca, frente a nosotros, se veían los riscos cubiertos de brezos. Hubiera contemplado con mayor tranquilidad mi propia tumba. La idea de morir jamás me había asustado demasiado. Me habían educado en la idea de que debía estar preparado para que el dios reclamara su sacrificio cuando le viniese en gana. Mi temor no se debía a algo definido; de ser así no lo habría sentido. Simplemente era puro temor, como una fiebre abrasadora que produce escalofríos. La voz del anciano ya no me irritaba. Incluso podía decirse que me reconfortaba.

—Tú eres el heredero de mi muerte —exclamó—. No puedo ofrecerla a mi pueblo. Nuestro linaje fue destinado a ser la maldición de Tebas. El cielo ha querido que mis hijos sean

estériles. —Había odio en sus palabras; por un momento me lo imaginé en toda su plenitud: un hombre vigoroso con ojos fieros y pálidos. Pero el repentino fulgor se apagó tan pronto como surgió—. A ti, Teseo, y a tu pueblo, ofrezco mi muerte y mi bendición.

—Pero te lapidaron frente al altar —murmuré.

—¿Por qué no habrían de hacerlo? —arguyó tranquilo y sosegado—, maté a mi propio padre.

Nos hallábamos ya entre los riscos. Los sorteó casi sin mi ayuda, como si poseyera la facultad de percibirlos antes de tocarlos. Invaso de un nuevo temor que se aferraba a mis entrañas, me aparté del anciano y caminé unos instantes a su lado. De pronto, me sentí aliviado, como si me hubiera quitado de encima un peso tremendo, pero al cabo de un momento, volví a cogerlo del brazo y lo conduje a un lugar despejado.

—Fuiste esclavo del destino —le dije—. Todo cuanto hiciste fue por ignorancia. Otros hombres obraron peor a un coste menor.

Sonrió. Su sonrisa me heló la sangre.

—Eso dije siempre, hasta que me hice hombre.

Habíamos alcanzado el borde de la hendidura en forma de casco de caballo. El miedo me advertía: «¡Está en cualquier sitio menos aquí!». Sentía como si mi cabeza se vaciara y flotara en el aire; las mujeres dicen que experimentan una sensación parecida antes de desmayarse. Pensé: «Ya no puedo más. El dios me protegerá o me abandonará, estoy en sus manos». Me apoyé en un risco, pues me sentía tan flácido como un guiñapo. Él siguió hablando:

—Fui educado como hijo de Polibio, pero jamás tuve ocasión de verlo. Supe de él por lo que me decían u oía. Y cuando en Delfos le pregunté al dios, su única respuesta fue una advertencia: «Tú matarás al que plantó tu semilla y sembrarás en el campo en el que creciste». ¿Sabía yo que, en adelante, todo hombre o mujer de más de cuarenta años debía ser ante el dios, mi padre o mi madre? Lo sabía. ¿Lo recordé cuando el hombre de la barba roja me maldijo desde su carro y me apartó con una lanza, y la mujer que iba a su lado se echó a reír? Por supuesto que sí. Pero mi cólera me supo a ambrosía. En toda mi vida he podido olvidar mi rapto de ira. «Sólo esta vez —pensé—. Los dioses pueden esperar». Así pues, lo maté a él y a sus heraldos, porque mi furia y el ansia de pelea triplicaron mis fuerzas. La mujer se quedó en el carro, sujetando las riendas con las manos. Recordé sus risas. La arranqué del carro y arrojé su cuerpo sobre el cadáver de su marido.

Sus palabras penetraron en mi mente como cuervos en un árbol muerto. Estaba tan agotado que apenas me estremecí.

—Más tarde, cuando entré victorioso en Tebas, lavado, rasurado y coronado de guirnaldas, cruzó su mirada con la mía y no dijo nada. Me había visto antes cubierto con la máscara del furor; la sangre, la rabia y el polvo del camino cambian a un hombre. Las pupilas de la loba llamearon suavemente al contemplar al nuevo cabecilla de la manada... Es ley de Tebas que el rey gobierne por derecho matrimonial. Ser un rey, ser un rey... La saludé como si fuera una extraña. Jamás le revelé nada, ni me hizo preguntas. Nunca, hasta el final.

Oí estas espantosas palabras que llegaron hasta mí como el llanto de un niño. La presencia del dios se hacía palpable en mi cerebro y en las plantas de mis pies, y estremecía mis ijares. Permanecí muy erguido, como si el brazo divino me forzase a ello. Me sentía presa de un estupor solemne. Estaba fuera de mí mismo, pendiente de lo que pudiera indicarme Poseidón. Sabía qué significaba ser sacerdote y rey al mismo tiempo.

El anciano ciego permanecía inmóvil en el lugar adonde lo había conducido, un tanto debajo de mí, en el gamellón de la huella sagrada del casco, con el rostro inclinado hacia el suelo.

—Libérate de todo —le dije—. Parte en paz a la morada de Hades. ¡Padre Poseidón, sostén de la tierra, acepta la ofrenda!

Mientras hablé, los pájaros alzaron el vuelo, lanzando gritos estridentes, y los perros ladraron. Advertí que Edipo extendía los brazos y oraba a los dioses. Ya no vi más. Por debajo de mí, procedente de las entrañas de la tierra, percibí una espantosa sacudida y el monte entero se estremeció. Perdí el equilibrio y resbalé en medio de un remolino de piedras y ramas hasta que pude asirme a las raíces de un brezo y sostenerme allí, desnudo como si acabara de nacer.

Muy cerca de mí oí un ruido ensordecedor, seguido de otro y otro más, hasta que, por fin, se hizo una calma impresionante. Al punto me abandonó la fiebre estremecedora del

terremoto; mi corazón se sosegó y se despejó mi cabeza. Me pareció despertar de una horrenda pesadilla. A continuación llamé, ansioso:

—¿Dónde estás? ¿Te has lastimado?

Nadie me contestó.

Solté las raíces del brezo. La forma de las piedras había cambiado. La hendidura formada por la huella del casco gigantesco se había convertido en una grieta profunda cubierta por enormes rocas. Hice el signo de reverencia al dios y me arrastré de rodillas hasta el borde de la grieta; no percibí ya ningún estremecimiento en las entrañas de la tierra.

En la lejanía, el pueblo de Kolonos invocaba al dios por su nombre y hacía sonar cuernos; un asno solitario se puso a dirigir rebuznos al cielo, como si todos los que sufrían, seres humanos y animales, lo hubiesen designado portavoz para acusar a los dioses.

Hacía más de un año que no veía a Piritos. Había enterrado a su padre y ahora era rey de Tesalia. Este hecho hizo que sus correrías cesaran por un tiempo. Cuando vino, lo hizo nuevamente por mar, curtido por los vientos, batido por las tormentas, tan hirsuto como sus hombres y rebosante de oro. Había arrasado Samos mientras los hombres del rey estaban en la guerra y saqueado el palacio real. Como presente para mí, trajo a una joven samiana a la que había conservado virgen.

Tampoco yo había permanecido ocioso, pues en ese tiempo conquisté Megara.

En la guerra se ventilaron los aranceles del paso del Istmo. Nisos, el viejo rey con quien había firmado un tratado de tráfico libre, murió sin dejar sucesión. El rey era pariente mío; el heredero no era ni deudo ni pariente. Gravó con aranceles todo tráfico con Ática, con el pretexto de que cuando se firmó el tratado yo sólo era rey de Eleusis, como si fuese un hombre de honor que había limpiado los caminos de bandoleros. Al principio, cuando le envié emisarios dio respuestas amables y prometió rectificar; más tarde, prosiguieron las respuestas amables acompañadas de excusas; finalmente se agriaron las respuestas. Era una estupidez. Me hizo pensar, como a cualquier rey que se precie de dejar un buen nombre tras él, que, con Megara en mis manos, podía extender los límites de Ática hasta el mismo cuello del Istmo.

Me dirigí a él antes de que estallara el temporal. Disfracé a mis hombres de mercaderes; llevaban las armas escondidas en los fardos. A mí me condujeron en una litera cubierta como las que utilizan las mujeres de alto linaje. Tomamos por sorpresa la torre de la puerta, abrimos paso al ejército que estaba oculto detrás de una colina y estuvimos en la ciudadela antes de que casi nadie se diese cuenta. Pudimos haber efectuado un saqueo tan completo como el llevado a cabo por Piritos en Samos, pero lo prohibí bajo pena de muerte. Aún no había gobernado a personas que me odiaran.

Piritos se quejó de no haber estado presente en la contienda y regresó a su patria. Yo estuve ocupado con Megara todo aquel año. Al igual que los áticos, también los megarenses tenían su propio talante: no sería yo quien arara sus caminos. Pero la tarea me enseñó algo, y mi mano fue haciéndose más segura. Resolví edificar una casa que me sobreviviera, lo bastante sólida para no desmoronarse sobre la cabeza de mi hijo. Así pensaba, mientras ordenaba Megara y el Istmo, edificaba el gran altar de Poseidón para establecer mis nuevos límites y fundaba los Juegos sagrados. Cada pocos días recordaba que pronto cumpliría veinticinco años y aún no tenía esposa.

El azar lo había dispuesto así. Mi padre no pudo desposarme siendo niño, ya que me había guardado oculto y, a poco de reconocermelo, yo marché a Creta. Cuando regresé, ya tenía cosas entre manos y me faltaba tiempo para llevarlas a buen fin.

En mi casa había mujeres de sobra, y allí estaban cuando las necesitaba y me encontraba libre de obligaciones; había conseguido algunas doncellas más en la guerra con las que solazarme. Cuando me cansaba de una, la echaba fuera. Sabía muy bien lo que debía hacer, pero me lo impedían los detalles abrumadores y tediosos: embajadas, visitas de deudos y devolución de visitas, tratos y particiones, días enteros ocupados con legajos y ancianos, poner orden en las cámaras de las mujeres, lágrimas y chillidos y amenazas de tirarse desde lo alto de las murallas, el cortejo de doncellas y los atavíos que la novia traería consigo, las querellas y los celos, el tedio de ver el mismo rostro cada mañana en la almohada. Lo haría la próxima estación. Pero cuando una flecha me rozase en una batalla o cogiera las fiebres estivales, pensaría: «No tengo más heredero que mis enemigos; mañana decidiré». Pero mañana era ya otro día.

Entonces, un año después de la guerra de Megara, una gran nave fondeó en el Pireo, enarbolando la enseña real de Micenas y una vela roja con los leones guardianes. Me preparé para recibir a un huésped de honor, preguntándome qué significaría todo aquello. Pronto saltó a tierra un heraldo de Aquelao, el heredero del rey. Antes de doblar el cabo Sunión había solicitado augurios, y estos habían sido malos. ¿Podía ser mi huésped por una noche?

Me dirigí al puerto a recibirlo, y allí me encontré con un hombre corpulento, aproximadamente de mi edad, orgulloso y seguro de sí, pero simpático cuando deseaba complacer.

Desde que nos encontramos, como dijo él, debido al azar y al temporal, cautivó el interés de los hombres hablando de la caza y los juegos: contó batallas y chistes, admiró mis caballos. Por la noche, ante las jarras de vino en mi salón superior, se explayó aún más,

charlando acerca de la salud de su padre y la rigidez de su madre, quien era demasiado estricta, según decía, con su hermana menor, que pronto sería una mujer.

Una muchacha que está convirtiéndose en una belleza no puede ser tratada siempre como una niña.

Contempló su mano larga y curtida y dejó ver su sello. Aunque me zumbaban las sienas, mantuve en el rostro una expresión amable. Era el resultado de demasiadas dilaciones. Pensé en lo mucho que habría gozado mi padre cuando Ática no era más que una roca en una pequeña llanura. Para mí representaba un anzuelo. Mi poder era demasiado reciente para permitirme buscar cobijo bajo la gran sombra de Micenas; me absorberían y mi heredero se convertiría en vasallo suyo en todo menos en el nombre. Dentro de unos pocos años sería una partida entre iguales. También ellos pensaban así, por lo visto.

Bien, ¡esto me enseñaría a reflexionar! Debía decidir: ahora o nunca. Pedir un plazo para pensarlo representaría un insulto mortal, y la Casa del León digiere los insultos casi tan difícilmente como los dioses. Precipitarse tampoco estaría bien. El enviado había hecho correctamente su papel; yo también debía hacerlo. Por lo tanto, mandé llamar a una joven cretense que tocaba el arpa egipcia y le ordené que cantase. Me alegró ver que le gustaba, pues quizá necesitase dulcificarse... También ella lo notó, e hizo cuanto pudo con su mente inmersa en las bellezas de la ciudad dorada. Yo la conservaba por su música y nunca había yacido con ella. Incluso el perfume que usaba evocaba el Laberinto, las citas secretas a medianoche, la espantosa despedida en Naxos. Advertí que los ojos de Aquelao estaban más ocupados que sus oídos.

Cuando la joven dejó de cantar, Aquelao adoptó el aspecto de un niño de cuyos ojos han apartado el bote de miel. Ordené a la muchacha que entonara otra canción y dije a mi huésped:

—Es una hermosa melodía. La joven con la que me prometí cuando todavía era una niña la cantaba a menudo. Se llamaba Fedra, y era hija del rey de Minos. Ha llegado la hora de que zarpe de nuevo rumbo a Creta.

Se lo tomó bien; evidentemente me creyó e incluso comentó que ya había oído ciertos rumores. Conjeturé que si había venido era para sondearme y cerciorarse. Se fue a dormir pronto y le envié la doncella. De ese modo no tendría tiempo para cavilar. En cuanto a mí, me quedé hasta muy tarde en el balcón, pensando con qué rapidez el hado había echado un grave problema sobre mis hombros.

Desde hacía años sabía que era el único matrimonio posible para mí. Podía tomarme tiempo, puesto que no les estaba permitido desposarla sin mi permiso. Desde luego, no me preguntaron nada; me estuvieron esperando. Bien, transcurrida esta noche ya no podría tomarme las cosas en broma.

No había visto a la niña desde que era un mancebo taurómaco. Ella contaba entonces siete u ocho años. Antes de las danzas del toro solían traer a los chiquillos de las casas principescas para que vieran el desfile de los bailarines en el coso y para señalarles al más famoso. Antes de que se abriera el toril y corriera la sangre, sus nodrizas se los llevaban.

Así la conocí, una más entre la multitud de niños que yo saludaba al pasar. Un día, cuando corrió el rumor de que un toro me había matado, la chiquilla lloró tan desesperadamente que su nodriza, asustada, tuvo que llevarme junto a ella para demostrarle que aún seguía con vida. Así la recordaba: una niña anegada en un mar de lágrimas tendida en una cama policromada, envuelta en un oleaje de lino y aferrada a mi mano.

Entonces fue cuando me encontré con su hermana, y siempre que salía al ruedo lo hacía con el pensamiento fijo en otras cosas, a fin de que mi rostro no delatara mis pensamientos cuando dirigía mi saludo al palco de los niños. Según mis cálculos, Fedra debía de tener ahora unos catorce años.

Como un ovillo devanándose, mis pensamientos se dirigieron una y otra vez al Laberinto y desembocaron por fin en Naxos. No había vuelto a poner los pies allí desde mi partida a medianoche. Pero cuando mis naves pasaban cerca de sus costas, tenían órdenes de enviar un mensajero para saber si Ariadna, la Tres Veces Santa, saldría alguna vez del santuario. Era preciso saberlo; si cualquier enemigo se apoderaba de ella, conseguiría un poder inmenso. Ariadna se había convertido en una mujer sagrada. Pasaban los años y ella seguía morando en el santuario de Dionisios. Cada vez que aparecía la luna de la vendimia, dirigía las ménades monte arriba; bajaban al anochecer, tambaleándose a causa del vino y el cansancio, con las

manos ensangrentadas hasta las muñecas y ya no se volvía a ver nunca más al Rey de la Vid del año anterior.

Hasta mucho tiempo después de la fiesta de Naxos mi lengua estuvo sellada por el horror. Pero los reyes no pueden sentarse con la mano en la boca igual que niños aterrorizados. Ariadna tendría que dar explicaciones. En Creta, cuando logré salir del Laberinto, dije a la gente que ella sería mi esposa. Y cuando volví al país y lo puse en orden, me inventé una historia para contar a los príncipes: que había tenido un sueño espantoso en Naxos, en la Isla de Día, durante el cual Dionisios se me aparecía en una forma aterradora para advertirme que me apartara de la mujer que él había elegido para esposa. Lo cual era verdad en cierto modo.

Por lo tanto, tuve que aparentar que renunciaba a ella voluntariamente. Con el tiempo, después de que el rumor hubiese corrido de boca en boca por todas las islas, volví a oír mi propia historia profusamente adornada con hechos y detalles fantásticos y maravillosos. Según se aseguraba, Dionisios amaba tanto a Ariadna que la nave cargada de vides del dios se deslizaba por las aguas a la luz de los astros para ir a su encuentro. En tales ocasiones, el dios adoptaba la forma de un hombre de cabello negro. Confié en que fuera cierto que por fin había encontrado un amante. Era una joven a la que le resultaba difícil dormir sola.

Pasados algunos años, llegó la noticia de que el dios la había hecho sucumbir durante un parto. Nunca supe si el niño había sobrevivido; los santuarios de Dionisios guardan muchos secretos. Mentiría si dijera que lo lamenté. La muerte de Ariadna convirtió a la joven Fedra en heredera indiscutible de la Casa de Minos, el último de los Hijos del Sol.

Cuando a la mañana siguiente partió Aquelao, le entregué a la cantante cretense como regalo. Con ello me granjeé su amistad por mucho tiempo. Como pronto se convirtió en rey, el presente resultó muy bien empleado.

Pensé en ir a Creta para los esponsales a fin de ver personalmente a la joven. Pero en Eleusis había un pleito de sangre que sólo yo podía dirimir. Por lo tanto me limité a enviar una embajada con un gran vaso de oro como prenda de parentesco. Para la novia elegí algo más precioso; había sido una niña delicada, de huesos pequeños y cabellos sedosos. El orfebre de palacio hizo para ella una guirnalda de jacintos, con pendientes para las orejas. Pero los ojos de mi mente seguían viéndola en la sala de los niños, con monos pintados en la pared. Le envié uno ataviado con un pequeño vestido escarlata y me pregunté si recordaría.

La nave regresó trayendo el consentimiento de alianza, y los presentes de rigor. Uno era una imagen de la esposa, pintada sobre marfil, pero era sencillamente igual a cualquier pintura cretense de una joven o diosa. Incluso su cabello aparecía negro, cuando yo sabía que era castaño claro.

Le indiqué a mi emisario que podía retirarse, pero rezongó y procuró llamar mi atención. Era un noble de cabello blanco que yo había elegido por sus modales exquisitos. Cuando hube despedido al resto del cortejo, me dijo:

—Mi señor, debo entregarte algo. —Me mostró un paquete de tejido bordado—. La propia princesa lo hizo llegar a mis manos por intermedio de una vieja nodriza suya. No se lo tenía que mostrar a nadie más que a ti, porque eres el único que comprenderá el mensaje.

Dentro había un mechón de cabello rizado. Presentaba dos colores distintos. Clavé los ojos en él; entonces recordé. Aquel día en Creta, después de la Danza del Toro, Fedra me pidió un mechón de mi cabello afirmando, como suelen hacer los niños que no saben nada del asunto, que un día se casaría conmigo.

—La muchacha ha estado muy sola siempre —continuó el anciano—, y es todo inocencia. Pero ya se dispone a romper el cascarón. ¡Qué hermoso pájaro será!

Le referí la historia, feliz de poder compartirla. El recuerdo de la joven comenzaba a dominarme y fui forjando su imagen en mi mente, representándomela desde que era una niña hasta que fue mujer. Junto a esta imagen ideal, las doncellas de palacio me parecían toscas y vulgares; casi todas las noches dormía solo. En mis tierras reinaba la paz.

Una vez más, el capricho me indujo a zarpar rumbo a Creta. No envié embajadas que me precedieran. Decidí partir desde algún puerto cercano. Ni siquiera indiqué a mi piloto a dónde me dirigía, guardando mi secreto como un muchacho. Cuando ordené que pintaran de nuevo mi barco, colocaran una vela nueva e instalaran una caprichosa proa adornada con un grifo de bronce, advertí algunas sonrisas capciosas, pero no me preocupé. Cuando corrió la noticia, vi que complacía a todos. Incluso los nobles que alimentaban la esperanza de que yo escogiera

una hija de su casa, estaban satisfechos de que también sus rivales hubieran quedado defraudados. En el pasado todo el mundo habría temido estrechar lazos con Micenas, como habrían temido los lazos con Minos en los días de su inmenso poder. Pero ahora que Creta había sido vencida, vieron en la alianza un factor que mantendría el gran país en vasallaje. Los hombres alabaron mi sabiduría; las mujeres habían oído hablar de mi presente y opinaron que era tan delicado como el recitado de un rapsoda.

Me hallaba en el puerto observando cómo colocaban la nueva proa, cuando se oyó el grito del centinela avisando que había una flota pirata a la vista.

Se inició un terrible clamor; mis súbditos trasladaban sus bienes hacia el interior y llenaban de fardos los carromatos. Los merodeadores marítimos eran cada vez más audaces y efectuaban incursiones inesperadas a lo largo de todas las costas del Istmo. No tardamos en divisar largos barcos que se acercaban a remo y con las velas extendidas. La nave capitana hacía señales con un espejo bruñido: tres veces tres. Me eché a reír, ordené a los guerreros que se dispersaran y preparasen el salón de los huéspedes.

La gente miraba de soslayo a Piritoos, pues aún estaba convencida de que pretendía saquear el puerto. En cuanto a mí, estaba exultante: necesitaba un amigo con quien hablar libremente.

Esta vez se presentó rasurado, y tan pulcro y aseado como sus naves. Aunque ya hubiese pasado el verano, continuaba en el mar, porque los negocios de su reino lo habían retenido. No dejé que contara su historia, pues yo estaba lleno de la mía. En el salón de arriba, después de cenar, con vino a nuestra disposición y una vez retirados los sirvientes, le conté cuanto tenía dentro. Mi amigo se mostró favorable a que contrajera matrimonio hasta que le dije que estaba a punto de zarpar hacia Creta. Entonces me miró fijamente, lanzó una carcajada y dijo:

—¿Has perdido el juicio?

Yo estaba acostumbrado a oír siempre palabras lisonjeras. Incluso las doncellas de palacio preferían no expresar sus pensamientos.

—¿No comprendes que si la vieses ahora echarías a perder tu matrimonio? —adujo—. Una niña risueña con su perrito y sus pecas... Todas las chiquillas criadas en el ocio palaciego son iguales. Sólo un aldeano puede creer que las mujeres son bonitas a los catorce años. ¡Oh! Sin duda es una niña buena y con el tiempo se volverá hermosa. Por lo tanto, espera y no empieces con alegres esperanzas y un lecho triste. Ten siempre presentes mis palabras: si te desposas ahora estarás ya marchito cuando ella llegue a la flor de la vida y entonces sus ojos buscarán por otro lado.

Las razones de Piritoos me desanimaron un poco.

—No es necesario que me case en seguida —dije—. Cuando la vea decidiré.

—Si más tarde quieres amarla, no la veas. Y cuando te dirijas al tálamo con la preciosa novia con la que soñaste, no te olvides de darme las gracias. Mientras tanto, el tiempo nos sonríe y hay muchas cosas por hacer.

Me di cuenta de que durante todo el rato él había estado llevando harina a su costal. Sin embargo, tenía algo de razón.

—¡Tu nave está dispuesta! —dijo—. ¡Buen augurio! Escucha y verás por qué he perdido una semana de navegación para venir a buscarte.

Me habló de la aventura que tenía entre manos: navegar rumbo al norte hacia el Helesponto, cruzar el estrecho y llegar al desconocido Euxino en busca de oro.

—Allí hay un río —me explicó— que lo arrastra mezclado con arena. Los naturales del país tejen la lana de los corderos formando unas bolsas que introducen en la corriente y las sacan llenas de arena auríferas. Yo hablé con un capitán de Iolkos que se trajo una consiga. Le costó trabajo conseguirla. ¿Acaso somos mujeres? ¿Por qué seguimos navegando por viejas y conocidas rutas marinas, cuando tanto hay que ver en el mundo?

Me disponía a contestarle: «Podríamos zarpar hacia allí después de ir a Creta». Pero sabía que no quedaría tiempo. Durante toda mi vida había deseado conocer el país situado más allá del estrecho, el que daba la espalda al viento norte. Como si hubiese leído en mis ojos, Piritoos procedió a contarme una larga historia repleta de maravillas: guerreros engendrados en las fauces de un dragón, brujas que convertían a los viejos en jóvenes sumergiéndolos en un baño mágico y otras fantásticas leyendas de marineros. Reí. Entonces él prosiguió:

—Pasaremos frente a la costa del Ponto. De allí proceden las jóvenes amazonas en las que tanto pensaste en el coso taurino. ¿No te gustaría enterarte de cómo viven?

—¿Por qué habría de desearlo? —repliqué—. Los danzarines taurómacos nunca hablan de su patria, pues, al igual que el dolor de vientre, desvía los pensamientos del toro.

Piritoos volvió a mencionar el oro de la Cólquida y los dragones, mientras yo fijaba la mirada en la llama de la lámpara que ardía en un vaso de malaquita listada dibujando figuras en las vetas de la piedra.

—Bueno —se conformó finalmente mi amigo—, a ti te esperan en Creta y no quieres ofenderlos.

—Aún no les he dado mi palabra —respondí.

Eso fue cuanto consiguió de mí aquel día. Pero él sabía que había ganado la partida.

Media Atenas nos vio zarpar del Pireo, después de ofrecer un sacrificio a la Señora de los Vientos. Cuando oí los vítores, pensé en lo mucho que habían cambiado los tiempos. En los días dorados de Minos, los piratas no estaban mejor considerados que los bandidos de tierra. Pero ahora no había una flota lo bastante fuerte para proteger todas las rutas marítimas. Los reyes luchaban para defender sus propias riberas y a veces se hacían a la mar para tomar venganza. Y donde hay guerra, hay botín. De esto a la piratería, no va mucha distancia. Los jóvenes lograban forjarse un nombre; los reyes se enriquecían sin imponer tributos excesivos, lo cual complacía a sus pueblos; los guerreros podían mostrar lo bien que peleaban y conocer las maravillas de la tierra. Sólo los ancianos murmuraron cuando me hice a la mar con el aventurero Piritoos y llené los bancos de mis naves con lanceros. Los hijos de los jefes, cuyos padres habrían vertido la sangre de cualquiera que les propusiese empuñar un remo, se peleaban en mi presencia para conseguir que sus nombres figurasen en primer lugar.

No les faltó ocasión de ejercitar sus manos. Sopló viento constante del sur durante toda la travesía hacia el estrecho; los delfines saltaban alrededor de las naves, lanzando la brillante espuma de un mar tan azul que parecía que iba a teñir los remos. Una o dos veces vimos humo en la ribera y largas naves varadas en la arena. Aunque seguramente se trataba de hombres dedicados al mismo negocio que nosotros, nos dejaban pasar. Por nuestro número y blasones se advertía que éramos una flota real, y los lobos nunca se interponen en el camino del león.

Me sentía tan alegre de estar vivo, que de buena gana me habría lanzado al mar para poder nadar junto a los delfines. El aventurero que existía dentro de mí había permanecido demasiado tiempo esclavo y cautivo del rey. Ahora estaba a sus anchas. Mis ojos y mi corazón eran como los de un niño. No me habría sentido tan feliz si hubiéramos estado bogando para dedicarnos al pillaje en tierras helenas. Para mí, todos los helenos son deudos míos en una forma u otra. Ésta es la razón por la que en las tierras helenas que he conquistado, siempre he tratado a sus habitantes como a mi propio pueblo y no los he convertido en siervos. Algunos reyes no conocen más que al vecino con el que están enemistados; para ellos es extranjero todo aquel que mora más allá de diez leguas. Pero yo estuve cautivo en un país donde adoraban a dioses desconocidos y cuyos señores no respetaban en absoluto aquello en lo que creíamos. Semejantes experiencias hacen que uno se sienta más cerca de los suyos.

Pasamos al norte de la desembocadura del Peneo. Los hombres de Piritoos, apostados en la costa, encendieron una hoguera para hacerle saber a su jefe que sus tierras estaban tranquilas. Así pues, seguimos adelante y doblamos el Monte Athos con buena fortuna. Seguidamente divisamos Thasos, de donde extraen el oro de Troya. Había allí una flota troyana, cargando; sin duda debía tratarse del rescate de un rey, pero nadie muerde la cola del grifo cuando sabe que éste puede volver la cabeza con rapidez. Por lo tanto, pasamos Thasos de largo.

Al frente estaba Samotracia, donde surgen del mar grandes y oscuros acantilados y laderas cubiertas de bosques. No tiene puerto y el lugar permanece en estado salvaje. Pero es un paraje sagrado. Piritoos y yo desembarcamos remando en los botes de cuero y llevando nuestros estandartes de popa para que quedaran conjurados contra los naufragios y las asechanzas de los dioses enanos de la montaña.

Escalamos empinados y serpenteantes senderos que se aferraban a los despeñaderos; atravesamos bancos de niebla que oscurecían los bosques de abetos; cruzamos declives rocosos en los que las aldeas de los sai, el pueblo más antiguo de la costa, cuelgan como

nidos de cigüeñas y en cuyos tejados anidan dichas aves. En la cumbre, coronando los bosques cubiertos de neblina, están las rocosas tierras altas. En ellas se halla el altar de los dioses enanos, tallado en la roca viva, y la cueva santa. Una vez allí, Piritos y yo nos sentimos protegidos contra la derrota y el naufragio. Como los ritos deben guardarse en secreto, sólo diré que son brutales y asquerosos y que ensuciaron nuestra vestidura. Dejé la mía tirada en la playa y, para sentirme nuevamente limpio, fui nadando hasta mi nave. De todos modos, no sufrimos derrotas ni naufragios, por lo que debo decir que los dioses enanos mantuvieron su palabra.

Mientras estábamos en la cueva, un sacerdote giboso, con las piernas de un niño estevado, nos preguntó por separado, en un griego defectuoso y tosco, si habíamos cometido algún crimen que se saliera de lo ordinario. Los dioses enanos, decía, habían tenido que ser purificados por asesinar a su hermano, de ahí que el hombre que necesitaba purificación recibía de ellos un trato de favor. Yo le referí las consecuencias de que no hubiera cambiado de vela al volver de Creta, y el sacerdote me dijo que para los dioses enanos eso era suficiente. También parecían complacidos con Piritos; éste nunca me dijo el motivo, pero como yo deseaba guardar mi propio secreto, no se lo pregunté. Al gatear por los musgosos y escabrosos senderos, las figuras que los dioses trazaron con sus danzas bramaban y rugían en nuestros oídos. Pero en cuanto hubimos remado para apartarnos de la larga sombra de la montaña que se proyectaba en el agua acariciada por el sol, nos pareció que habíamos nacido de nuevo. Lo cierto es que desde aquel día nunca volví a soñar con mi padre.

A continuación apareció entre nosotros el estrecho de Hela, semejante a la desembocadura de un gran río. Nos pusimos a la capa para esperar la noche. En verano, el viento del nordeste sopla allí todo el día, pero amaina al ocaso. Saltamos a tierra armados hasta los dientes puesto que los pobladores del lugar suelen saquear las naves y hundirlas.

Piritos me mostró una carta de navegación que el capitán de Iolkos había hecho para él; indicaba las playas a las que debía acudirse cuando se veían remolinos. Dicho hombre, me refirió, había sido heredero de un rey, pero su padre fue depuesto por un pariente poderoso. El hijo navegante no tenía riquezas suficientes para organizar un ejército y recuperar lo que le pertenecía, pero en su último viaje había conseguido suficientes vellocinos llenos de polvo de oro para contratar cuantos lanceros necesitaba. Entregó la carta de navegación a Piritos porque fueron amigos de infancia en la escuela del Viejo Manitas y también porque, como dijo, no viviría lo bastante como para hacer otro viaje a Euxino. Ahora era rey de Iolkos, aunque sufría mucho a causa de una maldición que una bruja del norte lanzara contra él.

—Manténlas apartadas de tu lecho —dijo Piritos—, aun cuando se ofrezcan a hacerte favores. Mi amigo le prometió a la mujer que se casaría con ella si le enseñaba el modo de obtener el oro de Cólquida. Ahora la maldición consume sus huesos; por su aspecto no parece que vaya a durar mucho.

—¿La Cólquida? —pregunté—. ¿Le dijo su nombre?

—Él la llamaba «la astuta». Y su nombre era Medea.

Le conté que había sido concubina de mi padre y que en una ocasión había intentado envenenarme. En cuanto a la responsabilidad que pudiera tener mi padre en el asunto, sólo sabía que en aquellos días su reino estaba convulsionado. Por otra parte, lo menos que podía hacer yo era respetar su nombre.

Cinco noches estuvimos tanteando el estrecho, aprovechando los remansos cercanos a la ribera, primero por los estrechos, después por Propóntida, donde la orilla opuesta se pierde de vista. Durante el día vigilábamos continuamente, pues el Helesponto es por agua lo que el Istmo solía ser por tierra. Formamos muros de escudos y pieles para resguardarnos de las flechas, ya que el Capitán de Cólquida, Jasón, había aconsejado a Piritos que así lo hiciera. A pesar de ello, un hombre recibió una herida en el brazo, a consecuencia de la cual murió. Sin embargo, sólo debíamos temer a los jefes, pues éramos lo bastante fuertes para que las bandas menores no osaran atacarnos. Jasón debía de ser muy valiente para haberse atrevido a forzar el estrecho con una sola nave.

La sexta noche, el estrecho se hizo tan angosto que podíamos oír a los chacales aullando en la orilla y ver a los centinelas moviéndose junto a las hogueras. Hacia el alba, comenzó a correr una brisa salada que acarició nuestros rostros. Las dos riberas se apartaron y nuestras proas cayeron en un pozo marino. Remamos hasta que rompió el día y su luz nos mostró un

ancho océano gris. Era el Euxino, también llamado la Alegría de los Navegantes, aunque sus dioses tengan mal talante y resulte prudente complacerlos.

Pusimos proa al este y cuando hubo salido el sol el mar se volvió de un azul tan intenso como el del lapislázuli. Al principio la tierra era baja; después surgieron altas montañas, terminadas en acantilados hendidos por las lluvias de invierno y pobladas de espesas selvas o bosques soleados. Cuando saltamos a tierra hallamos cascadas que caían desde peñascos brillantes como el mármol negro hasta estanques sombreados por los mirtos. Los pájaros cantaban dulcemente y la caza parecía abundante. Ansiábamos acampar, comer carne fresca y tendernos al sol que se filtraba a través de las verdes hojas. Pero Jasón nos había advertido que los pobladores del bosque eran fieros cazadores y uno podía ser atacado con flechas envenenadas antes de que advirtiera el menor movimiento. Así pues, dispusimos guardias y dormimos a bordo. Uno de los centinelas hirió con jabalinas a dos hombres que se arrastraban hacia las naves, sin duda para prenderles fuego.

Al día siguiente proseguimos nuestro derrotero hacia el este; no corría nada de viento, pero las manos de los remeros ya estaban endurecidas. Hacia el atardecer vimos nubes en las cumbres. De inmediato Piritos ordenó poner proa hacia tierra. Antes de completar la maniobra cayó sobre nosotros una negra borrasca proveniente del nordeste. Nos arrastró muy lejos de la costa. Las olas eran tan altas que nuestros hombres se pasaron más tiempo achicando que remando. Al caer la noche, la tormenta amainó con la misma rapidez con que había estallado. Continuamos al paio hasta el amanecer. Mientras tanto, yo daba gracias a Poseidón, el de cabellos azules, que jamás me abandonó en tierra o en mar.

El sol se asomó en un horizonte turbio. Por encima de las colinas cercanas surgieron grandes montañas que parecían hendir el cielo con sus cumbres coronadas de nieve.

Cuando nos pusimos de nuevo en movimiento, Piritos estudió la carta de navegación y gritó desde su barco que debíamos de estar cerca de Cólquida y que allí fondearíamos para trazar nuestros planes de guerra.

Divisamos un declive en la colina y la desembocadura de un río. Cuando nos acercamos, vimos, junto a la corriente de agua, un pequeño prado, y allí una ciudad de casas de madera con techado de paja y una mansión real de piedra. Cambiamos de rumbo y echamos el ancla en unos cañaverales algo alejados de tierra para hacerles creer que habíamos seguido adelante.

Nuestras armas habían sufrido los efectos de la tormenta; los escudos de cuero estaban húmedos y pesados y flojas las cuerdas de todos los arcos. Pero aún contábamos con nuestras lanzas, espadas y jabalinas, por lo que todos nos pusimos de acuerdo en que si Jasón, con una sola nave, había obtenido oro mediante el pillaje y conseguido sobornar a una hechicera, nosotros no necesitábamos ser tan modestos. Seguiríamos ocultos hasta la noche y saquearíamos la ciudad.

Así lo hicimos. Los naturales del país dispusieron una nutrida guardia y nos vieron desembarcar, aunque no había luna. Se apresuraron a llevar sus bienes a la ciudadela, aunque gran parte de ellos quedaron en la aldea. Luchamos en las calles a la luz de las casas que ardían. Cuando por fin vencimos la resistencia de Cólquida, avanzamos por el camino de la montaña con la reata de mulas que llevaba el oro. Había también ricos ciudadanos que habían retrasado su fuga a causa de lo mucho que pretendían salvar. Pero dejé libres a las madres que llevaban niños consigo. Algunos hombres, en especial los lapitas de Piritos, se mostraron descontentos, pues llevaban mucho tiempo en el mar y deseaban mujeres. Les dijimos que si malgastaban el tiempo perderían oro suficiente para comprarse todas las doncellas que quisieran.

Amenazamos a los arrieros de las mulas con la carga de oro para que nos dijeran dónde estaban los vellocinos, augurándoles, en realidad, más de lo que estábamos dispuestos a hacer. Ni Piritos ni yo éramos partidarios de la tortura. Asustados, los hombres nos mostraron los vellocinos sumergidos en la corriente. No contenían mucho metal precioso, pues habían sido cambiados recientemente. Pero resultaban unos magníficos trofeos y yo nunca lavé el oro del mío, sino que lo colgué tal como estaba en el gran salón de mi palacio.

Con el oro, el botín de las mansiones del rey y de los nobles, las copas y los broches, las espadas y dagas labradas y los vestidos finamente tejidos, quedamos todos satisfechos y dispuestos para el regreso con lo que los dioses nos habían dado. Pero antes barrenamos

todas las naves de Cólquida, cosa que Jasón no tuvo oportunidad de hacer. Esa, como confió a Piriotoos, fue la razón de todas sus desdichas posteriores.

El día amaneció con calma. Aunque estábamos exhaustos, remamos con ímpetu para alejarnos a toda prisa de las costas de Cólquida, no fuera que el rey tuviese aliados cerca. Al salir el sol sopló la brisa y dejamos que los remeros durmiesen en los bancos. El vigía del piloto, que había dado unas cabezadas mientras estuvimos fondeados, se encargó de la navegación. Piriotoos y yo, cada uno en su nave, yacíamos a popa en nuestros camastros. Tendido boca arriba, miré al cielo: la gran serpiente pintada en la vela se retorció con la brisa; su movimiento me acunaba tanto como el pensamiento de la empresa en que estaba comprometido.

Me desperté sabiendo que ocurría algo. Era más de mediodía, el mar estaba oscuro como el vino y el sol parecía de pálida miel. Nos encontrábamos cerca de la orilla y de las colinas cuyos verdes bosques aparecían bañados por la luz de la tarde. La nave se mecía y daba bandazos, en tanto que los hombres se amontonaban en la banda de la parte de tierra. Me levanté de un salto, y entre maldiciones ordené que equilibraran la nave. Luego fui a echar un vistazo. En el saltillo de proa había un saliente donde el piloto manejaba el gobernalle. Me encaramé a él y cogí el grifo de bronce por la cresta.

De inmediato vi la causa del tumulto. Al doblar un pequeño cabo, apareció ante nosotros un grupo de doncellas bañándose. No chapoteaban, como hacen las mujeres cuando lavan sus vestidos, sino que nadaban en el mar abierto. Por supuesto, al vernos, se apresuraron a regresar a tierra. Los timoneles, sin esperar órdenes, giraron el timón y los guerreros empuñaron los remos.

Aquello era una locura, ya que en el bosque podían ocultarse innumerables peligros. Abrí la boca para maldecirlos y ordenarles que rectificaran el rumbo, pero las palabras holgaban. Yo también había pasado muchas semanas en el mar; de modo que hice una pausa para echar un vistazo.

Las jóvenes nadaban, con brazadas tan rápidas y precisas, que cualquiera las habría tomado por muchachos si algunas no hubieran llegado a la playa. Corrían para ponerse a cubierto, saltando sobre los guijarros como si sus pies estuvieran endurecidos; sin embargo no parecían aldeanas. Se movían con demasiado empaque. Sus muslos eran duros y suaves, sus piernas largas y gráciles, y sus pequeños senos tan perfectos como copas de vino salidas del torno del alfarero. El oro del sol bañaba sus morenos cuerpos desnudos, y sus cabellos rubios brillaban como la plata sobre su piel color canela. Todas lo llevaban igual, no muy largo y recogido detrás por una gruesa trenza que saltaba entre sus hombros mientras corrían.

La más veloz ya había llegado al bosque. En el lugar donde los arbustos no eran tan espesos pude ver sus dorados miembros salpicados por el sol.

«Si éstas son las mujeres —pensé—, ¿cómo serán los hombres? Seguramente una raza de héroes. Si acuden se entablará una batalla que cantarán los rapsodas y algunos de nosotros serviremos de alimento a los cuervos. Bien, pues si tienen que venir, que vengan».

Hice una señal al contraamaestre y grité:

—¡Con más energía!

Los guerreros se echaron a reír y se inclinaron sobre los remos. Nos acercábamos tan deprisa que las muchachas que antes viéramos cerca de la orilla seguían todavía en el agua. Una estaba a la distancia de un tiro de jabalina. Varios hombres se zambulleron en su busca. El joven Pilenor, un famoso nadador que había ganado muchos premios, también lo hizo. Se enjugó el agua de los ojos y se precipitó como una lanza. Los que habían quedado a bordo lo animaban; ello me recordó Creta y los rugidos del público del coso.

Las restantes jóvenes habían llegado a la costa y estaban a salvo.

«No importa —pensé—. La cuesta hará que se retrasen; un perro hambriento siempre coge la liebre».

El joven Pilenor se acercaba velozmente a su presa. Dispuse que alguien estuviera preparado para lanzarle un remo. Era seguro que habría pelea y los dos podían ahogarse.

La playa era de arena y huellas borrosas hasta que comenzaba la maleza. Una joven volvió a aparecer y bajó corriendo como una cierva en dirección al mar. Los hombres aullaron de alegría y cada uno señaló a aquella que había elegido. Yo no lo hice, pues advertí el motivo de que la muchacha no hubiese perdido tiempo en vestirse. Se había colgado el carcaj y cogido su arco.

Era pequeña y fuerte, y por sus venas debía de correr sangre escita. Penetró en el mar hasta que el agua le llegó hasta la rodilla, se quitó la banda de plata del hombro y ajustó la flecha en la cuerda tensa. Para entonces yo ya estaba perdido. Sus senos erguidos por la tensión de su brazo doblado hacia atrás, la curva del cuello con tendones fuertes y a la vez delicados, tirantes como la cuerda de un arco, me hirieron como un dardo en llamas. Apuntó con firmeza, toda ella oro y plata bañada en luz rosada, con las cejas arqueadas unidas, sus claros ojos mirando fijamente y el sudor resbalando sobre ella como la lluvia por un cristal. Su mirada nos taladró como la de un cazador que de una manada rugiente escoge la pieza para la olla. Jamás vi un rostro que reflejase tanto orgullo.

Estaba preparada, pero en vez de disparar, llamó:

—¡Molpadia!

Su voz era fría, salvaje y pura como la de un niño o un pájaro. Hizo una señal con la cabeza. Advertí qué era lo que pretendía. La doncella que huía a nado, con la cabeza fuera del agua, estaba entre ella y el hombre.

Yo grité «¡Pilenor!» tan fuerte como si estuviese en medio de un combate. La joven se había sumergido en el mar. Mi compañero, sordo a causa del agua y del furor de la caza, no vio ni oyó nada. Se volvió cuando ella llegó a la playa. El ipaf! de la flecha fue semejante al chasquido de un delfín, y así fue como acabaron los días de Pilenor. La flecha se hundió bajo su brazo derecho. Pilenor abrió la boca como un pez alanceado, se agitó y desapareció bajo las aguas.

Mis hombres gritaron llenos de rabia. El barco se tambaleó cuando los arqueros saltaron a los bancos. Oí el golpe sordo de las cuerdas estropeadas por el mar; las flechas silbaban y caían al agua. La nave avanzaba. Sentía como si mis ojos la impulsaran.

La joven permanecía de pie en el agua, riendo. Su risa me puso la piel de gallina. Carecía tanto de vergüenza como de desvergüenza; se reía de su victoria sobre cosas monstruosas y extrañas. Era mortal e inocente como la Diosa Luna, y a la vez flexible y feroz como un león.

Esperó hasta que la nadadora estuvo a salvo.

La brisa ligera espoleó la proa de bronce; yo parecía cabalgar sobre ella como sobre un potro salvaje. Mi sangre era vino y fuego. Vi cómo introducía la mano en el carcaj y oí voces detrás de mí:

—Mi señor, agáchate, ten cuidado, mira que estás a tiro.

Levantó el arco, sus ojos siguieron la flecha: más cerca. Cada vez más cerca de los míos. Para verlos mejor me colgué del grifo, sosteniéndome con una mano. Vi sus ojos grandes, sorprendidos. Eran grises como la lluvia de primavera. Después se cerraron y la flecha se desvaneció detrás de su blanco.

Los hombres me aconsejaban que abandonase la proa. Pero yo tenía que hablar. ¿Qué podía afectarla? Sólo el lenguaje de leones en celo, cuando el macho retrae sus garras mientras la hembra ruge. Ella debía conocerme así, en ese preciso momento, ahora o nunca. Me asomé a la proa y levanté el brazo en un saludo.

Por un instante, los tres permanecimos inmóviles, ella sin dejar de apuntarme con su flecha. Luego, las dos jóvenes se pusieron de acuerdo con un gesto. La más intrépida bajó el arco, se inclinó para coger la muñeca de la joven nadadora y juntas corrieron a la espesura, sin volver la vista atrás.

Los remeros redoblaron su esfuerzo. Clavé mis ojos en la joven sin otro pensamiento que seguirla y alcanzarla.

—Por aquí es donde ha caído, mi señor —comentó el piloto.

Se trataba de un hombre al que yo apreciaba, y lo había olvidado como si jamás hubiese existido. Destacaba la mancha oscura de su cuerpo. Me desnudé y me zambullí para traerlo a bordo. En parte lo hice para rendirle honores, pero también porque pensé que yo debía ser más veloz que los demás.

Mientras rescataba el cuerpo de Pilenor, pensaba: «¿Nos estará observando desde la maleza? ¿Qué le contará a su madre, que un hombre la ha visto bañándose o bien que ella ha visto a un hombre?».

Alguien me estaba saludando. Era Piritoos asomado a su popa.

—¡Hola, Teseo! ¿Qué tal la amazona?

En Creta, yo había visto ondear aquel cabello de plata en el transcurso de la danza del toro. Ella sólo se parecía a sí misma, sin que existiese nadie igual o semejante. Lentamente

comprendí la situación. No había hombres en su tribu para luchar por ella. Me había encontrado frente al guerrero de cuyas manos tenía que arrebatarla. Ella, con sus armas y su orgullo de león, yo, desarmado.

«Bajó sola al agua —pensé—, pero las demás tampoco se arredran fácilmente.» Así pues, las otras estaban a sus órdenes.

—Nos deben algo —dije en voz alta—. Veamos qué nos ofrecen para liquidar la deuda.

Los hombres me vitorearon. Pero en sus voces percibí menos ardor que momentos antes. Miraban la ribera, un lugar magnífico para arqueros ocultos, y pensaban en sus cuerdas estropeadas. Su afán era ahora mucho menos intenso. De no decidirme yo, ellos habrían abandonado la cacería.

—Uno de mis hombres ha muerto —dije a Piritos— y debemos hacerle un funeral decente. Fondeemos en el primer lugar apropiado. Allí podremos, asimismo, repartir el botín.

Mis palabras animaron a todos. Aconsejo a los jefes que conducen a sus hombres a una aventura que nunca zarpen de un lugar sin repartir el botín. Si lo guardan demasiado tiempo, los hombres se encaprichan con esto o lo otro y ponen sus corazones en ello. Y es entonces cuando surgen los problemas.

Un poco más allá había una playa y junto a ella una gran roca. Di órdenes para preparar la tumba y el túmulo de Pilenor. Después llamé a Piritos aparte y le dije lo que pretendía hacer. No respondió. Se limitó a mirarme.

—¿Y bien? —pregunté por fin.

—¿Te lo digo? —Puso los brazos en jarras y sacudió la cabeza; sus ojos centelleaban—. No he tenido tiempo de digerir lo que debo decirte. Nos pelearíamos e irías de todas formas. Luego, cuando estuvieras muerto, yo lo lamentaría. Vete, idiota. Oraré por ti. Si puedo, devolveré tu cuerpo a casa. Y si tú la consigues, gózala. Ella está a salvo de mí.

Tras esto, repartimos el botín. Cuidé de que todos quedaran satisfechos. Entonces dije:

—Ofrezco esta espada, este vaso y este brazaletes como premio de los juegos fúnebres. Hay que honrar a los muertos. Pero, además de la ofrenda fúnebre, también le debemos venganza. Ellas nos creen ocupados con los ritos. Debemos aprovechar la ocasión. ¿Quién quiere venir conmigo?

Unos veinte hombres dieron un paso al frente; estaban dispuestos a perderse los juegos por amor a Pilenor, a mí, o a la aventura. Anocheecía. En aquellos parajes la noche llega más tarde que en la patria. Mientras se preparaba la pista para las carreras pedestres, nosotros nos deslizamos hasta el bosque y bordeamos la colina hasta que dimos con el sendero por el que las jóvenes habían llegado a la playa. Nos condujo por claros abiertos por los vientos y las cascadas de un torrente. Había huellas de cascos. Al cabo de un rato, divisamos el calvero de una aldea. Pero cuando nos arrastramos hasta allí, oímos voces de hombres y niños; era una aldea de labriegos como cualquier otra. No había duda sobre el sendero que partía de la playa.

«Así pues —pensé—, ésta no es sólo una tierra de mujeres, como cuentan las historias. En realidad, se trata de un pueblo dentro de otro.»

El sendero nos condujo al manantial del torrente —en el que las jóvenes se habían detenido para beber— a través de un bosque de mirtos, robles y castaños; los árboles eran cada vez más delgados, había zarzamoras en sazón y el cielo se mostraba con mayor frecuencia hasta que se abrió de par en par; en el paraje crecían epigeas, abedules y florecillas de la montaña. Entre el canto de una alondra me pareció oír otro sonido. Cuando el pájaro calló, supe que se trataba de la risa de una muchacha.

Mi corazón se detuvo, después saltó casi hasta ahogarme. Hice señales de guardar silencio, pues la alondra seguiría cantando y yo tenía que aprovechar sus despreocupados caprichos. Por un momento pensé que se la había tragado la tierra, pero al rato volví a oír, a lo lejos, el sonido de su voz.

En la tierra abierta ante nosotros crecían tiernos álamos que surgían de la hierba fina. El sendero enfilaba los árboles; a uno de ellos habían atado un penacho de lana azul.

«Este paraje —pensé— es sagrado y prohibido.»

Sentí un estremecimiento. Pero de la misma forma que uno no puede arrepentirse de haber nacido, yo tampoco podía volverme atrás.

Delante de nosotros, sobresaliendo de la montaña, había un saliente formado por peñas grandes como graneros. El sendero lo rodeaba. Más allá se oían voces; seguramente habría centinelas. Por señas indiqué a los hombres que esperaran y descendí un poco, deslizándome

por la ladera en la que crecían algunas aliagas. Trepé por ellas hasta que llegué al borde. Entonces dirigí la vista hacia abajo. Divisé un estrecho sendero que llegaba hasta un amplio saliente rocoso. Semejaba el regazo de la montaña; por encima se elevaba su erguida cabeza de piedra, y debajo, un profundo despeñadero. Más allá, sólo se veía el cielo abierto y el mar distante, dominados por el vuelo de las águilas. En el mismo borde había un altar labrado en la roca, junto al que se alzaba un grueso pilar, y sobre éste, algo así como la imagen de la luna menguante. La piedra tenía un aspecto extraño: era vidriosa y tosca como escoria porosa. En una ocasión había visto algo parecido en otro santuario, pero aquel objeto era más pequeño que un puño y éste era del tamaño de un hombre. Se trataba de una poderosa piedra del trueno. Podía uno imaginarla derretida y convertida en una brasa por el calor del rayo. Del altar salía fuego y en el aire flotaba un dulce olor a resma.

Comprendí que era un santuario de Her, a quien los hombres no deben mirar. Sentadas sobre la hierba, a cobijo del hueco, estaban las guardianas del santuario.

Ahora iban vestidas. Vestían túnicas de cuero ribeteadas, y calzones escitas muy ceñidos. Todas estas prendas eran de colores muy brillantes, y portaban broches de oro y plata. Parecían gráciles princesas, en la flor de la juventud, reunidas después de la cacería para beber vino y oír al rapsoda.

Tal vez estaban charlando plácidamente al calor del sol de la tarde o reparando su equipo. Una emplumaba las flechas; algunas engrasaban sus arcos y jabalinas; otra, desnuda hasta la cintura, remendaba su túnica, en tanto que la joven sentada a su lado estaba contando una historia, según podía deducirse por los gestos que hacía con las manos. Detrás de ellas, agazapadas en las montañas, se veían bajas casas de piedra, techadas con paja, y un establo de madera. Había un hogar de piedra con el fuego encendido y algunas jóvenes campesinas, con atuendos femeninos, preparando un asador. Mis ojos recorrieron la escena buscando en vano.

Nada se movía en los umbrales abiertos. Ella no estaba allí. Pensé: «Bien, y ahora, ¿qué?». Mi sino me había agarrado con fuertes y mortales dedos. Pero no me había conducido hasta ese lugar para dejarme marchar sin más.

Hice señas a mis hombres de que esperaran un rato. Luego me tumbé junto al borde, mirando a través de las matas de aliagas, con mi pecho pegado a la montaña, respirando su aire, oyendo sus murmullos. Una de las doncellas tañía una lira y cantaba. Era una antigua melodía que yo había oído en mi patria entonada por las arpas del Pueblo de la Costa. Entendía la letra de la balada, pues la muchacha la cantaba en una lengua que conocía bien ya que algunos de mis súbditos la hablaban.

«Si ella también la conoce —pensé— podremos hablar.» La oscura silueta de una centinela apostada en una roca, con dos jabalinas y un escudo en forma de media luna, destacaba contra una nube blanca. Levantó el brazo saludando a alguien a lo lejos, y oí un cuerno de caza.

Esperé. El canto de los pájaros, los bordes de las hojas, me herían como hilos de bronce. Oí el sonido de herraduras sobre la piedra, luego más apagado sobre la hierba. Me puse a orar, aunque ignoro a qué dios.

Por un extremo opuesto se acercó corriendo una jauría de galgos, de pelaje tan blanco como el requesón. Se arrojaron sobre las jóvenes y éstas comenzaron a jugar con ellos. A continuación ellas se pusieron en pie entre los perros saltarines, como una familia que espera a su amo y señor.

Por la hondonada aparecieron las cazadoras cabalgando: ella iba al frente de la partida.

Aunque su rostro estaba demasiado lejano para verlo, la reconocí en el acto por la gallardía con que montaba la jaca montañesa, la curva de sus hombros, el brillo de su lanza ligera. Bajo su pequeño sombrero, su brillante cabello flotaba tras ella impulsado por la brisa del atardecer. Llevaba un gamo muerto sobre la grupa de su montura; el freno y las bridas lucían discos de plata resplandeciente que tintineaban mientras cabalgaba. Cuando la jaca advirtió la proximidad del establo, trocó la carrera en trote. Ella se sostenía sobre el animal con la gracia de un pájaro. Las jóvenes corrieron para recoger la presa; vi su rostro claro y deslumbrante mientras las amazonas que la acompañaban referían los pormenores de la cacería.

Ella se bajó de la jaca desprovista de silla y le dio un cariñoso golpecito antes de dejarla marchar. Las otras jóvenes se dedicaron a despellejar y cortar el venado, apartando el anca

sagrada. Trabajaban rápidamente, sin vacilar ante las entrañas sanguinolentas. Mi instinto bélico me indicó que eran guerreras. Me habría quedado mirando eternamente, sin preocuparme de la vida o de la muerte.

Echaron los depojos a los perros y se lavaron los brazos en un manantial. Mientras las cocineras asaban carne, las Amazonas llevaron el anca al altar. Fue ella quien la ofreció. Tal como había supuesto, era la jefa.

Surgió un humo espeso. Ella se acercó al borde del despeñadero y oró con los brazos levantados hacia el cielo. Al contemplarla, la fuerza de mis propios brazos se convirtió en agua y mi garganta se dilató.

Era tan joven... Sin embargo, había sido tocada por algún dios. La vi sola ante el ser sagrado, el único al que tenía que rendir cuentas.

«Es más que una reina —pensé—. Comprende que el sacrificio es aceptado. En sus ojos se advierte el sino de un dios.»

Del mismo modo que al salir del útero el niño olvida la oscuridad en cuanto respira y ve la luz, así toda mi vida desapareció de mi mente, como si se tratara de la sombra de un sueño.

«¿Por qué vine aquí? —pregunté a mi corazón—. ¿Para aniquilar a su pueblo y llevármela como si fuese un vulgar trofeo de guerra? Peleía de las Palomas debió de enloquecerme, pero este rostro me ha devuelto el alma. Enviaré a casa a mis hombres; jamás vengaré a su camarada. Si dos o tres me siguen por afecto, conforme, si no lo hacen, conforme también. Aquí, en estas colinas, viviré de la caza con mi lanza. Y algún día me encontraré con ella mientras cabalga sola. Entonces vendrá a mí, puesto que un dios lo ha dispuesto así. La pasión me consume como el fuego caído del cielo consume un bosque. ¿Cómo puedo sufrir tanto no viniendo de mi dios?»

Ella terminó la plegaria y apartó el rostro de la luz del sol que se hundía en el mar. Una de las cazadoras subió y caminó junto a ella. Charlaban como dos amigas. Me pareció que se trataba de la joven a la que ella había salvado de las manos de Pilenor. Yo había oído decir en Creta que las Amazonas estaban ligadas entre sí por lazos amorosos; algunos afirmaban que hacían votos de por vida. Pero yo me sentía turbado. Me limitaba a pensar: «Nuestro destino está unido; de la misma manera que yo he nacido de nuevo para ella, también ella nacerá para mí».

La luz se enrojeció como cobre bruñido; las sombras cubrían el valle. El fuego parecía más brillante y su resplandor se reflejaba sobre las rocas. Alguien llevó al altar yesca empapada en resma que ardió con una llama clara.

Oí el blando tañido de un sistro. Cinco o seis doncellas provistas de instrumentos se sentaron en el suelo. Llevaban pequeños tambores, flautas y címbalos. Suavemente al principio, tentando el tono y el ritmo, comenzaron a cantar y a tocar. Las demás estaban de pie formando un amplio semicírculo. El ritmo de la canción se hizo más vertiginoso. Era música para danza; música fogosa y vibrante que resonaba en una melopea interminable, acumulando más fuego cada vez.

Yo yacía sobre la roca y miraba, atenazado por mi sino.

Una de las jóvenes dio un salto. Se desciñó la túnica amarilla de piel de cordero y se irguió medio desnuda, iluminada por la luz rojiza del crepúsculo y del fuego. Era joven: la curva grácil de sus senos turgentes parecía de oro bruñido. Su rostro era hierático, pero sereno.

Extendió las manos y le pusieron en ellas dos dagas agudas cuyas hojas fulguraban. Levantó sus manos armadas hacia la piedra del trueno y comenzó a danzar.

Al principio se movía lentamente, ondulando los brazos con movimientos sutiles. Después éstos se hicieron cada vez más rápidos. De repente, atrajo las manos hacia sí y hundió las puntas de las dagas en su pecho.

Mi voz se estranguló en mi garganta. En cambio, el rostro de la doncella apenas había cambiado. Extrajo las dagas; esperó el flujo de sangre. Pero su carne aparecía limpia y suave. Marcando el ritmo levantó las manos una y otra vez, clavando las dagas en su cintura, en su garganta, en sus hombros. Me estremecí de horror, el nudo de mi garganta presionaba mi boca. Su piel seguía tan intacta como el marfil bruñido antes de que lo raye el tallista. Los tambores resonaban, y la canción subió de tono.

Otra joven se desnudó y se acercó de un salto junto a la primera, empuñando una lanza de caza. Se movía lentamente, apoyándose en ella y hundiendo la punta de la lanza en el corazón una y otra vez. Sin embargo, la piel de la primera bailarina seguía blanca y sin rastros de sangre.

«Teseo, hijo de Egeo —pensé—. ¿Qué has hecho? Has visto el misterio que causa la muerte a los hombres que lo contemplan. Corre, ocúltate en los bosques, ofrece un sacrificio a Apolo, que libera a los hombres de las maldiciones. ¿Qué esperas?».

Pero mi corazón respondía: «¿Qué importa la vida?».

El sol se había ocultado. Los vientres de las nubes semejaban ascuas rojizas sobre un fresco tapiz verde claro. Otras dos doncellas se habían unido a la danza, una con un cuchillo de caza, la otra con una espada. Miré el corro de espectadoras. Permanecían en silencio, con las manos quietas y los ojos fijos en las bailarinas. Me parecieron preocupadas. ¿Se uniría ella a la danza? Yo temblaba y no sabía si era de horror o de deseo.

La joven Molpadia ya estaba bailando; era ella la que sostenía la espada. Trazó un molinete alrededor de su cuerpo y la clavó en su garganta sin que brotara sangre; luego extendió la mano, gritó y señaló hacia arriba. En las profundidades pálidas del cielo había aparecido la enorme hoz de la luna nueva. Los címbalos retiñeron y surgió un gran clamor de las cantoras. La música trepidaba como una rueda de fuego, las armas relampagueaban, las espectadoras se unían a la danza, invocando a su reina. Los ojos de ésta, alzados hacia la luna creciente, se tornaron grandes y soñadores. De repente, arrojó su sombrero y sacudió su cabellera, que se soltó como un grueso haz de rayos de luna. La canción recordaba ahora el chillido de las águilas.

De pronto, entre la música percibí otro sonido, que me despertó como si me hubieran arrojado una jarra de agua helada. Era el ladrido de un perro guardián que parecía gruñir: «¡Ladrones!».

No había vuelto a pensar en los perros desde que les dieran su pitanza. Los habían atado o encerrado, al igual que hacemos nosotros cuando hay danza. Alguno debió de escaparse y vino a nuestro encuentro. Al oír su ladrido, alguien soltó toda la jauría.

A la luz del ocaso vi un torbellino de blancura. Me puse en pie de un salto, rechazándolos con escudo y lanza. Entonces comprendí: mis hombres estaba luchando a mi alrededor, ignorantes de lo que ocurría, se habían cansado de esperar y supusieron que yo los había olvidado.

Quisieron contemplar la danza, pero el perro advirtió su presencia.

Maldije a los hombres y a los perros; apaleamos a éstos antes de que nos despedazaran y acuchillamos a algunos. Seguían aullando a prudente distancia, saltando atrás y adelante. La música se detuvo en seco y resonó el cuerno de guerra.

Su sonido me estremeció; volvía a ser yo mismo.

—¡Cuidado! —grité a mis hombres—. Son Vírgenes de la Luna de Artemisa. He visto el santuario. Que nadie luce si puede esconderse o huir. No las forcéis o sobre vosotros caerá una maldición mortal. La reina...

Pero ya no había tiempo. Las danzarinas se precipitaron sobre nosotros, ágiles y rápidas como halcones, desnudas hasta la cintura, empuñando las armas que habían usado en la danza. Sus ojos estaban sumidos en el éxtasis sagrado.

Les grité no sé qué, como se grita al mar cuando bate el rompeolas. La joven provista de dos dagas cayó sobre mí. Intenté empujarla con mi escudo, al que esquivó como un gato montés. De un salto se puso frente a mí; las puntas de sus dagas me amenazaban como dos zarpas. El amor a la vida que recibimos al nacer vino en mi auxilio. Levanté mi lanza y le atravesé el corazón. De la herida apenas salió una gota de sangre; su rostro se apagó en una sonrisa.

La lucha iba extendiéndose entre las rocas de la ladera, a la escasa claridad del crepúsculo. Los perros también luchaban. Era como una pesadilla de la que no se puede despertar. Oí el galopar de los caballos y la vi acercarse. Hasta los atentos oídos de las amazonas había llegado la voz de alarma. Cabalgaban o corrían empuñando lanzas de guerra y protegidas con escudos en forma de media luna.

En el ocaso moribundo se encendió una nube; un rojo profundo tiñó la montaña. La reina cabalgaba envuelta en esta luz mortecina, sus vestiduras, rambien rojas, se tornaron carmesí. Destacaban el oro pálido de su cabellera suelta y su torso desnudo, que había descubierto

para la danza. En su mano se veía el hacha sagrada, con el filo arqueado de las Vírgenes de la Luna. Las incrustaciones de plata fulguraban cuando la blandía sobre su cabeza. Su voz juvenil, pura y fría, entonaba el grito de guerra.

«Si me llega ahora la muerte —pensé— es que un dios me la envía.»

Incluso entonces no pude olvidar que mi sino era el de mi pueblo, y que éste estaba en manos de los dioses.

«Bien —decidí—. Viviré y la poseeré. La quiero con toda mi alma. La conseguiré.»

Cuando ofrecí mi vida a mi sino, mi alma se tranquilizó; mi mente era como un torrente claro, lleno de peces veloces, flameantes. Di un paso hacia delante y, en el lenguaje del Pueblo de la Costa, lancé el grito del heraldo. Es un grito sagrado en todo el mundo conocido, y vale la pena utilizarlo incluso en los confines de la tierra.

Frenó el caballo. Su cabeza erguida contra el cielo bermejo era algo que cortaba la respiración. Con un movimiento de su escudo detuvo al escuadrón que venía tras ella. En la pausa oí el aullido de un perro furioso ahogado por el estertor de un lanzazo y el gemido de un hombre moribundo. En la montaña se hizo el silencio.

Me dirigí hacia ella. Era delicada y fuerte como las criaturas del desierto, como la pantera, como el halcón, como el corzo. Observó a la bailarina caída con mirada grave y orgullosa; había visto cosas semejantes; mi corazón me dijo: «No suspires, no supliques. No está hecha para cobardes».

La joven habló lentamente con la lengua del Pueblo de la Costa:

—No tenemos heraldo.

—Tampoco nosotros —contesté—. Que Hermes, el Heraldo, sea juez entre nosotros. Yo soy Teseo, el Ateniese, hijo de Egeo, hijo de Pandión. Yo soy el rey.

Volvió a mirarme. Al parecer mi nombre había llegado hasta esos parajes. Los rapsodas lo oyen de otros rapsodas, y los guerreros de sus semejantes. Habló a su tropa por encima del hombro, dándoles las órdenes pertinentes; se estiraban para ver y charlaban entre sí. Ella se volvió hacia mí con expresión ceñuda, como si estuviese buscando las palabras. Conocía la lengua menos que yo y hablaba lentamente.

—Aquí no hay hombres, ni dioses-hombres —dijo por fin.

Extendió el brazo y pronunció un nombre de sonido extranjero, como si eso lo explicara todo. Luego agregó:

—Este es el Acantilado de las Doncellas.

—¿Y tú? —pregunté.

Se llevó la mano al pecho y respondió:

—Hipólita de las Doncellas. —Irguió la cabeza—. El rey.

Mi corazón saltó hacia ella. Pero me limité a decir:

—Bien. En este caso, podemos hablar los dos. Vengo en son de paz. —Sacudió la cabeza en un gesto airado. Con los ojos me dijo: «¡Embustero!». Sus dedos tamborileaban impacientes porque no encontraba la palabra. Nos señaló con el dedo y exclamó:

—¡Piratas!

La tropa que iba tras ella lo repitió en su propia lengua.

«Sí —pensé—, ella me recuerda».

—En son de paz —repetí—. Mientras viva jamás te mentiré. —Intentaba hablarle a sus ojos—. Somos piratas, es verdad, pero no como profesión sino por puro placer. Yo soy rey de Atenas, de Eleusis y de Megara, hasta el extremo del Istmo. Creta me paga tributo. Siento haberme mostrado insolente en la playa: somos extranjeros y los hombres han permanecido mucho tiempo en el mar. A ti te ha costado ya demasiada sangre. Hagamos ahora un trato de paz y de amistad.

—¿Amistad? —replicó ella con sorna, como si yo estuviera loco al pedirla. Una de las doncellas de la tropa rió salvajemente. Hipólita apoyó el hacha sobre la grupa de su caballo mientras reunía las palabras y echó hacia atrás los cabellos de oro.

—Este lugar —dijo dejando caer las palabras— es sagrado. —Su mano dio a la palabra mayor significado—. Ningún hombre puede profanarlo. Y vosotros., vosotros habéis visto el misterio. Por ello., merecéis la muerte. Os mataremos, las Vírgenes de la Virgen. Ésa es nuestra ley.

Sus ojos se encontraron con los míos; agua gris, grises nubes. Se expresaban en un lenguaje situado más allá de las palabras.

—Quizá nosotras también tengamos que morir —añadió haciendo volver grupas a su caballo y señalando al santuario—. Todas estamos en sus manos.

Cogió aliento para lanzar el grito de guerra.

—¡Quieta! —le dije.

—¡No! —exclamó furiosa, pero apaciguó su caballo con la mano e hizo una pausa.

—Hipólita... —El nombre sabía a vino y miel—. Mis hombres no han molestado a la diosa. Yo fui el único que lo vio desde allá arriba. Ellos estaban más lejos. No presenciaron nada. — Le hablaba lentamente, procurando que captara mis palabras—. Así, pues, responderé por mí mismo. ¿Me comprendes? Es asunto tuyo y mío. Rey contra rey. Te desafío a un combate singular, rey de las Doncellas. Es nuestra deuda para con el pueblo que nos honra.

Hipólita había comprendido. Era rey contra rey, en efecto. Conseguí llegar a su alma, aun cuando, como adiviné, no resultaba fácil. En su rostro no había rastro de temor, sólo reflejaba extrañeza y duda. Su caballo movió la cabeza y los discos de plata resonaron.

«Está escuchando la voz de su destino», pensé.

Una doncella subió la colina con una espada en la mano. Era la joven a la que ella había salvado, la nadadora Molpadia, alta y fuerte, de hosca mirada azul. El efecto del trance se había disipado, ya que en su brazo sangraba una herida. Hipólita se inclinó y la miró; se hablaron. La joven alta frunció el entrecejo.

—Sal a mi encuentro, Hipólita —dije—, y que los dioses decidan. Un rey no puede rechazar a otro rey.

Oscurecía, pero su rostro era tan luminoso que podía verlo perfectamente. Era joven, y poseía el orgullo y el sentido del honor de un guerrero joven. Cada uno de estos sentimientos la reclamaba, y ella no sabía qué decidir.

—Si muero —dijo finalmente—, ¿respetaréis el lugar sagrado y a las Doncellas? ¿Os marcharéis?

Mi corazón dio un brinco.

—¡Lo juro! —exclamé—. Y también mis guerreros.

Estos se habían acercado a escuchar; los heridos se apoyaban en sus compañeros, pero faltaban algunos. Asintieron de mala gana. Ya habían tenido bastante.

—No habrá venganza —aseguré—. Caiga quien caiga, mi gente se marchará en paz. Si muero, enterradme en esta montaña, junto al sendero que tomáis para ir al mar. Y si gano... tú serás mía.

Clavó los ojos en mí.

—¿Qué dices? ¿Tuya? —preguntó.

Asentí y, para cerciorarme de que me había comprendido, escogí las palabras más sencillas:

—Si gano y tú vives, me aceptarás como rey y me seguirás. Dame tu palabra, puesto que yo te doy la mía. Juro por mi vida y por el Río Sagrado, que los dioses votivos no osen romper mi juramento, que jamás te avergonzaré ni forzaré tu voluntad. Tú serás mi amiga, mi huésped. Que su diosa devore mi corazón si me nuestro desleal. ¿Aceptas mi propuesta?

Frunció el entrecejo en un gesto de estupor. Hizo entonces un amplio movimiento con la mano, como queriendo decir: «Todo esto no es nada». Tocó la hoja de su hacha con las incrustaciones de plata.

—Lucharé hasta la muerte —afirmó.

—La vida y la muerte están en manos de los dioses. ¿De acuerdo, pues?

Intervino entonces la joven que se encontraba junto a ella, y le habló en su lengua nativa. Comprendí que se oponía y dije rápidamente:

—Puedes elegir las armas.

La joven la cogió del brazo. Hipólita se volvió y pareció decirle algo; desmonté, puso en sus manos el hacha sagrada, besó a la joven y mencionó su nombre a la tropa que estaba detrás. Asintieron con pesar; conjeturé que la habría nombrado su heredera. Acto seguido, Hipólita dio un paso al frente; sus ojos estaban dilatados, como cuando había surgido la luna nueva. Me sobrecogió el temor de que cayera adrede en el trance sagrado y se convirtiera en una ménade guerrera, salvaje como un leopardo que no conoce más ley que matar o morir. Pero el misterio se había roto, su rostro sólo reflejaba gravedad.

«Se está ofreciendo en sacrificio —pensé—. Está buscando una muerte adecuada para un rey.»

—Teseo —declaró—. Lucharé con jabalina y después usaré la espada.

Le resultaba difícil pronunciar mi nombre, pero me agradó oírlo de sus labios.

—De acuerdo —asentí—. Tendamos las manos a los dioses para que sean testigos de nuestra palabra.

Hizo una breve pausa, su mano se extendió lentamente. Mientras estábamos de pie, tomarla entre mis brazos parecía algo de lo más sencillo. La orilla opuesta siempre parece cercana antes de pasar a nado el estrecho.

Me armé con dos agudas jabalinas que me entregaron los hombres situados detrás de mí. Ella recogió la que le daban sus compañeras; después dirigió la vista a su alrededor.

—Se está haciendo oscuro —dijo—. Conozco el terreno. Necesitamos antorchas. Lucharemos en igualdad de condiciones.

«Este amor puede ser mi muerte —me dije interiormente—, pero no es una locura. Pocas veces me he enfrentado a un hombre con un orgullo como el que muestra esta mujer.»

—Hay suficiente luz —decidí. Me dirigí hacia un lugar nivelado e indiqué a mis hombres que dejaran libre el terreno. Retrocedieron y añadí—: ¡Ya está bien así! Podría verte incluso sin ojos.

Ahora estábamos solos; no había nadie a dos tiros de lanza a la redonda. Era la hora en que los guerreros se calientan la sangre insultándose mutuamente. Vi que fruncía el entrecejo como si estuviera enfadada consigo misma y se reprochaba lo poco que dominaba mi lengua.

—No digas nada —dije—, no es propio de ti, ni de mí.

Arqueó las cejas. Se había puesto el gorro frigio de cuero ribeteado de bronce. Las cimbras de color escarlata caían sobre su cuello y mejillas, brillantes como plumas de faisán.

—Eso es todo —declaré—. Yo te amo. Eres el amor de mi vida. He venido aquí por ti, para conseguirte o morir. Obra como te lo ordena tu ley, no quiero que faltes a ella por mí. Si muero, significará que mí sino era morir y yo corro a su encuentro. Tú quedas libre de mi sangre. Que nunca te invada la tristeza. Mi sombra te amará incluso en la morada de los Hades, bajo la tierra.

Ella estaba de pie, erguida, grácil y fuerte, empuñando las brillantes armas bajo el cielo sombrío y la luna pequeña. Vi en los ojos del rey guerrero a una doncella atónita que desde la infancia no había hablado con un hombre. Me miró en silencio, y aferrándose a lo único que conocía, gritó:

—¡Debo matarte! ¡Has visto el misterio!

—Sí, debes intentarlo. Ven a mí con tu honor, pues en el tuyo está el mío. ¡Comencemos!

Nos separamos y empezamos a acecharnos, escudándonos en nuestras rodela. Habría preferido que ella no escogiera jabalinas; esparaba que fuese un mano a mano desde el principio, con el hacha o la lanza. Ahora yo tenía dos jabalinas con las que debía procurar no herir a nadie; y debía esquivar otras dos. Cuanto antes se hiciera, mejor.

Escurrí el bulto y vi que ella también lo hacía. Era tan rápida y ligera que resultaría imposible darle. Apunté lentamente para mostrarle hacia dónde disparaba, pero, como yo habría hecho, lo tomó por una estratagema, saltando hacia dicho punto, con la intención de ponerse fuera del alcance del verdadero blanco. Tuve el tiempo justo para no alcanzarla. Jamás en batalla alguna sentí tanto pavor. Inmediatamente sentí un escozor en mi muslo que me hizo rechinar los dientes. Su jabalina se había desviado hasta él; la herida no era profunda pero estaba abierta. La fresca brisa del crepúsculo acrecentó el calor de la sangre. La pierna estaba sana y no dolería mucho mientras no se enfriara. Di un sato al lanzar la segunda jabalina para engañarla y fallar el tiro. El arma caía a medio camino entre ambos. Ella todavía disponía de una. Volví el escudo hacia mi rival y desenfundé la espada.

Las Amazonas la animaron a tirar de nuevo. Hipólita mantuvo un equilibrio de danzarina. Estaba demasiado oscuro para ver la trayectoria del arma, pero adiviné hacia dónde apuntaba. Detuve la trayectoria con mi escudo; no fue un tiro despreciable, pues taladró el cuero, salió desviada y vibró sobre mi hombro. Di un salto hacia atrás, y sin dejar de vigilarla, pisé el mango del arma y la arranqué del escudo. Entonces avancé espada en mano y ella vino a mi encuentro.

Ya era noche cerrada, pero se podía ver el terreno. Por el momento todo iba bien. A pesar de la luz escasa me había arriesgado al duelo de jabalinas para tener ventaja más tarde. No quería que ella advirtiera mis intenciones. La lucha libre nació en Egipto y se enseñaba en

Creta. Yo la introduje en la isla de Pelops y más tarde en Anca. Era todavía una novedad en Tesalia y un vago rumor en Tracia. Y estábamos en Ponto. Cuando ella declaró que no podría cogerla viva, me dijo cuanto yo necesitaba.

Comenzó a acecharme, con movimientos propios de un leopardo. Por el borde de su escudo asomaba la hoja curva de su espada, cortando el aire como seda mientras vigilaba mis pasos. Yo nunca me había enfrentado a semejante arma; no me gustaba. La espada larga helena es apta para clavar, pero ésta parecía apropiada para cercenar una mano desde cualquier ángulo. Mi brazo y mi espada eran más largos. Habría resultado sencillo si sólo se hubiese tratado de matar a mi adversario.

«Me alegro —pensé— de no tener que hacer esto todos los días», y la idea me hizo reír.

También ella rió; sus dientes blancos brillaron en el crepúsculo. Era un verdadero guerrero y la excitación de la batalla asomaba a sus ojos. Tomó mi risa como un desafío y la libró de la preocupación que le causaba mi amor. Ahora lucharía mejor. Mientras nos acometíamos y lanzábamos estocadas sentíamos la mente del otro, como dos bailarines que danzan juntos a menudo, o dos amantes que pueden hablar con sólo rozarse la yema de los dedos.

«De seguro —me dije— que ya habrá adivinado mi juego.»

Pero fue dedicada a la Diosa en su infancia y estaba apartada de los hombres. ¿Cómo podría entenderlo? Si sentía una extraña sensación en su sangre, un sentimiento salvaje que no podía explicarse, lo tomaría por la llamada de la gloria. Podía matarme en esta ignorancia y después marchitarse, sin llegar a comprender la causa de su dolor.

Casi todo el tiempo no hice más que parar golpes con mi espada o mi escudo. Una y otra vez tenía que atacar o hacer una finta para engañarla, mientras buscaba mi oportunidad. Ella ya había advertido que yo tenía preparada alguna treta. Quería arrancarle la espada antes de iniciar el cuerpo a cuerpo, y ella lo sabía, pero era demasiado luchadora para mí.

«¿Acaso he pensado que la conseguiría sin esfuerzo?», me dije.

Di un salto rápido hacia atrás y arrojé mi escudo. Ayudado por la oscuridad, actué de manera que pareciera que la cuerda se había roto. Luego hice lo natural en un hombre que ha perdido su escudo: inicié un ataque denodado. Fallé adrede el estoque, pero ella ya estaba a mi alcance. Tenía que actuar con rapidez. Cuando levantó su espada, detuve el golpe con la mía y le trabé el brazo, retorciéndolo mientras la hacía pasar por encima de mi hombro. Fue tal su sorpresa que voló por los aires y soltó la espada. Era demasiado tarde para reaccionar; dio un salto perfecto, como una yegua, y cayó limpiamente, casi sin aliento. Me arrojé sobre ella y rodamos por la hierba de la montaña.

Su brazo todavía sujetaba el escudo. Caí sobre él al tiempo que le sujetaba el otro brazo. Yacía medio aturdida, boca arriba, jadeando, pero sosegada. Yo también estaba tranquilo, aunque aturdido por la lucha y por el hecho de estar tan cerca de su cuerpo, con su rubia y perfumada cabellera junto a mi boca y sintiendo bajo mis brazos el cuero bordado y los suaves senos.

Pero el guerrero que aún anidaba en mi corazón, me advirtió que era rápida como un látigo y que no se había rendido. Acerqué mi boca hasta su oído y susurré:

—Hipólita.

Volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos, tan salvajes como los de una gacela acorralada. Yo seguí hablando. No recuerdo lo que dije. Daba igual, pues lo hice en griego. Sólo quería que comprendiese que no era su enemigo. Comenzó a mirar en derredor; entonces declaré en la lengua que ella sabía:

—La lucha ha terminado, Hipólita, y tú no has muerto. ¿Cumplirás tu promesa?

Era noche cerrada, pero vi que elevaba los ojos al cielo, como buscando consejo. Nadie acudió. Una nube había descendido de la cresta de la montaña y la hoz de la luna nueva desapareció tras ella. Los guerreros comenzaron a susurrar algo que no comprendí. De las Amazonas llegaban murmullos fugaces y largos silencios. De repente, Hipólita se puso de pie tranquilamente, como si todo no hubiera sido más que un sueño. Volví a sujetarla y pregunté:

—¿Y bien?

—Sea —dijo ella, jadeando.

Entonces la solté, me puse de pie y me incliné para ayudarla a levantarse, retirando el escudo de su brazo. Cuando lo hubo hecho se libró de su vértigo. La cogí colocando mi brazo bajo sus rodillas y su cabello sobre mi hombro. Se mostraba sosegada mientras yo la llevaba

en mis brazos que parecían haber sido hechos para ella, sabiendo que en ellas estaba su sino y su hogar.

Me entregaron su caballo para ponerla encima y bajarla hasta la playa. Mientras caminaba sujetando la brida, hasta mis oídos llegó el lamento de las doncellas, acompañado con flautas y tambores de luto. Era la queja por los caídos y el rey perdido. Miré el rostro de Hipólita. Tenía los ojos quietos, como si quisiera penetrar la oscuridad de la noche.

Llegamos a la aldea que cruzamos en el camino de ida y la encontramos vacía. Al oír el estrépito de la batalla, sus habitantes habían huido precipitadamente hacia las colinas. Descansamos en ella hasta el amanecer para no rompernos el cuello en los senderos de la montaña.

Ordené a mis hombres que cogieran lo necesario para comer pero no más, puesto que no éramos bandidos del Istmo que roban a los pobres. Incluso la casa del jefe de la aldea tenía sólo una habitación y una cama. Senté a la joven en ella y encendí la lámpara. Parecía exhausta. No era de extrañar, después de la escena en el mar, la cacería y la lucha.

Le llevé cuanto pude encontrar para cenar: un poco de vino, queso y pan de cebada con miel. Miró la comida igual que un potro salvaje mira un trozo de sal, esperando ver el cabestro en la otra mano.

Pero yo permanecí quieto y apartado, como se hace en el corral; ella lo aceptó con un gesto de agradecimiento. No había pronunciado palabra desde que saliera del santuario.

No comió mucho pero se bebió el vino. Entre tanto, busqué la yacija del siervo y hallé un jergón de paja que arrastré dentro de la casa. No quise que mis hombres lo vieran, pues me habrían creído embrujado o se habrían reído de mí. Cuando lo hube colocado junto a la puerta, eché un vistazo alrededor y vi sus ojos alerta. Adiviné sus ideas tal como lo había hecho durante el combate. Nunca sobreviviría a la deshonra; encontraría algún camino. Entonces advertí que no me juzgaba por el temor, sino por la verdad, preocupada por el hombre, a la vez bueno y malo, que había en mí. En efecto, dentro de esa joven de cabellos de plata moraba un rey.

«¿Quién es realmente? —pensé—. ¿Dónde transcurrió su infancia? No ha nacido en aquella montaña, como una raposa o un pájaro. ¿Hasta qué punto han calado en su alma esos ritos salvajes, esa fiereza? La leona es noble, pero sólo un loco se atreve a errar en su guarida. Comprometió su palabra antes de la batalla, pero la obligarían sus costumbres? ¿Llegó a comprender el compromiso que adquiriría, dicho en una lengua que no es la suya? Es orgullosa: pidió antorchas para alumbrar el campo. Es fiel: permaneció desnuda ante los guerreros para salvar a su amiga. También la leona lucha por sus cachorros, y eso representa la muerte para los hombres. ¿Me la han enviado los dioses para llenar mi vida o para acabar con ella? Estas mujeres suponen la vida o la muerte, de eso no hay duda. Pero no basta aceptar el propio destino, sino que hay que salir a su encuentro. Bien, veamos».

Se sentó al borde de la cama, con la copa y la comida junto a ella. Sus ojos no se apartaban de mí mientras yo disponía las cosas; aunque todo estaba resuelto, notaba que ella era como un gato preocupado. Le hablé lentamente, para que pudiera entender mis palabras.

—Te dejaré sola un momento porque debo echar un vistazo al campamento y poner centinelas. Nadie entrará. Pero no es prudente estar desarmado entre extraños. Toma esto y guárdalo.

Desenvainé mi espada y la puse en sus manos. La cogió, fijando su mirada en el arma y después en mí. Pensé en el misterio, en la joven blandiendo las dagas y saltando. A la luz de la lámpara, observando el arma con ojos extraños y dilatados, lucía tan hermosa como un lince o un lobo, o esos espíritus de las montañas que atraen a los hombres a los acantilados. Permanecí de pie ante ella.

Desenvainó media hoja y pasó los dedos por ella. Tanteó la empuñadura para calibrar el trabajo.

—Pertenece a mi padre y a mi abuelo —expliqué—. Mi orfebre cretense te hará una tan buena como ésta.

Se había recogido el cabello en una gruesa trenza; era suave como el de un niño y se veía alborotado sobre la frente. Se inclinó sobre la espada y la adelanté. Le dio un manotazo —era la primera vez que yo veía ese gesto suyo— y me escrutó, como si temiera alguna estratagema de mi parte.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No hago más que lo que prometí. En cuanto al motivo, ya te lo he dicho.

La dejé con la espada sobre las rodillas, la cara ladeada, mirando la empuñadura engastada y alisándose el cabello.

Mientras disponía las guardias, mi siervo vino a mi encuentro y me preguntó si la joven debía preparar el agua y lavarme, como si fuera una vulgar prisionera. Le dije que corrigiera sus modales y que le llevara a ella agua caliente. Me lavé en la fuente. Advertí que mis hombres me miraban atónitos. Si yo no pasaba la noche dentro de la casa, pensarían que había perdido la cabeza, o que tenía miedo.

Al cabo de un rato, di unos golpes en la puerta y la abrí. La lámpara seguía ardiendo. Vi el brazo desnudo de Hipólita deslizarse de la cama al suelo y coger la espada. Vestía una camisa de lino; sus prendas exteriores colgaban de la cabecera. Confiaba en mí. Pero quizá no comprendió que regresaría. Sus miembros estaban tensos y sus ojos entornados. Si tenía que morir, arrastraría consigo a su enemigo, como debe hacerlo un guerrero. «Tanto más honor para ella», pensé.

—Soy yo —dije—. ¿Por qué no duermes? Debes de estar exhausta. Me echaré aquí, junto a la puerta, para guardarla. Es lo mejor estando entre combatientes excitados.

Sus ojos se ensombrecieron; su sino había corrido demasiado velozmente para ella. Arrancada de su pueblo y de cuanto conocía, no tenía a quién mirar más que a mí.

—Cuida de la espada hasta mañana —dije—. Yo ya tengo mi lanza.

Me quité el peto de cuero. Cuando me incliné para apagar la lámpara la oí musitar unas palabras. Me acerqué a ella; sus ojos eran como los de un gato montés. Me detuve.

—¿Qué dices? —pregunté—. No te oigo bien.

Sacó el brazo de la cama y señaló la herida de mi pierna, que yo no había tenido tiempo de curar.

—¡Lávala! —dijo ella y dirigió el pulgar hacia el suelo—. Malo, malo.

Le dije que la herida estaba seca y que al día siguiente me lavaría en el mar, pero ella señaló el frasco de vino y dijo:

—¡Bueno!

Con todo lo que había pasado se le estaba olvidando el lenguaje de la Costa. «Pobre chica», pensé. Todo el mundo sabe qué suerte le espera a una cautiva cuando muere el hombre que la ha apresado. Para tranquilizarla, me lavé la herida. Brotó sangre fresca; me escocía.

—Mira —dije—, ya está limpia.

Levantó la cabeza de la almohada y musitó algo.

—Buenas noches, Hipólita. Eres mi huésped de honor, sagrado para los dioses. Pido que bendigan tu sueño.

Me quedé un momento de pie. Deseaba poner mi mano sobre su cabeza, pues pensé que, bajo sus finos cabellos, debía de ser como la de un niño. Pero mi gesto podía atemorizarla, de modo que sonreí y me dirigí a donde estaba la lámpara. Mientras me retiraba, de debajo de las mantas me llegó su voz deseándome que durmiese bien.

Debido a la felicidad que embargaba mi corazón y las pulgas que poblaban mi camastro, me costó conciliar el sueño. Soñé, naturalmente, en el amor futuro, que me parecía precioso. Algún dios debió de avisarme de que no había nada que perder.

Fuera estaba la plaza de la aldea, de tierra apisonada. Los centinelas encendieron en ella una hoguera y la alimentaron toda la noche. Su resplandor atravesaba las rendijas y el ventanuco, e iluminaba la estancia como si fuese una lámpara. Hipólita se volvió de lado, sus ojos se encontraron con los míos; apartó el rostro. Al cabo de un rato dormía profundamente. Poco a poco su respiración comenzó a arrullarme, hasta que también comencé a dormir. Había sido un día agotador.

Me despertaron unos arañazos en la delgada pared de barro y paja. Me repugnan las ratas, pues acuden a los campos de batalla en busca de lo que han dejado los milanos y los perros. Siempre me despierto al primer sonido de su constante roer. Las hogueras no eran más que rojos rescoldos; pronto amanecería. Yo aún estaba adormilado, y me dije: «Déjalas, ya que tu perro está en Atenas».

Un trozo de barro cayó seco de la pared junto a su cama. Por el agujero se introdujo una mano.

Al principio pensé que alguno de mis hombres tenía la osadía de figonear, y sin hacer ruido cogí mi lanza. Pero cuando la mano entró del todo vi que era más delicada que la de un hombre y que la manga era de cuero bordado. La mano bajó y tocó el hombro de Hipólita. Me quedé quieto escudriñando con los ojos entornados.

La joven despertó con un sobresalto; había olvidado dónde estaba. Cuando advirtió de qué se trataba, se volvió a mí para ver si estaba despierto. Pero yo disimulé a tiempo. Cogió la mano entre las suyas y se la llevó a la mejilla. Parecía salvaje y perdida, agachada junto a la pared en la luz mortecina, con un trazo de sombra bajo su garganta. Aun así, era como si estuviese ofreciendo consuelo en lugar de recibirlo.

La mano se aferró a las suyas. Desapareció un instante. Cuando volvió a aparecer sostenía una daga.

Hipólita echó un vistazo, sin moverse; lo mismo hice yo. Era una daga similar a la que había visto en el Misterio, corta, delgada, aguzada. Hubo un momento de espera, después un arañazo en la pared. Supuse que debía de acercarse un centinela; no podían hablar en susurros. Hipólita cogió el cuchillo y besó la mano. Luego ésta desapareció.

Hipólita se arrodilló sobre la cama y aplicó el ojo al agujero. No debió de ver nada, pues casi de inmediato se apartó y se sentó con los pies doblados debajo del cuerpo. La luz llameaba en la daga mientras ella tiritaba a causa del frío que precede a la aurora. La camisa dejaba desnudos los brazos y sus largas y gráciles piernas de un tono moreno satinado como la seda de los hayucos. Probó la punta con la yema de los dedos, dejó caer la daga sobre la manta y permaneció un rato con los brazos cruzados sobre el regazo. Miraba el suelo, junto a la cama. Recordé que era allí donde había dejado la espada.

Por fin levantó los brazos como si se dispusiera a orar y dirigió el rostro hacia arriba, donde no había luna alguna, sino meras vigas polvorientas. Empuñó la daga, se puso de pie y vino hacia mí en silencio.

Cerré los ojos. Podía oír su respiración ligera, oler su camisa caliente y su cabellera. Si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, me habría levantado de un salto, riendo, y la habría abrazado. Pero estaba ligado por un voto a un dios y no podía hacerlo. Aunque no podía decir hasta qué punto ella estaba ligada a algo más fuerte que la promesa que me había hecho, pues ya no era rey ni estaba bajo las antiguas leyes. Sin embargo, no podía hacerlo. Permanecí tendido, escuchando mis palpitaciones y su respiración, recordando cómo su jabalina había traspasado mi escudo.

La espera parecía interminable. Mi corazón latía desbocado.

«Debo saber qué hace, debo saberlo», me decía interiormente.

Dejó escapar un suspiro corto y agudo y se inclinó aún más sobre mí. Contuvo un momento la respiración.

«Se está preparando», pensé.

Algo me tocó. No era una mano ni una punta de bronce, sino una gota de agua caliente que cayó en mi cara.

Se fue. Oí sus pasos quedos y ligeros. Con el gruñido de un hombre medio despierto, me di la vuelta en el lecho y seguí quieto, mirando a hurtadillas.

Alguien atizó la hoguera del exterior. Del montón de ascuas surgió un chorro de llamas. El fuego titilaba en sus lágrimas, mientras ella luchaba por contenerlas. Se apretó contra los dientes el revés de la mano que seguía empuñando la daga; sus pechos palpitaban temblorosos bajo la blanca y delgada camisa. Cuando levantó el borde para enjugarse los ojos, a punto estuve de levantarme. Sentí una piedad profunda. Anhelaba hablar, pero al recordar su orgullo temí avergonzarla.

Al cabo de un rato se tranquilizó. Dejó caer los brazos; estaba de pie, erecta como una lanza, mirando al frente. Lentamente levantó la daga, como ofreciéndola a los dioses. Sus labios se movieron y sus brazos se balancearon hacia adelante y hacia atrás, lentamente. Yo la miraba atento; entonces recordé. Era el ritual de la danza. Volvió a levantar la daga. Sus nudillos aparecían blancos sobre la empuñadura, la punta pendía sobre su pecho.

En el ruedo cretense mi velocidad me había salvado la vida en más de una ocasión. Pero creo que jamás vi a nadie moverse tan rápido como yo lo hice. Di un salto y, antes de que lo vieran mis ojos, estaba rodeándola con un brazo y apresando su muñeca con el otro.

Cogí la daga y la arrojé a un rincón. La aparté fuera de su alcance con sus hombros entre mis manos, para evitar que me olvidara de mí mismo. Hipólita temblaba igual que la cuerda de un arpa y se esforzaba en ahogar sus lágrimas como si fueran un pecado contra la naturaleza.

—Vamos niña —dije—. Todo ha terminado. Tranquilízate.

La lengua del Pueblo de la Costa había desaparecido por completo de su mente. Sus ojos buscaron mi rostro, formulando con ellos las preguntas que habría sido demasiado orgullosa para pronunciar en su idioma de haber conocido las palabras.

—Ven —dije—, vas a resfriarte.

La senté en un lado de la cama, la envolví en la manta y llamé por la ventana al centinela:

—Traed una orza llena de fuego.

Asintió sobrecogido. Me volví a ella y le dije:

—Tú, que conoces lo que es guerrear, sabes que a menudo uno dedica su vida a una cosa pequeña. ¿Por qué no dedicarla a una grande?

—Tú ganaste en la lucha —dijo. Tenía la vista baja, y apenas podía oírla—. Fuiste honesto, por lo tanto...

Sus dedos juguetearon con un doblez de la manta.

El centinela llamó. Traía una jofaina con fuego. La cogí junto a la puerta y la pasé a los pies de Hipólita, sobre el suelo de tierra. Se sentó, clavó los ojos en ella y no se volvió aun cuando me senté a su lado.

—Vigilaré contigo hasta que amanezca, no sea que alguien venga a turbarte. Duerme, si quieres.

Ella guardaba silencio, con la mirada fija en las brasas.

—No te apenes —dije—. Fuiste una fiel amiga, y cumpliste tu palabra de guerrero.

Sacudió la cabeza y murmuró algo. Adiviné qué significaba: «Pero he roto otra».

—Somos mortales —le dije—. Uno hace lo que puede. No estaría bien que los dioses fueran menos justos que los hombres.

A pesar de que permaneció en silencio, no me costó darme cuenta de lo que necesitaba. La rodeé con mi brazo.

—¿Qué te pasa? —pregunté suavemente.

Mis palabras desataron la tormenta. Como le habían enseñado que llorar era vergonzoso, al principio le molestó dar rienda suelta a sus lágrimas. Ahora, aliviado su corazón, se refugiaba en mis brazos con toda su tensión relajada, tan confiada como una niña. Pero no era una niña, sino una mujer de dieciocho años, fuerte y ardiente. Cuando un hombre y una mujer han nacido para amarse, como nosotros, encontrarán dicho amor por cualquier camino. Adivinamos, palpamos nuestro pensamiento, como lo habíamos hecho mientras luchábamos. El amor vino a nosotros como el nacimiento, conociendo su propio tiempo mejor que aquellos que lo esperan. Hipólita sabía menos que cualquier doncella que hubiera oído los chismorreos de las mujeres y sin embargo sabía más, aunque sólo me conocía a mí. Mi propia vida salió de mí para vivir en ella. Con las mujeres que había poseído hasta ese momento siempre me había sentido solo. Lo mucho que había aprendido con ellas, se desvaneció como humo y volví a aprenderlo de la confianza de Hipólita.

Al romper el alba habíamos olvidado la necesidad de las palabras, o el que nunca nos hubiéramos hablado en nuestras propias lenguas. Cuando los centinelas comenzaron a discutir sobre quién osaría despertarme, ella comprendió por mi sonrisa lo que decían. Nos cubrimos la cabeza con la manta hasta que hubieron mirado por el ojo de la cerradura y desaparecido. Sólo cuando oí la voz de un mensajero enviado por Piritos para saber si yo estaba muerto, volví, como un extraño, al mundo de los mortales.

El estrecho de Hela pasó como un sueño, así como las luchas que tuvieron lugar en él. Todas las demás cosas eran un sueño del que nos despertábamos mutuamente. No me preocupé de lo que mis hombres hicieran, y ellos fueron lo bastante prudentes para no contármelo. Mientras le guardaran respeto a Hipólita, era todo lo que les pedía.

En cuanto a Piritoos, cuando la llevé al campamento, alzó sus ojos al cielo. Había perdido la esperanza de volver a verme, de modo que se alegró y mantuvo una actitud correcta. Hipólita era orgullosa, tenía razones para estar recelosa y al principio le molestó la rudeza de mi amigo. En cuanto a éste, siempre admiraba el valor, aunque procediese de una mujer. Cuando supo que Hipólita conocía las costumbres guerreras de todo el litoral hasta la desembocadura del Helesponto, cambió de parecer. En el consejo de guerra se mostraron un respeto mutuo que desembocó en simpatía. Hipólita nunca fue como Piritoos creía que una joven debía de ser. En efecto, de haber sido una niña, él lo habría arreglado más fácilmente. Lo cierto es que la mitad del tiempo de aquellos primeros días la trató como a una niña de una casa real por la que yo hubiera perdido la cabeza. Pero desconocedora de nuestras costumbres, ella sólo advirtió su buena voluntad. No pasó mucho tiempo antes de que él le enseñara el griego que hablaban sus piratas.

Ella nos explicó, entre otras cosas, que las tribus que nos habían dejado pasar en nuestro viaje de ida, nos atacarían cuando volviéramos cargados. Dispusimos todo para la lucha. Cuando las recuerdo, estas guerras vuelven a mí, idealizadas como las historias que refieren los rapsodas. Yo no podía hacer nada malo si ella estaba a mi lado. Los que gustan de los niños quizás aseguren que es lo mismo, pero yo diría que resulta fácil ser cuidadoso con un muchacho que no ha llegado a la plenitud de sus fuerzas y a quien se enseña cuanto se sabe y se ayuda cuando está vencido. Nosotros dos luchábamos como una sola persona. Todavía nos estábamos encontrando el uno al otro y la guerra, para quienes la comprenden, muestra cómo es el hombre. En la batalla aprendimos tanto el uno del otro como en el tálamo. Es bueno ser amado por la verdad arrancada ante los ojos de la muerte, por un amante que no tiene temor alguno de dar su humilde opinión. Su rostro era tan puro en la batalla, como lo había sido en el momento de ofrendarse a la diosa. Pero no era sangre lo que ofrecía, ni la muerte del enemigo, sino fe y valor y la victoria sobre el temor y el dolor. No hay crueldad alguna en el rostro de la leona.

Luchamos entre las naves que salieron a nuestro encuentro y en los manantiales de agua fresca de las laderas y en los acantilados a cuyo pie anclamos para calafatear los cascos, cuando los tracios pintados de azul oscuro cargaron desnudos sobre nosotros, arrastrándose por las colinas arenosas y entre los tamariscos achaparrados. Por la noche despertábamos uno en brazos del otro para coger el escudo y la lanza. A veces, incluso durante el día, cuando la lucha había pasado, nos retirábamos cubiertos de sangre y polvo y nos acostábamos entre los helechos y las dunas para arrullarnos. Cuando no teníamos dónde ir, sentíamos dolor.

Mis hombres encontraban extraña nuestra relación, y eso solo les bastaba para desconfiar. Los hombres pequeños sólo aprecian lo que conocen; un paso más allá y sienten el negro escalofrío del caos. Habían dado por sentado que yo quería domarla y que hasta que no la hubiese convertido en una mujer de su casa, como cualquier otra, me sentiría hombre a medias. En cuanto a mi virilidad, yo sabía que había dado sobradas pruebas de ella y podía dejar tales cuidados a otros; en cuanto a lo demás, uno no despluma a su halcón para meterlo en el corral de las gallinas. Para Hipólita yo era lo bastante hombre.

Piritoos, que tenía más juicio que los demás, todavía se preguntaba en voz alta por qué, estando yo tan loco por ella, corría el riesgo de perderla llevándola a la guerra. Sólo podía responderle que las cosas eran como eran. Además, yo la había vencido en un combate mano a mano, y había sido su primera derrota desde que cogiera las armas. Y así como el cuerpo de uno sabía lo que el otro necesitaba sin tener que preguntar, lo mismo ocurría con nuestras almas. Era un placer sentir que recuperaba su orgullo. Pero él no lo habría comprendido, y menos todavía los estúpidos de mis lanceros. Si yo hubiera arrancado alguna jovencita chillando del altar de los lares y la hubiera forzado ante los ojos de su madre, la mayoría de ellos lo habría considerado absolutamente normal. Pero ahora yo comenzaba a encontrar el signo del mal de ojo dibujado sobre los bancos. Los hombres creían que Hipólita me había embrujado. Piritoos dijo que era porque cuando luchábamos juntos jamás recibíamos un solo rasguño y se decía que las Amazonas poseían un conjuro contra las heridas. A esto no repliqué nada. Si alguno de ellos había visto el misterio, no quería que me dijeran quién era.

Salimos a los mares helenos bajo un hermoso cielo azul. Nos pasábamos todo el día sentados en la popa, contemplado las costas y las islas y aprendiendo a comunicarnos con palabras. Más que una urdimbre en la que nuestras respectivas lenguas se entretejían con el idioma del Pueblo de la Costa, lo nuestro fue una cuestión de ir poniendo remiendos. Aun así, sirvió para nuestros fines.

—Cuando pronuncié mi nombre —dije—, tú lo conocías.

—Oh, sí, los rapsodas venían a visitarnos cada año.

—¿Te parecí como tú me imaginabas?

Yo sabía lo exagerados que eran los rapsodas y me preguntaba si esperaba encontrarse con un hombre de siete pies de altura. Apenas había una pulgada de diferencia entre nosotros.

—Sí —dijo ella—. Ligero y rápido como los acróbatas del toro en las pinturas. Pero te habías recogido el pelo bajo el yelmo. Encontré a faltar tu larga cabellera. —La acarició. Luego prosiguió—: la Víspera de la Luna Nueva vi un presagio: una estrella que caía. Y cuando llegaste pensé: «Cayó por mí. Debo morir, pero con honor, a manos de este gran guerrero. Citarán mi nombre en la Canción de Invierno». Sentí... oh, un cambio, un final.

—¿Y después? —inquirí.

—Cuando me derribaste y cogiste mi espada, representó una muerte para mí. Al recobrar me sentí completamente vacía. Pensé: «Ella me ha abandonado, aunque he respetado sus leyes. Ahora no soy nada».

—Eso es lo que pasa cuando te entregas a manos del destino. Yo sentí lo mismo en la nave que me llevó a Creta.

Me pidió que le contara mis aventuras en el coso; no hablamos de la daga entregada a través de la pared. Yo sabía que Hipólita se había desgarrado en dos y que la herida no estaba aún cicatrizada. Un poco después me explicó:

—En el Acantilado de las Doncellas, si una Virgen de la Luna va con un hombre, debe saltar por el despeñadero. Esa es la ley.

—El Acantilado de las Doncellas —respondí— está muy lejos, pero el hombre está muy cerca, acércate mas.

Nos apoyamos el uno en el otro y deseamos que la luz se fuera; en una flota de guerra resulta difícil tener unos instantes de soledad.

En éstas estábamos cuando las naves llegaron a Tesalia. Mientras cabalgábamos a lo largo del sendero del río hacia el palacio de Piritoos éste acercó su caballo al mío.

—Bien, Teseo. Esto parece ser un buen sueño para ti, aunque nunca turbó el mío. Tendrás que despertar cuando llegues a Arenas. Harías bien en emplear mi albergue de caza para soñar un poco más. Mira, puedes ver el tejado, debajo de aquella loma.

Embarqué a todos mis hombres, excepto a mi siervo personal y un guardia. Nos quedamos medio mes donde se estrecha el bosque y se alzan los árboles más altos, en una casa lapita hecha de troncos y con el dintel pintado. Había una mesa de pino, alisada a mano, un hogar redondo de piedra con un brasero de bronce, para las noches frías y una cama roja tallada, cuyas pieles de oso arrojaríamos al suelo cada noche, delante del fuego. Piritoos nos envió un mozo de cuadra, un cazador y una mujer vieja que hiciese las veces de cocinera. Con tal de quedarnos solos encontraríamos tarea para todos.

Dormíamos tan poco como los ruiseñores. Nos levantábamos al alba para comer pan mojado en vino y cabalgábamos hasta las colinas mientras palidecían las estrellas. A veces, en las cumbres solitarias, topábamos con centauros, que atónitos se apartaban de nosotros. Les hacíamos el signo de paz que nos había enseñado Piritoos y ellos se detenían un momento para mirarnos con expresión vacilante o decirnos dónde había caza; en pago, les dejábamos un buen pedazo de carne.

Cuando ya nos habíamos alimentado no matábamos más, sino que ofrecíamos a los dioses su porción: la mía a Apolo y la de ella a Artemisa.

Así fue como comenzó la costumbre de la doble ofrenda, que ahora encontraréis en todos los reinos. Después, cuando calentaba el sol, nos sentábamos sobre una roca o en un claro del bosque a aprender el uno la lengua del otro o en silencio para que los pajarillos y los animales se acercaran a nosotros; mirando las manadas de caballos que en la distante llanura parecían enjambres de hormigas; durmiendo para robar tiempo a la noche; o encerrados en nuestro

amor, sin querer ver más allá de nosotros mismos, excepto alguna hoja o alguna o concha de caracol en el suelo, delante mismo de nuestros ojos.

A ella le gustaban los grandes caballos de Tesalia que sólo conocía de oídas. Muy pronto se sintió tan segura a su grupa como un muchacho lapita; pero en lo alto de las colinas usábamos las pequeñas monturas de los centauros con ojos en los pies, iguales a las que ella había conocido en su patria. Sólo tenía nueve años cuando había sido ofrendada a la diosa. Su padre era jefe de una tribu del interior de Cólquida, un pueblo montaraz. Hasta donde podía recordar, sabía que sus padres habían ofrendado dedicarla si se les concedía un hijo. No los había vuelto a ver desde que cumplieron su promesa y su recuerdo se había difuminado; lo que mejor recordaba de su progenitor era cómo oscurecía el umbral de la casa cuando se inclinaba para entrar. A su madre la recordaba siempre en cama con el niño recién nacido, mientras ella miraba en silencio viendo la felicidad de sus padres y sabiendo que no rehusarían pagar el precio. La habían enviado al recinto del pie de las colinas, donde las niñas eran educadas y endurecidas como niños, hasta que tuvieran edad de llevar armas.

—Una vez —dijo Hipólita—, la Sacerdotisa Guerrera me encontró llorando. Pensé que me pegaría, pues solía hacerlo con las cobardes. Pero me cogió riendo en brazos y me dijo que yo viviría para ser un hombre mejor que mi hermano. Esa fue la última vez que lloré, hasta el otro día.

Una vez le pregunté qué era de las Doncellas cuando envejecían. Me contestó que algunas se convertían en videntes y proporcionaban oráculos; las demás podían servir, si lo deseaban, en el santuario de Artemisa, situado en la llanura, pero a menudo preferían morir. En ocasiones se tiraban por el despeñadero, pero la mayoría de ellas acababan con su propia vida en el trance sagrado, mientras danzaban el misterio.

—Así lo habría hecho yo. Decidí que nunca viviría para marchitarme y arrugarme y ser una muerta en vida. Pero ya no temo, porque estamos juntos.

Al contrario que las otras mujeres, no preguntó si para entonces todavía la amaría.

Una vez se acercó a nosotros un centauro con un presente de miel silvestre —eso es cuanto pueden dar— y nos pidió por señas que matáramos a un animal que se llevaba a sus hijos. Mientras batíamos las guaridas en busca de un lobo, oí un gruñido feroz. Dando un salto encontré a Hipólita enfrentándose a un leopardo con su lanza. Antes de que la ayudara, gritó:

—¡No! ¡Es mío!

Su grito fue tan fiero como el rugido de la bestia. Me resultaba muy duro dejar que fuera ella misma. Lo supo más tarde, y yo lo lamenté, pero estaba orgullosa de su triunfo. Sin embargo, podía silbar a los pájaros para que se posaran en su mano y traía toda clase de criaturas a la casa; alimentó una tórtola joven y un cachorro de zorra hasta que la raposa vino por él. A mí me mordía, pero ella lo podía manejar como el cachorrillo que era.

Siempre me estaba pidiendo que le enseñara lucha libre. Durante algún tiempo le dije que levantarla en vilo era mi misterio. Pero al fin reía y le decía:

—Bien, busca alguna parte donde puedas caer sin romperte nada. No quiero que tengas cardenales y contusiones por todas partes, y ése, mi niña, es el premio por luchar con un hombre.

Entre los pinos encontramos una hondonada llena de hojas, y en ella cayó correctamente, desnuda hasta la cintura. Era tan rápida como yo y tan fuerte como hace falta si se es lo bastante rápido. Ninguno de los dos podía sorprender al otro, conocíamos demasiado bien nuestros pensamientos, pero aprendió muy pronto y le gustaba el deporte, pues en su opinión se parecía al juego de los leones.

Una vez consiguió derribarme pero yo la arrastré conmigo; rodamos por la mullida alfombra de agujas de pino, sin prisas por levantarnos. Cuando se detuvo, se echó a reír, me apartó y dijo:

—Un hombre nos está mirando.

Alcé la vista. Tosiendo y mesándose la barba había un noble de Atenas, a quien había dejado como juez mientras yo navegaba.

Me levanté y fui hacia él, preguntándome qué malas noticias le habrían obligado a acudir personalmente, en vez de enviar un mensajero. ¿Una insurrección en Megara? ¿Un desembarco de los palántidas? Al saludarme, lo vi inquieto.

—¿Y bien? —pregunté.

Contó una historia aprendida de antemano, sobre esto y aquello, asuntos que unos pocos lanceros podían haber arreglado, o él mismo, con buen juicio. Dijo que alguna nave llevó el rumor de que yo estaba enfermo. Pero pude advertir sus embustes. Los guerreros habían estado charlando por los codos. Oh, sí: Teseo había fomado parte de la expedición, saqueado Cólquida y llenado sus manos de oro. Todo había ido bien hasta que la amazona lo embrujó con su magia escita, robando el alma de su pecho a cambio de su conjuro contra las armas. Entonces había dejado su flota, como el jefe de una jauría, para olfatear a una bruja-loba en la luna llena y juntos volverse locos en el bosque.

No era mi intención rebajarme a leer sus pensamientos en voz alta. Le dije que puesto que nadie en Atenas podía resolver fruslerías mientras yo estaba ausente, iría personalmente y lo haría yo mismo. No cabía otra elección; el tiempo de recreo había pasado. Si el rumor se había extendido y cruzado las fronteras, algún enemigo podía aprovechar la oportunidad; entonces estos estúpidos habrían engendrado precisamente lo que temían.

Me volví hacia Hipólita, pero había desaparecido sin que oyera una pisada. Así ocurrió entonces, y muchas veces en adelante; si pensaba que era un estorbo para mí, desaparecía como un ciervo en su guarida. Volvía después, también quedamente, sin mencionarlo siquiera, por amor y por orgullo.

Mi mensajero no había venido solo. En la casa había tres más como él, esperando ver qué había sido de mí, puesto que estaba embrujado. El mejor de ellos —creo que realmente sentía algún temor por mí— me dio una tablilla arada con una cuerda. Era de Amyntor, a quien en mi ausencia había dejado al mando del ejército. Él obró según su criterio y juzgó mejor escribirme su mensaje en cretense antiguo, tal como se estilaba en los ritos de la danza del toro y entre los siervos nativos. Para aprenderlo es necesario ir a Creta. Advertí por sus rostros sombríos que todos habían echado un vistazo al mensaje, que decía: «Aquí no hay nada que tus lanceros no puedan arreglar, hasta que tú desees volver. Vi tu corazón en el coso, señor, mas el sino aún no estaba dispuesto. Nosotros, los que recordamos, daremos la bienvenida a lo hermoso y valeroso».

Cuando hubimos regresado, Amyntor se había desposado con Crise, la mejor de las doncellas en el coso. Él me comprendía. Pero tal vez las cosas habían ido demasiado lejos, de otro modo no habría considerado necesario escribirme un mensaje.

Llamé al siervo para que trajera vino. Supongo que aun antes de verla, los emisarios pensaban pasar la noche en mi casa. Sus ojos recorrieron la estancia y se posaron en la cama. Ya me estaba cansando de ellos.

—No os quiero entretener más —dije—; el camino es peligroso a causa de la niebla nocturna. Deseo enviar un mensaje al Administrador Mayor de Atenas. Si no zarpa ningún barco, mandad un corredor. Quiero que se abran las habitaciones de la reina, que estuvieron cerradas en los días de mi padre, que las limpien, las pinten y dispongan lo necesario.

Reinó el silencio. Procuré que no se miraran unos a otros, y no lo hicieron. Pero me di cuenta de que entretejían sus pensamientos como telas de araña movidas por la brisa.

—Vinisteis en naves —dije—. ¿Puedo yo zarpar?

—En efecto —asintieron—, todo está preparado.

—La señora Hipólita viene conmigo. En su tierra fue una sacerdotisa real y debe ser tratada de acuerdo a su rango. Tenéis permiso para iros.

Pusieron los puños sobre el pecho y comenzaron a retirarse; en el umbral se detuvieron, pestañeando: los inferiores se pusieron detrás de los superiores. El anciano que nos encontró en el bosque parecía tener unas palabras clavadas en la garganta. Esperé. Al fin habló:

—Mi señor, la nave para recoger el tributo cretense está en el Pireo, esperando para desplegar velas. ¿Tenéis alguna orden? ¿Algún mensaje?

No se atrevía a mirarme a los ojos. Me estaba poniendo furioso.

—Ya te he dado mi mensaje para el corredor —dije—. En Creta no hay nada que no pueda esperar.

Todos los pueblos tienen sus fechas para contar el tiempo. En Atenas dirán: «Fue mientras todavía pagábamos tributo a Minos», o bien, «En el año del toro». Pero a veces, en mi presencia, se detienen, hacen una pausa y cuentan por las fiestas de Atenea o los Juegos del Istmo. No dicen: «En la época de la amazona», aunque en Atenas todos usan esa expresión. ¿Creen acaso que lo olvidaría?

Cuando la llevé a casa ya era otoño, el tiempo de la vendimia. Cuando subíamos a la terraza del palacio, desde donde le mostraba las aldeas y las grandes haciendas, ella solía señalar algún pico del Parnaso o del Himeto y decía:

—Vayamos allí.

La llevaba siempre que podía. No estaba acostumbrada a vivir entre cuatro paredes y continuamente hacía travesuras, aunque sin mala intención. Por ejemplo, subía a la cámara del consejo con una pareja de grandes perros lobos que tiraban al suelo a los ancianos o pisaban la arcilla húmeda del amanuense; o bien elegía a la hija de algún noble rico para danzar y luchar con ella, de suerte que la madre, al encontrarlas, gritaba y se desmayaba; otras veces trepaba a las vigas del Gran Salón para atrapar a su halcón. En una ocasión oí que el mayordomo de palacio la llamaba «joven salvaje», pero quedó tan aterrorizado cuando advirtió mi presencia que me di por satisfecho y no le hice nada. Era demasiado feliz para comportarme de un modo cruel.

Habían adornado de nuevo las habitaciones de la reina, pero Hipólita sólo las usaba para vestirse y bañarse. Nuestras armas colgaban juntas en una pared, nuestras lanzas estaban en un rincón. Incluso el galgo que le regalé, una perra de Esparta, se emparejó con mi Akris en cuanto creció.

A su llegada le mostraron un tesoro de joyas y vestidos, corpiños bordados y volantes con flecos de oro. Se acercó a ellos lentamente, como un ciervo que olisquea una trampa, frunció las cejas, se apartó y me miró. Reí y le di las joyas para que jugara —le gustaban las cosas claras y brillantes— y dejé que las mujeres de palacio usaran los vestidos.

Ordené a mi propio tejedor que confeccionara otros para ella, de acuerdo al estilo de su tierra, pero más suntuosos. La piel de cordero estaba teñida con púrpura de Sidón, los broches eran de ágata o cristal engastados en oro, los botones de laspislázuli o de ámbar hiperbóreo. En cuanto a los gorros, conseguí el único género lo bastante hermoso para que cubriera su cabeza: una extraña seda tejida con serpientes voladoras y flores desconocidas que obligaba a los mercaderes a viajar más de un año para traerla de Babilonia.

Como le prometiera, le entregué armas: un escudo con su airón de leopardo, un yelmo de aletas con planchas de plata y penacho de cintas de oro que brillaban cuando se movía. Del Helesponto le había traído un arco escita que ella usaba cuando me acompañaba a la fragua para ver cómo forjaban su espada. Durante mucho tiempo no se hizo mejor espada que esa. El canal del centro ostentaba una hilera de naves engastadas en esmalte azul, en memoria de nuestro encuentro; el pomo era una piedra verde opalescente del país de la seda, tallada con signos mágicos; el oro de la empuñadura estaba batido en forma de lirios. Yo mismo le enseñé a manejarla. Solía decir que por momentos le parecía que formaba parte de su propio cuerpo. Por la noche, solía ponérsela sobre las rodillas y pasaba los dedos sobre ella para palpar la finura del trabajo. Sus manos permanecían quietas sobre el arma.

La nave cretense zarpó sin llevar ningún mensaje de mi parte. A veces lo lamento, como lamentaríamos olvidar el cumpleaños de un niño. Pero Fedra estaba ya saliendo de la infancia y pensé que sería muy cruel hacerle saber que mi regreso estaba próximo.

«Hay tiempo de sobra», solía decirme, aunque ignoro por qué razón.

Como todo el mundo podía comprobar, había una mujer más en mi casa, una cautiva de mi lanza, de la que me había encaprichado, desdeñando al resto. No obstante, los reyes se casan para tener un heredero. Sólo yo sabía —porque Hipólita jamás pensó en preguntarlo— que me sería imposible ver a otra mujer caminando delante de ella.

Las doncellas de palacio lo adivinaron al verme tan cambiado. Nunca había sido hombre de una sola mujer. Les traje regalos de Cólquida y les di permiso, si se sentían solas, para ir con mis huéspedes de honor.

Aquellas que tenían hijos míos y aún esperaban favores lo tomaron bien, pero vi algunas miradas que no me gustaron. Una gran casa debe de tener mujeres, pues constituyen parte de su riqueza, al igual que el trigo y el ganado, aseguran el servicio de la misma y, además, son los signos de la victoria. Pero yo le dije a Hipólita que si tenía algún problema me lo comunicara a mí directamente.

No me dijo nada, lo que provocó mi desconfianza. Pero una noche entré mientras se vestía y preguntó:

—Teseo, ¿me suelto el cabello?

—¿Qué necesidad tienes? —dije sonriendo y mirándola a los ojos. Yo solía soltárselo en la cama.

—De otro modo no podría ponerme tu regalo —respondió.

Lo levantó en sus manos: era una pesada diadema de oro labrada con flores y una lluvia de cadenillas de oro a ambos lados para que se confundieran con su cabello. Iba a ponérsela cuando salté y la cogí por la muñeca.

—¡Quieta! —grité.

La bajó y me miró, sorprendida.

—No he sido yo quien te la envió —dije—. Déjame verla.

Extendí la mano, pero la aparté de inmediato, como si me hallara en presencia de una serpiente. No cabía duda de lo que era. Alguien había traído la corona de la maga Medea. La llevaba cuando la vi por primera vez, sentada junto a mi padre en el salón.

Hipólita también se sentó allí a mi diestra, quizás en la misma silla. Si yo no hubiera intervenido a tiempo habría lucido la diadema delante de todos los nobles. El percance me quitó el sueño; me acercaba a Hipólita continuamente para saber si seguía respirando. Por la mañana puse remedio a aquel asunto.

El tesorero tendría que decirme, puesto que ya no tenía remedio, quién lo había engatusado para que le dejara fisgar en la cámara del tesoro. No era más que un viejo caduco y estúpido. Había servido a mi padre, y yo no hice más que confirmarlo en el cargo. Envié a buscar a la mujer.

Mientras yo me paseaba por la habitación, entró Hipólita. La oí detrás de mí, pero no me volví. Estaba irritado con ella por haber mantenido la boca cerrada. Cualquier mujer se da cuenta cuando otra la odia. Habrían podido envenenarla. Lo cierto era que se sentía victoriosa y era impropio de ella pisotear al caído. La oí respirar con fuerza a mis espaldas. Aun cuando intenté endurecer mi corazón y conservar la expresión de reproche, no pude evitar lanzar una mirada rápida por encima del hombro. Estaba vestida para la batalla, incluso con el escudo.

Nuestros ojos se encontraron. Ella estaba tan enfadada como yo.

—He oído que has mandado llamarla —dijo. Yo asentí—. ¿Sin que yo estuviera presente?

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿No la has visto ya lo suficiente? Si hubieras obrado como te dije, las cosas habrían ido mejor en todos los aspectos.

—¡Ah! ¡Es cosa tuya! ¿Qué pretendes? ¿Luchar por cuenta mía? ¿Arrebatarme mi pelea? Dímelo

—¿Luchar? Olvidas que soy el rey. Mi deber es hacer justicia. Ahora vete; hablaremos más tarde.

Se me acercó en dos zancadas y clavó sus ojos en los míos.

—¡Quieres decir matarla! —exclamó.

—Es una muerte rápida, un salto desde la Roca —expliqué—, mejor de la que se merece. Ahora vete, como te he pedido, y déjame obrar a mi manera.

—¡La matarás!

Le relampagueaban los ojos y se le estrechaban como los de un lince. No la había visto así ni siquiera cuando nuestro combate mano a mano en el Acantilado de las Doncellas.

—¿Qué se supone que soy? —protestó—. ¿Una simple aldeana? ¿Una de las doncellas que te ayudan a bañarte? ¡Exactamente igual que cuando maté al leopardo! Oh, sí, lo recuerdo, tuve que gritar, de lo contrario también el leopardo habría sido tuyo. ¡Y juraste que no me deshonrarías!

—¿Deshonrarte? ¿Es deshonrarte no quedarme aparte al ver que te hacen daño? Ya te advertí que no dejaras que las cosas llegaran a este punto. Y no me hiciste caso. ¿Y quién es el mejor para tu orgullo?

—¡Yo, si tú no lo eres! ¿Es que crees que iba a venir arrastrándome hasta ti como una esclava a contarte historias? ¿Acaso no me han enseñado lo que es el honor y la ley de las armas? Sé tan bien como tú lo que un desafío requiere. Sí, y si tú fueras otro, también derramaría tu sangre.

Casi me eché a reír, pero una voz me indicó el peligro. Si ella perdía la cabeza y me desafiaba, era demasiado orgullosa para retirarse. Y, luego ¿quién podría contar el final de la historia? Pero, ¿no me despreciaría si yo fuera el primero en ceder? Estábamos tensos, como gatos encima de una pared. No sé lo que habría ocurrido de no haber oído entonces que el guardia traía a la mujer. Eso me devolvió los sentidos.

—Muy bien —dije—. Te la entrego. Pero recuerda después que fuiste tú quien lo pidió.

Me aparté y fui a sentarme junto a la ventana. Cuando introdujeron a la mujer ésta se acercó corriendo a mí, cayó abrazada a mis rodillas y comenzó a sollozar excusas. Echó la culpa de todo al tesorero, pobre loco, que se había enamorado de ella.

—Levántate —dije—. Yo no pinto nada aquí. La señora Hipólita puede arreglar sus asuntos sin necesidad de mi ayuda. Dirígete a ella; ahí está.

Miré hacia otro lado. Hipólita ya estaba harta de tanto envilecimiento. No me miró a los ojos, pero se mantuvo en su sitio, mostró las armas (hacha, lanza y jabalina) y ofreció la elección a su enemiga.

No hubo más respuesta que un grito de terror. Cuando la mujer se echó a llorar, Hipólita dijo tranquilamente:

—Nunca he luchado con cuchillo. Usaré uno contra tu lanza. ¿Lucharás ahora?

Aullando mientras corría, la joven volvió hacia mí y se tiró al suelo arrancándose el cabello, suplicándome que no la dejara descuartizar por semejante mujer. Sin duda aquella amazona me había embrujado, de lo contrario, ¿cómo podía gustarme una aberración de la naturaleza? Y antes de que yo pudiera pensar en detenerla (uno no piensa tales cosas) escupió toda la hiel que las mujeres esconden a los hombres hasta que el odio o el temor hacen que pierdan toda precaución. Recibí el cieno de seis meses, me sentí sumergido en un cenagal, recibí escupitajos de la letrina y el baño. Jadeé en la corriente. Por fin, me erguí; ella cayó al suelo y allí permaneció entre Hipólita y yo, pasando sus ojos de un rostro a otro, vomitando y chillando. Comprendió que se había metido en algo que la excedía por completo, y no le gustaba.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté dirigiéndome a Hipólita—. Es tuya.

Intercambiamos miradas pero permanecemos en silencio, pues no podíamos hablar delante de la mujer. Al fin, Hipólita dijo quedamente:

—Nunca he matado a alguien que esté suplicando. Si de verdad me pertenece, deja que se marche.

Ordené que se la llevaran, la mujer gimoteaba para quien quisiera oírlo. Cuando nos quedamos solos, dije:

—Si lo hubiera sabido, te habría ahorrado el espectáculo, con tu permiso o sin él.

Hipólita se volvió lentamente. Me pregunté qué haría si me golpeaba. Pero se limitó a decir:

—Estoy avergonzada. —Y se cubrió el rostro.

—¿Tú? —repliqué—. ¿De qué? La vergüenza es mía. Con todo lo que hice antes de que vinieras...

Nos reconciamos y nos sentimos más enamorados que nunca, si eso era posible. En cuanto a la joven, manteniendo mi palabra, la vendí a un traficante sidonio en el Pireo.

No lo consideré suficiente. Hice una limpieza general eliminando a las jóvenes de las que dudaba. Nadie fue castigado; las entregué a mis nobles, o se las di en matrimonio con dote a los artesanos decentes. Eso dejó la casa tranquila, aunque falta de servicio. A pesar de que la falta de compañía era mejor que la compañía que había tenido hasta entonces, la dosis de veneno enfermó el ánimo de Hipólita. No podía tolerar verla así.

Un buen día me dijo:

—He estado charlando con Amyntor.

Hablaba con la sencillez de un niño. Todavía conservaba toda su inocencia. Después de lo ocurrido, me alegré. Sonreí y dije:

—No podías hallar nadie más indicado. Fue mi mejor compañero en el coso cretense.

—Dice que también su esposa estuvo allí y que toreaba mejor que él. Me gustaría conocerla. Pero dice Amyntor que debe contar con tu permiso.

—Lo tiene —dije, pensando cómo habían cambiado los tiempos para que ahora los hombres consintieran que sus esposas me visitasen. Era evidente que él había planeado el asunto. Cuando le mandé llamar, casi lo confesó.

—Desde que tuvo el niño se ha calmado, señor. Creo que es feliz casi todo el día; la perfección sólo es propia de los dioses. Sabe que comprendo sus problemas pero nadie olvida el coso.

—No me extraña. Tampoco yo olvidaré jamás el salto de espaldas que tu mujer solía dar. Volaba como una canción.

—Era una canción —dijo Amyntor. Ambos lanzamos un suspiro.

—Habría alcanzado un lugar muy alto —dije—. Estaba en el camino de conseguirlo.

—Más de una vez la encontré llorando por ese motivo, pero desde que tuvo el niño ha dejado de hacerlo.

—Puede traerlo. ¿Querrá venir?

—¿Que si querrá? Me ha estado insistiendo, señor, de la mañana a la noche. Desde que tu señora está aquí, seguramente habrás advertido que todo taurómaco moriría por ella.

Así pues, Crise vino de Eleusis. Se había convertido en una belleza helena alta, de senos perfectos. Supongo que todos, a excepción de ella, habían olvidado a la intrépida niña de las canciones cretenses. Amaba a Amyntor. Pero en Creta los príncipes apostaban por ella sus mejores cuadrigas o una hacienda campestre; los jóvenes nobles arriesgaban sus cuellos y sobornaban al guardián para enviarle desesperados poemas de amor. Había oído que diez mil voces gritaban su nombre mientras cogía el toro por los cuernos. Debía echar algo a faltar entre las mujeres de su casa con su eterna charla sobre nodrizas y niños, escándalos, vestidos y hombres.

Ella e Hipólita se hicieron amigas nada más conocerse. Ninguna de las dos tenía un pensamiento mezquino que esconder. Solía encontrármelas por la noche contándose historias de Creta o de Ponto, o riendo mientras el niño remedaba el salto del toro con un cascabel. La paz y el orden reinaron en los aposentos de las mujeres, y la gente comenzaba a decir que la amazona, a pesar de todas sus rarezas, había hecho de Teseo un monarca serio y formal.

Pero los nobles, como yo sabía bien, pensaban más de lo que decían cuando la veían sentada junto a mí en el salón. Sabían que ello significaba que aún no pensaba en casarme, temían que, cuando me decidiera, ello provocase contiendas y querían afianzar nuestras relaciones con Creta. Tampoco habían olvidado a Medea, que además de hechicera era sacerdotisa de la Madre, y constantemente planeaba volver a implantar la antigua religión, y terminar con el gobierno de los hombres. Ahora había en palacio otra sacerdotisa de una diosa, una mujer que, según habían oído decir, sabía de magia. No aquietó sus temores el hecho de que ella no quisiera más que vagar libremente por los bosques y montañas, o bien estar conmigo.

Así pasó el invierno. Organizamos una gran cacería de lobos en el Monte Licabeto, siguiendo las huellas en la nieve recién caída hasta sus madrigueras en las altas rocas, sobre los pinos. Fue una lucha fiera y una buena matanza; réimos al ver a mi perro y a su perra luchando juntos como solíamos hacerlo nosotros. Embutida en su chaqueta de burda piel de cordero, con sus botas escarlata y su gorro, ojos y mejillas radiantes, Hipólita destacaba en la blancura como un pájaro de invierno. Amaba la nieve.

Invité a esta cacería, y a la fiesta que seguiría, a todos los jóvenes que habían estado en Creta conmigo y a cuantas doncellas desearan venir. Crise, que se había endurecido cabalgando y corriendo, fue la primera en acudir; se presentaron otras dos que estaban sirviendo a Artemisa en un santuario en Eleusis. Para Tebas y Pilia era demasiado tarde.

Después corrió la voz de que cuantos habían conocido el coso cretense serían bienvenidos a mi salón. Siempre lo habían sido, pero yo me había ausentado durante tanto tiempo, guerreando o en mis reinos, que no había tenido tiempo de buscarlos. Ahora comenzaba a ver a los que zarparon conmigo de Arenas, así como a los que fueron reclutados en todas las antiguas tierras tributarias de Minos, jóvenes y doncellas a los que les devolví la libertad al destruir el Laberinto. Vinieron de las Islas Cícladas, de las Doce Islas de Asia, de Fenicia, Rodas, Chipre e incluso de la mismísima Creta. Algunos acudieron para ver qué podían sacar; otros para agradecerme la vida y la libertad; otros más, a quienes recordé entre los mejores en habilidad y arrojo, por afición a la aventura, porque aún tenían grabada en el alma la indeleble marca del coso.

Todavía eran jóvenes, pues las naves del tributo se los habían llevado cuando tenían trece años o poco más. Aunque en su mayoría eran varones, trataron a las doncellas con camaradería, juzgándose unos y otras por lo que realmente eran. Algunos se habían quedado en Creta y eran domadores de caballos o aurigas; vinieron vistiendo la falda orlada de Knossos, con los rostros rasurados y el cabello rizado, luciendo las joyas del coso, pues, aunque había caído la Casa del Hacha, la gloria del rueda era lenta en morir. Unos se habían hecho a la mar y eran lanceros en naves piratas, o bien se habían establecido en las islas y

ahora cuidaban sus granjas. Otros, que habían sido esclavos en su patria, se habían convertido en titiriteros, e iban de ciudad en ciudad y mantenían su orgullo danzando con espadas de fuego en vez de toros, contentos de satisfacer a los ignorantes, aunque en ocasiones convertidos en ruines timadores o vulgares ladrones. Por todo lo que habíamos pasado juntos, ni siquiera a éstos los despediría sin una comida, el cobijo de una noche y un presente. Me daba igual lo que la gente que había llevado una vida cómoda en palacio pudiese pensar. Nadie gruñó abiertamente, pues sabían que sus propios hijos e hijas podrían haber visto el coso cretense de no haber sido por mí. Es cierto que algunos de ellos parecían molestos en el salón de un rey. Los sosegados y sensatos, que habían enterrado su antigua vida junto a su parentela, tenían sus negocios y no se presentaron. Acudieron los trotamundos, aquellos que amaban la aventura y sentían afición por la alegría y el esplendor aprendidos en Creta.

Había muchos de los mejores, para quienes encontré buenos puestos, no sólo en mis establos, sino también en la corte. Con estirpe o sin ella, aprendieron a comportarse en el Laberinto, comiendo allí en las mesas de los señores; únicamente quien aprende con rapidez logra vivir mucho tiempo entre los toros. A menudo sus modales eran más refinados que los de mis nobles. Honraban a Hipólita con todo el corazón, por lo que era, y no sólo por temor a mí. Dieron un barniz de elegancia a toda la casa. De Creta no trajeron su molicie, sino su destreza y sus artes; por lo tanto, no acarrearón daño alguno.

No tardaron mucho en hacer acto de presencia los rapsodas y juglares de batallas, maestros constructores de carros, artesanos armeros y joyeros famosos, tallistas de piedras y orfebres. Con todo se deleitaba Hipólita. Amaba todas las cosas bellas, pero apreciaba todavía más la charla de los orfebres, sus cuentos de viajes, sus pensamientos y su destreza. No tenía afán de figurar ni deseaba humillar a las demás mujeres para hacerse notar. Si algo hacía a la perfección era sentir y comprender. A los rapsodas les encantaba cantar para ella, ya que, como me dijo uno, jamás hizo una pregunta estúpida y comprendía de inmediato el fondo del asunto.

Las esposas de los nobles y las honradas matronas, que año tras año charlaban de las mismas cosas, sentían sus mentes tan inferiores como lo habrían sido sus piernas si hubieran hecho una carrera con ella en la colina. Yo solía advertir que bajaban la vista cuando ella charlaba con hombres y fisgaban para ver si yo me ponía celoso. Sabían cómo hacer para que sus maridos dudaran de ellas y nublar la verdad nítida del amor, artes todas que Hipólita ignoraba. Si su actitud para conmigo hubiera cambiado me habría dado cuenta al instante.

Sin embargo, podía dar consejos útiles a otras. Había algunos jóvenes de mi guardia cuyo culto era adorarla y honrar a Artemisa a través de ella. Había comenzado como un capricho, pero uno de ellos encendió la hoguera del amor para abrasarse en ella. Al final, habiendo perdido la cabeza, la importunó en secreto. Por lástima, Hipólita solucionó el asunto sin decirme palabra, hasta que el joven, desesperado, se arrojó al mar. Entonces ella vino a mí en busca de consuelo. Sentí un dolor profundo, pues comprendí que el deseo del joven era tan grande como mi gozo, y puse su nombre a una de mis nuevas ciudades, porque él no tenía hijos.

Pero ello me dio una idea. Para sacar algo bueno de toda esa historia le adjudiqué a Hipólita su propia guardia, para la cual escogí a dichos jóvenes. Llevaban la enseña de un leopardo rampante y ella misma los adiestró para la guerra. De ese modo demostré a todos cuánto confiaba en ella, y algo que podría haberse convertido en un peligro se trocó en orgullo y honor. Ya no hubo más muertes oscuras, sino limpias rivalidades. Ocurrió lo mismo cuando formaron un equipo contra mi guardia en los juegos, pues unos sentimientos bajos nos habrían rebajado a ambos. A los dos nos gustaba la compañía de aquellos a los que les gustaban tales cosas; los demás podían hacer lo que les viniera en gana.

Por supuesto, hubo cuchicheos en los rincones. Había llegado el tiempo de los jóvenes. El mundo había cambiado y no podía volver a su antiguo rumbo; no había lugar para los hombres de mentes anticuadas. Su vida se había consumido bajo el poder de Minos; ahora creían que corría peligro y no estaban dispuestos a cambiar. Si yo no hubiera realizado el cambio, no habría gobernado el timón del reino en medio de todas sus zozobras. Pero ahora que habían construido sus casas y casado a sus hijos, querían que se detuviera la carrera. En cuanto a mí, controlaba las riendas de mi brioso corcel y contaba con la inseparable compañía de Hipólita, por lo que sentía que nunca me fatigaría.

Ahora que no había ninguna flota cretense para ahogar su grandeza incipiente, las tierras helenas estaban en pleno fermento. Los reinos iban encontrando su propio nivel y poco a poco aprendían a vivir de lo que en ellos había. En estos años, tanto la debilidad como la altanería eran rápidamente reconocidas. Uno necesitaba tacto, saber cuándo dar y cuándo tomar, como aprenden los luchadores.

Eran los tiempos de la guerra de Tebas. La maldición de Edipo había vuelto a casa y sus hijos-hermanos contendían por la corona. Yo vigilaba, aguardando que llegara mi momento. Me tentaba la idea de arrebatarse el hueso mientras los perros se peleaban. Pero el hijo residente en Tebas tenía al pueblo con él; el que estaba fuera contaba con la ayuda de los jefes argivos y yo no quería enfrentarme a ellos. Ambos bandos me enviaron emisarios; parlamenté y consulté los augurios, que eran malos para ambos. En el término de un mes, ambos habían muerto, uno a manos del otro. Los argivos regresaron a su patria y el tío Creón se quedó como rey.

Pero yo dudaba de que la maldición hubiera pasado. Mientras la guerra seguía, estudié la acritud de Creón y llegué a la conclusión de que se había encargado de sembrar el odio entre sus sobrinos para que las cosas llegaran al punto en que, efectivamente, llegaron. Durante el asedio los dioses pidieron un sacrificio regio y él dejó que su hijo diese un paso al frente y se ofreciera como víctima. Se estaba haciendo viejo y pretendía que el terror obrara en lugar de la fuerza; para ello ordenó que los jefes muertos no fuesen enterrados, de modo que sus cuerpos se corrompiesen. Y así, la pobre Antígona, encadenada a sus deberes piadosos como un buey paciente, se arrastró de noche hasta el lugar en donde yacía el cuerpo inerte de su hermano, para arrojar tierra sobre él. A ella sí que Creón le dio una tumba: la emparedó viva. Este hecho ultrajó a su propio pueblo y a todas las tierras helenas. Los parientes de los muertos dejados sin ritos fúnebres acudieron a mí, suplicantes, sus cabezas cubiertas de cenizas. Entonces decidí intervenir.

Los tebanos estaban seguros de que yo no me mezclaría en sus asuntos, de modo que fue fácil actuar por sorpresa. A la caída de la noche descendimos por las laderas del Citerón, y al aparecer la luna ya habíamos escalado las murallas. Apenas hubo lucha; el pueblo estaba harto de la guerra y de Creón. Me limité a encarcelarlo, pues no deseaba tener parte en la suerte de aquel hombre venenoso y sanguinario. Pero el peso de sus pecados era demasiado abrumador y murió muy pronto. Para entonces yo era el mandatario de Tebas, aunque no constase nominalmente.

Pero mucho mejor que el asalto, recuerdo la noche en que, después de conquistar Cadmea, Hipólita y yo fuimos a despojarnos de las armas y a descansar. Hasta que estuvimos allí no se nos ocurrió que seríamos conducidos a la cámara real. Las pesadas vigas, pintadas de rojo y púrpura, estaban talladas con serpientes entrelazadas; en una hornacina que ocupaba toda una pared vimos una enorme Esfinge negra en cuclillas; la antigua diosa tebana sostenía varios guerreros muertos entre sus garras. No pudimos dormir a causa de los crujidos y rumores que llenaban las tinieblas, como si una sogas suspendida oscilase sobre nosotros. Tampoco pudimos unir nuestros cuerpos... no en aquel lecho. Yacimos como niños asustados y encendimos la lámpara.

Pero una cosa buena resultó de todo ello, pues charlamos hasta el alba. Charlar con Hipólita siempre aclaraba mi mente. Vi diáfano que sentarse en el trono de Cadmos sería algo más que hundir una nave. Los reyes se apresurarían a unirse para derribarme. Además, durante la noche pasada en la cámara real Hipólita me dijo que de todo aquello no podía resultar beneficio alguno. Por lo tanto, cuando llegó la mañana proclamé rey al hijo del hermano mayor, que era todavía un niño, y le prometí mi ayuda, escogiendo al consejo de entre algunos de los hombres que me habían llamado. A continuación partí hacia la patria. Todo el mundo ensalzó mi justicia y moderación. Tebas estaba más segura en mis manos que si yo hubiera sido su rey.

Nos hicieron un gran recibimiento. El pueblo me cantó como juez y legislador y compartió mi orgullo. En efecto, desde entonces todos los ultrajados de los clanes del Ática acudieron a sentarse en mi umbral: esclavos con señores crueles, viudas oprimidas o huérfanos desheredados. Ni siquiera los jefes osaron murmurar cuando procuré que se hiciera justicia. Lo llamaban «la gloria de Atenas». En cuanto a mí, lo consideraba como una ofrenda hecha a los dioses. Me habían utilizado bien.

Con frecuencia pensé que si me hubiera hecho a la mar con Piritoos habría perdido mi oportunidad en Tebas. Además, ¿con qué fin lo habría hecho? Nunca hubiese alcanzado semejante premio. Estaba contento y me quedé en casa.

Un buen día en que madrugamos para salir a cabalgar, Hipólita se sentó en la cama y me dijo:

—Estoy enferma, Teseo.

Tenía el rostro verdoso y las manos frías. Se levantó inquieta. Mientras iban en busca del médico, sentí que el temor se apoderaba de mí: la idea del veneno cruzó por mi mente. Por fin, se presentó el médico, mandó llamar a las mujeres y esperó a que yo me fuera. Yo no comprendía qué podía estar pasando, hasta que salió y, sonriendo, me dijo que no debía interferir en el trabajo de la comadrona.

Cuando estuve de nuevo a solas con Hipólita, se mostró animada y alegre, como si hubiera recibido un rasguño en la batalla del que no quisiera hacer alarde. Cuando la cogí entre mis brazos, susurró al oído:

—Me dijiste la verdad, Teseo. El Acantilado de las Doncellas está muy lejos.

Al quinto mes se puso un vestido femenino. La encontré probándoselo, con los brazos en jarras y los pies separados, contemplando las faldas y su abultado vientre. Cuando advirtió mi presencia, se cubrió a toda prisa y con voz sombría me dijo:

—Debo de estar loca, de lo contrario te mataría.

—Y yo a ti —repliqué—, pues cuando no puedo poseerte, me resulta imposible sustituirte por nadie, y eso jamás me había ocurrido.

Para no ser motivo de burla, Hipólita llevaba sus vestidos con la mayor dignidad de que era capaz; cuando la veía llorar, no sabía si imitarla o echarme a reír. Un día en que me encontraba en el balcón contemplando la llanura del Ática, oí sus pasos detrás de mí, puso sus manos sobre las mías en la balaustrada y afirmó:

—Será un niño.

Cuando se sentía ociosa y demasiado grávida, solía llamar a los rapsodas. Escogía las canciones con cuidado: nada de venganzas, ni maldiciones sobre una estirpe, sino baladas alabando una victoria o el nacimiento de héroes fruto de los amores de los dioses.

—¿Quién puede estar seguro —solía decir— de que él no nos oye?

Por la noche acostumbraba tomar mi mano y ponerla sobre su vientre para que sintiera cómo se movía el niño.

—Está muy arriba. Dicen que es señal de que será un varón.

Los dolores comenzaron cuando yo me hallaba en Acarnos, tratando con un señor que había dado una paliza mortal a un siervo. Volví a casa y me encontré con que había estado tres horas de parto. Yo había creído que éste sería rápido, pues Hipólita era una mujer fuerte, habituada al aire libre y que nunca había estado enferma. Sin embargo, padeció largos e intensos dolores durante toda la noche. La comadrona dijo que eso sucedía a menudo con las doncellas consagradas a Artemisa: o bien la diosa tenía envidia o quizás sus tendones eran demasiado fuertes y les costaba distenderse. Me paseé inquieto dentro y fuera de la sala, oyendo el murmullo de voces y el crepitar de las antorchas, pero Hipólita no emitía sonido alguno. En las horas frías de la noche sentí pánico al pensar que podía haber muerto y no se atrevían a decírmelo. Me abrí paso entre las mujeres que dormitaban en el umbral y entré en la sala.

Yacía tranquila entre dos dolores, pálida y con la frente sudorosa. Cuando me vio, sonrió, extendió la mano, y dijo:

—Este muchacho tuyo es un buen luchador. Pero lo estoy venciendo.

Retuve su mano un momento, hasta que noté que se tensaba; entonces la retiró diciendo:

—Ahora vete.

Cuando la luz del alba tocó la Roca, oí que Hipólita gritaba por primera vez, pero, por encima del dolor, había triunfado en su grito. Las comadronas murmuraron algo; entonces llegó hasta mí el llanto de un niño.

Estaba tan cerca de la puerta que oí lo que le dijo la comadrona, pero al entrar dejé que fuera ella quien me diese la noticia. Ahora ya no parecía enferma, sino exhausta, como

después de un día pasado en las colinas o una larga noche de amor. Aunque sus miembros estaban flácidos, sus ojos grises relampagueaban. Apartó las ropas de la cama y gritó:

—¿No te lo había dicho?

La comadrona asintió y comentó que, con lo grande que era el niño, no le extrañaba que la señora hubiera estado sufriendo toda la noche.

Lo cogí en brazos; parecía más pesado que los demás niños que había sostenido, pero no era grande ni pequeño, sino de tamaño normal. Tampoco estaba rojo, ni mustio, sino rollizo y brillante, como si el sol lo hubiera madurado. Y aunque sus ojos, extraviados y bizcos, tenían el azul nebuloso característico de todos los recién nacidos, ya eran iguales a los de su madre.

Lo dejé y besé a Hipólita; puse luego mis dedos en la mano del niño para sentir su fuerza. Jugueteeando con él llevé su palma al anillo real de Atenas y sus dedos se aferraron al sello. Mis ojos se encontraron con los de Hipólita. Permanecimos silenciosos, pues había extraños que podían oírnos, pero nunca habíamos necesitado hablar para compartir nuestros pensamientos.

El niño floreció igual que las flores en primavera y creció como un chopo joven.

Encontramos para él una excelente nodriza, pues su madre no tenía demasiada leche y echaba de menos las colinas salvajes. Pero cuando regresaba de la cacería, corría hacia él, lo levantaba y lo lanzaba al aire. Al chiquillo le gustaban las fuertes manos de la madre y chillaba de gozo. Antes de que supiera andar, Hipólita cabalgaba a todo galope sosteniéndolo a horcajadas delante de ella; el niño se comportaba como si en vez de la grupa de un caballo fuera el regazo de la nodriza. Pero cuando se encendía la hoguera de la noche, Hipólita lo ponía en sus rodillas como cualquier madre y le cantaba largas canciones norteñas en su propia lengua.

He sido padre de bastantes hijos y no existe niño nacido de mi cuerpo, que yo sepa, del que no haya cuidado. Había seis o siete en Palacio, pero parece ser que sus madres les decían: «Ahora a callar y a portarse bien, aquí viene el rey».

La gente no tardó en comprender que ese pequeño me había conquistado el corazón.

Cuanto más brillante es la luz, antes se hace visible. Y esta luz brillaba con demasiada claridad: el amor de ella y el mío, la excelencia del niño y la esperanza de mi corazón. Ya llevaba nueve años gobernando en Atenas y conocía a la gente. Sentí, como el piloto siente las mareas, que en este particular no estaban de acuerdo conmigo.

Cuando yo me encaprichaba con alguna doncella se lo tomaban alegremente, e incluso hacían de ello motivo de burla. De ser cierto todo lo que se decía de mí, yo solo me habría bastado para poblar otra Ática. Corrió un rumor muy curioso: que yo me había acostado incluso con la Señora de las Amazonas y la había dejado embarazada. Cuando el tiempo pasó y quedó claro que Hipólita vivía con los atributos de una reina, excepto el título, y que mi intención era que reinara efectivamente, los rostros de mis vasallos se ensombrecieron.

No se trataba del temor mezquino que el hombre tiene al cambio y a la novedad, sino que era otro que venía de antiguo y estaba muy arraigado en todo heleno. Hipólita había servido a la diosa y yo no la había domeñado. También recordaban a Medea. Creían, tal vez con razón, que si yo no hubiera vuelto habría arrojado a mi padre de su trono y lo habría sacrificado al concluir el año como se hacía en los días en que el Pueblo de la Costa ocupaba el país antes que nosotros, restaurando de este modo la antigua religión.

El rumor, tan arraigado entre los campesinos, se extendió como mancha de aceite. De haberlo previsto, creo que no habría puesto al niño el nombre de Hipólito; es costumbre del Pueblo de la Costa poner a los niños el nombre de la madre, pero si se lo hubiera cambiado, Hipólita se hubiera sentido desairada, y de todas formas, no se me ocurría otro nombre.

Los nobles, si hubieran querido, habrían podido reprimir tales historias. Conocían la vida de Hipólita y sabían la verdad por sí mismos. Pero tenían sus propias rencillas. Estaban celosos del modo en que influía en mí, de sus amigos y de la nueva sangre establecida en palacio; creían que ésta acabaría por convertir a sus hijas en mujeres de modales y costumbres masculinos. Pero sobre todo, y era lo que más los preocupaba, estaban empeñados en que llevase a cabo mi matrimonio con una cretense.

La señal que estuve esperando para librarme de ello no apareció.

La joven era hija de Minos y Creta estaba demasiado llena de la vieja religión como para derrocar la línea femenina. Si yo la entregaba a otro hombre lo bastante noble como para no humillarla, éste tendría a Creta en sus manos. Si la entregaba a un campesino, como se hizo una vez en Argos, yo quedaría deshonrado y los cretenses no soportarían por más tiempo mi gobierno. Si la dejaba sin desposar, la convertía en reclamo de todo rey ambicioso en la Hélade y de todo señor en Creta. Incluso representaría un riesgo para la causa de mi amada y de su hijo. Pero todavía había más: Micenas. En ella reinaba Aquelao. Hacía tiempo que había desposado a su hermana; mas si él sabía que lo que rehusé hacer por la Casa del León lo había hecho por una cautiva de mi lanza, no descansaría hasta que lavase la ignominia con sangre. Y tampoco creería que yo rechazaba su oferta por una causa tan baladí. Me consideraría su enemigo. Entonces Micenas y Creta se trocarían en dos piedras de molino para las que Atenas sería el grano.

Con el transcurso del tiempo comprendía que el Destino sólo podía reservarme una esperanza: la muerte de Fedra. Pensé en ello como se piensa en los medios necesarios para conseguir el fin deseado. Todo rey cuenta con hombres para los que los deseos de su monarca son órdenes. Pero, al igual que sucede con ciertos bienes, hay males que están fuera de nuestro alcance.

Cuando este problema me estaba atenazando, recibí un mensaje de Piritos, invitándonos a su boda. Fuimos con mucho gusto, en la esperanza de que la gente del Ática dirigiría su mente a otras cosas. Pero se convirtió en la fiesta más desdichada de la Hélade, peor que aquella en Calidón, después de la cacería del oso.

Todo comenzó bien. Piritos había encontrado la joven más idónea: la hija de un gran señor y de una lapita. Una mujer capaz, como su madre antes que ella, de poner en su lugar a un trotamundos. El palacio estaba atestado de viandas, vino y huéspedes. Los lapitas son grandes anfitriones. Lo mismo que el salón estaba lleno de mesas para los reyes, los señores y los guerreros, el palacio lo estaba para los palafreneros, servidores y campesinos; y más allá, bajo los árboles, había todavía más mesas. Piritos me explicó que eran para los centauros.

Cuando lo miré, extrañado, me dijo:

—¿Por qué no? Prometí al Viejo Manitas que haría cuanto pudiera por ellos, y he cumplido mi palabra. No permito que nadie los cace por deporte, ni robe sus crías, ni queme sus colmenas; si los cogen robando un cordero o un cabrito, les hago un juicio apropiado: los granjeros los clavan en los árboles para escarmentar al resto. Y ellos han cumplido su parte mejor de lo que yo esperaba. Son como caballos, se sienten amigos. El mes pasado me informaron que se preparaba un robo de ganado. ¡Los centauros vinieron al mismísimo llano para hacérmelo saber! Jamás se había visto cosa semejante en Tesalia. Les debo una comida. Y por cierto que la tendrán buena, pues conozco sus gustos. Carne, una carretada de huesos, que a ellos les gusta partir para sacar la médula, y leche de yegua fermentada con miel. Los he colocado algo apartados, pues su olor hace vomitar a casi todo el mundo. Aquí fuera no habrá temor de que el vino llegue hasta ellos. El vino los vuelve locos.

El día de la boda fui con Piritos en la carroza nupcial, tal como me correspondía por ser su padrino. La novia venía detrás con un gran cortejo de lapitas. Constituía un séquito magnífico que bajaba el camino serpenteante desde el castillo de su padre hasta la llanura. Los campesinos lanzaban vítores; los centauros se unieron con un alarido discordante que habría encabritado a los caballos si los lapitas no los hubieran sujetado. Entonces nos acomodamos para el banquete. Cumpliendo con mis deberes de padrino, visité las salas para ver si todo marchaba bien y hallé que el festín de los centauros florecía bajo los árboles frondosos, aunque, como había dicho Piritos, era un espectáculo nauseabundo. Sólo un rincón tenía cierto decoro. Allí se sentaba el Viejo Manitas, servido por sus muchachos. Creo que ellos le habían enseñado algo, pero era mucho más lo que habían aprendido de él. Iban tan lavados, peinados y ataviados de oro que casi no los reconocí. Todos acudieron a la boda y nunca había menos de dos o tres junto a él, dejando a sus deudos que le rindieran pleitesía en la hediondez del banquete de los centauros.

En los festivales de Tesalia, las mujeres siempre se sentaban aparte, pero vi a Hipólita junto a la novia. Iba hermosamente vestida, pues sabía que a Piritos le gustaría. Nadie podía igualarla en belleza. Así me parecía a mí siempre.

Además de los siervos, llevé como paje a un joven llamado Menesteo. Procedía de familia real, era hijo de Pereos, un primo de mi padre que había muerto en el exilio durante las guerras del reino. No creí necesario recordar al muchacho los antiguos disturbios, sobre todo porque sabía que entre él y su padre, que era por demás un hombre despótico, no había existido amor. Ofrecí a Menesteo un lugar en la corte y lo encontré útil; era un muchacho despierto y no necesitaba que le repitieran las cosas. Si algún defecto tenía era que siempre se adelantaba a lo que le ordenaban; había sido corregido con frecuencia y era aficionado a señalar las faltas de los demás. Pero la oficiosidad siempre parece más fácil de corregir que la torpeza.

En ese momento estaba sirviendo las mesas con otros jóvenes de buena sangre. Cuando me senté para dar cuenta de la carne, se acercó un muchacho, moreno como la madera, de cabello liso y luciendo unos calzones cortos bordados; luego de tocarme en el hombro, se inclinó y dijo pausadamente:

—¿Sabe mi señor que su paje está sirviendo vino al Viejo Manitas?

Había pronunciado con recelo el nombre del centauro. En efecto, Menesteo se hallaba con su jarra delante del Viejo Manitas. Uno de los muchachos que estaba sirviendo carne se le acercó por detrás para indicarle que no lo hiciera, pero Menesteo no lo oyó o no quiso hacer caso.

El Viejo Manitas inclinó la cabeza y vi que se relamía al oler el dulce y extraño perfume. Pero su sabiduría lo refrenó, o tal vez fuera que confiaba en sus muchachos. Con un gesto sencillo, pero que ejecutó de manera principesca, el anciano centauro apartó la cabeza e hizo la jarra a un lado. Uno de los muchachos asió el brazo de Menesteo y le indicó que yo le estaba haciendo señas. Tenía que pasar por entre los bancos de los centauros y éstos habían olfateado el vino. Uno de ellos extendió el brazo y cogió la jarra; otros dos comenzaron a forcejear con ella, bebiendo por turnos.

Menesteo se acercó a mí; en su rostro no advertí desconcierto alguno. Yo estaba furioso, pues recordaba que le habían transmitido las advertencias que hiciera Piritoos. Le pregunté qué pretendía.

—Pensé, señor —respondió con expresión inocente—, que le estaba faltando al respeto. Primero lo pone aparte, luego le privan del vino que todos los servidores de palacio están bebiendo. Es su ayo, aunque sea un centauro.

—¿Ayo? —dije—. Es un rey. Y desde que nació jamás ha estado bajo un techo. Sus muchachos saben lo que es y le quieren. Eso es querer. Tú te enamoras de tus propias nociones, que es como decir de ti mismo. Cuando estés dispuesto a aprender antes de enseñar, entonces serás un hombre.

Para entonces, los centauros ya habían dado cuenta del vino, pero como habían derramado buena parte de él, pensé que no les habría hecho mucho daño. No le dije nada a Piritoos, que en ese momento le susurraba algo a su esposa. El banquete estaba finalizando y pronto llegaría la hora de la danza.

Las mujeres abandonaron la mesa. Es una costumbre lapita que la novia dé una vuelta con su comitiva entre los huéspedes, mientras estos lanzan flores y bendiciones antes de que comience la danza de los hombres, que terminan llevándosela. Anochecía y ya habían empezado a encender las antorchas. Hipólita y yo intercambiamos sonrisas y nos retiramos; nuestros esponsales habían sido muy distintos a aquellos.

Comenzó la música. Las mujeres rodearon el salón, unos hermosos niños portaban las antorchas, la novia iba del brazo de su padre. Salieron por las puertas y en el patio oímos vítores y canciones que se perdían en la lejanía. De repente, el ruido se tornó violento y confuso; un viejo gritaba airado. Piritoos se puso en pie de un salto. Cuando lo seguí oí que alguien me llamaba:

—iTeseo!

Era Hipólita, pertrechada para librar una batalla.

Los hombres saltaron en confusión y se precipitaron hacia la puerta.

—iEsperad! —grité—. ¡Armaos!

Había antiguos trofeos de guerra adornando las paredes y algunos hombres que vinieron de lejos colgaron sus armas junto a la puerta. Cogí un hacha de guerra y una espada. Mientras nos armábamos, llegaron corriendo tres o cuatro niños; chillaban aterrorizados y sus trajes de gala estaban polvorientos y desgarrados. No teníamos tiempo de tranquilizarlos, así que nos hundimos en la oscuridad.

El patio estaba vacío, los bancos de los campesinos derribados. El ruido procedía del otro lado de las puertas. Fuera se desarrollaba una escena semejante al saqueo de una ciudad: alaridos de mujeres arrojadas sobre las mesas entre desechos de carne y requesón, centauros agarrando o engullendo manjares sobre ellas, o gruñendo unos contra otros.

os campesinos que habían corrido en auxilio de las mujeres chillaban tanto como ellas. No representaba una vergüenza, ya que por las venas de los centauros corre sangre de titanes y cuando están enloquecidos poseen la fuerza de dos o tres hombres; uno había arrancado el brazo de un pobre desgraciado. Corrí en medio de aquel desorden, lanzando el grito de guerra y el nombre de Hipólita. Cuando ella me respondió, fue como un rayo de luz en una noche tenebrosa. Corriendo sobre cuerpos agonizantes o sin vida, sobre comida, ollas y antorchas, la encontré, luchando con un trinchante que había encontrado sobre una mesa, protegiendo a la novia. El anciano padre de ésta yacía ante ellas pisoteado y sanguinolento. Precisamente en el momento en que un centauro le arrancó el cuchillo a Hipólita, llegué a tiempo para cercenarle la cabeza. Era tan gruesa que casi hizo saltar el hacha de mi mano y me costó desclavarla. Se la di a Hipólita, desenvainé la espada y nos lanzamos juntos a la refriega. Piritoos puso a la novia tras él, contra un árbol y dispuesto a defenderla con su larga lanza. Menguaron los

chillidos de las mujeres. En su lugar resonaron gritos de guerra y los descomunales alaridos de los centauros.

He participado en algunos combates sangrientos, pero aquel fue el más sangriento y el más espantoso de todos, pues no era ni guerra ni cacería, sino una mezcla de lo peor de ambas. Lo he olvidado casi por completo, y me alegro. Pero recuerdo cómo temblaban mis piernas sobre la inmensa tinaja de vino que los centauros sustrajeron del patio, olfateando el camino, como hacen cuando van tras los rebaños. Recuerdo aún al Viejo Manitas. Su mesa estaba derribada y él se hallaba en pie ante su silla de honor, con un niño en cada brazo. Los tenía sujetos a sus costados, como si fueran sus propios hijos; sus viejos dientes amarillos estaban descubiertos, desafiando a quienes los tocaran. Increpaba rugiendo a los suyos en la lengua de los centauros, intentando detenerlos. Pero estaban demasiado enloquecidos para oír. Los dos niños se retorcieron, se libraron de los brazos del anciano y, sacando las pequeñas dagas de oro de su cinturón enjoyado, volaron ululando como halcones a la batalla. Estuve algún tiempo ocupado, pero hacia el final volví a mirar hacia allí. El Viejo Manitas estaba sólo con los brazos colgando junto a sus rodillas dobladas, de suerte que los nudillos casi barrían el suelo, contemplando la escena con la cabeza hundida en los hombros.

He oído decir que los centauros están demasiado cerca de la tierra para verter lágrimas como los hombres, pero doy fe de que en esa ocasión el Viejo Manitas lloró.

Por fin terminó la refriega. Los centauros corrieron aullando a las colinas, donde más tarde los lapitas los cazaron como lobos. Los que quedaron huyeron al país salvaje situado más atrás y actualmente en Tesalia ya no queda ninguno.

Cuando disminuyó el ruido de la persecución, los huéspedes auxiliamos a los heridos y nos llevamos a los muertos. Sólo a los seres humanos, por supuesto, ya que los lapitas ya no volvieron a considerar hombres a los centauros y al día siguiente los quemaron sin ritos, igual que a reses muertas de fiebre.

En ocasiones he pensado que, de no haber sido por aquella fiesta fatal que despertó a la bestia que moraba en el interior de los centauros y acabó con lo que en ellos había de humano, el contacto con los hombres habría hecho que, con el tiempo, se asemejaran a éstos.

Seguramente matamos a algunos niños criados por el Viejo Manitas. Lo cierto es que huyó con el resto de su gente, para soportar la carga de su sacerdocio en alguna otra montaña, pero no puedo asegurarlo.

Hipólita, muy magullada, estaba dentro ayudando a las mujeres. Yo me dirigía a la fuente para lavarme, cuando topé con el joven Menesteo, pálido de pánico. Había mucho que hacer, pero él permanecía inmóvil, con aspecto de enfermo. Yo estaba cubierto de sangre y fango, lleno de arañazos de centauro; pensé en los muertos, en la joven novia gimiendo en su lecho virginal, pues su padre estaba sin enterrar, y ¿quién podía concebir niños en noche tan fatídica? Mis heridas escocían a la vista del muchacho.

—Ésta es tu obra —dije—, joven entrometido, presumido y sabelotodo. ¿Estás satisfecho?

Le di un coscorrón en la cabeza. Me dirigió una mirada de soslayo y se fue. A veces me he preguntado si con un poco de paciencia podría haber conseguido que sus buenas cualidades vencieran su presunción. Lo dudo; era propio de su naturaleza pensar cualquier cosa antes que aceptar que estaba equivocado. En todo caso, perdí la paciencia. Se fue para rumiar sus pensamientos, de los que nunca más me habló. Cuando los supe, ya era demasiado tarde.

Volvimos a la patria para encontrar a nuestro niño, que florecía al cuidado de Crise; habíamos estado fuera muy poco tiempo, pero aun así lo encontramos crecido. Como yo había supuesto, los nobles y los plebeyos no se habían olvidado de Creta, pero eso era poco comparado con algunas noticias que Piritos me dio en Tesalia y que tuve que guardar para mí solo.

Al norte, más allá del Euxino y del Isrer, había un gran movimiento de pueblos. La Llanura Interminable, al socaire del viento norte, está tan lejos del mar que si alguien llevase un remo al hombro, la gente lo tomaría por un aventador. En aquellas tierras las tormentas eran frecuentes, y las naciones zozobraban como naves en costas desguarnecidas. Los tracios meridionales lo habían oído de los septentrionales, y éstos de los escitas del sur que, a su vez, lo supieron por los escitas del norte: un pueblo llamado Mantos Negros se acercaba

proveniente de las grandes planicies del nordeste y arrastraba cuanto hallaba a su paso. No podría decir qué clase de gente era. Sólo sabía que no adoraban a dioses, sino a la noche y al día, y que el pánico corría delante de sus lanzas empenachadas como el viento frío delante de la lluvia.

Piritoos era de la opinión de que no llegarían a las tierras helenas. Estaban demasiado lejos y poseían grandes rebaños que debían guiar lentamente. Pero añadía:

—Si avanzan hacia el sudoeste, presionarán a los escitas, y éstos bajarán, sin tierras y hambrientos, como dicen que hicieron nuestros padres. Espero que podamos mantenernos más firmes que el Pueblo de la Costa, que ocupó esta tierra antes que nosotros. Si los Mantos Negros se mueven en otra dirección, es posible que la tormenta no nos alcance. Pero mira, Teseo: si acaso vienen, yo tendré las manos llenas. Si quieres buenos amigos en los tiempos malos, harías muy bien en considerar de nuevo ese matrimonio cretense. Bien sabes que no pretendo despreciar a Hipólita, pues posee más sentido común que cualquier otra mujer que yo conozca y juraría que jamás tuvo un solo deseo que pudiera perjudicarte. Creo que ella debe ver la situación igual que yo.

Éstas fueron sus palabras. Ignoro si también habló con ella. Pero una noche, en Atenas, cuando yo estaba despierto en la cama, pensando en estas cosas, ella me puso la mano sobre el pecho y dijo:

—Teseo, nosotros somos lo que somos. Pero debes desposarte con la cretense.

—Nosotros somos lo que somos —respondí—. Y si le doy lo que tú debes poseer, nunca lo tendrás.

—Lo mío es la guerra —dijo—, y aun así te he aceptado por rey; mi honor consiste en servir al tuyo. Nada puede deshacer la verdad de mi corazón. Así pues, no me conviertas en traidora.

—¿Y el niño? La sangre de la Casa de Minos es mala. ¿Debo injertar en aquel tronco para dejarlo a él de lado?

Guardó silencio. Al cabo, dijo:

—El niño está en las manos de algún dios, Teseo. Lo sentía mientras lo llevaba en mi vientre; parecía más fuerte que yo. Y creo que él también lo siente. A veces lo sorprendo escuchando.

Seguimos charlando del niño; pero ella se interrumpió y volvió a repetir:

—Despóstate con la cretense, Teseo. Desde que te prometiste a ella, no has estado allí una sola vez. ¿Puedes confiar indefinidamente en tus gobernadores y en los señores cretenses? Naturalmente que no. El problema te ha estado rondando la mente.

Siempre conocía mis pensamientos sin necesidad de que le hablara de ellos.

Se durmió al fin, pero yo permanecí despierto. Cuando comenzaron a cantar los primeros pájaros y se iluminó el cielo, ya sabía lo que tenía que hacer.

Convoqué a los nobles y les dije que, habiendo considerado su consejo y el bien del reino, zarparía rumbo a Creta y tomaría por esposa a la hija de Minos. Mas, para mantener el país en paz, seguiría la antigua ley cretense procedente de la antigua religión, según la cual la herencia se transmite a través de la madre y la mujer la pierde si se desposa con un extranjero y abandona su tierra para ir a la de él. Por lo tanto, la dejaría en Creta, con guardias apropiados y la visitaría cuando los asuntos de gobierno me reclamaran allí. De ese modo, los dos reinos estarían bien asegurados.

Los nobles se mostraron satisfechos. Cuando les recordé que también esta reina servía a la Diosa, casi me agradecieron que no la trajese a la patria.

Aquel año permití que los cretenses no pagaran el tributo y sólo les pedí que construyeran una casa para la novia y para mí. Escogí el antiguo fortín a orillas del río del sur, junto al santuario de la Tres Veces Sagrada. Mi intención era que le dieran un aspecto elegante sin afectar sus defensas. Por nada del mundo me habría levantado contra el Laberinto, en cuyo polvo se podía oler la ira de los dioses. Deucalión había restaurado el ala occidental y creía ser bien recibido en ella.

Así pasó un año, mientras la casa estaba en construcción. El niño creció y creció. En cuanto las primeras nieblas abandonaron sus ojos, vimos que estos eran semejantes a los de su madre, grises como una aurora sin nubes. El cabello plateado con que había nacido, apenas se le oscureció. A Hipólita le gustaba el reflejo de la luz sobre el pelo del niño y no dejaba que se lo rizaran. Su piel era delicada, pero con un poco de sol se pondría como una fruta dorada.

Era rápido y fuerte, y solía trepar a todas partes. En una ocasión, cuando sólo tenía tres años, lo encontramos rendido junto a una yegua que criaba, cogido de brazos y piernas al potro; había intentado subirse a él y, cuando ambos cayeron, la yegua se inclinó y los lamió a los dos. Según Hipólita, era evidente que tenía sangre de Poseidón. Cuando en la primavera siguiente partí rumbo a Creta, la despedida fue amarga.

La vida se había reanudado en la gran isla, como siempre ocurre cuando los hombres viven su vida. Dejando aparte las fortalezas desmoronadas (yo mismo había incendiado algunas en el transcurso de la guerra) no se veía nada anormal. Los campos estaban arados, las viñas verdeaban, el almendro florecía junto al muro desmoronado. Aquí y allá la gente levantaba nuevas casas, menos lujosas que las anteriores, pero cómodas y alegres. Los alfareros que aún quedaban estaban de nuevo atareados y habían creado una nueva moda, esta vez con motivos de pájaros.

Los cretenses nativos se mostraron tan entusiasmados con mi llegada como el día en que los acaudillé contra el Laberinto. Les complacía que celebrara mi boda entre ellos como su rey y no como su conquistador. Algunos de los nobles que durante mi ausencia me habían vuelto la espalda y se habían convertido en opresores, no estaban tan complacidos. Los mejores permanecieron leales a mí, pero ello no habría ocurrido si hubiera continuado ausente por mucho tiempo. Cuando hube resuelto los problemas, me dirigí a la casa de Deucalión para encontrarme con mi prometida.

No sé lo que pensaría Deucalión, pero me saludó muy cortésmente. Una vez desposado, su trono estuvo más que nunca a mi favor. Sólo había sido rey nominalmente, y ahora apenas lo sería, mas la sombra del trono era preciosa para él, o tal vez lo fuera para su esposa. Vino andando hasta mí entre el crujido de telas bordadas y una nube de lánguido perfume de Egipto. Al rato se retiró en medio de grandes reverencias, para ir en busca de la princesa.

Entretanto, comencé a pensar en la niña que se había enamorado del muchacho del toro, en la que sonreía a través de las lágrimas en el salón de los niños decorado con bueyes y flores. Vi acercarse, conducida de la mano, a una joven dama cretense, exactamente igual al retrato que me habían enviado. Su cabello se había oscurecido y lo llevaba rizado formando largos bucles por delante y por detrás. Sus pestañas y cejas estaban ennegrecidas con kohl, sus párpados pintados con lapislázuli, sus pezones con polvo de coral. Ceñía su abierto corpiño con un apretado cinturón de oro; la falda de siete volantes sólo dejaba a la vista sus pies sedosos. Entornó los párpados y se tocó la frente con sus pequeños y afilados dedos. Cogí su mano y besé sus labios cerrados, de acuerdo a la usanza de Creta; estaban frescos y cálidos bajo los afeites, pero tan quietos como su mano.

Más tarde vinieron las interminables ceremonias de la boda, las ofrendas a los santuarios, las aspersiones de las sacerdotisas, los presentes a los parientes. El sol poniente cabalgaba en su carro dorado; la fiesta era tan calurosa y brillante como el mediodía, a causa del aceite perfumado de mil lámparas sobre sus pies pintados. Las mujeres condujeron cantando a la novia a la cámara nupcial e hicieron lo que las mujeres necesitan una hora para hacer. Los jóvenes, con antorchas y entre cantos, me condujeron hasta ella. Entonces se dispersó la multitud, se cerraron las puertas, la lámpara comenzó a agonizar y reinó una quietud repentina. Sólo se oían las arpas suaves de la música nocturna sonando al otro lado de la puerta. Me acosté junto a ella, cogí su rostro entre mis manos y lo volví hacia mí. Miró hacia arriba con sus negros ojos silenciosos. Le habían quitado los afeites diurnos y los habían reemplazado por otros de colores suaves, más apropiados para la noche.

—Mira, Fedra —dije y le mostré la antigua cicatriz que cruzaba mi pecho—, todavía estoy marcado con la señal del coso. ¿Recuerdas cuando te dijeron que estaba muerto?

Respondió con tono altanero, como si todavía nos encontráramos en un salón de audiencias.

—No, hijo de Egeo.

Pretendía que sus ojos no dijeran nada, pero era joven. Me dijeron, entre otras cosas, que era la hija de Minos, y no cabía duda de que lo sabía todo.

—Todavía soy Teseo —dije—. Te había prometido que, si los toros no me mataban, sería rey y volvería para desposarme contigo, ¿lo recuerdas? Pues bien, aquí estoy. Pero el hado nunca viene en la forma que los hombres esperan. Mira lo que ha pasado desde entonces

hasta ahora: guerras, terremotos, cambios, todos aquellos azares que la vida dispensa a los hombres que viven bajo el sol. Sin embargo, jamás olvidé cómo lloraste por mí.

Permaneció en silencio. Pero yo me habría despreciado a mí mismo si hubiera gozado a una mujer a la que no había logrado conmovier. Todavía no existía un hijo o hija de la Casa de Minos, pero había en ellos algo del fuego de Helios de cuya simiente surgieron. Yo estaba allí para servir a mi reino. Tal vez si hubiera abandonado mi deber rápidamente, sin intentar hacerlo mejor, y hubiera dejado el fuego latente, el cuadro de las cosas futuras habría cambiado. Pero me compadecí de ella, ya que el hado había sido su maestro tanto como el mío. También está en mi naturaleza desear siempre la victoria. Ningún hombre pudo eludir el final que le ha sido asignado el día mismo de su nacimiento.

Me hallaba ocupado con asuntos que había descuidado durante demasiado tiempo. Cuando al día siguiente me encontré con ella, se mostró plácida y se dirigió a mí con los preciosos modales y la gracia que enseñan en Creta a las doncellas y que embrujan a cualquier hombre. Raras veces posó sus ojos en los míos. Durante el día, nunca hablábamos de la noche, ni intercambiábamos los signos secretos de los amantes. Pero la noche tenía sus propias leyes y cuando llegó la hora de partir quizá hubiera sentido abandonarla de haber tenido que ir a otro lugar que no fuera mi patria.

Las tierras helenas estaban sosegadas. Como el pueblo no había podido asistir a los esponsales, organicé un gran banquete durante los Juegos Ístmicos. Dedicué el festival a Poseidón con una hecatombe de bueyes negros y proclamé que en adelante se celebrarían cada dos años. De esta manera, les ofrecí una exhibición sin ligarla a mis esponsales, lo cual habría humillado a Hipólita y a nuestro hijo.

En cuanto el chiquillo comenzó a corretear, incluso su madre y yo, que nos enorgullecíamos de que no sintiera temor por nada, lo encontrábamos demasiado osado para nuestra tranquilidad. A las cinco se escapaba de casa para escalar las grandes rocas situadas debajo de la Ciudadela. A las seis ya había cogido un lince de su madriguera entre las rocas, y después, al oír los gritos de su madre, volvía a bajar para devolverlo, si es que alguien no se lo había arrebatado antes de las manos, salvándole así la vida. Cuando el pobre animalito moría, lloraba por él, aunque podía contenerse y no derramar una sola lágrima.

En una ocasión, la nodriza lo echó en falta a la hora de enviarlo a dormir. Al principio, la mujer intentó ocultar el hecho a Hipólita, y ésta a mí. Cuando se hizo demasiado tarde, ordené a la guardia que buscara por toda la Roca. La luna era tan brillante que la noche parecía día, pero no pudieron encontrar ni rastro del pequeño. Hipólita paseaba impaciente, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mano sujetando una cola de cerdo, susurrando encantos de la luna del Ponto. De repente, al mirar hacia arriba, se aferró a mi brazo y señaló. El niño estaba sobre el tejado del palacio, sentado entre dos almenas, con los pies colgando, y el rostro vuelto hacia el cielo, inmóvil como una piedra.

Corrimos hacia arriba, de puntillas, temiendo que despertara de su ensueño. Su madre me indicó por señas que no hablara y silbó suavemente. Al oír el silbido, el niño se echó hacia atrás y se acercó a nosotros grácilmente, como si no tuviera más peso que el que uno tiene en sueños. Yo me sentí irritado después del susto, pero ante su rostro quieto y sus ojos abiertos, no pude levantarle la voz. Nos miró a los dos y dijo:

—¿Qué pasa? No corría ningún peligro; estaba con la Señora.

Dejé que su madre se lo llevara, pues ella lo comprendía mejor. Pero algunos de los servidores de palacio nos habían seguido y oído. Comenzó a murmurarse que al niño le enseñaban a honrar a la Diosa antes que a los dioses.

No era momento oportuno para tales rumores, puesto que Fedra había dado a luz a un hijo.

Viajé a Creta para conocerlo. Era un niño diminuto y vivaz con unas hebras de pelo negro que, según dijeron las nodrizas, era del tipo que se desprende con el tiempo. Hasta tanto esto ocurriera, le daba el aspecto de cretense. Fedra estaba complacida con él y consigo misma, y parecía contenta. Pero me daba mucho que pensar. Lo llamamos Akamas, que en Creta era un antiguo nombre real, pues, desde luego, me sucedería. Pero en mi corazón había cedido a Hipólito los reinos de tierra firme, aunque ello significara dividir el imperio.

Estaba seguro de que el pueblo lo preferiría antes que a un extranjero, claro está, si él se preocupaba de complacerlos. Parecía un heleno por los cuatro costados; ya se hablaba de su valor. Cabalgaba sobre la grupa de su pequeño centauro como uno de los muchachos del Viejo Manitas. De los asuntos del gobierno no sabía nada y se preocupaba menos, pero tenía sus propias opiniones acerca de lo que de verdad es importante para un hombre y sabía desenmascarar a un mentiroso aunque no comprendiera la mentira. Vigilaba atentamente a aquellos a quienes tomaba ojeriza. Siempre estaba yendo y viniendo como una nube, guardando el secreto. Una noche, en el lecho, hablé de ello con su madre.

—Desde luego —dije—, debe honrar a Artemisa por respeto a ti. Me enfadaría si no lo hiciera. Pero, ante el pueblo, debemos procurar que rinda el homenaje debido y se muestre respetuoso con los dioses del Olimpo. Tú sabes cuánto depende de ello.

—Teseo —respondió Hipólita—, sé que la gente comenta que lo he iniciado en algún culto secreto. Pero tú estás mejor enterado y sabes que el misterio no es para los hombres. Todo cuanto hace es por propia voluntad.

—Todos los niños se cuentan historias a sí mismos. Supongo que se le pasará. Sin embargo, me preocupa.

—Cuando yo era niña —dijo Hipólita— me busqué uña compañera de juegos. Pero yo me encontraba sola. Cuando nuestro hijo se encuentra solo, canta con alegría. Y hace amigos en todas partes. Pero esto pasará. A menudo lo veo dirigir largas miradas a algo, una flor, un pájaro o una hoguera, como si su alma sintiera una llamada procedente de fuera de su cuerpo.

En las tinieblas hice el gesto contra el mal de ojo.

—¿Es brujería? ¿Debemos investigar?

—En este caso seguramente desfallecería. Es más fuerte y alto que los demás chicos de su edad. Ya te lo he dicho: un dios está con él.

—Él habló de «La Señora». Tú fuiste sacerdotisa, ¿no puedes dar un augurio o un signo?

—Yo era una doncella, Teseo —respondió quedamente—. A mí no me hablará. A veces, durante la danza, solía aparecerse la Visión. Pero la dejé en el Acantilado de las Doncellas.

No mucho después oí una conmoción sorda fuera del palacio, como si los hombres quisieran bajar el tono de sus voces. Ordené que informaran qué ocurría. Entró uno de los ancianos de palacio, trayendo al siervo del sacerdote del santuario de Zeus, con un rajo sangrante en el brazo. Con rostro estirado y ojos complacidos, el noble anciano dijo que mi hijo era el responsable de aquello. Al parecer, el niño había encontrado un cabrito arado para el sacrificio y comenzó a acariciarlo. Cuando se presentó el hombre para colocarlo en el altar, el niño lo desafió. El hombre, dispuesto a cumplir su deber, lo ignoró. Entonces, Hipólito, hecho una furia, sacó su daga de juguete y saltó sobre él. Por fortuna, dijo el noble, saboreándolo como buen vino, se trataba del siervo y no del sacerdote.

El anciano estaba en lo cierto, pero no por ello dejaba de ser un sacrilegio y todos en palacio lo sabían. Aparte de la mala suerte que pudiera traer, nada peor podía haber hecho que insultar a Zeus. Por la seguridad de su madre, y también por el honor del dios, debía hacer justicia ante el pueblo.

El niño se presentó sonrojado y desanimado, con las lágrimas de la furia todavía en los ojos, pero se sosegó al instante. Debía estar avergonzado, dije, de golpear a un siervo que no podía responder. Supongo que tendría que haber comenzado a hablar de Zeus, el rey, pero éste, después de todo, prefiere que los reyes sean caballeros. Me las ingenié para que el niño entrara en razones.

—Sí, padre, ya lo sé. Pero este cabrito, pobre, tampoco podía defenderse.

—Pero —argüí—, era un animal sin sentido ni conocimiento de la muerte. ¿Por eso has ofendido al rey de los Cielos?

Clavó sus ojos en mi rostro; eran los ojos de su madre.

—Sí que lo sabía. Me miraba...

Por su bien, no convenía ser blando con él.

—Hipólito —dije—, has vivido ya siete años y en todo este tiempo nunca te he levantado la mano porque te amo. Voy a pegarte ahora.

No parecía tener miedo, pero estudió mi rostro, intentando comprender.

—Has irritado al dios —proseguí—. Alguien tiene que sufrir por ello. Debes ser tú, puesto que hiciste el agravio. ¿O prefieres quedar indemne y dejar que la maldición caiga sobre el pueblo?

—Si tiene que sufrir alguien —respondió— debo ser yo.

Asentí con la cabeza y exclamé:

—¡Buen muchacho!

—Pero —inquirió él, mirándome—, ¿por qué tiene que maldecir Zeus al pueblo, si el pueblo no le ha hecho nada? Tú no harías una cosa semejante.

Para mi sorpresa, le contesté como si estuviera hablando con un hombre:

—No lo sé. Es una necesidad de su naturaleza. He visto a Poseidón, el que hace temblar la tierra, derribando el Laberinto y aplastando tanto a malos como a buenos. Las leyes de los dioses están más allá de nuestra comprensión. Los hombres sólo son hombres. Ven, terminemos con esto.

Me costaba hacer lo que debía. Tenía que dejarlo marcado para que todos supieran que, en efecto, había sufrido un castigo. Ni siquiera sollozó.

—Lo has soportado como un rey —le dije luego—, y a Zeus le complacerá. No olvides la lección y respeta a los dioses.

Tragó saliva y dijo:

—Ahora que ya no maldecirá al pueblo, ¿pueden darme el cabrito?

No perdí la paciencia y lo envié junto a su madre. Por supuesto, el hecho fue la comidilla del pueblo durante un mes, y nunca se olvidó por completo. Hipólita era una sierva de Artemisa, diosa que ama a los animales jóvenes; complacerla era hacer un don a quienes

habían sido mis enemigos. Tal era el comentario de los ancianos nobles, cuyo poder yo doblegué al proteger a sus siervos y esclavos. Odiaban los cambios y envidiaban a los recién llegados procedentes del coso cretense, con su juventud, su alegría y sus costumbres extranjeras. Éstos, que no eran tontos, se dieron cuenta en seguida y dejaron bien en claro que estaban de parte de la amazona. Así, donde antes sólo existía rivalidad entre hombre y hombre, surgieron dos facciones en palacio.

Yo sabía que, a menudo, Hipólita tenía que soportar las pullas que le inferían solapadamente los que no se atrevían a una enemistad abierta. En este caso no eran siervas a las que se podía expulsar. Decidió no ocultármelo. Ya no era una joven salvaje, sino que poseía una comprensión tan aguda como la de un hombre. Estaba preocupada por mi vida y la de nuestro hijo.

A pesar de sentirme furioso, me mostré doblemente cuidadoso y procuré mantener la balanza nivelada, a fin de no darles ningún pretexto contra ella. Creo que enviaban espías tras ella cuando cabalgaba por las colinas, con objeto de averiguar si, una vez allí, celebraba ritos secretos. Sé que intentaron utilizar al niño. Éste, que no sospechaba malicia alguna, solía contarnos que lo habían interrogado, sin comprender qué significaba todo aquello. Aunque su madre no tenía nada que ocultar, su inocencia representaba un peligro: sus amigos, que amaban la risa, podían decir en broma lo que no sonaría bien en serio, y sus propias fantasías de niño podían ser tergiversadas por mentes más sutiles. No lo puse sobre aviso, pues el chiquillo era tan transparente como el agua y su desconfianza habría resultado notoria, y con ello habría despertado todavía más sospechas. Puse toda mi fe en su propia naturaleza, contando con que hablaría libremente con aquellos que no le gustaban.

Mi temperamento siempre me ha inducido a sacar las cosas a la luz y combatir contra ellas. Me fastidiaba tomar precauciones. El rumor procedía del norte, pervertido y estúpido en la mayor parte de los casos, pero con un fondo de verdad incuestionable. La nave debía estar preparada por si llegaba la tormenta.

Pronto supe que se acercaba, pues me lo comunicó Piritos. Me envió al hermano de su esposa, con una carta que lucía su sello real, para entregármela cuando estuviéramos a solas. Decía así: «Los Mantos Negros han regresado al sur. Son las tribus al este del Euxino las que ahora están en camino. Bajan ya hacia el Helesponto y no creo que el estrecho las detenga. Probablemente alcanzarán Tracia este año. No cuentes con que el invierno las detenga por algún tiempo, pues el hambre y el frío pondrán alas en sus pies. El resto, Caunos te lo dirá».

Me volví hacia el lapita, que estaba esperando. Me dijo:

—Hay un mensaje que Piritos creyó preferible no escribir. Es éste: «Avisa a tu señora que las mujeres guerreras de Sarmantia, que sirven a la Diosa, cabalgan junto a sus hombres y las Doncellas de la Luna los dirigen».

No se lo dije a Hipólita porque pensé que habría tiempo de sobra para comunicarle mis preocupaciones. Le conté, como a los demás, que Caunos me había visitado como amigo mientras viajaba por mis tierras. Mas en cuanto aquella noche estuvimos en el lecho, me preguntó:

—Dime, ¿qué es lo que pasa?

Me lo sacó todo, pues podía adivinar mis pensamientos como si los leyera en mi rostro. Una vez enterada mantuvo un largo silencio, abandonada en mis brazos. Al cabo de un rato comentó:

—Quizá ha vuelto la estrella de larga cabellera.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Es que las Doncellas de la Luna han abandonado sus santuarios alguna vez?

—Eso dicen. Cuentan que hace mucho tiempo, tanto como el que tarda un roble en crecer y morir, el pueblo del Ponto vivía más allá de las montañas, junto a las costas de otro mar. Entonces apareció el astro con cabellera de fuego, dejando un reguero ardiente en el cielo. La sacerdotisa de entonces leyó los augurios y vio que la tierra no podría mantenerse firme contra las hordas de los cimerios; por lo tanto se fueron con el pueblo, luchando en vanguardia. Cuando llegaron al Ponto, parte de la estrella cayó sobre la tierra, y así fue como tomaron aquella tierra y la ocuparon.

Recordé la piedra del trueno. Pero a Hipólita no le gustaba hablar de las cosas sagradas con un hombre.

—No es ninguna broma —dije— que todo un pueblo cruce el Helesponto. Después está Tracia, un país salvaje lleno de fieros guerreros. Se quedarán en alguna parte al norte del Olimpo; nunca los veremos.

Hipólita permanecía inmóvil y en silencio, pero demasiado pensativa para dormir. Yo notaba los pensamientos de su corazón, al igual que ella los míos.

—¿Qué te pasa, pequeño leopardo? ¿Qué temes? Amo tu honor tanto como el mío. Jamás te pediría que lucharas contra camaradas unidos a ti por juramento, aunque asaltaran la propia Roca. Si vienen, aducirás cualquier excusa válida para una mujer: que estás enferma o encinta. O bien dirás que los augurios te aconsejan no luchar en ningún bando. Déjame todo a mí.

—¿Crees que podría verte luchar desde las murallas sin correr hasra ti? Sabes que somos lo que somos.

A la luz del cielo estrellado vi que sus ojos brillaban tanto como si tuviese fiebre. Le di un golpe cariñoso y le dije que estuviera tranquila, que nada de eso sucedería. Al final nos quedamos dormidos, pero me despertó, agitada y suspirando, y lanzó el grito de guerra de las Doncellas de la Luna, medio ahogado por el sueño, como yo lo había oído en el Acantilado de las Doncellas. La desperté e hicimos el amor hasta que volvió a dormirse. Sin saberlo ella, al día siguiente envié un emisario a Delfos, a preguntar al dios qué debía hacer.

Entre tanto, la gente de palacio seguía murmurando, y el niño se hacía cada día más fuerte. Solía cabalgar hasta las colinas y apartarse de su palafrenero, para ser encontrado en sus cumbres o junto a un arroyo, hablando consigo mismo o con los ojos fijos en el vacío. Pero no presentaba ningún signo de locura: tenía la mente despierta y, a decir verdad, escribía y dibujaba mejor que yo. Tampoco hizo nada ultrajante desde el episodio del cabrito, sino que era amable con cuantos lo rodeaban. Pero un día un noble vino a verme y, como si se tragara de un comentario casual, me dijo que el niño había levantado con sus propias manos un santuario a la Diosa, en una cueva entre las rocas.

Le quité importancia al asunto, pero al caer la tarde salí para verlo personalmente. El sendero era empinado y peligroso, idóneo para cabras salvajes. Al final llegué a un pequeño borde que miraba hacia el mar y a la boca de una cueva bloqueada por guijarros. Había algo rallado en ella, y aunque era muy antiguo y estaba medio borroso, distinguí que se trataba de un ojo. El santuario había sido abandonado tiempo atrás, pero en la losa rocosa que vi delante de la cueva había flores, conchas y piedras policromas.

No dije nada al niño, pero pregunté a su madre si lo sabía. Negó con la cabeza. Más tarde, cuando logró convencerlo de que hablara, me dijo:

—Ni siquiera ha visto el símbolo. Tú dices que está gastado. Yo creo que no conoce su significado. ¿Cómo podría conocerlo? Es asunto de mujeres. Sin embargo, dice que la Señora acude allí.

A pesar del escalofrío que corrió por mi espina dorsal, conseguí sonreír y dije:

—Ve los dioses en tu semejanza, eso es todo. ¿Quién soy yo para culparlo?

Con la envidia de los nobles y la ignorancia de los campesinos ya tenía bastantes preocupaciones.

Llegaron noticias del norte comunicando que más allá del Helesponto había grandes guerras y que la gente luchaba desde sus ciudadelas. Se decía que habían incendiado las cosechas, exponiéndose a vivir todo el invierno como los pájaros, si con ello conseguían expulsar las hordas de las tierras de sus padres. No era necesario ser adivino para saber adónde conduciría todo aquello.

Poco después mi emisario volvió de Delfos, coronado con la guirnalda de las buenas noticias. El dios había dicho que la Roca no caería antes de que las generaciones futuras igualaran a las pasadas; estallaría una tormenta sobre ella, pero se disiparía después del sacrificio señalado. El emisario preguntó qué debía ofrecerse; un oráculo indicó que la misma deidad que requería la ofrenda, la escogería.

Medité la respuesta. Al día siguiente subí a la ciudadela con algunos ejemplares de todos los animales con los que los dioses se complacen, e hice que se echaran suertes sobre ellos. El destino quiso que la elegida fuese una cabra, que yo sacrificé a Artemisa. Así se había

cumplido el oráculo. El animal se defendió en el altar y luchó para esquivar la muerte. Nunca es bueno que el sacrificio no sea consentido. Pero yo había cumplido lo que estaba decretado.

Aquel año el otoño llegó temprano y fue inusualmente frío. Envié un emisario a Argos ordenando que fuesen traídas tres naves de grano y lo almacené en las bodegas situadas bajo la Roca. Advertí también al pueblo que no organizara grandes banquetes en la época de la vendimia, sino que economizara cuantas provisiones pudiera. El rumor resonaba continuamente y en todas partes; era demasiado tarde para el silencio, que sólo lograría acrecentar el temor. Un mes después de la noche más larga, llegó el mensaje de que las hordas habían cruzado el Helesponto. No necesitaron emplear naves; el invierno mismo les construyó un puente. Debido al intenso frío, grandes bloques de hielo descendieron del Euxino y obstruyeron el estrecho. Cruzaron a pie, en una noche y un día. Ahora recorrían Tracia como lobos hambrientos.

Mi corazón me decía que vendrían a Ática. Convoqué a los jefes en consejo y ordené que en todas las fortalezas se almacenaran vituallas y armas. Afortunadamente, las cosechas habían sido buenas. En Eubea, donde el estrecho los protegería, hice construir un fuerte para las mujeres, los niños y los viejos, así como una gran estacada para el ganado.

Las escarchas habían pasado y en las higueras aparecieron los primeros brotes; esta vez no habría hielo. A los que poseían oro les di permiso para guardarlo en la Roca y les fueron entregados recibos. Entonces llevé a cabo sacrificios en honor de Poseidón y Atenea, los dioses de la ciudad, y puse ofrendas en las tumbas de los reyes muertos. Recordando a Edipo y su bendición, fui a Kolonos y le ofrecí dones también a él.

Durante todo el invierno las hordas fueron bajando hacia el sur, arrasando las aldeas y las granjas. Cayeron algunas pequeñas fortalezas, pero las grandes, en las que el pueblo se había refugiado con su ganado y bienes, resistieron. Por lo tanto, las hordas vivieron precariamente de las espigas de los campos, raíces y caza salvaje, de caballos viejos y ganado enfermo que no valía la pena salvar, y del saqueo de granjas solitarias, que incendiaron tras su paso. Antes de que llegaran a Tesalia y las puertas de la ciudad fuesen cerradas, Piritos me envió un mensaje. Entonces supe que no tardarían mucho.

Mandé que el ganado del Ática fuese trasladado en balsas a Eubea y a continuación toda la gente que no pudiera luchar. Fue un día de llantos. Para infundirles esperanza ofrecí un sacrificio a Hera del Hogar. Pero a Hipólito no lo envié allí. No consideraba oportuno tenerlo fuera de mi tutela, donde los enemigos de su madre pudieran aprovechar la oportunidad. Lo envié a ultramar, a Troizen, para que estuviese al cuidado de Pireo, mi abuelo. Él y mi madre lo comprenderían, si es que alguien podía comprenderlo, y allí estaría a salvo como yo lo estuve en mi infancia, cuando mi padre estaba luchando por su reino. Cuando obtuvo permiso de su madre, fui a despedirlo. Estaba pálido y parecía turbado, pero no solicitó quedarse. Adiviné que ya se lo había pedido a Hipólita. Al final esbozó una sonrisa, recordando que así deben hacer los guerreros antes de la batalla. Su gesto denotaba madera de rey. Era demasiado joven para que le dijera: «Si muero, te dejo este reino, pero tendrás que luchar por él».

El anciano de Troizen conocía mis pensamientos, pero su salud era muy endeble, y no permanecería mucho tiempo más sobre la tierra. Lo encomendé a los dioses y vi brillar su plateado cabello a la pálida luz del sol, mientras la nave se hacía a la mar.

Cada día nos llegaban nuevas noticias, ya que los fugitivos venían atravesando los pasos, medio muertos por el frío de la montaña, con chiquillos cargados a la espalda y los dedos de los pies amoratados. Los embarqué hacia Eubea y los envié a Sunión. Establecí puestos de guardia en los pasos, y dispuse que los centinelas tuvieran leña suficiente para calentarse. Siempre había creído que el Ática era el final de la Tierra. Hasta el momento sus pobladores sólo habían tenido que luchar para obtener el diario sustento; en adelante, deberían hacerlo para conservar la vida.

Los fugitivos contaban sus historias, que el pueblo escuchaba con atención. Cada historia tenía algo que decir acerca de las mujeres guerreras, las sármatas, que están obligadas a ofrecer como dote la cabeza de un enemigo muerto por su mano en la batalla; las Doncellas de la Luna, de blanca clámide, las encantaban contra el temor y las armas, dirigiendo la

vanguardia. De todo eso me enteré cuando interrogué a los refugiados. Mi gente jamás habló de ello en mi presencia. Hipólita y yo sabíamos muy bien lo que esto significaba.

Una mañana, Hipólita se levantó del lecho y se dirigió hacia las armas colgadas en la pared. Luego se puso el vestido que llevaba cuando adiestraba a su guardia.

Me levanté de un salto y puse mis manos sobre las suyas para detenerla.

—Ha llegado la hora —dijo sacudiendo la cabeza.

—¡Quiero, pequeño leopardo! —exclamé. Parecía más delgada y demasiado pálida, como si la abrasara una llama interior—. Te dije que me dejaras hacer a mí. Uniré a esos muchachos a la guardia de Palacio. Ya no necesitas responder por ellos.

Ella escudriñó mi rostro. Luego se decidió.

—No te lo han dicho. En ese caso debo hacerlo yo, puesto que todos están amedrentados. Los nobles han hecho correr el rumor de que las doncellas vienen por culpa mía, para vengar el ultraje que me inferiste al casarte con la cretense. Andan diciendo que les envié un mensaje.

Sin pensar en lo que hacia, le arranqué una de las jabalinas. Advertí, sorprendido, que se había quebrado en mis manos.

—Amor mío —me dijo—, he aquí tu propio augurio. Entablarás batalla con las armas rotas si en tu furor divides a tus jefes y guerreros. No puedes hacer nada, Teseo. Los atenienses sólo creerán lo que vean. Debo responder por mí misma; nadie más puede hacerlo.

—Cuando nos encontramos por primera vez —le recordé—, me llamaste pirata. Eso debo de ser para ti si las cosas han llegado a este punto.

—Cállate —replicó—, esto no son más que palabras. —Me besó. Luego continuó—: El sino y la necesidad están aquí y, lo mismo que nosotros, son lo que son.

Entonces salió, llamó a los integrantes de su guardia y les habló de la prueba que vendría, instándoles a obrar con honor. Los jóvenes cantaron su himno; la facción de los nobles parecía desolada. Era cierto que ella había hecho lo que yo no podía. Después Hipólita se mostró ante quien quisiera verla, riendo alegremente. Engañó a todos menos a mí.

Aquella noche nuestro amor fue tan ardiente como lo había sido junto al Euxino. Pero en el descanso que siguió, cuando el corazón dice todo cuanto sabe, Hipólita me preguntó:

—¿Es cierto que me han ultrajado? ¿Y si realmente yo hubiera traído todo esto sobre tu tierra?

Intenté hacerla callar. Hay cosas de las que es mejor no hablar, de lo contrario se les da fuerza. Pero ella susurró:

—Lo que yo te di, Teseo, lo juré delante de las Doncellas. ¿Lo adivinaste?

—Sí —respondí—. Pero había algún dios dentro de nosotros. ¿Qué podíamos hacer?

—Probablemente nada. Si los dioses batallan por nosotros, es nuestro sino. Mas el que pierda se sentirá irritado y seguirá siendo un dios.

—También lo es el ganador. Confiemos en el más fuerte.

—Conservemos la fe. Uno no cambia de bando en el campo de batalla... Decíamos que el Acatilado de las Doncellas estaba muy lejos, pero ahora ha salido a nuestro encuentro.

—Duerme, mi pequeño leopardo. Mañana nos espera un día muy duro.

En eso tenía yo razón. Antes de que los astros palidieran, la luz de las hogueras brilló sobre el Parnaso y al alba había humo de guerra sobre las colinas.

Les costó dos días bajar atravesando los pasos. Los centinelas que yo había dispuesto los acosaron arrojando sobre ellos troncos y peñascos. Era todo cuanto podía hacer con los hombres de que disponía. Muy pronto vimos desde las murallas la oscura marea reptando por la llanura, como aguas anegando las tierras pantanosas. No salí a su encuentro. Eramos muy pocos para ofrecer batalla. Los hombres de Eleusis tuvieron que defender sus propias fortalezas y los de Megara se vieron obligados a cerrar el Istmo. Si todos nosotros hubiéramos salido juntos a la llanura, habríamos sido barridos.

Yo confiaba en la Roca, como lo habían hecho mis padres desde tiempo inmemorial. Sería un asedio, pero un asedio hecho al revés. Teníamos que estarnos quietos y procurar que nuestros enemigos murieran de hambre. En esos meses tempranos, los campos estaban esquilados por completo: no podrían encerrarnos y esperar tranquilamente. Para poder subsistir, tendrían que luchar. Las granjas estaban vacías, las fortalezas bien pertrechadas y

guarnecidas. Decidí procurar que se desgastaran en vanos ataques y, cuando estuvieran dispersos y debilitados, escoger el momento adecuado.

Cuando se acercaron vi que traían rebaños consigo. Las reses estaban flacas por la escasez de pastos; cuando éstos desapareciesen, no les quedaría nada. En cuanto a nosotros, los hombres pueden vivir mucho tiempo y conservar su fuerza, alimentándose con cebada, queso, uvas, aceite de oliva y vino.

Las hordas llegaron a la llanura; los rebaños avanzaban lentamente, con los guerreros al frente y a los flancos, montados a caballo. Recordé las antiguas historias acerca de cómo nuestros padres habían bajado de igual forma desde el norte; esta misma visión debieron ofrecer al Pueblo de la Costa, que los observaba desde esta roca que no supo conservar.

Me pregunté cómo habría caído, si por traición o por asalto. Entonces llamé al heraldo y le dije:

—Toca para el fuego.

Sopló y de las casas situadas fuera de las murallas surgió el primer humo tenue. Pronto, a través de éste, comenzaron a surgir llamas, ya que en el interior habíamos almacenado leña de arbustos. Había planeado no prenderles fuego hasta que el enemigo estuviera a la vista para arredrarlo. Al poco rato, un calor semejante al del verano se abatió sobre la Roca; el humo nos hizo toser y los guerreros cuyos hogares estaban ardiendo sonrieron sombríamente. Cuando los hombres que arrojaron las antorchas hubieron regresado, cerramos las puertas y colocamos grandes peñascos tras ellas. La Roca estaba sellada.

Después de tanta precipitación y trabajo hubo una pausa. Las llamas habían devorado el humo; las colinas distantes parecían danzar en el aire. No se oía otro sonido que el rugir del fuego y el recio crepitar de la madera. El incendio continuó durante toda la noche, tan brillante que los centinelas no podían ver más allá de las llamas. Pero, al amanecer, la horda volvió a emprender la marcha y al mediodía la vanguardia estaba cerca de la ciudadela.

Al poco tiempo, toda la llanura que se extendía entre nosotros y el puerto parecía llena de un enjambre de hormigas. Se veía perfectamente que los intrusos iban conducidos por guerreros; tomaron las colinas bajas que daban a la Roca y comenzaron a alzar murallas.

Hipólita vigilaba a mi lado. Su vista era tan buena como la mía. A lo lejos, la vestimenta de los escitas resultaba oscura, puesto que no se distinguía ornamento alguno. En cambio, eran inconfundibles las brillantes manchas escarlata, azafrán y púrpura de las Doncellas de la Luna, que se movían en la vanguardia. Recordé que, según me habían contado, el jefe lucía unos colores distintivos, conocidos por todos. Me volví hacia Hipólita y la sorprendí mirándome a los ojos. Así se quedó un momento, al cabo del cuál dijo:

—No he visto nada de particular, excepto a tus enemigos. Ven, entremos.

Así comenzó el asedio. Tomaron todas las colinas: la Pnyx, donde yo convocaba al pueblo en la Asamblea; la Colina de Apolo y las Musas; la Colina de las Ninfas; todas, excepto la Colina de Ares, que da a la gran puerta. Ésa está a tiro de arco y mis arqueros cretenses la cubrían.

Una noche, cuando la luna estaba oscura, el enemigo trepó hasta allí y construyó un baluarte; desde entonces, algunas flechas perdidas caían dentro de las murallas, pero los disparos hacia abajo eran más certeros y los escitas nunca pudieron llegar allí en masa.

Las noches eran peores. En la llanura parecía haber tantas hogueras como estrellas en el cielo. Pero, como decía a los hombres de las murallas cuando hacía mi ronda nocturna, muchos no eran más que fogones, junto a los cuales se reunían a comer. Además, tenían a toda su gente consigo, en tanto que nosotros sólo éramos guerreros. Con lluvia o con nieve, descansado o exhausto, yo siempre hacía la ronda de las murallas en la hora muerta de la noche. En parte lo hacía para que los centinelas se mantuvieran despiertos, pero también para que los casados no sintieran envidia, pues, excluyendo a las sacerdotisas, la mía era la única mujer que se había quedado en la Roca. A menudo me acompañaba a hacer la ronda. Conocía el nombre de cada guerrero tan bien como yo. Los viejos, que la odiaban más, se habían marchado con las mujeres a Eubea, las facciones se disgregaron y el peligro que nos acosaba hacía que estuviéramos más unidos. El valor, la resistencia y la risa cordial eran nuestras únicas riquezas. Nadie podía lucirlas como ella sin ser amado.

Una mañana, a la luz del día, encontramos una flecha disparada desde la Colina de Ares. Su cabeza era en forma de hoz, lo cual es un sortilegio. Nadie pudo leer la carta que

acompañaba, de modo que me la entregaron. Hipólita, que estaba junto a mí, me la arrancó de las manos.

—Yo puedo leerla —dijo.

La leyó con expresión firme, pero su rostro fue palideciendo, como si la sangre huyera de él. Por fin hizo una pausa, pero no muy larga. Luego dijo en voz aérea, para que lo oyeran los guerreros que nos rodeaban:

—Es para mí. Me piden, porque una vez fui Doncella de la Luna, que los deje entrar por la poterna.

Sólo yo, que estaba cerca de ella, pude advertir que temblaba.

—Si llegan más como ésta —prosiguió—, no quiero verlas. Dádselas al rey.

Los guerreros susurraron entre sí, aunque pude oír que la estaban ensalzando. Menesteo, tan ansiosamente como si temiera que alguien se le adelantase, inquirió:

—¿Han determinado alguna señal, o han fijado alguna noche?

Por primera vez deseé haberlo puesto en la picota como a los demás de su clan. Carecía de sentimientos para todo cuanto no se refiriera a sí mismo. Hombres como él son capaces de convertir el bien en mal.

Cogí la carta de sus manos, la estrujé, la hice trizas y esparcí los pedazos al viento.

—Su honor es el mío —dije—. ¿Creéis vosotros que es propio de un guerrero poner una trampa y después lanzar a sus viejos camaradas a una emboscada? Si algún hombre aquí presente lo hace, no le confiaré mi espalda en la batalla.

Entonces lo miré a la cara. Se ruborizó y se marchó.

Cuando estuvimos solos, Hipólita me dijo:

—Debieron de adivinarlo. Decírselo a la cara ha sido lo mejor.

—Sí, pequeño leopardo —asentí—, pero ahora dímelo todo. ¿Con qué te amenazaron si decías que no?

—Oh, me reprochan vivir donde he perdido mi virginidad. Me dicen que la Diosa me perdonará si traiciono a la ciudadela, porque me tomaste contra mi voluntad.

Sonrió. Pero cuando la cogí en mis brazos comenzó a verter lágrimas silenciosas como sangre. La maldición no podía volar muy lejos. Mi propio cuerpo parecía helarse y hundirse, como si sintiera lo mismo que ella. Pero hice un esfuerzo para mostrarme alegre, pues las maldiciones se alimentan del temor, como he visto a menudo.

—Apolo te libraré de la maldición —le aseguré—. Puede limpiar a un hombre incluso de la sangre de su madre; esto no será nada para él. Es hermano de Artemisa y ésta tiene que obedecerle. Una vez él le robó una de sus cazadoras y la dejó encinta, y su hijo fundó un ciudad. Ya verás, será tu amigo. Prepárate, iremos juntos al santuario.

Estuvo de acuerdo, pero algunos de los capitanes me dijeron que tenían que hablar conmigo. Mientras yo estaba ocupado ella se deslizó sola hasta allí. Cuando volvió parecía animada y serena y me confesó que el dios le había anunciado que consentía en anular la maldición. Me alegré y no pensé más en ello.

Durante dos noches todo permaneció tranquilo. Adiviné que hasta entonces habían esperado recibir una señal de Hipólita. La tercera noche intentaron escalar las murallas.

Días antes yo había dispuesto que los hombres que tenían mejor vista se encargaran de las rondas nocturnas. A pesar de ello, el ataque a punto estuvo de tener éxito, pues lo dirigían hábiles escaladores que pintaron con carbón sus rostros y sus miembros. Al toque de alarma arrojamos antorchas e incendiamos la maleza de abajo. La luz nos permitió apuntar mejor en el momento en que arrojamos nuestras lanzas y flechas. Hipólita estaba a mi lado, con su corto y fuerte arco cretense, apuntando como si disparase contra un blanco. Desde el momento en que había llegado la carta, parecía otra, como si ya no dudase qué camino elegir. Cuando recogimos los muertos que yacían al pie de las murallas, se mostró silenciosa y tranquila. Cantó con nuestros hombres el himno de la victoria. Luego se apartó conmigo y apenas habló. Al resplandor de las antorchas, su rostro me recordó el de su hijo.

Con el paso de los días vimos que el ganado iba mermando en la llanura y que bandas de escitas partían para arrasarlo el país. Raras veces regresaban portando ganado, apenas algunas escuálidas ovejas o cabras, y cada vez el número de hombres parecía decrecer. Entonces surgía humo de alguna fortaleza defendida por su señor, sobre el Himeto o hacia Eleusis, lo cual indicaba que habían rechazado una incursión. Pero un día, sobre el Citerón, en vez de la

señal de humo se formó una gran nube y ya no tuvimos más indicios de ellos. Era el fuerte defendido por Prokrusres. Con tantos espíritus como estaban irritados con él, no podía esperarse demasiada fortuna. En esa ocasión, la banda regresó cargada, y oímos el regocijo desde las murallas. Pero el fuerte había sido pertrechado para mantener una guarnición, no una tribu. Muy pronto se vieron forzados a buscar cada vez más lejos.

Aún intentaron otro par de veces asaltar la Roca por la noche. En el séptimo amanecer, vimos que las hordas aplicadas a la obra aumentaban como masa con levadura, y comprendimos que querían intentarlo durante el día.

Se lanzaron como un enjambre sobre nosotros desde el sur y el oeste al mismo tiempo, trepando sobre los cuerpos de los caídos, provisos de escalas y nudosos troncos de pino para escalar las murallas. Mientras subían, grité a los guerreros:

—¡Resistid este asalto y venceremos! Ahora están desesperados, no tendrán ánimos para volver a intentarlo. Poseidón de cabellos azules, Palas Atenea, Señora de la Ciudadela, ¡salvad nuestros altares! ¡Ayudadnos en esta hora!

Para esta ocasión mandé amontonar piedras a lo largo de los muros: cantos rodados para los honderos, piedras para ser lanzadas y grandes rocas con palancas debajo, listas para hacerlas rodar. Contuvimos nuestras manos hasta que las rampas estuvieron repletas de hombres; entonces comenzamos. Reservábamos las armas para la lucha cuerpo a cuerpo.

Por primera vez pudimos ver claramente a los guerreros escitas, con sus capas de piel de oveja y amplios pantalones atados al tobillo, y yelmos de cuero muy largos. Los sármatas, por su parte, iban en parejas formadas, según nos pareció al principio, por un hombre adulto y un muchacho. Pero cuando estos últimos lanzaron su grito de guerra, nos dimos cuenta de que eran mujeres. Lucían salvajes, sucios y desgrefñados, pero cuando vi a uno caer y al otro inclinarse sobre él, me alegré de haber mirado a otra parte. Dondequiera que se dirigiera la vista, allí estaban, armadas con arco y jabalina, ligeras y radiantes como gallos de pelea, las Doncellas de la Diosa, sin temor a presentar batalla hasta que caían heridas de muerte.

Más allá de la refriega, estaba el pueblo mirando desde las colinas. Se podía medir la intensidad de la lucha por las bocas inútiles; desde donde yo estaba, calculé que eran la mitad. La mayoría de los débiles, de los ancianos y los niños debieron de perecer durante las marchas invernales, bien en las montañas, bien en la llanura sin límites. Los centinelas eran mujeres en su mayoría (las amazonas y las sármatas eran las únicas que combatían), pero vi pastores entre el ganado, y me pregunté por qué aquel día no lo habrían dejado al cuidado de los niños.

—Oh, deben de ser esclavos que han perdido los ojos —me explicó Hipólita—. Los escitas hacen eso a los cautivos que cogen en la guerra, para que no se fuguen. Pueden ordeñar las vacas y hacer queso sin necesidad de ver.

—Entonces, vale más que venzamos —dije—. Que Zeus el Misericordioso sea testigo, yo he dado al pueblo leyes mejores que ésa.

Referí el hecho a los hombres que defendían las murallas, con el fin de que no cesaran. La segunda ola del ataque se acercaba; si lográbamos rechazarla, lo peor habría pasado.

La Roca había resistido muchos asedios. Yo había encontrado en las cuevas las grandes picas con punta de bronce de las guerras de mi padre, usadas para derribar escalas y escaladores. Las veía alzarse alrededor de las murallas para, de inmediato, hundirse. Resonaban entonces gritos de guerra y ayes de muerte, las piedras aplastaban y retumbaban, cortando arbustos y machacando hombres agonizantes; las flechas rebotaban en la tierra o se hundían en la carne; la batalla subía hasta la Roca como un mar tormentoso. Hipólita estaba junto a mí en la muralla occidental, donde las rampas ascendían hasta las puertas y la ciudadela era más débil. Allí aposté a los menudos y morenos arqueros cretenses, vestidos con justillos acolchados, y a los lanzadores de jabalina helenos, jóvenes esbeltos que habían ganado galardones en los Juegos. Yo mismo arrojé muy bien aquel día. La muchedumbre hervía bajo la rampa. Se estaban preparando para la carga.

Oímos un himno propio de lobos. Un grueso enjambre se separó de la masa y se lanzó hacia el sendero en zigzag, como una serpiente de vivos colores que reprara enfurecida hacia arriba. Al frente iban las amazonas, comandadas por una Doncella de la Luna vestida de púrpura, que blandía en la mano el hacha en forma de hoz propia de rey.

Silbaron las flechas, volaron las jabalinas, cayeron cuerpos desde el borde de las rampas hasta las rocas del fondo. Pero la joven corría adelante, tan ligera como en una cacería; saltó

a un saliente rocoso junto al sendero y lanzó un grito. La lengua no me resultaba tan extraña como antaño.

—¡Hipólita! ¡Hipólita! ¿Dónde está tu fe?

Hipólita avanzó un paso mientras yo la llamaba para que tuviera cuidado y se protegiera con mi escudo. Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Está aquí! ¡Con mi hombre y mi rey! Estos hombres son mi pueblo. —Añadió algo más que yo no pude comprender del todo. Luego dijo—: No me odies. No puedo obrar de otra manera.

La joven permaneció inmóvil un momento. Hipólita estaba quieta también, esperando. Le oí musitar:

—Lo que deba ser, será, es nuestro sino.

Eso debió otorgarle paz. Pero la amazona seguía chillando como un águila enfurecida:

—¡Ramera traidora! ¡Tu hombre alimentará a los perros y tu pueblo a los cuervos! ¡Cuando lo hayas visto, te arrojaré de la roca!

Hipólita tragó saliva y tembló. Entonces cerró la boca, apartó mi escudo y colocó una flecha en el arco. Pude advertir su angustia, y su mano se movió lentamente; el Rey de las Doncellas saltó ilesa de la turba. No vi a dónde, quedaba mucho por hacer.

Presionaron, llegando casi hasta las puertas, pero al final los rechazamos. Poco a poco perdieron su impulso, titubearon y se desparramaron como agua en la llanura, dejando un sedimento de cadáveres y piedras. Nuestro gozo era demasiado profundo para lanzar vítores. Los viejos guerreros abrazaron a sus camaradas. Los hombres cantaron un himno a sus dioses guardianes y prometieron ofrendas. Hipólita y yo caminamos entre los defensores cogidos de la mano como niños, saludando y felicitando a todo aquel que venía a nuestro encuentro. Aquella noche estábamos demasiado cansados para charlar, y el sueño nos descubrió abrazados en el lecho. Ordené que me llamaran a medianoche como de costumbre, no fuera que la victoria nos hiciese descuidados. Eran ellos, no nosotros, los que tenían que ser relevados de la guardia.

Calculé tres días. El primero lamerían sus heridas y vigilarían para que nosotros no rematáramos la victoria; si lo hacíamos, nos costaría caro. El segundo se pondrían a pensar qué debían hacer. El tercero, la mitad de ellos iría en busca de alimentos. No tenían otra opción. Y como habían arrasado la tierra varias millas a la redonda, dudé de que pudieran estar de vuelta hasta el día siguiente.

Así ocurrió. La tercera noche di órdenes de que se encendieran las hogueras de aviso, después de disponer lo necesario. Para ocultar nuestras intenciones, cantamos himnos y encendimos antorchas, como si celebrásemos la fiesta de un dios. No conocían nuestras costumbres. El vino y el aceite que derramamos —pues ofrendas líquidas era cuanto teníamos para dar— hicieron que las llamas fuesen aún más altas. Pregunté al sacerdote de Apolo a qué dios escogeríamos como patrón de la batalla. Después de contemplar el humo respondió que debía orar a Terror, hijo de Ares. Al levantar las manos, vi un punto de luz sobre el pico de Salamis, una sola hoguera que señalaba: Sí.

Atenea nos ofreció un cielo oscuro. Ese fue su segundo favor; el primero ya lo había pedido. Como a pesar de las tinieblas un enemigo que descendiera por las ramas habría sido descubierto, escogimos otro camino. Era secreto, sagrado y prohibido para los hombres; mi padre me había hablado de él pero nunca lo había visto hasta la noche en que subí solo con la sacerdotisa, para pedir su permiso.

Allí siempre era de noche. Bajé atravesando la caverna de la Casa de la Serpiente, en el corazón mismo de la Roca. Su boca, me había dicho mi padre, se encontraba en la escarpa más allá del desvío de las murallas, pero estaba cerrada con piedra y maleza, de suerte que ni siquiera yo habría encontrado el lugar. Sólo podía abrirse por dentro. La sacerdotisa era vieja. Cuidaba el santuario desde antes que nosotros trajéramos de nuevo a Atenea desde Sunión. Pero fuera de la Casa de la Serpiente, era como una niña. Algunos decían que era el propio rey Erecreo, el antiguo rey de las serpientes y fundador de nuestro linaje. Ni mi madre ni mi abuela estuvieron jamás en su presencia. Mientras la vieja me precedía con la lámpara, las palmas de mis manos estaba heladas de temor. El camino era empinado, las escaleras pocas. Con frecuencia tenía que inclinar la cabeza, y eso que no soy muy alto. Pero cuando llegamos a la cueva, el techo se perdía en la sombra entre las paredes estrechas; era una hendidura en la roca viva que subía hasta las piedras donde descansaba el Palacio. Aunque sólo los pies

desnudos de las sacerdotisas habían pisado aquellas losas, estaban gastadas, trazando un canal de un palmo de profundidad.

En los toscos muros que ascendían hasta las tinieblas había pinturas que parecían hechas por niños: hombrecillos con arcos y lanzas cazando animales que nadie había visto nunca. En la luz fluctuante parecían saltar y correr. Al final me hizo señas de que me detuviera y señaló un agujero estrecho abierto en el muro, semejante a una grieta dentro de otra grieta. Levantó la lámpara, y se llevó un dedo a los labios. En el fondo vi varios rollos, gruesos como la pantorrilla de un hombre, resecos y retorcidos. Me tapé la boca y se me erizó el vello de la nuca.

La sacerdotisa cogió de un anaquel una escudilla decorada llena de leche y la puso junto al agujero. Los rollos se movieron y se plegaron junto a sí mismos; vi el fulgor de un ojo. La cabeza se irguió, pálida como un hueso, señalada con extraños signos desvaídos. Los ojos eran azules y lechosos y no me vieron. La boca estaba cerrada, pero de ella salía una lengua en forma de tridente, que se hundió en la leche. La sacerdotisa extendió sus manos secas. A pesar del sudor viscoso que bañaba mi rostro, percibí que asentía con los ojos.

Como el dios había dado su consentimiento, me condujo hasta el final del pasaje y me mostró los antiguos signos tallados en el lugar, donde podían ponerse palancas. Así pues, cuando hubo ocultado los objetos sagrados, yo conduje hasta allí a mis albañiles y pronto quedó abierto el camino. Sería el sendero por el que iríamos a la batalla.

En la oscuridad, antes de que cantase el gallo, fuimos por las armas.

Cuando extendí mi mano para coger las mías, Hipólita me tomó de la mano.

—Esta vez —dijo— obraré como las otras mujeres.

Me ciñó la espada y, cuando me hube colgado el escudo sobre el hombro, me entregó el yelmo. Le dije sonriendo que ninguna otra mujer sería la mitad de primorosa, y aparté el escudo para estrecharla entre mis brazos. Nos abrazamos dentro de la gran concha cóncava de piel de toro. Mientras apretaba su rostro contra el mío y la acariciaba cariñosamente, una tristeza lánguida me llegó proveniente de su silencio.

—¿Qué te pasa, pequeño leopardo? —susurré.

Pero ella respondió con un mohín, se apartó y se colocó el yelmo. Miré el penacho de doradas cintas resplandecientes que danzaban y captaban la luz de la lámpara.

—Muy pronto será de día —dije— y allá fuera tienes enemigos. Ponte algo menos llamativo.

Rió y lo agitó para que reluciera.

—¿Y tú qué harás? —inquirió, pues yo iba empenachado de escarlata, para que mis hombres pudieran verme—. ¿O tendré que apartarme de tu lado para que no sepan dónde encontrarme? Somos lo que somos, amor mío. Conservemos nuestro orgullo.

Salimos juntos y nos unimos a los guerreros.

Antes de entrar en el recinto sagrado, todos se habían purificado y orado. Descendieron en silencio; ni siquiera el enemigo cercano los habría inducido a callar como el temor que parecía emanar de aquella cueva. Una antorcha humeaba en un antiguo hueco; si un hombre tosía, o reteñía su bronce, el eco reverberaba hasta morir como el susurro de las sombras vigilantes.

Yo encabezaba la marcha para que los hombres no temieran la mala suerte. Ninguna luz debía delatar nuestra presencia, pero cuando nuestros ojos se acostumbraron a las tinieblas, nuestro avance se hizo menos difícil. Mientras esperaba que los espías señalasen el sendero ante nosotros, me di cuenta de que ya conocía el lugar. Cuando extendí la vista alrededor, vi signos trazados sobre la roca y, mirando detenidamente, descubrí un ojo rallado, casi borrado por el tiempo. Las losas estaban cubiertas de flores marchitas. De pronto, pisé una concha; disimuladamente hice el signo contra el maleficio. El lugar no había sido abierto desde tiempo inmemorial. ¿Cómo pudo descubrirlo él?

Los hombres iban en fila, agarrándose unos a otros, tropezando. Yo me preguntaba si saldríamos a tiempo, pero todos estábamos fuera antes de que palidieran las estrellas. La última en salir fue Hipólita, que se había quedado para mantener el orden y la reverencia debida en el santuario. Cuando su mano me tocó, di orden de partir. La orden pasó de boca en boca, como un murmullo de juncos temblorosos.

Caminamos en silencio hasta la Colina de Apolo, que es la más alta de la cadena y domina las restantes. Hasta nosotros llegó el canto del gallo; las siluetas de mis hombres se recortaban contra la negrura del cielo. Llegamos a la ladera y trepamos entre los árboles.

No les dimos tiempo para vernos. Al llegar a cielo abierto con el primer gris del día, lanzamos un gran grito de guerra y caímos sobre el campamento. Los augurios fueron fieles y el Terror fue nuestro amigo. Vigilando la rampa y la poterna septentrional, sus centinelas no miraron hacia donde las murallas eran más altas. Por el modo en que gritaron, nos dimos cuenta de que ya eran nuestros. Antes de que la aurora encendiera las cumbres del Parnaso, nosotros éramos dueños de la colina.

Sólo había sido guarnecida con guerreros; la horda estaba en la llanura. Entre los muertos encontramos algunas mujeres sármatas, pero no había ninguna Doncella de la Luna. Si hubo alguna, escapó para alertar a las otras fortalezas. No quise darles tiempo para ello. Mis heraldos hicieron sonar sus cuernos y los cuernos de Amyntor respondieron desde la Roca. Las puertas se abrieron y los hombres que yo había dejado con él avanzaron sobre la Colina de Ares para sorprender a nuestro enemigo por el flanco, mientras los arqueros cretenses los cubrían desde las murallas.

Llegó el día, claro, frío. Brilló sobre la Roca y sobre la fortaleza del Erecreo, con sus columnas rojas, y su fábrica de blanco y azul; la casa de mis padres, que yo había edificado en una sola etapa. Al otro lado de la hondonada parecía estar a tiro de piedra. Si perdíamos, jamás volvería a entrar en ella. Me volví, pues mis hombres habían estallado en vítores y señalaban en dirección al mar y la llanura del Pireo.

Las bandas de saqueadores volvían desde el sur como un torrente. Malas noticias para nosotros. Pero, más allá, las playas de la bahía de Falero estaban atestadas de barcos. Eran las naves de Salamina, las flotas de Atenas y Eleusis, que venían para unirse a la batalla.

Ante nosotros, en el borde de las colinas, hirviendo como un enjambre, estaban los guerreros escitas. Ocupaban la cumbre del Pnyx, la colina que dominaba la costa desde el norte. Ahora estábamos más arriba que ellos, pero debíamos atacarlos desde abajo, y ya no contábamos con el factor sorpresa. Oí los gritos de las hordas. Pero, más allá, Amyntor hizo sonar el cuerno de la victoria: había tomado la Colina de Ares.

El momento había llegado. Levanté mis manos en dirección a Zeus. Estaba sentado en el cielo con las grandes balanzas en sus manos, pesando nuestro sino. Oré, pero hacía falta algo más que plegarias para nivelar la balanza.

Hipólita me tocó en el brazo.

—Escucha —dijo—, una alondra está cantando. Nos trae la victoria.

Me sonrió, sus ojos grises parecían tan claros como la canción. La fresca brisa agitó su brillante penacho y la bandera de su cabello rubio le cubrió las mejillas todavía enrojecidas por el fragor de la batalla. Toda ella era oro y fuego.

Le devolví la sonrisa y le hablé. No sé lo que le dije. Las palabras resonaban en mi mente como si fuera una concha vacía. Las colinas, la batalla, el mar con sus velas multicolores, el palacio y los guerreros, el cielo radiante, la llanura lejana, lejana... como cuadros pintados por un hábil cretense sobre las paredes de un gran salón en el que yo estaba solo, sin más compañía que mi sino, enviado por un dios. Mi alma esperaba una palabra.

El mar estaba lejos, las naves semejaban juguetes flotando en el agua. Sin embargo, me pareció que rugía. Al principio distante, luego cada vez más cerca, como si el oleaje se agigantase en mis oídos. Sabía que era la voz de olas inmortales.

Había oído ese sonido antes: cuando levanté la piedra en Troizen y cogí la espada de mi padre, cuando me ofrecí al dios para ir a Creta. Desde tiempo inmemorial es la prenda de los eréctidas. Suele venir de este modo en los grandes momentos del destino y, cuando la hazaña ha respondido, desaparece... Pero ahora se hacía cada vez más intenso, como si el diluvio que lo creaba circundara mi alma para librarla de sus amarras y dejarla a la deriva, en un océano sin orillas. Yo conocía su significado. Me rodeaba una gran solemnidad, así como un gran dolor de soledad y una gran exaltación. Era la voz de Moira, la voz que llama al rey.

Apolo había dicho en Delfos que la marea subiría hasta la Roca y descendería gracias al sacrificio escogido por el dios. ¿Por qué no había visto yo que ante un peligro tan grande sólo era posible un sacrificio?

«Debí desposarme antes —pensé—, dejo niños como herederos y un reino dividido; Creta pronto se sublevará. Pero también eso era el sino. El dios de mi nacimiento, Poseidón de Cabellos Azules, tiene mi destino en sus manos, al igual que me tiene a mí. Me ha comunicado mi obligación: hacer la ofrenda en nombre del pueblo es más de lo que un dios puede pedir a un hombre. Monté en este campo, toda mi vida me ha conducido a este momento, pero he salvado mi reino, lo he engrandecido y los rapsodas no dejarán que mi nombre caiga en el olvido. Que así sea. Siempre pedí a los dioses que me concediesen la gloria antes de que acabasen mis días. Padre Poseidón, consiento, acepta la ofrenda.»

Así hablé, orando en silencio, ya que a los guerreros que entran en combate debe hablárseles de victoria, no de muerte. Y el oleaje del mar crecía y crecía a mi alrededor, como una intensa voz de triunfo que me levantaba y aligeraba mi cuerpo. Me volví hacia Hipólita, que estaba junto a mí con su valor y su belleza. Ella, incluso ella, el ser mortal más cercano a mi corazón, parecía estar fuera del muro de cristal en que yo permanecía solo con el dios que cantaba. Si yo hubiera sentido la llegada de una muerte común, me habría despedido de ella y le habría dado consejos acerca de lo que debía hacer consigo y con nuestro hijo. Pero yo iba de la mano del sino, el cual dice que lo que debe ser, será.

«Esta es nuestra última hazaña —dije en mi corazón—, nuestra última lucha juntos. Vayamos con los dioses, con orgullo y gozando de la batalla. Ya tendrá tiempo para llorar.»

Tenía los ojos fijos en mí. Yo ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que oyera la voz de Poseidón, pero no podía ser mucho, puesto que nadie parecía impaciente.

—Veo que te has vestido de victoria, como si una luz brillara a través de ti —me dijo Hipólita.

—También tú —respondí, ya que también parecía haber sido tocada por alguna presencia solemne—. En nombre de los dioses, ven, ha llegado el momento. —Y ordené al heraldo que tocara para el avance.

Descendimos corriendo hasta el valle abierto entre las colinas; entonces nos desprendimos de los escudos y escalamos la Colina Pnyx. Allá arriba estaba el hombre que enviaría mi vida al dios, o tal vez la mujer, ya que también estaban las Doncellas de la Luna, lanzando sus gritos de guerra estridentes como los cantos de los faisanes bajo el sol de la mañana. La colina era empinada, pero mis pies corrían ligeros impulsados por la marea del sino. Algo me estorbaba, mi pesado escudo de piel de toro. Me hizo reír el hecho de que, estando destinado a la muerte, arrastrara por hábito un peso cuya única utilidad era preservar mi vida. Desabroché la hebilla de la cuerda, lo tiré y seguí avanzando. No era cuestión mía escoger cuándo debía caer.

Sin escudo me sentía más libre y contento, entregado por completo a los designios del dios. Se trata de un misterio que sólo comunica a los reyes, ya que sólo a ellos concierne: consentid y no temáis nada, pues el dios entrará en vosotros y os arrancará el dolor. Os doy este consejo, pues ningún otro hombre ha vivido para dároslo. Seguramente, en el futuro, le servirá para algo a algún caudillo del pueblo. De lo contrario, ¿por qué sigo con vida?

Los guerreros corrían detrás de mí, cantando el himno y vitoreando, hasta que lo escarpado de la colina los dejó sin resuello. Ninguno me reprochó el que fuese sin escudo; vieron que el dios me inspiraba y creyeron que tenía augurios de que no podía caer. Ello les hizo sentir que la buena fortuna nos acompañaba. Ni siquiera Hipólita me reprochó. Se mantenía a mi lado, excepto cuando se detenía para disparar.

Las Doncellas de la Luna la habían visto; lanzaron sus gritos de guerra contra ella y le mostraron los puños cerrados. Pero nada de esto parecía perturbarla. La expresión de su rostro no cambió ni siquiera cuando vimos sobre el terraplén al rey de las Doncellas, Molpadia, levantando el hacha sagrada e invocando a la Diosa.

La cima estaba cerca. Flechas, piedras y jabalinas caían junto a mí y pasaban casi rozándome como si el dios me protegiera con sus manos.

«Cuando caiga —pensé—, esta fuerza que siento pasará a mi pueblo, no perderá el ánimo con mi muerte.» Sentía un profundo amor por ellos y ningún odio por el enemigo, que estaba obrando como debía, como habían debido de obrar nuestros antepasados antes que ellos. Su destino estaba en manos de los dioses, lo mismo que el nuestro.

El Rey de las Doncellas bajó su hacha y llevó la mano al arco. Mientras apuntaba, percibí la música del dios como un millar de cuernos de dulce tono. Me dije que no dejaría a mi pueblo ni a la Roca, que mi sombra volvería a ellos en los grandes días de regocijo y peligro,

llamada por sus himnos y plegarias. Cuando el arco se tensó, pensé: «Ha llegado el momento».

Pero no me traspasó ninguna flecha. En cambio, cesó la música, de suerte que mi cabeza sintió vértigo ante el silencio. En él oí resonar un grito.

El dorado penacho de Hipólita, que tan grácilmente había ondeado, estaba cayendo; bajaba como una vibración, como un pájaro herido. Ocupado con el dios, seguro de mi muerte, no había visto su salto delante de mí. Cayó de rodillas, con los brazos extendidos. Antes de que la pudiera alcanzar, se echó hacia adelante y cayó de lado, con el pecho taladrado por una flecha.

Me arrodillé sobre las rocas y la cogí en mis brazos. La voz del dios y la ligereza del viento desaparecieron como el sueño del que uno despierta a un día cruel. Sus ojos miraban interrogantes, ya cegados por la muerte; sólo su mano palpaba aquí y allá. Cuando la cogí en las mías en sus labios se dibujó una sonrisa.

Se abrieron para hablar, pero sólo el espasmo de la muerte salió de ellos. Su alma planeó un momento, colgada de su último aliento. Sufrió una terrible sacudida, como si una cuerda demasiado tensa se hubiera roto. Luego la noté más pesada en mis brazos; su alma había partido.

Me incliné sobre ella, en tanto la batalla proseguía a mi alrededor. Si hubieran seguido adelante, dejándome, no me habría enterado. Así se agacha el lobo cuya pareja cae ante los cazadores, sordo, sin comprender, y cuando la loba se estremece, él la mira para ver si vuelve a la vida.

Pero todavía conservaba yo el conocimiento de un hombre. Supe que se había deslizado en secreto para engañarme con Apolo, conjurando al dios que amó a una cazadora, para recibir la muerte en mi lugar.

Dirigí mis ojos a la colina. Molpadia levantaba su hacha al cielo. Entre las Amazonas resonaba un rugido de triunfo que semejaba una risa salvaje. Me puse en pie de un salto. Vi junto a mí a los muchachos de la guardia de Hipólita. Estaban llorando, aunque mis ojos permanecían secos. Pasaron muchos días antes de que llegara a mí el consuelo de las lágrimas.

—Quedaos con ella hasta que vuelva —dije a los que me rodeaban.

Detrás estaban los guerreros; toda la hueste tenía los ojos fijos en mí. Me conocían desde antes de que yo mismo me conociera. Pero sentí, como siente el lobo, que para el dolor de la pérdida no existe cura alguna. En cambio, el furor come y queda satisfecho.

Salté sobre una roca, donde podía ser visto, y lancé mi grito de guerra. Tres veces grité y cada una de ellas el rugido de la hueste se elevó más y más, como si yo llamara al mar. En la colina vi hundirse las manos de los arqueros y los honderos y volverse los rostros unos hacia otros. Entonces avancé a la carrera.

Recuerdo los terraplenes y la pendiente escarpada. Trepé por las murallas, ayudándome con la punta de mi lanza. De repente, estuve entre ellos. Pero apenas recuerdo nada de aquel día, sólo que maté como nunca lo había hecho.

Sé que no saqué mi espada, pues estaba nítida en la vaina. En cuanto hube escalado las alturas, me encontré con un hacha en las manos y con ella atacé a todos cuantos me rodeaban. Era un hacha excelente. No me cuidé de ver si mis hombres me seguían; los dejé como chispas rojas flameando tras de mi furia. Si hubiese seguido adelante, los habría perdido de vista, pero yo era cabal y mataba también a ambos lados.

No podía apagar la sed que me consumía. La sangre corría por el mango de mi hacha y se volvía pegajosa en mis nudillos. Pero por muchos enemigos que matara, no podía matar el dolor que había dentro de mí, no podía matar al hado, ni a los dioses ni al conocimiento que desgarraba mi corazón. Me sentía furioso con ella. ¿Por qué se había entrometido cuando todo marchaba bien? Se lo había tomado demasiado en serio. Eramos camaradas de guerra, pero sólo había un rey. Yo estreché la mano del sino y vi mis días consumados como la canción de un rapsoda. Hipólita se tomaba su vida tan a la ligera que no necesitábamos despedirnos. Mano con mano podríamos haber cruzado el río hasta la Casa de las Hades. Pero me había dejado solo, con mi pueblo como un dogal alrededor de mi cuello y ningún dios para guiarme, para ser rey y vivir.

Mi alma clamaba venganza y la tomaba donde podía. Muy pronto, en la Colina de Pnyx no quedó nadie a quien matar. Encabecé el ataque contra la Colina de las Ninfas. Incepé a los

enemigos que estaban en la cumbre. Desde arriba cayeron unas cuantas flechas que rebotaron ante nosotros. Por sus gritos, adiviné que se daban a la fuga. Detrás de mí los hombres decían que habíamos salvado la ciudad. Lo único que lamentaba era que muchos enemigos escaparían con vida. Caí durante la persecución. Un hombre de mi guardia me ayudó a ponerme en pie. Eché un vistazo a mi alrededor y vi que los escitas bajaban por las laderas hacia la llanura, donde los esperaban los hombres de las naves. Pero en la colina situada enfrente, divisé guerreros armados. Gritando que éstos no se nos escaparían, cargué contra ellos. Su caudillo corría delante; lancé mi grito de guerra y aquél a su vez me gritó:

—¡Señor, soy yo! Que alguien ayude al rey; no puede ver. ¡Soy Amyntor, Teseo! El campo es nuestro. ¿Qué te pasa, señor? ¿Qué te ocurre?

Bajé el hacha y los hombres que me habían contenido se quedaron a distancia. Mis ojos se aclararon lentamente y logré ver el ejército de la ciudadela, mirándome y vitoreando. Muchos hombres lloraban de alegría. Me quedé quieto, temeroso de despertar, mientras ellos hablaban en voz baja, como se habla en presencia de los moribundos. Uno dijo:

—Debe de haber recibido un golpe en la cabeza.

Otro respondió:

—No. ¿Dónde está la amazona?

Eso lo comprendí y respondí.

—En la Colina de Pnyx. Yo la llevaré a casa. —Comencé a caminar hacia allí, después me detuve y añadí—: Primero traedme a Molpadia, Rey de las Doncellas. Tiene una deuda pendiente.

Un capitán de Atenas que luchó a mi lado dijo que estaba muerta. Eso no me gustó y pregunté quién la había matado.

—Señor —respondió—, tú mismo con su propia hacha, tan pronto como escalaste la cima. La tienes aún en la mano, la usaste durante toda la batalla.

La froté sobre la hierba y la examiné. Tenía el corte afilado y la hoja en forma de luna creciente, con símbolos de plata incrustados en el bronce. Cuando vi a Hipólita por primera vez, cabalgando hacia mí, esta misma hacha estaba en sus manos. Había permanecido conmigo todo el tiempo como si adivinara mis pensamientos.

Desde aquel día jamás he entrado en combate con otra arma. Incluso años más tarde parecía evocar la presencia de Hipólita. Pero todas las cosas se desvanecen. Ha olvidado su mano y ahora sólo conoce la mía.

Hipólita yacía en la ladera, rodeada por los jóvenes de su guardia. La habían levantado y colocado sobre un escudo. No osando tocar la flecha, mandaron a los de menor edad a la ciudadela en busca del sacerdote de Apolo. La declaró muerta y la hizo retirar; la cubrió con un palio escarlata con franjas azules y los muchachos pusieron sus manos sobre la espalda.

El sacerdote me dijo:

—El señor Paián le envió un augurio. Pero preguntó si era mandato suyo guardarlo en secreto. Él respondió según su deseo.

—Señor —comunicaron a los jóvenes—, traen un féretro para ella. ¿La bajamos de la colina?

—Habéis hecho bien —respondí— pero ya es suficiente. Dejádmela.

Aparté el palio y la levanté en mis brazos. Su cuerpo estaba yerto y frío, sus miembros comenzaban a ponerse rígidos. Permanecí apartado de ella demasiado tiempo, su sombra ya estaba lejos. Ahora no me quedaba más que un cadáver con su rostro.

Al pie de la colina salieron a nuestro encuentro con el féretro, dentro del cual la deposité. Al acercarnos a la Roca oí los himnos de victoria. Me enfurecí aún más; sin embargo, era lo que Hipólita habría deseado oír.

Al cabo de poco también yo tuve que dar las gracias, de pie ante los dioses, en nombre de los atenienses. Era mi obra. La ciudad se había salvado por mil años. «Este día —pensé— lo cantarán los rapsodas.» Me parecía estar oyendo la canción: «Así cayó el rey Teseo, dando su vida por el pueblo, en la flor de su edad, con su amor junto a él, honrado por los dioses y los hombres».

El sudor de la batalla se me había enfriado sobre el cuerpo. Advertí que un viento agudo soplabla procedente del mar. El palacio estaba sobre su roca y esperaba. Era poco después del mediodía. No sabía siquiera con qué llenaría aquel día y me quedaban años por delante. Hipólita tomó sobre sí mi muerte, amante por amante. Había sido mujer hasta el final. Ella,

que en otro tiempo había reinado, sabía que sólo un rey puede ofrecerse por el pueblo. Los dioses son justos, pero no podemos burlarnos de ellos.

Hipólita había salvado la vida de su hombre para que éste pudiese llorar por ella. Pero el rey había sido llamado y el rey había muerto.

Desde entonces he surcado todos los mares y he saqueado muchas ciudades. A no ser que hubiera guerra, cada año zarpaba con Piritoos. Ver cosas y vivir al día es mejor que el vino o la vida cómoda y cuadra más a un hombre. He pasado entre Scila y Caribdis, junto a las nieves humeantes y he doblado las Rocas de las Sirenas, donde los náufragos envían a sus doncellas para que canten en sus funerales; pero yo he cogido una sirena y he vivido para contarlo. He tenido mujeres por docenas, aunque ninguna por mucho tiempo. Un rostro vislumbrado sobre murallas extrañas, que no es posible poseer sin astucia y peligro, mantiene la mente ocupada hasta que lo consigues, y llegas a creer que no será como los demás.

Mi pueblo me perdonó mis muchos años de vagabundeo, ya que yo había salvado la ciudad. El invierno bastaba para poner el reino en orden. Si averiguaba que la opresión crecía a mis espaldas, acababa con ella con mano de hierro. Pero al llegar la primavera, ya estaba harto de todo, especialmente de las cámaras reales donde mis armas colgaban solitarias en las paredes; entonces solía cerrar la puerta y hacerme de nuevo a la mar.

De haberme quedado en el Ática todo el año, podría haber llamado al joven Hipólito y procurado que el pueblo lo aceptara como mi heredero. Cada primavera estuve a punto de hacerlo. Pero me vencía la llamada del mar y de nuevos lugares libres de recuerdos.

Lo dejaría en Troizen un año más; allí, en compañía del viejo Piteo y mi madre, era feliz. Cuando supe que en tres pueblos vecinos era conocido como Kouros de las Doncellas, pensé en fondear en Troizen a mi paso por allí, pero el viento era contrario y desistí. Recordaba aquellos silencios obcecados. El muchacho alegre y despierto que me esperaba en Creta se sentaría en mis rodillas para que le contara historias marineras; con él podría haber hablado, aunque al mirarlo nadie exclamaría: «He aquí un rey».

Un año, a finales del invierno, un emisario trajo una carta con el sello del águila del viejo Pireo. Era la primera que recibía después de la guerra cretense. Decía que estaba sintiendo el peso de la edad (la misiva era obra de un escriba y la firma semejava una araña aplastada).

Había llegado la hora de nombrar a su heredero y había escogido a Hipólito.

Nunca se me había ocurrido una cosa así. Pireo había tenido una prole numerosa. Sin embargo, de todos sus hijos legales sólo quedaba mi madre. Podría haberme escogido a mí, pero teniendo en cuenta el tipo de vida que ahora llevaba, no podía culparlo. Con Troizen añadida a mis reinos, me habría visto obligado a abandonar el mar. Pensé que el viejo había obrado bien y con equidad. El hecho daría al muchacho cierto ascendiente si venía a Arenas, el pueblo estaría más dispuesto a aceptarlo y podría unir ambos reinos cuando yo desapareciera. Recordé entonces que habían pasado ya cuatro años desde que fondeara en Troizen. El muchacho debía de tener ahora diecisiete años.

En el mes propicio para hacerse a la mar puse rumbo hacia Troizen. Cuando los remos ya estaban dispuestos, vi que la gente que esperaba se apartaba para dejar paso a un carro tirado por tres caballos. Sobre el mismo se erguía un hombre: el niño que yo había llevado allí.

Descendió majestuosamente al muelle. La gente bajó los párpados antes de que los sonrientes ojos de Hipólito se posaran sobre los suyos. Hasta ese momento todo iba bien. Cuando se apeó y los jóvenes corrieron a sujetar las riendas de sus caballos, vi que era al menos media cabeza más alto que aquéllos.

Subió a bordo para saludarme y se hincó de rodillas. Al levantarse nos besamos en la mejilla; entonces se irguió cada vez más alto, más alto...

Acostumbrado como estoy a vivir entre guerreros, la estatura de un hombre raramente me sorprende. He luchado con muchos y he salido airoso. No pude explicarme por qué me chocó tanto, como si yo hubiera encogido con los años.

Reparé en su belleza. Eso también me chocó. Semejava la imagen de un dios y en torno a su cuerpo me pareció distinguir una especie de aureola; sin embargo, no era eso. Cuando me saludó con la grave reverencia propia de una deidad extraña, me encontré con sus ojos grises, claros como el aguanieve, moldeados, como los de los marineros, por horas de mirar en la lejanía, pero menos inquietos. Parecían hablarme en una lengua sencilla que yo desconocía. Ya no eran los ojos de su madre.

Sobre la tumba de Hipólita crecían altos árboles. Los cachorros de nuestros perros de caza tenían los hocicos grises o habían muerto. Los jóvenes de su guardia habían dado al mundo hijos que estaban aprendiendo el manejo de las armas. En cuanto a mí, ella no habría reconocido el rostro que los espejos reflejaban: barba entrecana, piel atezada por el salitre y el sol. Hipólita parecía haber muerto en cada una de estas etapas. Pero precisamente en ese momento, sobre el carro, vi otra vez su cabello pálido como el electro, su arrogancia espontánea, el júbilo de los veloces corceles. Por un instante, había vuelto a la vida.

Mi hijo me llevó hasta el carro, subió y cogió las riendas, manteniendo a los caballos quietos como el bronce para que yo subiera a mi vez. La gente vitoreó. Él se inclinó sobre los caballos como si fuera un auriga alquilado, dejando los vítores para mí, pero se volvió con una

sonrisa discreta para comprobar si yo me mostraba complacido. Todavía era un niño. Lo que yo sentía parecía extraño y estúpido. Era hijo mío y de Hipólita; si yo no estaba orgulloso de ello, es que era difícil de satisfacer.

Ensalcé sus caballos y su dominio de las riendas, y le pregunté cuánto hacía que sabía manejar un carro de tres tiros. No mucho, me dijo. Poseía una pareja desde los catorce años, pero el tercero era para los festivales y demás eventos importantes. Volvió a obsequiarme con una sonrisa tan brillante como el sol entre la cebada. Lo había dejado mucho tiempo en ese pequeño reino, cuando había uno muy grande para él en Atenas. No esperaba encontrarlo tan contento.

Hizo trotar a los caballos por la ciudad portuaria. Incluso tenía cuidado con los perros vagabundos de la aldea, inclinándose para hacer restallar el látigo en señal de aviso. Dejó para mí todos los saludos, excepto cuando los niños lo llamaban, pues siempre tenía para ellos una sonrisa. Sus hombros desnudos brillaban ante mí, morenos, anchos y lustrosos como las grupas de los caballos. Teniendo en cuenta el tamaño de sus pies, seguramente aún sería más alto. Cuando de niño yo vivía en ese lugar, antes de que mi padre me reclamara, me gustaba imaginarme que era hijo de un dios y que algún día llegaría a ser como era mi hijo ahora, pero tenía que conformarme con lo que había recibido. Muchos hombres lo pasaban peor teniendo más.

Al abandonar la ciudad me fue señalando cosas con la mano, contándome las noticias del reino, tan perspicaz como un granjero joven, pero sin pensar, como haría un campesino, que su reino comprendía todo el mundo. Todo me daba a entender que aquel muchacho poseía sentido común. Me pregunté qué era lo que encontraba digno de hacer en lugar semejante. Al fin y al cabo, comparado con Ática o Creta no era más que una pequeña fortaleza.

Se disponía a tomar un camino abierto, cuando una mujer salió precipitadamente de una choza con un niño en brazos y se cruzó en medio de la calzada. En vez de gritarle que se apartase, detuvo los caballos, se ató las riendas a la cintura, y extendió los brazos sin pronunciar palabra. La madre le entregó el niño de rostro enrojecido y cuerpo trémulo. Él lo cogió y lo acarició cariñosamente: el pequeño recobró el aliento y el color y se tranquilizó. Luego lo devolvió a la madre, diciendo:

—Sabes que también podrías hacerlo, y mejor que yo.

Ella pareció comprender, lo bendijo y dijo que eso le ocurría raras veces. Cuando seguimos adelante, me dijo:

—Perdóname, señor. Parecía medio muerto, de lo contrario no te habría hecho esperar.

—No me ha molestado —respondí—. Me alegro de que te preocupes de todos tus hijos, incluso de los obtenidos a la ligera.

Volvió la cabeza: sus grises ojos parecían atónitos. Lanzó entonces una carcajada.

—Oh, no es mío, señor, sino del leñador.

Siguió sonriendo para sí; después se puso serio e hizo un gesto como si fuese a hablar, pero cambió de parecer y se inclinó sobre sus caballos.

En palacio, recibí el saludo de mi madre. Mientras yo era un muchacho y estaba en Creta parecía cumplir cinco años en uno. En este lugar tranquilo no había envejecido y cualquiera la habría tomado por la madre del muchacho. Algunos de sus hermanastros, hombres en plena juventud, estaban presentes para darme la bienvenida. Observé cómo miraban a Hipólito. Después de todo, era un bastardo como ellos. Pero parecían aceptarlo, lo mismo que el pueblo. Tal vez se debía a su don de hacer curaciones. Nadie me había dicho una palabra de ello, aunque yo tampoco había enviado a nadie en busca de noticias.

Una vez dentro, mi madre dijo:

—Voy a ver si mi padre está listo. Le dije que venías, Teseo, pero vuelve a perder la memoria. Ahora, en sus últimos días, llama a las mujeres para que lo laven y peinen. Hipólito, no te quedes ahí soñando, cuida a tu padre y procura que no le falte el vino.

El muchacho me sirvió personalmente y mandó retirarse al mayordomo. Cuando le pedí que se sentara, cogió una banqueta baja y se sentó con los brazos rodeando sus rodillas. Al ver sus largos músculos, lo recordé cogiendo las riendas y pensé: «¡Qué brazos para una mujer!».

Había llegado el momento de que pensara en el matrimonio. Si Pireo era demasiado viejo para ocuparse del asunto, lo haría yo personalmente. Pero cuando le pregunté si había pensado en alguna joven, me miró atónito y respondió:

—Oh, no, señor, es demasiado tarde para pensar en ello.

—¿Demasiado tarde? —dije pasmado. Pero mi risa podía herirle y no le haría ningún bien—. Vamos muchacho; sea lo que sea, todo pasa. ¿Es una doncella o un mancebo?

—Pensé, señor, que ya lo sabías. —Se puso muy serio, lo que hizo que pareciera más viejo, no más joven, como a menudo ocurre con los mancebos—. He hecho una ofrenda, todo está decidido.

Desde que lo había encontrado en el puerto, me sentía extrañamente inquieto. Ahora parecía como si una puerta se hubiera resquebrajado para mostrarme al antiguo enemigo. No miré.

—Ya eres un hombre —dije—, heredero de un reino. Es hora de que dejes tus juguetes.

Arqueó las cejas, que eran gruesas y más oscuras que su cabello. Advertí que su serenidad no era en modo alguno mansedumbre.

—Muy bien, señor, llámalo así si quieres, pero, ¿cómo nos entenderemos? Será muy duro que ambos lo intentemos. En todo caso, las palabras no dicen mucho.

Su paciencia me enfureció, pues semejaba la de un perro grande, que deja que le ladren otros pequeños.

—¿Qué pasa? Házmelo saber. Eres el único hijo de tu madre. ¿No crees que su sangre es digna de perpetuarse? ¿Te lo tomas a la ligera?

Guardó silencio unos instantes. Su mirada tranquila parecía indicar: «¿Cuál será el siguiente pensamiento de ese hombre? Nunca se sabe». También eso me puso furioso.

—Ella no pensaría de esta manera —dijo por fin.

—¿Y bien? —repliqué—. Vamos, sácalo todo. ¿Has hecho algún voto o algo parecido?

—¿Voto? —contestó—. No lo sé. Sí, supongo que sí, pero eso no cambia las cosas.

—¿Acaso no lo sabes?

Habló lentamente, como intentando que lo comprendiera (era tan joven que no esperaba que nadie de mi edad pudiera hacerlo):

—Los votos son algo que liga si cambias de parecer. Yo haré un voto si se me pide que lo haga, pero ello no cambia las cosas.

—¿A qué dios? —pregunté. Era mejor acabar de una vez.

—Si hago un voto —respondió— será a Esculapio, cuando esté preparado.

Aquello era algo nuevo. Había otras cosas, de las cuales él no habría hablado, como siempre las hubo. Pero eso lo dijo sin vacilar. Pensé que ese muchacho había sido un enigma desde el momento mismo de su nacimiento.

Lo interrogué, esperando algunas palabras altisonantes. Pero se limitó a explicar:

—Empezó con los caballos. —Hizo una pausa, pensativo—. Solía curarlos. Siempre me sentí inclinado a ello. Tal vez me venga de Poseidón. —Su sonrisa era dulce. Cualquiera mujer se habría derretido—. Después, tuve que ocuparme de los hombres y eso se apoderó de mí. Comencé a preguntarme: ¿para qué están los hombres?

Jamás había oído semejante pregunta. Me hizo retroceder. Si un hombre comenzaba preguntando tales cosas, ¿adónde iría a parar? Era como bogar hacia un oscuro remolino, dando vueltas y más vueltas. Miré al muchacho. No parecía enfermo ni atemorizado, sólo un poco ausente, como lo estaría cualquier otro muchacho si la joven a la que ama pasara bajo su ventana.

—Eso —dije— es asunto de los dioses que nos crearon.

—Sí. Pero, ¿para qué? Debemos ser aptos para saberlo, sea lo que fuere. ¿Cómo podemos vivir hasta que lo sepamos?

Fijé mis ojos en él; aunque pronunciaba palabras de desesperación, parecía que una luz iluminaba su interior. Advirtió que le estaba prestando atención; fue suficiente para que prosiguiera:

—Una vez conducía mi carro hacia Epidauro. Déjame llevarte, señor, podemos ir mañana y entonces veras... Bueno, no importa, avanzábamos fácilmente por el camino del mar, soplaba viento a nuestra espalda...

—¿A nuestra espalda? —pregunté, en la esperanza de aprender algo útil.

—Oh, en un carro a menudo se tiene la impresión de que caballo y hombre avanzan como un solo ser.

Lo había sacado de su tema; le costó un rato volver a él.

—El camino era bueno —dijo por fin—, despejado y sin obstáculos. Dejé correr a los caballos, que galoparon como el trueno. Y entonces lo sentí, sentí al dios descender sobre los tiros, pasando a través de mí, como un rayo que no quema. Se me erizaron los cabellos. Pensé: «Es para esto, para esto, estamos para esto, para atraer a los dioses como el roble atrae al rayo, para atraer al dios hasta la tierra. ¿Para qué?». La carroza corría junto al mar, azul y brillante, nuestras crines ondeando al viento, corriendo con júbilo como suelen hacer los caballos en la llanura. Mas yo que sabía para qué era, y a nadie podía decirlo. La vida se escapa con las palabras.

Se puso en pie de un salto, como si careciera de peso, y cruzó la cámara hasta la ventana. Allí se quedó mirando hacia afuera, bañado por el sol, ardiendo sin calor. Luego volvió en sí y dijo con naturalidad:

—Bien, pero uno logra sentirlo cuando tiene un cachorro enfermo entre las manos.

Como si lo hubiera oído, una perra que acababa de parir entró con las ubres pesadas; era una perra loba y se alzó colocando las patas contra el pecho de Hipólito. Éste comenzó a frotarle las orejas. Así había visto yo a su madre, al poco tiempo de llevarla a mi casa, cuando tenía dieciocho años. Hipólito era nuestro amor vivo, a través de él podríamos vivir para siempre. Sin él moriríamos.

—Algún dios te ha concedido la gracia de curar —dije—; con más razón necesitas tener hijos a los que transmitirles dicho poder. Los Inmortales no te agradecerán que lo desperdicies, tenlo por seguro.

Bajó lentamente de las nubes hallando que, después de todo, necesitaría palabras. Me di cuenta de que les daba vueltas en la mente, como los troncos de arrastre de una carrera de caballos.

—Se trata de eso precisamente —dijo—. De no desperdiciarlo. Este poder domina al hombre por completo; si sale por esto o lo otro, se desperdicia. Por ejemplo, las doncellas; una vez que comienzas (cuando te casas o en las fiestas de Dionisios) me atrevo a decir que no puedes pasar sin ellas. Son tan bonitas y suaves como pequeñas zorras. Es muy probable que una vez que has comenzado, nunca te hartes de ellas. De modo que es mejor no comenzar.

Lo miré sin decir palabra. Apenas podía creer lo que había oído. Al final inquirí:

—¿Estás de broma o intentas burlarte de mí? ¿Quieres dar a entender que todavía eres virgen? ¿A los diecisiete años?

Se sonrojó. No era modestia. Era lo bastante hombre para sentir un insulto. Allí había madera de guerrero, pero un guerrero que obedecía órdenes.

—Bien, señor —respondió muy tranquilo—, eso es parte de lo que quiero decir.

Así pues, no había una sola mala hierba en las colinas de Troizen o en las granjas. Recordé cuando Hipólita me lo mostró por la mañana, después de los dolores de la noche interminable. Ahora él volvía a arrojarme al rostro nuestra esperanza. De haber sido una mujer, podía haberla obligado a obedecer, pero nadie puede forzar a un hombre a engendrar hijos. Él era su propio dueño. Únicamente logré decir:

—A tu edad, yo tenía hijos en Troizen que ya corrían.

El ceño desapareció de su frente como una nube de verano. Parecía divertido.

—Ya lo sé, señor —dijo—. Espero llegar a conocer a mis propios hermanos.

—Lo tomas a la ligera —respondí. Estaba irritado. Añadí algo más. No habría sido gran cosa sobre la borda de una nave larga. Sabía que no era probable que el hijo escuchara a su padre, pero no tenía más remedio.

Clavó los ojos en mí. Parecía enfermo. Si a mí me hubiera ocurrido lo mismo, me atrevo a decir que lo habría soportado. Pero le ocurría a él, por intentar mostrarme su corazón. Eso fue la última herida, pues en el fondo de mi ira había amor y orgullo por él. Si hubiera sido el joven Akamas, en Creta, se podría haber dorado en los ritos de Arris y yo lo habría soportado. Desde luego, era un buen muchacho, pero había muchos más en el lugar de donde procedía.

De pronto, llegó a mis oídos lo que me pareció una risa que no era humana. Surgía del Laberinto, de las colinas de Naxos, del Acantilado de las Doncellas, de la cueva junto al Ojo. La Madre, la Doncella, la Vieja se confundían en una danza, y pude oír su risa susurrante.

Monté en cólera. Pero me tragué las palabras, tal como había aprendido a hacer; hay sistemas mejores que gritar para llegar a un hombre. Ya más tranquilo, dije, entre otras cosas, que era infame aceptar la herencia de Troizen, engañar en su decrepitud a un rey que fue muy grande y tuvo hijos que administrarían justicia en su nombre y burlarse de sus esperanzas en sus últimos días.

—Él te ama —dije—. ¿No te da vergüenza?

No abrió la boca, pero en su rostro leí la respuesta. Se sonrojó y apretó las mandíbulas con fuerza. No era un hombre que poseyera el don de la elocuencia. Por el modo en que sus manos se aferraban al antepecho de la ventana, advertí que no eran palabras lo que necesitaba. Bueno, él podía pensar que yo no lo comprendía, pero yo comprendía aquella ira mejor que nadie. Estuve a punto de decírselo, pero mientras cruzábamos nuestras miradas en silencio, como enemigos en el campo de batalla, entró mi madre y dijo que el rey estaba preparado.

Pasó sus ojos de un rostro al otro, mas no dijo nada. Creo que ambos evitamos su mirada, como muchachos.

Mi abuelo estaba incorporado en la cama. Se lo veía tan descarnado como un milano. Sus manos huesudas y de piel lechosa yacían sobre la extendida manta azul que apenas delataba que debajo de ella había un cuerpo. Cuando me saludó, cogió mis manos como si fuesen las de un niño y vi que sus ojos estaban nublados. Me arrodillé junto a él; me acarició el cabello y, con un tono de voz que recordaba el susurro de los juncos, me dijo:

—Sé fiel, muchacho, eso es cuanto sabemos que hay que ser. Los dioses saben qué hacer con ello.

Volvió a adormecerse. Yo rememoré mi juventud. Recordé cómo recibí la llamada para acudir al coso de Creta, cómo había llorado el pueblo y cómo mi padre me había gritado que lo dejaba a merced de sus enemigos en sus años de flaqueza. Y era verdad, pero yo me marché y no pude hacer otra cosa.

Oí caballos y me asomé a la ventana. En el camino estaba el muchacho a punto de partir. Al tomar la curva, advertí que sus ojos devoraban el suelo hasta que llegó a la llanura en donde pudo lanzarse a galope tendido.

Corrí a los establos y pedí un carro y una pareja de caballos descansados. El auriga acudió corriendo, pero lo despedí y cogí las riendas. Uno no vaga de país en país sin tener que emplear a veces monturas prestadas y estos animales sabían quién era el auriga. Les hice volver hacia la Puerta del Águila, siguiendo el camino del mar. La gente de Troizen se quedaba mirando la polvareda de mi carro, aunque sin olvidar darme muestras de su cortesía.

Logré verlo al dar la vuelta. No volvió la vista en ningún momento, siempre miraba adelante, hacia la dura y fangosa llanura de Limna.

Cuando llegó a ella se inclinó y los caballos cambiaron de dirección. Pensé que, aunque me llevaba ventaja, era un muchacho corpulento y mis caballos arrastraban menos peso. Había desatado al tercer caballo, el de los festivales, y sólo conducía la pareja.

Las olas de la Bahía de Psife se estrellaban contra las piedras brillantes. Por esta misma ruta había corrido yo para buscar a mi padre y mostrar mi hombría en el Istmo, precisamente a su edad. Y ahora estaba galopando hasta que mis dientes castañeteaban, como si volviera a ser un muchacho que tuviera que derrotar a otro muchacho más alto. No era así. Un hombre no se baña año tras año en el mar sin encontrar un músculo rígido aquí y allí. A buen seguro que al día siguiente los míos me dolerían. No importaba, quería ganar mi carrera.

Estaba ganando terreno cuando una larga curva lo ocultó. No me había visto. Mi voluntad estaba en pugna contra su capricho. Dejé atrás la curva. El carro de Hipólito estaba cada vez más cerca. De pronto me di cuenta de que no se movía; los caballos estaban quietos y las riendas atadas a un olivo. El corazón me dio un salto. Luego, viendo que todo iba bien, aré mis caballos junto a los suyos y tomé el sendero que subía a la colina.

Pensé que me esperaba una larga escalada; conocía las costumbres del muchacho, pero no había ido muy lejos. Estaba allí mismo, en un bosquecillo de acebos. Cuando me acerqué no pude verme a causa de los árboles. Respiraba profundamente debido a la carrera y la escalada y, como pude advertir, a la ira. Sus enormes manos colgaban a ambos lados de su cuerpo, y las abría y cerraba mientras caminaba de un lado a otro, como una fiera enjaulada. De repente alzó una mano y arrancó una rama tan gruesa como mi brazo. La pisó, la partió

por la mitad y desgajó todas las ramas pequeñas contra la rodilla. A su alrededor quedaron esparcidas hojas y astillas blancas. Se quedó en pie contemplando su obra. Después, dobló las rodillas y miró al suelo con ternura; cuando se levantó en las manos sostenía algo en forma de copa.

Su semblante había cambiado, ahora era suave y delicado. Mas la cosa, sea lo que fuere, estaba muerta —una mariposa o un pájaro o la cría de una ardilla— y se llevó la mano a la frente. Cuando vi su dolor supe que había vuelto en sí y que lamentaba lo que había pasado entre nosotros. Eso me bastaba. Me acerqué y extendí las manos hacia él, diciéndole:

—Vamos muchacho, ya ha pasado. Nos iremos conociendo mejor.

Me miró como si yo hubiera caído del cielo, después se arrodilló y me tocó la mano con la frente. Al levantarse, lo besé. Cuando se hubo erguido, recobrando su estatura de héroe, todo lo que sentí fue orgullo.

Charlamos un rato y nos reímos de nuestra carrera; luego volvimos a guardar silencio. El crepúsculo estaba cayendo; las cumbres de las colinas se doraban sobre el agua empapada en su sombra; había olor de algas y tomillo, y el aire se llenó del canto de los grillos.

—Yo traje a tu madre de entre las Doncellas —le expliqué—. Ahora ella me pide que salde su deuda. Los dioses son justos y no podemos burlarnos de ellos. Aunque tú sirvas a uno que jamás me ha amado, sé veraz y serás mi hijo. La verdad es la medida de un hombre.

—Te prometo, padre —dijo, pronunciando esta palabra por primera vez desde la infancia—, que también seré veraz contigo.

Hizo una pausa. Me di cuenta de que tenía algo más que decir, pero dudaba, de modo que pregunté:

—¿Lo dices en serio?

—Una vez, cuando era pequeño, te pregunté el motivo de que cuando los dioses estaban airados los inocentes tuvieran que sufrir. Tú me dijiste: «No lo sé». Tú, que eras mi padre y el rey. Por eso te he amado siempre.

Le dije alguna palabra amable, al tiempo que me preguntaba si alguna vez conseguiría sacarlo de sí mismo. Bien, la confianza lo haría. Al regresar a nuestros carros, le pregunté hacia dónde pretendía dirigirse.

—A Epidauro —respondió—, a curarme una antigua enfermedad que yo creía desaparecida, hasta que apareciste tú.

Vi que se refería a su ira. Palabras extrañas para un joven vigoroso, en la edad de la guerra.

El ocaso riñó de oro el cielo, la tierra brillaba y también el rostro de Hipólito con su propia luz. Cabalgué hacia casa sintiéndome en paz, y el sueño de aquella noche fue dulce. Pero sólo a los dioses les es dado vivir eternamente gozosos.

Aquel verano navegué con Piritoos hasta Sicilia para saquear la ciudad de Tapso. Efectuamos un asalto nocturno desde el mar, y todo nos fue tan bien que estábamos en las murallas antes de que se diese la voz de alarma. Oí gritar a los centinelas. Ya no era «iTeseo de Atenas!» como antes, sino «iTeseo el Pirata! iTeseo el Pirata!». Me puse furioso y los rapsianos lo pagaron. De todos modos, el hecho me dio que pensar. Cuanto podía mostrar al final de cada año era un gran botín y una joven de la que me hartaría al año siguiente.

Una vez aniquiladas las pandillas de bandoleros, las fronteras se consolidaron y las leyes se ampliaron o reformaron para una mejor justicia. Resolví algún antiguo pleito de sangre entre dos tribus; a un suplicante lo liberté de su mal dueño. Parecía, cuando me detenía a pensarlo, que nadie ni nada había servido para mejorar mi vida, este año o el anterior.

Cuando volvimos a anclar, pasada Italia, pensé en lo ocurrido en Troizen. No podía dejar que las cosas continuaran así por más tiempo. Hipólito había escogido su camino. El joven Akamas, hijo de Fedra, sería el heredero de todos mis reinos. Debía venir a Atenas para darse a conocer.

No había mal alguno en el muchacho, pero tampoco ningún bien. Era demasiado indolente y vivía al día. Valor no le faltaba, como había comprobado, pero en él no parecía existir el fuego de la ambición. Era el hijo de mi esposa, con derecho evidente, si tal era mi voluntad, a los reinos de tierra firme. No obstante, en mi opinión, esperaba que Creta cayera en sus manos y no miraba más allá. Era cretense hasta la médula, como aquellos graciosos príncipes del Reino Antiguo pintados en el Laberinto, que paseaban por un camino de lirios en

compañía del grifo real. Era cierto que yo había contribuido a que fuese así. Lo había llevado a Atenas en contadas ocasiones, y siempre en visitas cortas. La excusa era que se trataba de un niño delicado. La verdad era que yo quería que se contentase con Creta. Demasiados hermanos habían luchado por el Ática en los tiempos de mi padre. Pero ahora tenía que aparecer por allí. El pueblo lo había olvidado y había llegado el momento de que se le enseñara su profesión.

Todavía mostraba la debilidad de un niño. A sus años aún no se había preguntado —o al menos así lo parecía— hasta cuándo podía mantenerse Creta sin contar con el respaldo de la flota de tierra firme. Era necesario que pensara en ello, pues Deucalión había muerto y su hijo Idomeneo era completamente distinto a él. Si no había conspirado ya para ascender al trono, no era precisamente el temor lo que le detenía, sino un orgullo demasiado intenso para arriesgarse al fracaso.

Tenía veinticinco años y por sus venas corría sangre de Minos por línea cretense y griega; mientras que yo pasaba de los cuarenta y apenas sí me cuidaba, como cualquiera podía apreciar. Esperaría un poco. Pero cuando yo desapareciera, el joven Akamas necesitaría ambas manos para sostenerse.

Las mujeres cretenses siempre han entendido de negocios, por eso me preguntaba qué papel hacía su madre y hasta qué punto había intentado darle empuje. El muchacho le mostraba una reverencia verdaderamente cretense, pero la última vez me había parecido que se sentía más a sus anchas conmigo.

Fedra nunca me pidió que la llevara a Atenas; además, ni su pueblo ni el mío parecieron interesados en ello. Con frecuencia meditaba yo sobre este asunto, pero después de contemplar las habitaciones que todavía contenían ecos del pasado, lo posponía para otro año. Nunca hablé de ello con Fedra, y ella no era una mujer dispuesta a compartir sus pensamientos. Ahora contaba treinta años, demasiados para iniciar una nueva vida entre extraños. Era también hija de Minos. Tal vez no deseaba introducir los pies en las sandalias de los muertos, que nunca habían sido tuyas mientras los vivos las llevaban, ni tampoco ir adonde un bastardo que se había sentado por encima de su propio hijo. Quizás había oído decir que en mi casa había demasiadas jóvenes y que, al marcharme yo, se desmandaban. Era probable que todo ello influyera.

El verano estaba muy adelantado. Si lo pensaba demasiado, volvería a dejarlo para el próximo año, de modo que me despedí de Piritoos y partí rumbo a Creta.

El muchacho salió a recibirme, lleno de entusiasmo; me preguntó dónde había estado, qué le había traído y cuándo podría zarpar conmigo, aunque apenas había cumplido trece años. Parloteó como un estornino durante todo el camino. Su madre nos esperaba en la terraza de la casa real; se la veía pequeña, pulida y enojada, con el delicado cabello castaño bruñido por el sol y los desnudos senos redondos y firmes como las uvas de las cercanas viñas, cuyo aroma el cálido sol cretense hacía subir hasta nosotros.

Cuando nos quedamos solos, le conté cómo marchaban los asuntos:

—No habría sido justo dejar a Hipólito de lado, teniendo en cuenta que su madre dio su vida por mí y por el Ática. Si yo hubiera muerto entonces, dejando a los dos hijos aún niños, ninguno de los dos habría tenido mucho que esperar. Ahora Hipólito se ha ofrecido a Artemisa para pagar su deuda. Los dioses saben lo que hacen y nosotros debemos hacer lo que nos dejan hacer.

—Sí —asintió ella—, es verdad.

Se sentó en silencio, con las afiladas y blancas manos dobladas sobre el regazo. Estuve a punto de decirle que no hacía falta que viniera a Atenas si no lo deseaba. Sentí que las palabras pugnaban por salir de mi boca, como un perro llamando a una puerta cerrada. Pero era consciente de que ella las consideraría un desprecio. Fedra había tenido que soportar muchas cosas, entre otras, que mis visitas siempre fueran cortas, pues yo repartía mi tiempo entre Atenas y el mar. Ante ella nunca hice ostentación de mis mujeres, pero en las islas corrían leyendas y canciones sobre las incursiones en que las capturaba, y seguramente las habría oído. Por lo tanto, le dije que nos acompañaría para compartir los honores de su hijo, que podía confiar en que yo pondría la casa en orden y procuraría que estuviese bien servida.

—Me gustará ver Atenas —dijo friamente y quedó pensativa. Luego añadió—: Ha de ser un joven muy extraño si decide renunciar a un reino. ¿Se mantendrá en su decisión? A su edad, los muchachos suelen tener caprichos que olvidan al año siguiente.

—Él no. Lo que decide en su corazón, no lo abandona a la ligera.
Enarcó sus oscuras cejas.

—Y tú tampoco.

—Ha tenido su oportunidad. La conoce. Y antes aprenderán los caballos a volar que él a intrigar. Puedes confiar en mi palabra.

Sin necesidad de hablar más estuvo de acuerdo en venir y le di algunas joyas que había encontrado en Sicilia. Mi mente se ocupaba más de Akamas y de cómo recibiría la noticia.

El muchacho pareció atónito, como si semejante idea jamás hubiera cruzado por su mente. Peor aún: adiviné que así era. Cuando hube terminado, me dijo:

—Padre, ¿estás seguro de que Hipólito no lo quiere? Si él lo deseara para sí yo no podría aceptarlo. No está bien hacerle algo así a un amigo.

Cualquiera que lo oyese podría pensar que hablaba de una chuchería infantil: un carro o un arco. Mis dudas respecto a él se acrecentaron. Una mente ligera, pensé, ninguna bajeza, ninguna grandeza.

—Es tu hermano —dije—. ¿No crees que obraré justamente para con mis hijos? En cuanto a la amistad, jamás os habéis visto.

—¿Que no nos hemos visto? ¡Claro que sí, padre! —Sus oblicuos ojos cretenses se abrieron como platos, expresando la sorpresa de un niño que de pronto descubre que sus asuntos no interesan a nadie—. Fue cuando yo volvía de Arenas, la última vez que fui contigo. Enviaste algunas cartas a Troizen y nos quedamos una semana allí a la espera de que el tiempo mejorase. Hipólito acudió corriendo en cuanto supo que yo estaba allí y pasamos todo el tiempo juntos. Una vez me dejó conducir su carro en la recta del camino. Yo lo llevaba solo, pues él apenas si rozaba las riendas. Mi perro, Escarchado, es un regalo de él. ¿No lo sabías? Su padre fue uno de los perros sagrados de Epidauro. ¿No te contaron que Hipólito me llevó allí y me curó?

—¿Te curó? —inquirí—. Saliste de Arenas completamente bien.

—Sí, pero cuando llegué a Troizen sufrí uno de esos hechizos sofocantes.

Lo había olvidado: cuando niño, en ocasiones se ponía completamente amarillo.

—El sacerdote de Epidauro sabía todo lo relativo a mi mal; lo llamaba asma, precisamente lo que Hipólito había dicho. Ya sabes, padre, que casi es un médico. Llegaría a serlo si no se viese obligado a convertirse en rey. Bien, pasé la noche en el bosque sagrado, y soñé verdaderamente con el dios.

Su rostro moreno adoptó una expresión solemne. Se llevó la mano a los labios.

—No debería contarlo, pero es cierto. Entonces Paián continuó con su música y ya estuve curado. Padre, ¿vendrá Hipólito a Atenas mientras yo esté allí? Así verá cómo ha crecido Escarchado. Es mi mejor amigo, y si no nos encontramos pronto no nos conoceremos.

—¿Por qué no? —dije—. Veremos.

Este inesperado amor me cayó como un don del cielo. Me sentí avergonzado de haber criado a mis hijos separados, pero ¿quién podía olvidar las guerras palántidas? Sin duda, Hipólito debería venir. Pero había otro pensamiento tras el amor paternal: una vez en Arenas, viendo las manos de su joven hermano tan flojas sobre las riendas, el mayor se adelantaría para cogerlas. Fedra tenía razón; lo que decidía en mi corazón, no lo abandonaba a la ligera.

Un día, por decisión propia, mi hijo me escribió desde Troizen. Quería venir a Eleusis para ser iniciado en el misterio, y pedía mi permiso. «Seguramente —pensé—, la fortuna está corriendo por mi camino». Puse vigías para otear la nave. Cuando la divisaron subí a la terraza del palacio para verla. Recuerdo que al doblar Egina, la blanca vela reflejó el sol.

Mientras me dirigía en mi carro al Pireo para recibirlo, pensé que tal vez fuese demasiado pronto para darle excesiva importancia delante del pueblo, pero no me preocupaba. Cuando cruzó la planchas vi que había vuelto a crecer. De su rostro había desaparecido la suavidad de la juventud.

«¿Se parece a mí? —pensé—. No, le viene de ella». Me vino a la mente que cuanto recordaba Hipólita de su padre era que oscurecía el umbral de la puerta con su estatura.

Montamos juntos para trasponer la puerta del mar y desde allí poner rumbo a Atenas. Al igual que un piloto adivina el tiempo, yo adivinaba la mente del pueblo, por sus vítores y canciones. Cuando niño no había sido más que el Hijo de la Amazona. Ahora eran como críos

con juguete nuevo; las mujeres lo miraban embelesadas, los hombres lo comparaban con Apolo Helios. De haber podido, me habrían dicho: «¿Por qué nos lo has ocultado?».

En palacio ocurrió lo mismo. Los viejos que habían odiado a su madre ya no existían y todo había sido olvidado. Eso era algo que yo, el único que no odiaba, sabía desde hacía tiempo. Los jóvenes, que eran niños cuando ella murió, admiraban lo que llamaban su «belleza helena». Uno oía el vocablo «heleno» en todas partes, y a menudo tenía significado. El moreno Akamas, con su cintura de junco, su grácil modo de andar típicamente cretense y su acento, se había convertido en el extranjero. Ahora era su madre la que vivía a la sombra de la Diosa, y había que vigilarla. ¿Cómo no lo había previsto? Si Hipólito hubiera extendido una mano a su derecho de nacimiento, se la habrían acariciado como una flor.

Se mostraba más seguro de sí mismo; el hábito de la realeza estaba creciendo en él. No era hombre que se dejara impulsar por nadie en esta o aquella dirección.

Akamas se reunió con nosotros en el salón. Al principio quedó maravillado por la estatura de su hermano, pero Hipólito recordó entonces alguna broma que le habían hecho, y los dos muchachos se echaron a reír. Al entrar en las habitaciones interiores, Akamas le preguntó si hacía frío allá arriba: Hipólito lo levantó por encima de su cabeza para que lo comprobara por sí mismo. En esas estaban cuando advirtieron la presencia de Fedra, que todavía esperaba que la saludaran. Al parecer, había dormido mal, y por la mañana se mostró malhumorada con sus doncellas. Su cabello estaba mal peinado, y no se había estado quieta mientras le pintaban la boca. Sintiendo relegada, saludó fríamente y pronunció pocas palabras. Hipólito ensayó una sonrisa de disculpa, pero volvió a ponerse serio ante la frialdad de Fedra. Tras pronunciar las palabras de rigor, salió de la estancia en compañía de su hermano.

Los seguí poco después. Lamenté que Fedra se sintiera ofendida; pero quizás era mejor que lo hubiese conocido en desventaja y no como un futuro rey. Dicen que la primera impresión queda grabada para siempre. Me arrepentí de veras de no haberla llevado antes a Atenas. Vislumbraría en Hipólito la belleza del rival y eso era malo. También podría llegar a ver en él al suplantador de su hijo, y eso era demasiado peligroso. Yo lo sabía de sobra, pues era justamente lo que Medea había visto en mí.

Por lo tanto, al principio me ocupé de mantenerlo fuera de su camino, cabalgando y cazando con su hermano y conmigo, para arrancárselo de la mente. Fedra sólo lo veía en el salón, cuando todos nos reuníamos a comer. Claro que entonces él hacía una buena exhibición. Según la moda que yo había traído de Creta, iba desnudo de cintura para arriba, con calzones cortos color escarlata y el gran collar que era la joya real del heredero de Troizen, formado por águilas de oro con las alas extendidas. Su piel tersa y morena resaltaba el brillo del metal precioso así como el de su cabello, que al caer sobre sus hombros semejaba plata sobre bronce. Cuando tomaba asiento junto a mí, oía correr un suave murmullo entre las mujeres. Antaño era yo quien lo provocaba. Pero los hombres deben vivir de acuerdo con sus estaciones, de lo contrario los dioses se reirán de ellos.

Al poco tiempo fue a Eleusis para ser purificado. Llegó medio mes antes de tiempo; alegó que tenía varias cosas que preguntar. Al principio solía volver a caballo al ocaso; después entró en el recinto y no se le vio más. De sacerdote a sacerdote, oí de boca del Sacerdote de Eleusis que había sido escogido para oír la doctrina interior, que ellos habían obtenido de Orfeo antes de que las ménades lo mataran, y tal enseñanza jamás se recibía fuera del santuario.

Eché en falta su presencia, pero comprendí que era mejor así, pues cuando él no estaba, Fedra volvía ser ella misma. En efecto, parecía sentirse mejor y no se quejaba, como al principio, del agua y del aire de Atenas y de la ignorancia del pueblo. Ahora se vestía con más cuidado y se mostraba agradable con los hombres de alcornia. Había comprendido, pensé, que su hijo podía pagar las consecuencias de su mal humor.

Cuando el tiempo de los ritos estuvo próximo y las mujeres comenzaron a hacerse vestidos nuevos, dijo que quería ser iniciada. Admiré su prudencia. Ello complacería a los atenienses que temían la Antigua Religión, pues en Eleusis, como todo el mundo sabe, los ritos siempre habían sido moderados. Antes de mí, un rey era enterrado en los trigales cada año. Cuando llegó mi turno, yo tenía otros propósitos. Pero a cambio, honré a la Diosa, desposándola con un dios, y llamando al gran rapsoda para que ideara el ritual. Aunque era secreto, los iniciados podían decir que ya no estaban obligados a hacer cosas indecorosas, ni existía otro peligro que el que supone llevar el alma mortal a la presencia de los Inmortales.

Después de las tinieblas, sobreviene la luz. Así pues, no me opuse, aun cuando vi que la impulsaba la ambición por su hijo. De esta forma se granjearía la amistad de las mujeres, ya que había permanecido demasiado sola. Además, ¿quién podía asegurar que Hipólito no cambiaría de parecer? A veces me preguntaba si los dos mancebos arreglarían las cosas por sí mismos, sin decir palabra a nadie, junto a una hoguera en el transcurso de una cacería.

Es duro para los jóvenes abrir su corazón a los mayores. ¿Qué podía hacer, más que dejarlo en manos de los dioses? Pero soy hombre que por naturaleza siempre mira hacia adelante, y a menudo me sorprendía a mí mismo haciendo planes.

En los días señalados, Fedra fue con las mujeres para iniciarse en las purificaciones y enterarse de qué cosas debía abstenerse, una de las cuales era nuestro lecho. Pero eso no significaba que yo también tuviera que hacerlo. Me había traído de Sicilia una doncella de color de miel oscura, hábil en las danzas de Afrodita Peleia. La había mantenido fuera de mi camino para obtener la paz, pero me alegré de volver a verla.

Dos días antes de los ritos, las mujeres volvieron a Atenas para que los sacerdotes pudieran ordenar la procesión. Había escogido a Hipólito para que encabezara la marcha de los jóvenes, ya que Akamas aún no tenía edad. Si yo lo hubiera solicitado, habrían hecho una excepción, pero nadie podía decir que había sido menospreciado. Los vítores del pueblo en los grandes días de festival son como un vino fuerte. Si Hipólito tomaba un buen trago, tal vez lograse vislumbrar su propia alma.

Fue de los últimos en presentarse, cuando el ágora ya estaba llena. Aunque había adelgazado, sus ojos y su piel seguían tan claros como siempre. Estaba aseado y peinado como un niño que lo hace por deber cuando preferiría estar jugando, cómodo y sin adornos. Parecía feliz.

«Yo planté esta semilla de vida —pensé—, mas en ella existe un misterio; es una vida en la que yo soy un extraño. Los caminos de los dioses son oscuros».

Después estuve muy ocupado, como siempre antes de los grandes festivales. Cuando salí en mi carro para ponerme a la cabeza de los hombres de Atenas que se dirigían al santuario, los jóvenes ya habían salido a pie llevando la imagen del dios-esposo y los objetos sagrados.

En el camino recordé mi propia iniciación. Fui el último en entrar en el antiguo misterio y el primero en el nuevo. Aunque por los sacerdotes y el rapsoda yo ya conocía en parte lo que se debía hacer, encontré que había un gran poder, así como temor, tinieblas y felicidad. Con el paso de los años y las muchas aventuras, el recuerdo se había difuminado. Pero ahora pensaba en ello y en el muchacho que estaba a punto de entrar. ¿Cómo se habría comportado en el antiguo ritual, con su lucha a muerte en presencia de la reina entronada, el lecho matrimonial en la cueva oscura y la desvergonzada luz de las antorchas? ¿Se habría sonrojado y huido a las colinas? «Sí —pensé—, seguramente ha oído hablar de ello. Aquella a quien sirve no es siempre una doncella y le gusta que ante todas sus caras se quemé el debido incienso. Es mucho más viril que la mayoría de los hombres. Algún día la esposa le dirá: "¿Va a estar mi altar frío para siempre?"»

Hacía una noche magnífica. Los iniciados, hombres y mujeres, se desnudaron y se sumergieron con sus antorchas hasta el mar, en el último acto del rito de purificación. El baño les lavaba de la sangre del rey muerto. Incluso entonces la ceremonia resultaba solemne y pavorosa. Durante largo rato la antorcha del sacerdote dirigía la procesión, luego aparecía llevada por un hombre más alto, y que por ello podía penetrar aún más en el mar. En alguna parte, entre todas las llamas oscilantes, estaba Fedra, segura con la Buena Diosa, junto a la cual no sufriría mal alguno.

Las antorchas se apagaron. Hubo una larga pausa en el transcurso de la cual todos volvieron a vestirse. Al resplandor procedente de la ciudadela sólo vi un agitar de sombras; se dirigían en tropel hacia el remenos sagrado, donde todas las hendiduras de la roca habían sido cerradas para mantener el misterio en secreto. El silencio profundo fue rasgado por un sonido de cánticos, dulces y melancólicos. Estaba demasiado lejos para oír las oraciones. La noche volvió a sumirse en el silencio. Un perro se puso a aullar en alguna parte, como hacen los perros cuando presienten solemnidad; el aullido se quebró en un gañido y la quietud reinó sobre el mundo.

Es el tiempo para morir (no digo más; la Dos Veces Nacida comprenderá) y mis pensamientos volaron con los muertos. Una vez más mi corazón murió con Hipólita. Al final, el

sonido de un batintín surgió de las profundidades de la tierra. Era la voz de las tinieblas; desde lejos podía sentirse el pavor. Mas para mí no existía el terror. Ningún pánico, pero tampoco promesa alguna.

Entonces apareció la clara luz resplandeciente, el asombro silencioso, el gran grito de júbilo, el himno. Volvieron a encenderse las antorchas, que eran como moscas de fuego en una caverna. Comenzó la danza. Contemplé su ritmo, incansable como el curso de los astros. Cuando el alba rompió en la montaña, me puse de nuevo al frente del pueblo para recoger a los purificados y llevarlos de vuelta a casa.

El sol naciente trazó un sendero de luz junto al mar, y allí estaban, en la orilla, vistiendo sus nuevas túnicas blancas, coronados de espigas y flores. Los rostros eran lo que uno ve cada año: algunos aún aturcidos después del terror y la gloria; otros que habían temido mucho, simplemente felices de haberlo dejado atrás; los más, jubilosos de haber ganado un sino dichoso en la Tierra más allá del Río. Observé a los jóvenes y al muchacho que iba al frente. Supuse que lo vería caminar sumido en un trance, absorto todavía de su visión, pero extendía la vista alrededor, aparentemente dichoso, como si todo aquello sobre lo que se posaban sus ojos fuera precioso y querido. Su rostro reflejaba una paz profunda y también sorpresa, pero aun así, sonreía. Imaginad un hombre ya hecho que ve a unos niños tropezar durante algún juego solemne, hallando en ellos una belleza que los pequeños desconocen y un significado que supera su capacidad de comprensión. Así lucía él.

Di la bienvenida ritual; los sacerdotes formularon la respuesta. Era el momento en que los iniciados podían romper su ayuno con sus amigos. Cuando Hipólito se acercó a mí, con una sonrisa de saludo en el rostro, un gran aleteo negro cruzó el cielo. Un cuervo se había echado a volar desde los altos acantilados y ahora se cernía sobre nosotros. Volaba tan bajo que pudimos ver las estrías púrpura de su pecho, semejantes a esmalte o piedras preciosas. La gente señaló con el dedo y comenzaron a llamarse unos a otros, discutiendo el augurio. Pero el mancebo se limitó a levantar la vista, feliz y tranquilo. Era como si sólo viese la belleza que colgaba suspendida por la brisa. Cuando el cuervo descendió, el muchacho extendió la mano, como para saludarlo. El ave pasó casi rozando las yemas de sus dedos, y luego volvió a alzarse para dirigirse hacia Salamina y el mar.

Lo miré dolorido, hasta que un alboroto entre las mujeres desvió mis ojos. Era Fedra quien estaba rendida, bebiendo vino. Cada año es normal que una o dos mujeres se desmayen debido a la larga espera, el ayuno y la solemnidad de los ritos. En esa ocasión fueron cuatro. No pensé más en ello.

Un día, poco tiempo después, Akamas apareció pálido y ojeroso. Cuando le pregunté cómo se encontraba, me respondió que jamás se había sentido mejor. Pero su madre me dijo que por la noche había sufrido un acceso de ahogo, el primero en varios años.

—Enviaré por el médico —dije, al tiempo que pensaba que sería mal asunto que el próximo rey resultara tan endeble de cuerpo como de mente—. Mientras tanto, tal vez le haga bien ver a su hermano. Hoy Hipólito tiene un día muy agitado, pues mañana ha de hacerse a la mar, pero al parecer ya ayudó al muchacho en otra ocasión.

Envié a buscarlo. Había estado despidiéndose de sus amigos y el amor de éstos vino con él, como un perfume de verano. Su rostro irradiaba poder, ese poder que podía haber convertido en dominio. Cuando recibía amor, éste florecía en él y tenía suficiente para todo el día. Cuando las espigas maduraban, él se desprendía de ellas por nada.

Después de permanecer con Akamas un rato, volvió y se sentó a mi lado con expresión pensativa. Se habría agachado como un paje si yo no le hubiera pasado el escabel. No era humildad, sino el descuido que puede permirirse un hombre que mide seis pies y tres dedos. Usaba un lenguaje llano, como puede hacerlo un labrador cuando habla con su buey.

—La última vez que tuvo estos espasmos, había algo en su mente. Nada importante, como Apolo le mostró. Solamente necesitaba que le entrara el aire. Esta vez no quiere hablar, lo cual es una lástima, pero supongo que se trata de algo por el estilo. Su madre no parece estar tan bien como antes de los ritos eleusinos. ¿No lo crees tú así, padre? Tal vez sienta nostalgia de Creta.

—Es posible —dije—. Se lo preguntaré. A este paso no sé cómo se las arreglará el muchacho para dirigir guerreros en el campo de batalla. Necesitaría un poco de tu fuerza. Lamentará mucho tu partida mañana.

—Oh, le dije que me quedaría un día o dos, si obtengo tu permiso, padre. ¿Puedo enviar un corredor a la nave?

Aquella noche entré en la habitación de Fedra. Desde los misterios, permanecía encerrada en ella. La primera noche se sintió cansada. De modo que la pasé con la doncella de Sicilia, y así siguieron las cosas, sin ninguna explicación de ninguno de los dos lados. Cuando entré, alzó la vista rápidamente y pidió su chal. Parecía más delgada y tenía las mejillas encendidas como si estuviera afiebrada; había en ella algo tenso y crujiente, como si su cabello fuera a crepitar bajo su peine.

Cuando se retiraron las doncellas, pregunté por Akamas, a quien acababa de ver durmiendo plácidamente, y después por ella. Dijo que ella se encontraba perfectamente; a veces sufría ataques de jaqueca, nada importantes, pero la fatigaban. Le dije que Hipólito se había mostrado preocupado por ella; al oírlo se incorporó, rió ante la idea de que el muchacho se considerara un médico y me preguntó qué había dicho.

—En Troizen no se ríen —respondí—. Creen que sus manos tienen el poder de curar.

—¿De verdad piensa que puede curarnos? ¿Qué ha dicho exactamente?

Se lo expliqué. Se irguió en la silla, después se puso en pie de un salto.

—¿En qué estás pensando —gritó— para permitirle tanta insolencia? ¿Voy a dejar que ese joven empiece a mandar en mi casa sólo porque se crea superior a todos nosotros? ¿Dónde está tu orgullo?

Su voz se volvió estridente, temblaba de pies a cabeza, nunca la había visto tan furiosa. Pensé que debía de tratarse de su luna y respondí con calma que el muchacho había hablado de manera respetuosa y que no tenía intención de hacer ningún daño.

—¿Ningún daño? ¿Cómo lo sabes? ¡Oh, hay algo detrás de todo eso! ¿Por qué quiere echarme fuera? Quiere que nos olviden, a mí y a mi hijo, para ocupar el primer lugar ante el pueblo.

Su temor llegaba tarde. Sentí ganas de reír ante tanta ironía, pero me contuve. Era la hija de Minos.

—Como sabes, él ya ha hecho su elección —me limité a decir.

Pero Fedra siguió dando vueltas con su orgullo y frialdad. Tanta mezquindad parecía impropia de ella. Yo temía que adivinara mis deseos. Lamenté mil veces haberla traído a Atenas, fomentando así sus ambiciones con respecto a su hijo. Sólo un loco, sin embargo, intentaría razonar con una mujer cuando tiene la menstruación. Me fui, y como la noche era joven, encontré otra compañía.

Al día siguiente, Hipólito llevó al joven Akamas a la Bahía de Falero para montar a caballo y nadar. Volvieron curtidos por el salitre y el sol, desahogados y radiantes. Viéndolos juntos, pensé: «Se apoyará en Hipólito constantemente y ocurrirá lo mismo cuando sea rey. El mayor regirá el país en nombre del menor. ¿Qué vida le espera a un hombre en semejante situación? Cualquier rufián astuto o cualquier ramera pueden hacerlo igual de bien. La verdadera realeza es aparecer ante el pueblo designado por los dioses. El poder en sí mismo es sólo la escoria sin el oro».

Pocos días después, Hipólito me dijo:

—Padre, ¿qué clase de hombre es Menesteo? ¿Sabes qué es lo que quiere?

—¿Que qué quiere? —repliqué—. Pues pensar bien de sí mismo. Así crea problemas y no comete errores. Es un hombre útil y puede convertirse en un buen emisario, cuando deje de meterse en todo.

—Estás pensando en Halas —dijo, refiriéndose a una ocasión en que había enviado a Menesteo para que mediara en una disputa por unas tierras.

—Oh —respondí—, él había preparado las cosas para que los jefes acudieran con sus tribus y pronunciaran discursos dirigidos a mí y a sus respectivos adversarios. Naturalmente, sacaron a colación viejas rencillas. Al mediodía comenzaron a insultarse, y al atardecer a lanzarse amenazas. Verterían la primera sangre en el camino de regreso. Después tendríamos contiendas durante diez años. Así se lo dije. Cuando logré que me contase toda la historia, cogí mi carro y me dirigí hasta allí sin compañía, vi a los jefes y conseguí que llegaran a un acuerdo pacífico. Cada uno renunciaba a algo, pero todo redundaba en beneficio de los campesinos, quienes habrían muerto de hambre si sus cosechas hubiesen sido incendiadas. Tal vez Menesteo esperaba algún resultado...

—¿Qué resultado? —inquirió Hipólito—. Yo creí que era la ira. Parecía inquieto, pero ignoro el motivo.

Medité acerca de sus palabras, pues nunca hablaba a la ligera.

—Oh, le habría reportado alguna ganancia.

—No, ganancia, no. Es un hombre muy recto. Cualquier cosa que haga, necesita complacerse con ello. Quizá la ira le ayuda. ¿No has observado, padre, que cuando alguien tiene mala suerte, no importa cuánto sufra, Menesteo nunca se da cuenta? Sólo lo compadece si está equivocado.

—Su padre le pegaba —le expliqué—. Como a tantos otros. Ignoro por qué Menesteo es el único que no puede olvidarlo. Bien, no vale la pena devanarse los sesos por ello.

Así ocurría con frecuencia, cuando ambos charlábamos. Él no había aprendido a ser más sagaz de lo que era cuando niño, pero podía desenmascarar la intriga que habría enmarañado a un hombre más astuto. No había modo de cogerlo, pues no era envidioso ni despechado, ni ambicioso. Sí, era invulnerable, excepto allí de donde lo había cogido el dios que lo hizo. Uno se da cuenta de esas cosas con el tiempo.

Dos o tres días más tarde me llegó el anuncio de que la reina estaba enferma.

Dejé mis asuntos. Me sentía preocupado, pero yo estaba fuera de mí, también. Obtuvo mi permiso para irse, ya que Atenas no le sentaba bien. De haberse quedado, habría sido sin duda para no dejar a Akamas con su hermano y conmigo. El muchacho había estado demasiado tiempo sometido a su capricho y necesitaba la compañía de hombres.

Cuando llegué a su habitación, las cortinas estaban todas corridas. Yacía en la penumbra, con la frente cubierta de trapos, que las mujeres cambiaban continuamente, empapándolos en agua caliente. La habitación olía a esencias cretenses, pesadas y dulces.

Pregunté qué había dicho el médico.

—Oh, no lo puedo soportar cerca de mí, no puede hacer nada por mis jaquecas, pero no quiere dejarme en paz, sino que charla y charla hasta que mi cabeza estalla.

Se agitó, aspiró el perfume de un pomo que una doncella le acercó y cerró los ojos. Ya me iba a retirar, cuando los abrió y dijo:

—Y Akamas me vuelve loca repitiendo «haz llamar a Hipólito» todo el día. ¡Que venga, que venga! Sé que no puede aliviarme, pero no habrá paz hasta que no lo veáis con vuestros propios ojos. Tráelo, por favor, con sus grandes manos curanderas, y terminemos de una vez.

—Vendrá —dije—, si se lo pides. Pero no lo creo conveniente. Sólo servirá para que te sientas más vejada.

Adivinaba que todo lo que ella pretendía era burlarse de él para desahogar su mal humor. Apartó el paño húmedo de su frente, extendió la mano para coger otro, y dijo:

—Sí, sí, pero estoy tan harta de toda esta cháchara que no tendré descanso hasta que todo haya terminado. Envíamelo, aunque sea una estupidez. Entonces podré dormir.

Encontré al muchacho. Estaba en los establos, hablando de medicina de caballos con un viejo palafrenero. Tenían las cabezas inclinadas sobre una pata herida. Cuando le hube referido la situación, Hipólito me respondió:

—Bien, padre, iré si lo deseas, pero creo que tendré más suerte aquí; el caballo confía en mí, lo cual es imprescindible si se quiere abrir un sendero para el dios.

—Lo sé. Fedra está cansada y nerviosa y no creo que te dé las gracias. Ve de todos modos. Después de rodo, ello no te va a matar.

Recuerdo que sonreímos.

Al cruzar el patio, pensaba yo cuán a menudo en los últimos tiempos mi hijo hablaba de Apolo con reverencia. En otra época habría sido «la Señora». Pero se había iniciado en el culto paiano en Epidauro. Al fin y al cabo, son hermano y hermana.

Las criadas de Fedra habían abierto, descorrido apenas, las cortinas. Estaba recostada sobre unos grandes almohadones y le habían peinado y pintado los párpados de azul. El muchacho se acercó al lecho y se la quedó mirando. Nunca lo había visto tan torpe y desgarrado. Dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo, como si no supiese qué hacer con ellas. En voz baja le dijo a Fedra que lamentaba que sufriera tanto.

Me satisfizo que ella contestara con dulzura.

—Oh, el dolor viene y se va. Pero hoy es fuerte, y sólo me quedaba probar contigo. Haz lo que puedas.

Hipólito se concentró como he visto hacer a los curadores, mirando y pensando. Luego puso una mano sobre la frente de Fedra y se quedó como escuchando. Ella cerró los ojos. Hipólito apoyó las dos manos sobre las sienes femeninas, apretando un poco, con el entrecejo medio fruncido. Al cabo de un momento se dispuso a retirar las manos, pero ella le sujetó las muñecas; él las dejó un poco más. Al final se irguió y sacudió la cabeza, diciendo:

—Lo siento. Un elixir de corteza de sauce podrá ayudar.

Fedra abrió los ojos y exclamo:

—¡Ya desapareció!

—¿Desapareció? —inquirió Hipólito, y se inclinó para examinarla—. Qué extraño. No lo he notado. Me alegro de que te encuentres mejor. Espero que ahora puedas dormir. Adiós.

Al salir, le dije:

—Te doy las gracias en su nombre. Se le ha olvidado hacerlo.

—Ha sido obra del dios —replicó él, sonriendo—. Me gustaría saber cómo lo hizo. Bien, podemos irnos. Es un caso sencillo.

En los días que siguieron, Fedra mandó buscarlo un par de veces. En la primera ocasión lo acompañé, pero en la siguiente yo estaba ocupado y lo envié con una sirvienta. Al otro día, Fedra volvió a llamarlo, pero Hipólito se había marchado a cabalgar, llevando a su hermano menor con él. Después de todo, como le indiqué a Fedra, se había quedado para ayudar al muchacho y no tenían mucho tiempo para estar juntos.

Me quedaban aún asuntos por resolver en Halai, donde desde hacía tiempo, existía un contencioso fronterizo. La mayor parte de los días los pasé allí. Debido a mi afición al mar, había dejado muchos problemas sin solucionar. La noche siguiente me enteré de que Fedra había vuelto a llamar a Hipólito y que éste, aunque estaba en casa, no se presentó. Cuando le pregunté por qué, me respondió brevemente:

—Le envié un médico. Le hará más bien del que yo puedo hacerle.

—Tal vez —dije—. Pero ve, aunque sea por cortesía. La amabilidad hace que el hogar sea más agradable.

—Acompáñame —me propuso —, y veamos como se encuentra.

—No tengo tiempo —Creo que me mostré brusco. No era asunto suyo indicarme mi deber. Añadí—: Ve antes de que se haga demasiado tarde.

Se marchó con la doncella. Acabábamos de comer. Iba vestido para dirigirse al salón, con el gran collar de oro. Ahora lo recuerdo claramente, aunque entonces apenas le di

importancia: veo su cinturón de coral tachonado de lapislázuli, su cabello recién lavado, suave, radiante y perfumado con las dulces hierbas del baño.

Me levanté temprano, después de dormir con la joven de Sicilia, y a primera hora estaba en el consejo. No busqué a Hipólito hasta el mediodía; entonces me enteré por su paje de que había estado ausente toda la noche y aún no había regresado.

Parecía no tener importancia, conociendo sus costumbres, pero fui a preguntar a Fedra si, antes de salir, la había visitado. Todavía estaba en la cama. Una de sus doncellas corrió hacia mí llorando, con marcas de la vara en su cuerpo. También mi esposa estaba macilenta, como si no hubiera dormido, y toda la estancia se veía en desorden. Fedra me miró como si me odiara —aunque era evidente que nadie podía complacerla— y replicó irritada:

—¿Cómo he de saber dónde está tu hijo? Puede estar en cualquier parte. Anoche se comportó de un modo tan extraño y rudo...

—¿Rudo? —inquirí—. Eso es impropio de él ¿Qué es lo que dijo?

Ella siguió rezongando con palabras incoherentes: Hipólito no demostraba piedad ante el sufrimiento; las curaciones no significaban nada para él, si no servían a su orgullo; no había permanecido con los brazos cruzados, por supuesto, pero la había dejado peor que antes. Habría sido mejor que no hubiera ido a verla, pero al menos debería presentarse para pedirle perdón. Y así siguió un buen rato. Pensé en la doncella golpeada y me convencí de que Fedra quería hacer una montaña de nada, pero prometí que hablaría con el muchacho cuando lo encontrara. Al oír mis palabras, se incorporó y preguntó dónde había ido. Con el movimiento mostró su rostro más claramente. Parecía febril y enjuto, pero no estaba avejentada como suele ocurrirles a las mujeres. Con su calma habitual desaparecida, su aspecto salvaje y frágil, me recordó por primera vez desde nuestro matrimonio a la testaruda niña del Laberinto, con el cabello húmedo y desgreñado, esparcido sobre la almohada y los ojos lagrimeantes.

—Cuando esté cansado o hambriento volverá —dije—. Ya sabes cómo es. Cuando regrese lo reprenderé. Ahora consulta a un verdadero médico que conozca las mañas del oficio y toma algo para dormir.

De repente, me cogió del brazo y se colgó de él, llorando. Yo no sabía qué decirle, pero le acaricié el cabello.

—¡Oh, Teseo, Teseo! —gimoteó—. ¿Por qué me trajiste aquí?

—Sólo para honrarte. Pero si crees que en Creta te sentirás mejor, volverás allá.

Sus uñas se clavaron en mi carne.

—¡No, no! ¡Ahora no! No puedo dejarte, Teseo, no me envíes a Creta, pues moriré. — Tragó saliva y añadió—: Estoy demasiado enferma; la travesía por mar me mataría.

—Cálmate mujer, no se hará nada que tú no desees. Hablaremos cuando estés mejor.

Era indecoroso que las criadas presenciaran la escena. Salí y mandé llamar al médico. Me dijeron que estaba con el príncipe Akamas, quien se encontraba muy enfermo. Me habían estado buscando para decírmelo.

Fui a su habitación y al entrar casi muero ahogado; estaba llena del vapor de las drogas que el siervo del médico cocía en una caldera. La leña humeaba y los esclavos tosían al arrodillarse para atizar el fuego. Apenas podía ver al muchacho, que estaba incorporado en el lecho, jadeante y azul, mientras el médico le aplicaba ventosas en el pecho.

Les grité a todos que se llevaran todas aquellas porquerías antes de que lo sofocaran. Cuando le pregunté a Akamas desde cuándo estaba enfermo, me respondió que desde la noche anterior.

—Bien —dije—, por tu aspecto se ve que estos estúpidos no te han ayudado con sus hediondes. No sé qué le pasa hoy a todo el mundo.

La casa estaba llena de enfermedad y jaquecas; hacía que me sintiese viejo. Mi mente volvió a los años de la amazona, las veloces carreras en el carro cuando yo sabía para qué vivía.

—Encontraré a tu hermano. No puede estar lejos. Desde luego él lo puede hacer mejor que estos inútiles.

Sacudí la cabeza e intentó decir algo, pero la voz se le ahogó en la garganta. Sabía que, cuando le daba el ataque, no le gustaba que lo vieran. Me levanté para irme y él me cogió del brazo. Llamé a su antigua nodriza cretense para que lo atendiera, pues tenía más seso que los demás, y salí en busca de Hipólito. Cuando existe enfermedad, pensé, el médico no debe andar ocultándose.

Sólo encontré a su paje en su habitación, con los ojos fijos en la ventana. Era un joven de quince años, corpulento para su edad, y en cuanto me vio, exclamó:

—Sé dónde está, mi señor. Ha ido Roca abajo. —Y viendo mi rostro, añadió—: ¡Oh, señor, está a salvo! Lo he visto sentado.

—¿Dónde? —pregunté.

Yo estaba al borde de perder la paciencia.

—Desde aquí no puedes verlo, mi señor, pero lo verás si das la vuelta por allá abajo. Pensé que debía echar un vistazo. Conozco casi todos los lugares que frecuenta.

No era un sirviente mío, por tanto le dije tranquilamente:

—¿Y por qué no lo has traído?

Parecía atónito.

—Oh, yo nunca voy detrás de él, a no ser que me lo ordene.

Sabía perfectamente, como se sabe cuando un perro va a morder, que si yo le daba una orden, la desobedecería. Por lo tanto, pregunté dónde estaba el lugar.

—En la entrada de aquella antigua cueva, señor, en la ladera occidental, donde está el santuario de la Señora.

Había sido construido después de la guerra escita, como acción de gracias por la victoria. Recordé la dedicatoria, la sangre y las flores, la piedra tosca con que volvió a cerrarse la cueva. No había estado allí desde entonces. Era la última puerta que Hipólita había cruzado en vida. Pero ahora estaba tan harto de la gente, que fui personalmente.

El camino estaba cubierto de maleza y tan duro como cuando la cueva había sido abierta. Yo ya no era tan ágil como entonces, y en un par de ocasiones mi pie resbaló y tuve un sobresalto. Pero llegué abajo sin más dificultades.

Allí estaba Hipólito, sentado con la espalda apoyada en una roca y los ojos fijos en el mar. Por su aspecto, adiviné que permanecía inmóvil. No se movió hasta que casi estuve junto a él. Conocía su melancolía desde sus primeros años, pero jamás había visto operarse en él cambio semejante. Era como si le hubieran arrebatado la juventud. Tenía ante mí a un hombre ya maduro. Un rostro que habría podido calificarse de atractivo si en él se hubiese reflejado la alegría de vivir, un rostro hundido y meditabundo como el de un campesino cuyo buey ha muerto. Eso es lo que vi primero: la expresión de quien ha sufrido una pérdida y no sabe qué camino escoger.

Se puso en pie. Ni siquiera parecía sorprendido de verme. El contacto con la roca había dejado profundos surcos rojos en su espalda.

—Creí que te habías quedado para cuidar de tu hermano —le reproché—. Está medio muerto y te he buscado en vano todo el día.

Inició la marcha. Con el rostro horrorizado, golpeándose el muslo, exclamó:

—¡Santa Madre! Debí adivinarlo.

—Pues habrías librado a mis sandalias de este camino de cabras. Pero supongo que eres dueño de ti mismo. Bien, si deseas ayudar al muchacho, debes darte prisa.

Caminamos hasta el sendero y allí nos detuvimos. Pensé que se sentía irritado por haber seguido yo sus pasos hasta el santuario y me pareció que le daba demasiada importancia al asunto, fuera cual fuere la razón que lo había llevado allí. Se detuvo. Creo que mi impaciencia se hizo evidente.

—Dudo —manifestó al fin— que pueda servirle de ayuda. ¿Estás seguro de que preguntó por mí?

—Está harto de llamarte. Y casi de respirar, también. ¿Vas a ir, o no?.

Permaneció allí, quieto. Sus ojos de profunda mirada no buscaron los míos. Entonces dijo:

—Muy bien. Lo intentaré. Pero si no me necesita, tendré que dejarlo.

Subió en línea recta, ágil como un gato a pesar de su corpulencia, cortando camino por los acantilados, gracias a sus brazos largos y musculosos. Lo seguí a mi paso y lo esperé en mi habitación.

Tardaba tanto que me pregunté si no se habría vuelto a extraviar. Por fin oí su voz al otro lado de la puerta. Mas cuando ésta se abrió, el primero en entrar fue Akamas. Estaba lavado, peinado y vestido. Estaba delgado como un hilo y tenía oscuras ojeras, pero su respiración era, otra vez, normal. Hipólito estaba detrás, con un brazo sobre su hombro. No

tenía mucho mejor aspecto que su paciente, a mi parecer. Ninguno de los dos había dormido en varias noches.

—Padre, tendré que partir mañana. ¿Puede venir Akamas conmigo? Quiero llevarlo a Epidauró. Allí haremos que su salud mejore. No le conviene quedarse aquí.

Clavé mis ojos en ellos.

—¿Mañana? Tonterías. Mira al muchacho.

No esperaba verle en pie de nuevo. Akamas se aclaró la garganta y me dijo torpemente que se encontraba muy bien.

—Y óyelo —añadí.

—Es sólo un día de navegación.

Conocía a Hipólito. Era como hablarle a un asno que no quiere arrancar.

—Los príncipes no huyen por la noche como vulgares ladrones de ganado —dije—. Daría que hablar. Decidiremos algo la semana que viene.

—Akamas tiene que irse ahora. Me pediste que lo ayudara, padre, y ésta es la única forma.

El muchacho descansó el peso del cuerpo en un pie, procurando, sin embargo, no inclinarse, para que yo no pensara que era debilidad.

—¿A qué tanta prisa? —Todo el mundo parecía embrujado, yo no podía explicármelo—. Ayer no tenías urgencia alguna ni ha llegado ningún mensaje desde entonces. Puedes esperar, creo yo, a zarpar decentemente y dar a tu hermano algún descanso.

—Padre, tengo que irme —dijo Hipólito. Volví a ver la mirada furtiva dirigida a la Roca—. Debo hacerlo.., he tenido un augurio.

Pensé en el vuelo del pájaro aquella noche sobre el acantilado. Sentí la punzada de la traición; no me gustó.

—¿De la Diosa? —pregunté.

Frunció la boca y el entrecejo, y al cabo de un instante asintió. Yo estaba mortalmente cansado tras el trabajo del día, la escalada y todos estos hechos que no llegaba a comprender.

—Muy bien —dije—. Creo que no será peor que sofocar al muchacho con humo. ¿Y quién de vosotros se lo dirá a su madre?

Ambos se miraron como si fuesen sordomudos.

—Ninguno de los dos, por supuesto. Me tocará a mí.

Lo hice de inmediato, para terminar de una vez. Fedra aún estaba en cama. El médico le había administrado esencia de adormidera, pero permanecía despierta, mirando la puerta con expresión sombría. Comencé por informarle de que Hipólito se disponía a partir, porque supuse que eso la complacería, más tarde añadí que Akamas se iría con él. Aunque advertí que se ponía rígida y apretaba los puños, no dio muestras de sentirse intranquila.

Mis hijos zarparon a la mañana siguiente. Estaba lloviendo y envié a Akamas bajo cubierta. Hipólito me dijo adiós desde la popa, envuelto en un manto negro, con el cabello rubio pegado a la mejilla por el viento y la lluvia. A veces, durante una cacería, había visto a su madre de igual forma. Hipólita no me había ocultado secreto alguno más profundo que la sombra de una hoja en un torrente. Con ella siempre sabía dónde estaba.

Al final me miró como si deseara hablarme. Tanta precipitación resultaba extraña. Yo no le había hecho daño para que se cerrara de semejante manera conmigo. Me parecía que algo saltaba de sus ojos, pero nunca había sido hombre de muchas palabras. El piloto gritó: «¡Soltad amarras!» y las húmedas espaldas de los remeros se inclinaron. Me marché antes de que la nave zarpara rumbo al mar abierto.

Llegó el otoño. Yo estaba menos atareado que otros años, pues había pasado en casa todo el verano. Las habitaciones parecían vacías. Cuando entraba con intención de comentar algo, sólo había siervos para escucharme. Amyntor había muerto tiempo atrás, en un altercado familiar, indigno de su espada. Aprendí a guardar para mí mis decisiones, hasta las últimas semanas.

Una nave de Troizen me trajo una carta de Hipólito. Decía que Akamas estaba mucho mejor, que sólo iba al santuario cada tres noches para ver al médico y tomar algo que le permitiese dormir.

«Así, padre, ¿me perdonas ahora por haberme marchado? No era mi deseo. Ningún otro hombre podrá enseñarme lo que yo aprendí de ti. A tu lado era feliz.»

La carta ocupaba un par de tablillas de cera, y por la letra me di cuenta de que le había costado mucho redactarla. La guardé en un cofre, con las cosas de su madre.

La casa estaba tan tranquila que uno no podía esperar más que vivir en paz. Pero tan pronto como se hubo ido su hijo, Fedra comenzó a temer por él: primero, que tendría un ataque y moriría lejos de ella; después, cuando las noticias eran buenas, que él la olvidaría. Siempre parecía enferma, pero los médicos no podían poner nombre a su enfermedad, excepto que se debía a que estaba muy preocupada por su hijo. Intenté razonar con ella. ¿Es amor, le decía, querer que vuelva sin curar? Los achaques podían arruinar la vida de Akamas y la del reino. Temía un estallido, pero Fedra asintió mansamente:

—Tienes razón, Teseo. Pero no puedo descansar ni de día ni de noche, pues temo que corra algún peligro y no me dé cuenta de que un dios quiere advertírmelo. Sólo haz una cosa por mí: déjame ir a Troizen, con tu madre, y quedarme allí una temporada. También veré a los médicos de Epidauro. Déjame ir. Creo que no es pedir demasiado.

—Es bastante —dije—. Creta sería un lugar apropiado, pero si vas a Troizen la gente pensará que te he mandado para apartar un obstáculo del camino. Más vale que no volvamos a hablar del asunto.

Ya era demasiado tarde para pensar en Creta; los vendavales habían comenzado.

Eché un vistazo a su habitación: observé el desorden de vestidos y joyas colgados o tirados por el suelo, los frascos, jarrones y espejos, los botes y frascos de medicinas por todas partes, el olor de mujeres en un lugar cerrado y recordé la habitación tal como había sido tiempo atrás: cortinas abiertas de par en par para recibir la sonrisa del sol, madera limpia y pulida con perfume a cera de abejas y esencia de limón, un arco y un gorro de seda sobre el lecho sin utilizar, una lira apoyada contra la columna de la ventana, y migas sobre el antepecho para los pájaros.

El lugar había perdido todo su encanto; me parecía odioso y profanado. Deseaba marcharme, pero los meses de navegación habían pasado. Por lo tanto, dije:

—Muy bien, iremos los dos a Troizen para ver al muchacho. De ese modo nadie pensará mal.

Insistió en ir sola, alegando que así no sería una molestia.

—No lo será —respondí—, mientras te mantengas en paz con Hipólito. Él es ya dueño y señor de la casa, aunque no lo sea nominalmente, y tú serás su huésped. Cualquiera queja que tengas me la debes comunicar a mí.

Envié un mensajero hasta el Istmo para anunciar nuestra llegada. Pero los caminos estaban infestados de bandidos. Cayó en una trampa, fue cuidado por gentes ignorantes y no entregó el mensaje hasta que nosotros hubimos emprendido la marcha.

Después de la enfermedad de Akamas, los sacerdotes atenienses habían consultado los oráculos y dijeron que el augurio denotaba una maldición de los palántidas, muertos hacía muchos años en las guerras de mi padre. Mi conjetura era que los médicos estaban celosos de Epidauro. Pero para complacer a todos y apaciguar a los gentiles, si realmente estaban encolerizados, hice saber que echaba sobre mí la culpa de Atenas y que volvería purificado.

Fue un viaje otoñal, tedioso y lento. El camino estaba resbaladizo o bien bloqueado por peñas desprendidas de las colinas; las cortinas de cuero de las literas de las mujeres apenas las resguardaban de la lluvia torrencial. Temí que Fedra hallara la muerte al cruzar el Istmo, pero lo soportó alegremente y parecía haber mejorado, aunque todas sus sirvientas estaban resfriadas.

Doblamos el camino de la costa para detenernos en Epidauro. El recogido valle semejaba una fuente que recibía la caricia de la lluvia. En la casa de huéspedes, que olía a pino y tesina, y mientras el siervo me enjugaba con una toalla, dirigí la mirada hacia el claro revestido con las hojas de otoño y el húmedo y verde heno. Las casas para los enfermos tenían las puertas cerradas para protegerlos de la inclemencia del tiempo. Las hayas amarillas goteaban y extendían sus hojas sobre el torrente, cuyas piedras rodaban y se partían en el torbellino de las compuertas abiertas. Entre la hierba había charcos, e inclinados sobre éstos, altas espigas. Era, ciertamente, una escena sombría, pero ofrecía cierta calma, un desahogo para el espíritu, una sensación de vivir al compás de las estaciones y los dioses... Me habría gustado despedir a toda mi gente y sentarme en una de aquellas chozas viendo caer la lluvia, oyendo el torrente, esperando sin prisas que el sol hiciera brillar el agua que se escurría por el ramaje, el perfume de la tierra mojada al anochecer, el silbido de los mirlos y una pajarita de las nieves deslizándose sobre la hierba.

Habíamos llegado casi sin previo aviso, pero los médicos son gente acostumbrada a las prisas. Todo estaba dispuesto y en orden. Si yo hubiera gritado: «¡Auxilio, me muero!», habría ocurrido lo mismo. Nos recibió el rey-sacerdote de Esculapio, majestuoso y despierto, pero cauteloso como si guardara algún secreto... acostumbrado como estaba a guardar los secretos de los enfermos incluso ante los reyes, según lo exige el voto hecho al dios. Era más joven que yo y vestía sencillamente, más como sacerdote que como rey, dispuesto siempre a trabajar con sus manos en el cuerpo de los enfermos en servicio del dios. Su reino no tiene necesidad de guerra, pues es santo, ni de riquezas, pues las ofrendas lo mantienen. Cuando le pregunté por Akamas, respondió que aquel día el muchacho estaba allí y que se encontraba bien, pero no era conveniente despertarlo y traerlo bajo la lluvia. Hablaba muy cortésmente, pero como un monarca. No discutí; reinaba demasiada calma en el lugar.

Como Fedra había venido para ver al muchacho, temí que provocara una escena. No fue así, sino que se puso impaciente y arguyó que, puesto que no había motivos para quedarse, sería mejor darse prisa y terminar el viaje de una vez.

La lluvia escampó en el camino. El aire era suave y fresco, aunque menos de lo que yo había esperado. Desde mi carro, en una revuelta del camino, oí a lo lejos el canto de los gallos votivos: las aves de la luz saludando al sol.

Llegamos a los límites de Troizen al anochecer. La sombra de la montaña poblada de bosques dejaba la casa en penumbra; grandes sábanas de luz rojiza se extendían por el cielo, tiñendo las islas. El mar era de un azul pálido. En el camino el oro refulgía y ardía como luz de antorchas; se veían penachos y crines agitadas, sobre los que brillaba un resplandor más pálido. Era mi hijo cabalgando a mi encuentro.

Nos encontramos al crepúsculo. Iba vestido de gala, su auriga sostuvo las riendas mientras él saltó y se acercó hasta donde yo estaba, prescindiendo de su rango. Sus ojos ensombrecidos parecían casi negros. Al tenderme la mano para ayudarme a bajar, nuestros ojos se encontraron y la oscuridad de los suyos me rozó del mismo modo que el primer dedo de la noche había rozado el palacio. Era la mirada de un guerrero armado para una batalla perdida de antemano. ¿Por qué mostraba compasión? Era el rostro de la fatalidad. Parecía como si después de haber recibido una herida mortal, me hubiera permitido mirarlo en la esperanza, tan postrera como inútil, de recibir auxilio.

Yo estaba cansado, dolorido y sentía frío, mi mente pensaba en un baño caliente, vino con especias y una buena cama acogedora. La extraña sensación recibida heló mi alegría, la única parte de mi ser que estaba a gusto. Recordé la noche en que Hipólito había huido de Atenas y la extraña vigilia anterior a su partida. «Nadie debe meterse en misterios de mujeres», pensé. Ningún bien podía venir de ello, sólo malos sueños y pesadillas. Era mejor tomarlo a la ligera. Lo saludé alegremente, e hice algunas bromas sobre el viaje.

El temor y la tristeza desaparecieron de su rostro, sonrió, como corriendo un manto para ocultar la sangre, avergonzado de haberla mostrado. Entonces se acercó a la litera de Fedra. Vi que inclinaba la cabeza, pero ella descorrió las cortinas apenas lo justo para devolverle el saludo. Quedé descontento: debía mostrar mejores modales, tanto con el heredero de Piteo como con mi hijo. Era un mal comienzo.

La piedra se mueve en la montaña, desplazada por el pie de una cabra o el roce de la lluvia. Luego cae y rueda y la mano de un niño puede detenerla. Pero, de pronto, comienza a dar grandes saltos, veloces como una piedra arrojada con una honda; al fin brinca del acantilado como una flecha de Apolo y puede incrustarse en el cráneo de un hombre, tras taladrar un yelmo de guerra.

Con la misma rapidez llegó el fin. O así me lo parece ahora. Sin embargo, en Troizen pasaron los días, hubo tiempo incluso para que cambiara el año. La niebla colgó de los robledales de las montañas y luego se disipó; las hojas caídas formaron una crujiente capa de un talón de profundidad, avisando al ciervo de la presencia del cazador; la lluvia cayó sobre las hojas, que se convirtieron en mullidas alfombras que se abrazaban a la tierra, oscuras como pieles viejas, con olor a humo.

Como una antigua nave que se inmoviliza al topar con calma chicha, así ocurrió con Pireo. Sus ojos se habían vuelto de un color blanco lechoso y sólo veía sombras moviéndose. A su mente le ocurría algo muy similar. Le gustaba que mi madre permaneciera a su lado, pero la mayor parte de las veces la confundía con una esclava muerta tiempo atrás, que él trajo cautiva cuando era joven. Solía ordenarle que cantara y, para complacerlo, ella preguntaba a todos los viejos qué canciones entonaba dicha joven, pero nadie recordaba ni siquiera su nombre. Hacía sesenta años que en Troizen no moría un rey. Cuando tuvimos que enterrarlo, no vivía nadie que pudiera decirnos cómo eran las antiguas costumbres. Debía ser el final de una gran vida, pensaba, lo que hacía que la misma luz se nos antojara extraña, como ocurre antes del trueno, cuando las islas lejanas parecen cercanas y claras.

Mi madre pasaba el día entero en la habitación superior, de la que sólo salía para atender los asuntos de la casa o los ritos, o bien para descansar. Así que no nos vigiló. Y si vio augurios de muerte en las telarañas o en el canto de los pájaros, la cosa no tenía nada de extraño.

Akamas regresó a Epidauro, pero todavía dormía en el bosque sagrado cada tres noches; los sacerdotes argüían que aún no habían recibido augurios que les permitieran declararlo curado. La estancia parecía haberle sentado bien; por su acritud, muy bien podría haber sido un sacerdote. Pasaba el tiempo dentro del palacio, fabricando una lira con la ayuda de un artesano, pues le habían dicho que lo hiciera como ofrenda a Apolo. Pero siempre que podía, se acercaba a su hermano y lo seguía como una sombra. Me di cuenta de que a Fedra no le gustaba verlos juntos, pero ¿qué podía decirle al muchacho, acaso: «Hipólito es cuatro años mayor que tú: son los años de la amazona, cuando tu madre, hija de Minos y descendiente de mil años de reyes, esperaba en Creta que yo encontrara tiempo para visitarla»? A su edad, ya podía comprenderlo por sí mismo.

Una vez le dije:

—Deberías pasar más tiempo con tu madre; hizo este viaje en la estación fría sólo para verte.

Se encogió de hombros y replicó con firmeza:

—A ella no le importo, señor. Sabe que ya estoy mejor.

Por un momento me sentí en presencia de un hombre maduro, acostumbrado a tomar sus propias decisiones. Pero era muy cierto que Fedra nunca preguntaba por él cuando no lo tenía cerca.

Por decencia, más que por deseo, no había llevado ninguna sierva conmigo. En todo caso, había llegado la hora de poner orden en nuestro matrimonio. Pero por la noche siempre ocurría algo: desmayos, jaquecas, signos de mal agüero o la luna. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera echar a las sirvientas de su habitación para compartirla con ella. Fedra nunca se había mostrado reacia al amor hasta ese año. Yo no tenía aún cincuenta años y ninguna mujer pudo decir jamás que la hubiera decepcionado. Comencé a pensar: «¿Me estaré haciendo viejo?». Las nieblas de otoño empañaban la alegría de mi ánimo, me volví inquieto, me encerraba dentro de palacio, me privaba incluso de la caza por temor a la lluvia.

Decidí regresar a Atenas y dejar a Fedra. Pero aquella misma noche, distinguí a una joven nueva y bonita entre las mujeres del baño. Supuse que debía ser el trofeo de batalla de algún noble palaciego muerto recientemente. Saltaba a la vista que las lágrimas de la muchacha no turbarían su sombra. El rey Piteo, manifestó ella quedamente, la había enviado para servirme. Lo había visto aquel mismo día; apenas podía distinguir la noche de la mañana. Tan discreto regalo provenía de mi hijo.

«Buen muchacho —pensé—, me quiere bien.» Pero el hecho me parecía extraño, impropio de él. Aunque guardé a la joven, que me complació, atizó mi orgullo pensar que todo el mundo sabía que yo dormía sin compañía. Raras veces hablábamos a solas. La tristeza que advertí al encontrarlo no se había disipado, antes bien, pareció aumentar. Era peor que sus antiguos sueños diurnos. Algo andaba mal; el muchacho estaba incubando algo. Hubiera asegurado que estaba enfermo, de no haberle visto escalar los acantilados como un león de montaña. La mirada hermética que en ocasiones mostraba estando en Atenas, raras veces abandonaba ahora su rostro. Estaba perdiendo carne; por la mañana sus ojos estaban hinchados. Solía marcharse durante el día, nadie sabía dónde. Me di cuenta de que abandonaba, incluso, los asuntos del reino; fijaba una hora, se olvidaba y desaparecía. Desde las murallas solía ver con frecuencia, a lo largo del camino de Epidauro, su carro corriendo como si se tratara de una competición. Solía volver salpicado de barro de la cabeza a los pies, sumido en profundos pensamientos, y apenas si salía de su ensimismamiento para sonreír y saludarme. A veces iba a pie; vislumbraba su cabello brillante en el sendero que conduce al robledal de Zeus. La mirada de mi mente lo seguía, traspasaba la roca con un ojo de piedra. ¿Qué buscaba? ¿Qué augurio? ¿Acaso había sido mejor recibido que yo?

Un día su paje se acercó a mí y me preguntó torpemente si lo había visto. Tenía que entregarle una nota de mi esposa, la reina. Le pedí que me la diese, y me la entregó fácilmente. Quizás era tonto; quizás menos estúpido de lo que parecía.

La tablilla decía: «Teseo te echará en falta; ¿olvidas que es tu huésped? Por mí no tiene importancia. Pero ofendes y menosprecias a tu padre. ¿Qué es lo que temes?».

Le dije al paje que lo dejara de mi cuenta, y fui derecho a la habitación de Fedra. Cuando nos quedamos a solas le pregunté:

—¿Qué significa esto? ¿Qué te pasa con Hipólito? ¿Así cumples tu promesa?

Terminé más sosegado de lo que comencé, pues veía que Fedra no se encontraba bien. Se había tendido boca arriba, con una mano agarrada a la garganta. En los últimos tiempos había sufrido constantes sofocos, pero se negaba a ir a Epidauro.

—Vamos, cálmate —rogué—. Yo tengo la culpa; debería saber que vosotros dos nunca os pondréis de acuerdo. Ambos conocemos el motivo pero, ¿de qué sirve hablar de ello? Lo hecho, hecho está, pero ocurrió hace mucho y ella está muerta. Viniste aquí para ver a Akamas; ahora ya sabes que está bien. Cualquier día el viejo puede morir. No quiero que haya contiendas en la casa, cuando mi hijo tome posesión de la herencia. Dentro de dos días regreso a Atenas. Tú vendrás conmigo.

Me miró un momento y se echó a reír. Una risa baja al principio que después se convirtió en una carcajada salvaje y chillona. Llamé a sus criadas y la dejé. Cuando me desposé con ella sabía que procedía de un tronco carcomido, dado a todos los extremos. Sólo debía preocuparme por el reino.

Hipólito estaba fuera, como de costumbre. No regresó a casa hasta el crepúsculo, sofocado, exhausto y con los vestidos manchados de barro. Me saludó con cortesía, pero ello no reparó su negligencia. Sin embargo, recordé que por mí había sobrellevado pacientemente los sarcasmos de su madrastra y le comuniqué sin enfado que nos volvíamos a casa.

Comenzó a decir algo, tartamudeó y calló, se hincó de rodillas y llevó mi mano a su frente. Permaneció así tanto tiempo que le dije que se levantara. Se irguió lentamente. Tenía los ojos llorosos. Permaneció quieto, respirando hondo, mientras grandes lágrimas surcaban sus mejillas. Por fin murmuró:

—Lo siento, padre. No sé qué me pasa... Lamento que te marches. —Se le ahogó la voz—. Perdóname —repitió y salió corriendo.

Al volverme, vi al joven Akamas, que había estado buscándolo. Últimamente solía despegarse del muchacho para ir solo. Lo contempló horrorizado y echó a correr por otro camino. Tenía de él un concepto demasiado alto para no avergonzarse al verlo acobardado.

Pasó el día, la noche y la mañana siguiente. No sé cómo empleé el tiempo, el recuerdo se me ha borrado. Pero poco antes del mediodía, fui a los establos para ver si los caballos estaban en condiciones de emprender el viaje. La lluvia había cesado, pero nubes grises cubrían el cielo, y desde el mar soplaba una brisa húmeda.

De repente oí el grito desesperado de una mujer. Por un momento creí que eran imaginaciones mías; hasta entonces no había advertido un incipiente dolor. Entonces el chillido

se convirtió en agudos alaridos, como si la mujer estuviera temblando. Pensé: «Su marido le está dando una paliza».

Se levantó un gran griterío:

—¡Una mujer violada! ¡Una mujer violada!

Conocía la voz. Los ojos de mi auriga se encontraron con los míos. Nos pusimos en marcha como un solo hombre. Apenas salté al carro, desató los caballos. Los gritos procedían del olivar situado junto a los graneros. Estaba dedicado a la Madre Día, con un pequeño y antiguo altar en el que mi madre solía ofrecer sacrificios en primavera para beneficiar a los árboles. Trotamos penetrando atrevidamente dentro del recinto sagrado, nos apeamos y echamos a correr.

Entre los árboles, no lejos del altar, estaba Fedra, sentada en el suelo, llorando y gritando, moviendo el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, golpeando el suelo y después su pecho con los puños apretados. Su cabello ondeaba desmelenado, su corpiño y camisa se abrían a cada golpe; sus hombros, brazos y garganta estaban cubiertos de grandes moretones.

Corrí hasta ella. Clavó las uñas en mis brazos, farfullando y balbuciendo algo. No logré comprender las palabras. Cuando intenté levantarla, le resbalaron los vestidos. Me apartó las manos para abrocharse el cinruron sin dejar de temblar y respirando roncamente. Luego, con una mano, recogió su camisa hecha un ovillo, mientras que con la otra señalaba en dirección al olivar. Su voz estalló en un graznido, semejante al del cuervo:

—¡Atrás!

Oí voces de hombres, pasos precipitados, entrechocar de armas. El griterío había atraído a la guardia. Todavía estaban subiendo, pero los más cercanos oyeron sus palabras y ya estaban corriendo entre los árboles, como perros cazadores cuando divisan la presa. Al mirar al olivar, vi al hombre.

Estaba corriendo hacia la falda de la colina, saltando los peñascos, salvaje, como un ciervo. Cuando el viento del mar agitaba su cabello, la luz se prendía en él. En toda Troizen no había otra cabeza igual.

Me quedé paralizado. Una terrible náusea recorrió mi cuerpo, como si dentro de él ya no quedase sitio para nada.

A mi alrededor proseguía el estrépito de la alarma. Mis sienes parecían a punto de estallar. Sólo los más cercanos sabían a quién estaban persiguiendo. Mas cuando se extendió la noticia, todos echaron a correr. Hay leyes grabadas en los huesos de los hombres, más antiguas que los propios príncipes.

Encargué a algunos que cuidaran a las mujeres de la reina. Conminé al resto:

—¡Dejadnos solos!

Fedra se había abrochado la camisa. Ahora estaba en pie, restregándose las manos, como si pretendiera librarse de una mancha pertinaz.

—¡Rápido! —le urgí—. Nadie puede oírnos. En nombre de Zeus, ¿Qué ha ocurrido? Habla.

Jadeaba. A cada resuello se oía cómo le castañeteaban los dientes. Pude dominarme gracias al hábito de administrar justicia.

—¡Vamos, habla de prisa, antes de que lo traigan!

Pero ella no hacía más que balancearse y restregarse las manos. Una luz repentina estalló ante mis ojos. Me acerqué y le grité:

—¡Habla, mujer! ¿Consiguió hacerlo, o no?

—¡Sí! —gritó, y su boca permaneció abierta, inmóvil. Pensé que empezaría otra vez a gritar, pero finalmente llegaron las palabras—: En Atenas comenzó a acosarme, pero decía que era para curarme la cabeza. Yo entonces no lo sabía. Fue aquí donde me lo dijo, aquí, en Troizen. Me sentí casi muerta de temor. No me atrevía a decírtelo. ¿Cómo podía hablarte de tu hijo, decirte cómo era y lo que pretendía? ¡Me deseaba! ¡Sí, desde luego! ¿Pero había más, había más! Esta es la verdad, Teseo. Ha ofrecido un voto a la Diosa: restablecer su dominio.

Estábamos solos en el olivar, junto al antiguo altar. Los hombres que mandé retirarse proseguían la caza. Sentía como si unas manos enormes me apretaran la cabeza, con la intención de triturármela.

—Dijo que tenía augurios de que debía casarse con la hija de Minos y convertirla en Diosa sobre la Tierra. Entonces conseguiría el poder y gobernaría el mundo. Lo juro, Teseo, lo juro por esta piedra sagrada. —Un gran temblor estremeció su cuerpo—. «Déjame reinar

contigo y amarte, y cuando ella me llame, para mí no representará nada morir. Como los dioses, seremos recordados eternamente.» Eso es lo que me dijo.

Se desvanecían los ruidos de la persecución. La multitud regresaba al olivar. Se detuvo para esperar que llegara.

«¡Todavía no! —pensé—. ¿Es que no me pueden dar tiempo?»

Sentía que me estallaban las sienes. Ansiaba estar solo, lo mismo que un hombre herido ansía el agua. Pero la voz de Fedra seguía resonando:

—Yo le reproché: «¿Cómo puedes hablar así estando tu padre vivo?». Y él me respondió: «Está bajo su maldición, y la tierra está harta de él. Ella llama a los hombres y los coloca en su sitio; él ya ha cumplido su plazo».

En medio de las palpitaciones de mi cerebro oí voces susurrantes, quebradas por el jadeo de la carrera. Hipólito caminaba entre ellos, libre, respirando al frente, como un hombre al que conducen a la muerte.

Las mujeres habían acudido desde el palacio. Rondaban entre los árboles igual que pájaros asustados, aturcidas y temblorosas, empujándose entre sí mientras caminaban, murmurando palabras entrecortadas acerca del cuerpo magullado y las vestiduras desgarradas de Fedra.

De repente, mi esposa se agarró a mi brazo.

—¡No lo mates, Teseo, no lo mates! No pudo evitarlo. Estaba enloquecido, al igual que las ménades.

Pensé en Naxos, en las manos ensangrentadas, la carne desgarrada, la joven durmiente sucia de sangre y vino. La sangre aparecía por doquier, incluso en el color del cielo. «Semeja el aviso del terremoto», pensé, pero de inmediato se desvaneció el pensamiento. Sus manos en mi brazo me recordaban las manos de su hermana. Me las quité de encima e hice una señal a las mujeres. El antiguo altar me miraba, cada hendidura de la piedra era una mueca y cada agujero un ojo.

Habían llegado hasta nosotros. Hipólito estaba de pie frente a mí. Estaba despeinado y le sangraba la cabeza allí donde le habían arrancado el cabello. Su túnica mostraba un desgarrón en el hombro. Sus ojos se encontraron con los míos. Así debe de quedarse un león cuando se ve acorralado y no puede volverse a ningún sitio, aguardando la punta de la lanza y contemplando al cazador como si se tratara de una visión.

Las mujeres se acercaron a Fedra; una la envolvió en un manto, otra le aplicó un frasco a los labios. Esperaron mi permiso para llevársela. Sus moretones se oscurecían; muy bien podría haber sido una esclava apaleada. Las náuseas, los ruidos de mi cabeza me estaban volviendo casi loco. Llevé mi mano a la daga. El graznido de los pájaros dominaba los chillidos de las mujeres, los mugidos del ganado en los corrales y el interminable aullido de un perro. Todos ellos eran sonidos de la tierra, habituales y conocidos. Señalé en dirección a Fedra, envuelta en el manto, convulsionada, y pregunté a mi hijo:

—¿Has hecho tú esto?

No respondió. Pero volvió los ojos hacia mi esposa. Fue una mirada larga, oscura. Ella se cubrió el rostro y rompió a llorar. Hice un gesto a las mujeres; se la llevaron, murmurando entre los árboles.

Los ojos de Hipólito se encontraron con los míos; advertí que apretaba los labios y su rostro se ensombrecía. Mientras el horror acumulado en mí se convertía en furia, mantuve alguna esperanza, como el centinela de una ciudad caída que permanece solo sobre la muralla. No llegó señal alguna; no había mensaje. Todos los enemigos de mi vida se daban cita en mi hijo.

Hablé, pero lo que dije se ha borrado de mi mente. Poco después caí enfermo y cuando volví en mí las palabras habían desaparecido. Pero a veces me despierto percibiendo el sonido que acaba de desvanecerse. En alguna parte, dentro de mí, están las palabras y me resisto a dormirme por miedo a que el sueño las deje sueltas.

Tan clara parecía su culpabilidad, como las colinas lejanas situadas más allá de la tormenta. Miró el santuario y me habló de un augurio; había llevado a Akamas a Troizen para que Fedra lo siguiera; me había ofrecido una mujer para alejarme de ella y huía de mi presencia día tras día, para que yo no leyera sus pensamientos. Había llorado al enterarse de que ella se iba. Era su última oportunidad. Parecía tan claro como si un dios me lo hubiera gritado al oído. En efecto, mis oídos retumbaban.

Cuando pronuncié las palabras que he olvidado, los hombres que lo rodeaban se apartaron. Todavía no era rey de Troizen y ya nunca lo sería. Al violar a la esposa de su padre, había quebrantado las leyes sagradas de los lares. Además, yo no solamente era su padre y su huésped, sino el rey supremo de Anca, Megara y Eleusis, guardián de Tebas, y señor de Creta. ¿Cómo se atrevía a convertirse en mi enemigo?

Se quedó en pie y me escuchó. Ni una sola vez abrió los labios para responder. Al acercarse al final, vi que retorció las manos, se le dilataban las ventanas de la nariz, y sus ojos estaban fijos, como durante una batalla, sobre el escudo. Dio un paso al frente, apretó los dientes y volvió a retroceder. En su rostro leí con tanta claridad, como si sus palabras estuviesen grabadas en mármol: «Que algún dios me retenga antes de que coja a este hombrecillo y lo estruje en mis manos».

Si yo hubiera podido, lo habría matado de un golpe.

La ira que rebullía dentro de mí parecía el furor de la tierra. Me alcé sobre los pies, igual que el fuego de la tierra se levanta en los volcanes antes de destruir los campos. Repentinamente, como si las llamas iluminaran mi mente, comprendí la verdad. No se trataba solamente de mi furor. El perro aulló, los pájaros chillaron y mi mente quedó yerra, pero no advertí el aviso de Poseidón, porque mi furor se había levantado al mismo tiempo que el suyo. Ahora lo notaba y sentía que pronto caería. El dios, mi padre, permanecía junto a mí para vengar mi amargo ultraje.

La cólera de Poseidón era como un rayo en mi mano. Todos me miraban con mayor temor que el inspirado por un simple mortal. Hipólito también. Con la fuerza que el dios me infundía asenté mis pies en la tierra y grité:

—¡Sal para siempre de mis tierras y de mi vista! ¡Vete con mi maldición y la de Poseidón, el que hace temblar la tierra! ¡Ten cuidado con su ira, pues pronto estallará!

Se quedó todavía un momento con el rostro blanco como una piedra. Casi de inmediato no quedó ante mí más que un lugar vacío. La gente lo siguió con los ojos, pero nadie fue tras él como lo hubieran hecho con otro para expulsarlo a pedradas. Lo habían amado. Supongo que para ellos era evidente que su locura y condenación habían sido enviadas por el cielo y prefirieron dejarlo en manos de los dioses. Se había ido. Y cuando el furor comenzó a enfriarse en mí, igual que una fiebre, sentí la enfermedad del terremoto, como siempre había sentido.

Cerré los ojos doloridos. Una imagen relampagueaba tras ellos, como si hubiese estado esperando allí: las arboledas de Epidauró, sumidas en la paz y bajo la lluvia. Entonces, siendo yo sacerdote además de rey, recordé que durante toda mi vida, desde que era un niño en el santuario de Poseidón, había considerado el aviso como garantía de que, llegado el momento, salvaría al pueblo, y nunca lo había utilizado como maldición.

Desperté, volví en mí, miré a mi alrededor y dije a la gente de Troizen:

—He recibido la señal de Poseidón. Pronto hará temblar la tierra. Avisad en todas las casas para que salgan fuera. Enviad un mensaje al palacio.

Prorrumpieron en alaridos de espanto y echaron a correr. No tardé en oír los cuernos de los heraldos. No quedaron a mi lado más que los hombres que habían venido conmigo desde Atenas, expectantes y un poco apartados, sin saber si acercarse o alejarse. Me quedé solo, oyendo los gritos de la alarma que se extendían desde la ciudadela. Pero también distinguí otro sonido: el de un carro tirado por tres caballos corriendo por el camino. Me estremecí, pues conocía la proximidad de la ira del dios. Así lo oí al principio, como un latido maldito sobre la tierra, retumbando en mi cabeza. Entonces recordé: todas las almas de Troizen habían recibido mi aviso. Sólo a él lo dejé envuelto en tinieblas, de suerte que oyendo no comprendiera.

Mi corazón comenzó a latir con mi propia ira y la del dios. El palacio era como un enjambre cuando lo ha pisado un caballo: mujeres corriendo con chiquillos, ollas y hatillos, y mayordomos con objetos preciosos. Reinaba un movimiento de colmena en las grandes puertas; estaban sacando al viejo Piteo en una litera. Miré más allá. La radiante cabeza de Hipólito se desvanecía al fondo del camino, al pie de las colinas, hacia el litoral. El carro más veloz de Troizen, lanzado en su persecución, no habría logrado alcanzarlo.

El temor del terremoto me atenazaba, frío y hondo como lo conocía desde la infancia, ensombreciéndolo todo. Comparada con la ira de los dioses, la ira del hombre, por grande que sea, semeja la huella del pie de un niño. Revolviéndome, igual que un perro que olfarea, sentí que mi cabello se erizaba al dirigir la vista hacia el mar.

El agua del estrecho estaba tan quieta que parecía plomo derretido. Debido a la súbita calma de la atmósfera, oí relinchar a los caballos cuando los mozos de cuadra los sacaron del establo. A través de sus relinchos percibí una voz muy cercana, fatigada y bronca, que decía:

—¡Rey Teseo! ¡Señor!

Un robusto guerrero que en palacio adiestraba a los jóvenes, subía jadeando por el olivar con un bulto en los brazos. Lo dejó en el suelo. Era Akamas. Él apartó al hombre que intentaba sostenerle la cabeza, y se apoyó sobre sus hombros, luchando por respirar, con el cuerpo doblado como un arco, tembloroso y jadeante. El hombre se disculpó:

—Se empeñó en venir, señor. Lo encontré allá abajo; había intentado correr, pero se cayó. Señor, dice que quiere verte antes de morir.

Akamas se apoyó en un brazo y extendió el otro hacia mí, haciéndome señas de que me acercara. Alrededor de la boca su rostro estaba blanco, casi azul. Silbándole el aliento consiguió exclamar:

—¡Padre! —y se agarró el pecho con ambas manos, como si quisiera desgarrarlo para dejar paso al aire. Sus ojos estaban fijos en los míos, no cargados de terror, sino de palabras.

Me incliné hacia él, el hijo que no había deseado. «Es posible —pensé— que el signo del dios haya bajado hasta él y carezca de fuerzas para soportarlo. Sin embargo, por fin demuestra que es hijo mío».

—¡Resiste, muchacho! —lo animé—. ¡Dentro de poco todo habrá terminado, y con ello el temor!

Sacudió la cabeza y emitió un sonido bronco con la garganta, estrangulada por un acceso de tos. Su rostro se llenó de sangre, como el rostro de un ahorcado. Por fin logró coger aliento y gritó el nombre de su hermano.

—¡Basta! —le dije—. Estás enfermo y no sabes nada. Descansa y calla.

Su pecho subía y bajaba; pugnaba desesperadamente por hablar.

—Estáre quiero. Más tarde comprenderás.

Lágrimas de dolor y rabia llenaban sus ojos. A pesar de estar fuera de mí, me inspiró compasión.

—¡Cállate! —ordené—. Ya se ha marchado.

Sufrió tal espasmo, que apartó mi mente del terremoto. Parecía que nunca volvería a respirar. Estaba casi negro cuando se echó de rodillas a mis pies y levantó los brazos al cielo. La respiración se atascó en su garganta, pero consiguió gritar:

— ¡Apolo de Paías! —Se quedó quieto y trémulo. Luego se dirigió al hombre que lo había llevado en brazos y le dijo torpe, pero firmemente—: Gracias Sirio, puedes irte.

El hombre me miró, al ver mi señal se retiró. Intenté ayudar al muchacho y me arrodillé junto a él. Antes de que hablara, una sombra fría barrió mi frente, pero pensé que debía de ser el terremoto que se avecinaba.

—Ahora tranquilízate —dije—, o volverás a comenzar.

—No me importa morir. Antes tenía miedo. —Hablaba con voz cruda y llana, como un caballo mortalmente apaleado. Estaba muy débil—. No me importa morir si antes puedo decirte... Hipólito... a quien tú maldijiste... no es cierto...

—Cállate, todo ha terminado. Ahora es a los dioses a quienes les corresponde juzgar.

—¡Que ellos me oigan! ¡Que me asfixien si miento!

Sus ojos se abrieron y aspiró profundamente. Pero después, sólo murmuró para conservar su fuerza. Así debe de ser el aspecto de los ladrones, de rostro blanco y voz susurrante, que se arrastran ante la tumba de un rey.

—Él se negó. Ella lo requirió, ella... —Sus dedos se hundieron en el suelo—. En Atenas. Yo lo oí.

Aquella herida era mortal, lo sabía. Pronto comenzaría a sangrar, pronto vendría el dolor. El muchacho extendió el brazo para alcanzar mi mano y yo la cogí, aunque me inspiraba un profundo desprecio. Sólo los dioses saben lo mucho que él debió sufrir. Él, un cretense, para quien la madre es un dios sobre la tierra.

—Entonces, estuve a punto de morir —prosiguió con voz entrecortada—. Lo odié también a él y por eso la llamé. Pero después me dijo: «No debí encolerizarme. Ella confiaba en mí.» Vino a verme al día siguiente, cuando yo ya estaba enfermo, para decirme que lo lamentaba. «No temas, Akamas —me dijo—, no se lo contaré a mi padre ni a nadie. Te lo juro. Pero vale

más un juramento hecho al dios. Formulé ante ella el juramento de Esculapio al cual el hombre queda ligado hasta la muerte.»

Aún hoy ignoro de dónde saqué fuerzas, pero le dije:

—Ya basta.

—¿Comprendes? —replicó—. Era el secreto de su enfermedad. Tenía que guardarlo.

Surgió ante mí la visión de la mujer, golpeada como una esclava, con el terror de una esclava y las mentiras de una esclava. Si su historia hubiera sido cierta, habría arañado el rostro de Hipólito o lo habría mordido. Su túnica estaba desgarrada y el cabello desgreñado: el muchacho no había sido rechazado sino atraído. Las señales sobre los hombros y garganta de la mujer no eran marcas de su deseo, sino de su furor, la furia del león que, allí donde mira, ve los barrotes de la trampa.

Cuando ella chilló, él la zarandeó en la ceguera de su furor, olvidando su propia fuerza. Y yo, miserable de mí, ¿cómo no lo comprendí?

—Él me dijo —la voz del muchacho se hacia más fuerte—: «Nos iremos juntos y seremos huéspedes de Apolo. Todo mal es una enfermedad y su música la cura. En Epidauro todo marchará bien».

Me levanté de un salto. Sentí brasas en las sienes. El mar, calmo como balsa de aceite, me producía más mareos que una tormenta. Dirigí la mirada al camino de Epidauro que corría junto al mar.

—¡Es cierto, padre, lo juro, lo juro! ¡Que Apolo me mate de un golpe si miento! ¡Es cierto! ¡Deprisa, padre, detén el terremoto!

El horror se apoderó de mí.

—¡No soy un dios! —grité.

Pero sus ojos oscuros, clavados en los míos, no parecían los de un hombre. Había desafiado a la muerte, ofreciendo su temor en sacrificio. El dios que había en él había gritado al dios que había en mí, pero no había ningún dios que respondiera, sólo la sensación de mareo.

—Quédate aquí —le dije—. Iré en su busca.

Bajé corriendo al declive del olivar al tiempo que llamaba a mis hombres, que acudieron remisos, con el terror dibujado en el rostro. Por encima del hombro vi que el viejo luchador se acercaba al muchacho. Éste permanecía sentado e inmóvil. Ignoro qué cadena interna se quebró dentro de él aquel día, mas en adelante, los ataques se espaciaron, siendo más cortos y suaves; ahora, que ha llegado a la edad viril, han desaparecido por completo.

Habían estacado a los caballos en el campo para que no se desmandaran cuando temblara la tierra. La mayor parte de ellos piafaban inquietos. Desaté a los dos que parecían más tranquilos y pedí a gritos un carro de carreras. Era la primera vez, desde mi infancia, que alzaba la voz estando próximo un terremoto.

Cuando fustigué a los animales hacia el litoral, no sentí temor ni pavor, sino una sensación extraña, como de fiebre alta. Los caballos debieron advertirlo: se lanzaron como una saeta sin necesidad del látigo, como si quisieran deshacerse del hombre que iba tras ellos. Lo mismo sentía yo. «Todavía queda tiempo —pensaba—, todavía queda tiempo. ¿Cuánto hace que se ha marchado? ¿Lo que se tarda en templar una lira, en sacar una nave del puerto, en dar unas vueltas por la vereda? ¿Cuánto tiempo hace?»

Mientras cruzaba la llanura encharcada, pensaba en la esclava que me había enviado para que no me enterara de la verdad discutiendo con Fedra. Temía por mí, y por su hermano. Demasiado tarde se dio cuenta del peligro que corría. Era incapaz de adivinar semejantes cosas.

El camino volvía a empinarse. A lo lejos, entre dos hileras de cipreses, divisé su carro. «Me ha visto —pensé—, me está esperando, todo está salvado.» Hice un gesto con la mano, para llamar su atención. Pero sólo se había detenido para dar aliento a los animales. Reanudó la marcha. Los tres caballos se encabritaron; se despedía para siempre. Al cabo de un momento desapareció de mi vista.

El camino era bueno; hacía tres días que no llovía. Fustigué a mis caballos, pero algo había cambiado. Los animales lo advirtieron. Refrenaron la marcha y caracolearon, uno se encabritó relinchiendo.

Hice cuanto pude por controlarlos. Mientras me echaba hacia atrás sujetando las riendas, vi la bahía sobre las cabezas agitadas de los corceles. Había cambiado de lugar. Mientras yo

miraba, las aguas se retiraban más y más, mostrando el fondo marino que ningún ser humano ha visto jamás, repleto de algas y cascotes de naves hundidas. Y las aguas seguían desapareciendo, como tragadas por alguna enorme boca abierta de los abismos.

Comprendí qué les ocurría a los caballos. El carro se volvió un animal de tres cabezas dominado por el pánico. Salimos del camino y cruzamos por las tierras de labranza, atravesando canales, rompiendo viñas jóvenes. Los granjeros, oyendo el estrépito, salían a las puertas, gritando. El dios era su amigo. Me enviaba a mí como señal de bendición. ¿Quién puede trazar los senderos de los Inmortales?

Los caballos se lanzaron como un rayo y cruzaron las viñas hasta llegar a la tierra llana. Las ruedas saltaron y se bambolearon sobre baches y piedras. Me ceñí las riendas a la cintura, pero con una sola vuelta, por temor a un accidente. Cuando la maleza los obligó a aminorar la marcha, solté las riendas y salté del carro. Caí rodando y me levanté tembloroso y magullado, estremecido por el contacto con la tierra. El ganado de los establos estaba balando y mugiendo. Un macho cabrío de ojos salvajes abrió la boca en un balido largo. Y con él llegó el terremoto.

El suelo tembló y se agitó; las casas de los labriegos comenzaron a derrumbarse. Oí el llanto de las mujeres y los roncos gritos de los hombres. Los niños comenzaron a chillar y los perros a aullar. La enfermedad del terremoto desapareció de mi cabeza y de mi vientre.

«Ya ha terminado —pensé—. ¿Por qué, entonces, siento tanto pavor?»

Una liebre pasó corriendo junto a mí, colina arriba, rozándome la pierna. Y entonces vi venir el agua.

La bahía se llenaba de nuevo, pero no lentamente como se había vaciado, sino en una gran tromba precipitada que anegaba el litoral. Arrasó por completo el malecón de Psifia, levantando los barcos pesqueros como juguetes infantiles. Corría la sal marina por el camino y ascendía hasta las tierras de labranza. Se fatigó, hizo una pausa y volvió a lamer la tierra devastada. Reinó un silencio de muerte. En medio de aquella quietud, antes de que se renovaran los gritos, oí, desde la parte meridional del camino, relinchos de caballos furiosos mezclados con el bramido de un toro. No me pregunté qué debía ser. Era la voz de mi temor.

Elevándose sobre el estrépito de las olas, semejante al grito de guerra de un rey que sabe que la batalla se decanta de su lado, oí un grito que no habría confundido entre los gritos de mil hombres. Cesó de pronto, estrangulado en la mitad. Se elevó un relincho salvaje, se interrumpió y volvió a elevarse. Mis caballos, cogidos en las huellas del carro tumbado, se encabritaron empavorecidos. Corrí hacia ellos y comencé a tirar de las riendas enredadas, pidiendo a gritos que alguien me echara una mano. Los granjeros seguían buscando entre las ruinas. Tras pasar el dios, no tenían oídos para reyes. Corté con mi daga las riendas del caballo que no estaba cojo y las anudé juntas. Podría sostener mi peso.

No quedaba nada que pudiera llamarse camino. Sólo se veía fango, pecios, arroyos y cantos rodados. El caballo debía de haberse fracturado algo, pues vacilaba, se detenía y tropezaba. Yo no me atrevía a espolearlo. Años atrás no habría necesitado de él.

En el barro había peces moribundos que se agitaban y retorcían. Junto al camino se oyó un silbido; el caballo se espantó y a punto estuvo de derribarme. Un gran delfín intentaba arrastrarse hasta el mar.

El camino se presentaba más empinado, pues allí comenzaba la falda de la colina; pronto estaría encima del nivel de la inundación. Hasta mí llegó otra vez el relincho de los caballos, seguido del bramido del toro, que era de furor o angustia. Luchando con mi cabalgadura, que volvía a atemorizarse, agucé el oído a fin de distinguir otra voz, pero no oí lo que esperaba.

Más arriba, al llegar a un recodo del camino, salté del caballo y corrí. A menos de un tiro de arco de distancia, en plena pendiente, tres caballos heridos luchaban por librarse de sus ataduras. Más allá, bloqueando el camino donde el carro se había estrellado, vi un toro bajando la testuz. Bramaba con temor y furia, y a pesar de que tenía una pata desgarrada, intentaba escarbar el suelo. Estaba cubierto de malezas y barro. Después de ser arrastrado por el agua, había luchado hasta conseguir volver a tierra firme. Era un toro negro, de Poseidón, un toro surgido del mar.

Seguí corriendo. Unos hombres se dedicaban a rematar a los caballos con sus hachas. Uno tras otro lanzaron el último relincho ahogado. La sangre escarlata lo empapaba todo; la lucha cesó. Los hombres se apiñaron en torno a algo que yacía no muy lejos de los animales.

Cuando llegué ya habían cortado las riendas y estaban sacando las astillas del carro

que se habían clavado cual lanzas en su carne. Estaba tendido en el suelo, al igual que los caballos; era una criatura espléndida, rota por todas partes, desgarrada y fangosa, despellejada sobre las rocas y la arena. Pero los animales estaban ya inmóviles, eran carne muerta, sin dolor, mientras que él gemía y se agitaba. En su rostro ensangrentado, sus ojos estaban abiertos y miraron los míos.

Los hombres me preguntaron quién era. Al verme así de pie, enlodado y magullado, me tomaron por algún caminante extranjero y todos a la vez me contaron lo sucedido, como hacen los hombres aterrorizados. Me dijeron que sus caballos se habían encabritado a causa el terremoto, pero él había logrado dominarlos. Pero subió el agua, con el toro sobre ella, barriendo y anegando el camino. Y entonces... señalaron las riendas cortadas que aún permanecían atadas a la cintura del auriga. Él apoyó una mano en el suelo, intentó levantarse y se desplomó con un alarido de dolor. Tenía la espalda rota. Alguien dijo:

—Ya terminó.

Pero sus ojos volvieron a abrirse. Dos de los hombres estaban discutiendo a qué granja pertenecía el toro y quién tendría ahora derecho a quedarse con él. Otro manifestaba que debía ser ofrecido a Poseidón o de lo contrario, montaría el cólera y volvería a castigarnos. Pero el hombre que había cortado las riendas me dijo:

—Mira, amigo, las malas noticias es mejor que se las lleve un extranjero. ¿Quieres subir a Troizen y decírselo al rey?

—Yo soy Teseo —declaré—. Soy su padre.

Arquearon las cejas y se quedaron boquiabiertos, como si no diesen crédito a lo que veían. Tenían ante sí a un hombre sucio, desmelenado, macilento y balbuciente, cuyo rostro apenas habían mirado y al que tomaron por un curioso más. Los envié en busca de unas parihuelas; uno me ofreció su manto para detener la sangre. Finalmente nos quedamos los dos solos.

Mi hijo sangraba por una docena de heridas y todo daba a entender que padecía una hemorragia interna. Sabía que no quedaba esperanza. No obstante, me incliné sobre él haciendo cosas inútiles. Mientras me atareaba, hablaba, contándole que lo sabía todo, pidiéndole que me contesrara, aunque fuese con un gesto. Sus ojos parecían muertos, pero de pronto surgió en ellos un brillo de vida y sus labios se movieron. Me habló. No me reconocía, pero a los moribundos siempre les gusta tener compañía. Exclamó:

—¡Ni siquiera los dioses son justos!

Después quedó sosegado largo raro. Puse mi mano sobre su cabeza, lo besé e intenté nuevamente hacerme comprender. No sabía si podía oírme. Sus ojos se entreabrieron un instante, mirando hacia arriba con expresión de amarga soledad; luego volvieron a nublarse. Los jirones de su ropa estaban empapados en sangre, su rostro palideció aún más. Por fin, llegaron los hombres con las parihuelas. Cuando lo depositamos sobre ellas lanzó un grito, pero era imposible saber si conservaba la menre clara. Les ayudé a llevarlo hasta que llegaron dos hombres más. Habían matado al toro, puesto que no podían moverlo. En tanto marchábamos camino arriba, los hombres preguntaron:

—¿Lo llevamos a la granja, señor? ¿O directamente a Troizen?

Oí la respiración trabajosa de mi hijo. Su mano se movió. La toqué y decidí:

—No. A Epidauró.

Entonces sus dedos se cerraron sobre los míos.

Las nubes se habían disipado. Sobre el mar todavía eran negras, pero había un hueco azul sobre la montaña. Los pájaros cantaban como suelen hacerlo después de los terremotos, felices de estar vivos. Alguien se había adelantado en busca de nuevos voluntarios. Pesaba demasiado para que sólo cuatro hombres lo llevaran largo trecho. Parecía sosegado y yo esperaba que no sintiera nada; pero cuando la litera se bamboleó, vi que apretaba los dientes en un gesto de dolor.

Los hombres estaban cansados y los refuerzos aún no llegaban. Junto al camino había un bosquecillo de sicomoros y un hilo de agua, un arroyuelo de invierno. El suelo era llano.

—Descansad un poco —dije a los porteadores.

Uno de ellos llevaba una copa de bronce atada al cinturón; la llenó con agua del arroyuelo y humedeció los resecos labios de Hipólito. Entonces abrió los ojos y alzó la vista

hacia las ramas que destacaban contra el azul del cielo. Me tocó la muñeca con la mano y murmuró:

—¡Escucha!

Era el canto de la alondra. Un murmullo suave surgía del arroyo. Más arriba, un zagal tocaba su flauta; seguramente había pertenecido a algún muchacho al que el terremoto le había arrebatado los únicos bienes que podía perder: sus pájaros.

—Escucha —murmuró sonriendo—. ¡Epidauro!

Lo miré. Era evidente que nunca llegaría allí vivo. Por lo tanto respondí:

—Sí.

Volvió a cerrar los ojos. Su respiración era tan queda que no podía oírlo y pensé que había llegado el final. Los hombres se apartaron un poco; me arrodillé junto a él, cubriéndome el rostro. Entonces musitó:

—Padre.

—¿Sí? —Me incliné sobre él. Por la forma en que se esforzaba, supe que era consciente de que iba a morir—. Perdóname tu sangre —dije—. Aunque los dioses no me perdonen, ni me perdone yo, perdóname tú.

—Padre —murmuró—, siento haber montado en cólera. Todo esto tenía que ocurrir. Porque...

Me miró para indicarme que ya no tenía fuerzas para terminar, pidiendo mi perdón. Vi que sus ojos se estaban quedando ciegos. Su cabeza cayó hacia atrás, de cara al cielo azul. Como el cielo, su rostro se volvió tranquilo y claro.

—He tenido un sueño verdadero —dijo—. Monté siendo un hombre de bien.

Sus dedos helados apretaron mi mano; parecía como si me estuviera hablando desde la otra orilla del río.

—Padre, ofrece... a Esculapio un gallo por mí... no lo olvides.

—Lo recordaré —dije—. ¿Deseas algo más?

No hubo respuesta. Sus labios se abrieron, su alma salió en un suspiro y yo cerré sus ojos.

En este momento llegaron algunos médicos-sacerdotes de Epidauro que habían oído la noticia. Llevaron su cuerpo al santuario aunque, como todo el mundo sabe, es ilegal que un cadáver descanse en él. Dijeron que no podían asegurar que estuviera muerto. Lo querían mucho. Incluso cuando su cadáver se estaba enfriando, lo calentaban para reanimarlo. Me han contado que, habiendo fracasado todas sus artes, emplearon una antigua magia del Pueblo de la Costa, que su ley les prohibía, y que no había sido practicada desde hacía más de cien años. El sacerdote-rey murió poco después, de repente, desplomándose mientras trabajaba, con la muerte rápida de Apolo. Se aseguraba que el dios estaba irritado con él por haber intentado resucitar a los muertos.

No puedo asegurarlo, pues me marché dejándoles el cuerpo. Sabía que estaba muerto y que ningún dios le devolvería la vida. En Troizen me esperaba trabajo.

Me encontré con el plañir de las mujeres. La noticia había corrido de boca en boca y era de todos conocida. Mi madre encabezaba a las plañideras entonando las alabanzas de Hipólito, con palabras que más tarde constituirían el canto fúnebre. Interrumpí sus lamentos para venir a mi encuentro. Las demás mujeres se cubrieron los ojos con el cabello.

No tenía nada que decirme, tras haber previsto la maldición desde tanto tiempo atrás. Me abrazó y pronunció las palabras normales que uno puede esperar de una madre. La besé —pues él había sido como su hijo menor— y le dije que hablaríamos más tarde. A continuación pregunté por mi esposa.

—Las mujeres estaban rabiosas —respondió mi madre—. Le avisé, no por ella, sino por temor a algo horrible. Supongo que está en su habitación.

Recorrí el palacio vacío. Los que me veían de lejos se apartaban rápidamente de mi camino, pero encontré a poca gente. Un viejo sieryo, al que acorralé en un rincón, me dijo que el rey Piteo estaba durmiendo; nadie había osado aún llevarle la noticia. «Ojalá hubiese muerto ayer», pensé. Pero dicen que el final de la vida del hombre es dolor. Mientras subía las escaleras, pensaba en la historia que Fedra me había referido, según la cual Hipólito había jurado restaurar la Antigua Religión. Era una historia demasiado larga para que la recordara una mujer que acababa de ser violada en pleno campo y también muy larga para inventarla en un momento, incluso bajo el aguijón del temor.

Ahora lo veía claro. ¡Bien podía recordarla palabra por palabra! Muchas noches debió de acostarse con las palabras en la mente, ensayándolas de una y otra forma, perfeccionándolas, como hacen los rapsodas, puliéndolas hasta dejarlas a su gusto. Eran las palabras que ella misma le habría dirigido.

Llegué a su habitación y llamé a la puerta exterior. Nadie respondió. Entré en la mía e intenté abrir la puerta intermedia. También estaba cerrada. Llamé para que abriera; silencio. Agucé el oído y noté que el silencio respiraba. La puerta exterior era fuerte, pero ésta delgada. No tardé mucho en derribarla.

La habitación estaba vacía. Volví a mirar y vi agitarse unos vestidos. Tiré de ellos y la saqué fuera. Ella se arrojó al suelo y abrazó mis rodillas, gimoteando y suplicando. «Como una esclava —pensé—, como una esclava embustera, la descendiente de mil años de reyes». Su garganta estaba aún señalada por los dedos de Hipólito. La agarré por el mismo sitio para apartarla de mí. Hasta que vi sus ojos y su expectación, creo que ni yo mismo sabía lo que iba a hacer. Ella me indicó lo que se merecía.

Tardó en morir. Cuando creí que había expirado y la dejé caer, comenzó a moverse de nuevo. Al cabo de un rato ya estaba rígida y no era más que un bulto entre un montón de ropa que olía a Creta.

Entonces pensé: «¿Vivirán sus mentiras más que ella? Siempre hay hombres dispuestos a pensar lo peor de los mejores. Primero debería haberla obligado a jurar delante del pueblo. Una vez más lo he defraudado».

Decidí en voz alta:

—¡Por Zeus, hablará por él, incluso ahora! Devolverá el honor a mi hijo, viva o muerta.

Había tinta y papiro en la habitación. Yo sé escribir en cretense; hice letra pequeña, como de mujer. En Troizen, eso sería suficiente.

«Calumnié a Hipólito para encubrir mi propia vergüenza. Requerí sus favores y él me rechazó. No puedo soportar la vida.»

Puse la carta en su mano y la sujeté con una cinta. Al hacerlo, vi que la curva interior de su brazo era blanca y suave, sus senos redondos, firmes y hermosos. Recordé los ojos abotargados de Hipólito por la mañana, sus andanzas durante todo el día, sus regresos a casa muerto de cansancio ¿Se sintió tentado alguna vez? ¿Qué importaba? Es el luchador más esforzado el que gana la guirnalda. Bien, ya estaba vengado.

Hice un lazo con un cinturón y lo anudé a una sábana arada a una viga. Cuando estuvo colgada, derribé bajo sus pies la silla en la que yo me había sentado. Bajé a continuación para mostrar la puerta rota y lo que había encontrado tras ella.

En todo Troizen el nombre de Hipólito es honrado sobremanera. Casi se ha convertido en un santo; cada año las doncellas hacen ofrendas en su tumba y se cortan la cabellera. Hice por él lo que pude. Tal vez no era lo que él me habría pedido si hubiese podido hablar. Pero un hombre no puede hacer otra cosa que dar lo que tiene, siendo lo que es.

Estos hechos permanecen tan nítidos en mi mente como si hubiesen ocurrido ayer. Son las cosas de ayer las que olvido.

¿Fue transcurrido un verano, dos, o tres, cuando la mano del dios cayó pesadamente sobre mí? Sé que estaba en el mar con Piritoos (pues el hombre debe estar en alguna parte mientras camina bajo el sol) y, viendo a los piratas de Melia navegando abrumados por el botín, pusimos velas hacia ellos para llevarnos la recompensa. Creo recordar la visión de los hombres acercándose. Entonces sentí vértigo y mis ojos se tornaron negros; cuando los abrí era de noche. Yo estaba tendido en una yacija, en casa de un campesino. Había mujeres charlando y dos de mis hombres inclinados sobre mí. Llamaron a los restantes para testificar que, efectivamente, seguía vivo. Así era, mis ojos estaban abiertos.

Todos me preguntaron qué me había ocurrido. Pero cuando intenté responder, tenía media boca entumecida y mi lengua farfullaba igual que la de un borracho. Cuando quise moverme, sólo mi mano derecha me respondió. Extendí la diestra para palparme la izquierda. Parecía estar tocando la mano de un cadáver: no sentía nada.

Mis hombres me contaron que, antes de que ordenase el abordaje, caí como fulminado. Era demasiado tarde para rehuir la batalla. Fue muy dura, con tantos muertos que, al final, ningún bando pudo cantar victoria. Las naves que quedaron se dieron a la fuga, malparadas.

Cuando pregunté por Piritos, me dijeron que su nave había recibido un golpe de proa y había zozobrado con toda la tripulación. Todo esto lo oí como si fuesen cosas carentes de sentido.

Cuanto quedó de mi tripulación estaba en la choza conmigo: apenas una docena de hombres. Los demás habían muerto luchando o ahogados. Llevaron mi cuerpo a tierra para envolverlo y trasladarlo a la patria para los funerales. Comenzaban a izar la vela cuando advertieron que estaba vivo. Buscaron mi herida, mas no encontraron nada. Había caído, aseguraron, antes de que las armas comenzaran a volar.

Las campesinas vertieron leche en mi boca y me lavaron la cara. Entonces ordené a todos que se fueran y yací un largo rato, pensando.

Tal vez fue la Madre la que me había derribado. Había robado dos de sus hijas de sus santuarios y desvirtuado su culto en Eleusis. Todos los que siguen la Antigua Religión, o la temen todavía, dicen que fue la Madre. O quizá fuera Apolo, pues caí derribado sin dolor, como mueren los hombres bajo sus dardos. Y como yo sólo era medio culpable de la muerte de su siervo, me dejó medio vivo. Al final, he llegado a la conclusión de que fue Poseidón, el que hace temblar la tierra, porque convertí su bendición en maldición. Así lo creo, y tengo buenas razones para ello.

No sentía dolor alguno en el cuerpo, y sólo un poco en la mente. Al principio apenas reproché a los dioses el que no hubieran acabado con mi vida. Sin embargo, yo, que había olvidado que ya no era un hombre, recordé que era un rey. A menudo me había dicho que no debía morir antes de que mi heredero llegara a la madurez. Pero seguía navegando, diciendo:

—Si está destinado, vendrá.

Pero en lo que nunca había pensado era en estar vivo y muerto a la vez.

Cuando volvió uno de mis hombres, le pregunté si la gente de aquellas tierras sabía quién era yo. Me dijo que no, que sólo sabían que era el capitán. Eran gentes muy ignorantes, que sólo empleaban la lengua del Pueblo de la Costa de la forma más tosca. Le dije que dejara las cosas así.

Al norte de Creta hay una pequeña isla de mi propiedad, rodeada por el mar abierto. Con Piritos solíamos fondear en sus costas para reparar las naves y coger agua y, a veces, para esconder el botín hasta que pudiéramos llevarlo a Atenas. Teníamos una pequeña fortaleza con una casa dentro, cuidada por un par de antiguas doncellas por las que aún sentíamos cierto afecto.

Cuando pude moverme les ordené que me condujeran a la isla. Allí yacía el día entero o me lo pasaba sentado en la silla en que me dejaban, mirando un muro, la higuera que había delante de él, una puerta y, a lo lejos, un retazo de mar. Las mujeres me alimentaban, me limpiaban y me atendían como a un recién nacido. Pasaba hora tras hora sentado, mirando un pájaro que picoteaba un higo o una vela pasajera, y mientras, pensaba cómo podría mantener temerosos a mis enemigos hasta que madurara el tiempo de morir. Sí, mientras el niño esperaba que su nodriza trajera la leche cuajada o la esponja, el rey todavía pensaba. El rayo del dios no lo había fulminado. El rey había sobrevivido al guerrero, al amante, al luchador, al cantor.

Contaba con oro en la isla, como he dicho, y un bote que los hombres podían manejar. Los envié por provisiones, y me pregunté si los volvería a ver. ¿Por qué habrían de quedarse junto a mí, a quien los dioses habían abandonado? Pero volvieron cargados de vituallas para el invierno. Durante cuatro largos años mi vida estuvo en sus manos. Uno, me han contado, propuso a sus amigos:

—Quedémonos con el oro y preguntémosle dónde está el resto; es fácil hacer hablar a un hombre enfermo. Podemos matarlo y luego vender la noticia a Idomeneo de Creta.

Mucho después, cuando se hartaron de oírme preguntar dónde había ido aquel hombre, me mostraron su tumba.

Cuando hube pensado qué era lo mejor que podía hacerse, llamé al rapsoda, que además de buen arpista era un hombre despierto, y lo envié a Atenas portando una carta con mi sello. En ella decía que había tenido augurios de un oráculo, según los cuales debía encerrarme en un santuario secreto bajo tierra para ser purificado por la Madre Día, a la que había ofendido. Volvería una vez que hubiese recobrado el favor divino y entonces acabaría con mis enemigos. Mientras tanto, mi consejo gobernaría y haría cumplir las leyes, de lo cual rendiría cuentas después. Dije al hombre que diera un gran rodeo y llegara a Atenas desde el norte. Alegaría

que no conocía el santuario donde yo estaba purificándome, porque me había despedido de él en el camino. Si insistían, diría que me había visto por última vez en Epiro. Allí hay muchas cuevas en las montañas que, se dice, bajan hasta el país de los Hades.

Partió, cumplió bien su trabajo y yo se lo recompensé. Ninguno de los doce hombres pasaría jamás necesidad, ni tampoco los hijos de sus hijos.

No importaba mucho, pensé, que los atenienses se tragaran la historia completa. Bastaba con que creyeran que me había marchado por mis propias razones y que volvería al debido tiempo.

Las doncellas me cuidaron cariñosamente. Tenían buen corazón, como bien sabía cuando les di este puerto tranquilo para pasar sus años postreros, sin pensar que también yo lo necesitaría un día. Avisaron a la mujer-sabia de la isla, quien venía cada día para frotar mi lado muerto con aceite y vino, pues así, según ella, la carne no se mortificaría. Conocía las leyendas del Pueblo de la Costa, que se remontaban al tiempo de los Titanes y el comienzo de los hombres en la tierra. Como si fuese un niño, nunca dejaba que se marchase sin contarme antes una historia. No podía acostumbrarme a permanecer quieto, excepto mientras pensaba en qué debía hacer. A veces me parecía que el día no acabaría jamás y, cuando llegaba la noche, solía yacer mirando las estrellas, contando las horas hasta la madrugada.

Pensé en mi vida, en los días buenos y malos, en los dioses y en el sino. ¿Qué parte de la vida del hombre y de su alma hacen ellos, y cuánto el hombre mismo? ¿Qué habría pasado si Piritoos no hubiera venido a buscarme cuando yo estaba desplegando velas para ir a Creta? ¿Qué clase de hijo cretense dejó de nacer en los años que crearon a Hipólito? ¿O si Fedra hubiera gritado «¡Mujer violada!» otro día, cuando la sensación de terremoto no hubiera estado en mí? Pero yo ya había hecho al hombre que oyó el grito. Sino y voluntad, voluntad y sino, como la tierra y el cielo, que traen el grano juntos. A cuál de los dos gusta el pan, nadie lo sabe.

Una mañana, cuando ya llevaba allí un mes, o quizá una estación, yacía despierto mientras despuntaba el día. Los gallos habían cantado y podía ver la línea oscura del mar contra el cielo del amanecer. Mis pensamientos estaban muy lejos, en la danza del toro, o en alguna antigua guerra. De repente, el suelo tembló bajo mi cama y la copa cayó de su soporte. Voces de gente recién despertada llenaban la casa, invocando a Poseidón. Los gallos volvieron a cantar; recordé cuán ruidosos se habían mostrado antes, gritando todos juntos. A ellos les envió el dios su aviso, pero no a mí.

Así supe quién me había herido y por qué. Los Inmortales son justos y no podemos burlarnos de ellos. Él había repudiado a su hijo, como yo repudí al mío.

Una de las mujeres vino a ver si me había ocurrido algo, recogió la copa caída y salió. Cuando todo volvió a estar tranquilo, me incorporé un poco, apoyándome en mi brazo sano y miré la mesa colocada al otro lado de la habitación. Allí estaba el cuchillo con el que cortaban la carne para mí. «Si me dejo caer de la cama —pensé— y ruedo por el suelo, seguramente mi brazo lo alcanzará. La tierra ya está harta de mi peso y, a decir verdad, lo ha soportado bastante».

Antes de tirarme del lecho, levanté mi brazo izquierdo con el otro, para sopesarlo. Mientras me miraba la mano, vi que los dedos se movían, uno por uno. Sólo un poco; pero, a voluntad mía, se estiraron y volvieron a encorvarse. Los toqué; apenas si los sentía, pero era algo. La vida volvía a ellos.

El sol salía de nuevo para mí. Pensé en Atenas y en todo lo que en ella había construido. Aun cuando el signo del dios me había dejado, todo mi ser decía: «¡Mío!».

De modo que viví, y seguí esperando.

Las estaciones pasaron. Lentamente, mes tras mes, la vida fue arrastrándose hasta los miembros muertos como la savia en un árbol marchito. Tras el movimiento y el tacto, pasó mucho tiempo antes de que volviera la fuerza. Al principio caminaba apoyándome en los hombros de dos vasallos, después en uno solo, más tarde, sujetándome a una silla; pero aún tuvo que pasar otro año antes de que pudiera caminar por mí mismo. Y entonces arrastraba un pie, como hago todavía un poco.

Un día de primavera llamé a las mujeres para que me arreglaran el cabello y la barba y pedí un espejo. Parecía diez años más viejo; mi pelo estaba casi blanco, la comisura izquierda

de mi boca y un ojo todavía tenían una inclinación hacia abajo, y ese lado de mi rostro parecía cubierto por una gran llaga. Mas creí que los hombres todavía me reconocerían. Cuando estuve listo cogí el cayado y caminé solo hasta el sol. Mis hombres me vieron y me vitorearon.

Aquella noche envié llamar a mi piloto Idaios y le dije:

—Pronto zarparemos rumbo a la patria.

—Señor —respondió—, creo que ya es hora.

Le pregunté qué quería decir. Respondió que había oído rumores de que había disturbios en Atenas, o simplemente desórdenes, pero los hombres que le dieron las noticias eran isleños ignorantes y no sabían nada más.

Cuando mis hombres iban y venían, contaban, prudentemente, una historia tan cercana a la verdad como podían. Decían que eran marinos míos a los que había dejado en la isla para contar con una base para mis naves. La gente no se mete en un nido de piratas. Apoyándose en esta historia pedían noticias y se enteraban de lo que se rumoreaba.

Idaios me aclaró que me lo estaba contando todo, pero al propio tiempo confesó que hacía un año que venía oyendo rumores referentes a Atenas.

—Te conozco, mi señor. De una forma u otra, por hacer demasiado o por quedarte demasiado corto, habrías ido en busca de tu propia muerte. Bien, ahora debo rendirte cuentas. Hice lo que me pareció mejor.

Hacía mucho tiempo que nadie decidía qué era lo mejor para mí. Pero le debía demasiado para enfadarme. Según su parecer, él tenía razón. Todavía me alegra que nos despidiéramos siendo amigos.

Cuando llegué a Arenas, deseé mil veces haber muerto en la isla a manos del dios. Aseguran que la segunda vez, el hombre termina sin dolor. Mientras estaba sentado, junto a la pequeña ventana, observando cómo una langosta mordisqueaba una hoja, o una lagartija cazaba mosquitos, me creía desdichado, pero tenía en mis manos los frutos del trabajo de toda una vida. Me sentía rico. Si hubiera sabido...

Hipólito me preguntó una vez qué clase de hombre era Menesteo. Veía más dentro de él que yo, pero no tan hondo como podía ver yo ahora. Su mente era demasiado sencilla, no veía en los hombres su propia imagen, sino un hijo del dios que pugnaba por liberarse. Su corazón nunca hubiera podido seguir aquel laberinto retorcido, ni ver con aquel ojo avieso, ni leer deseos, que ni siquiera él, que había entregado su voluntad entera a los dioses de la luz, conocía. No, ni siquiera él, de haber sido rey, se habría dado cuenta de qué cosas debía poner en orden. Pero quizá algún dios que lo amara hubiese luchado por él. Nadie luchó por mí.

A un conquistador que me hubiese arrebatado todo lo que yo había hecho y se hubiera jactado de ello, lo habría comprendido. Sus rapsodas compondrían canciones sobre el gran reino que había arrebatado al rey Teseo, para sí y para los hijos de sus hijos. Un hombre semejante jamás me habría dejado con vida. En cambio, habría dejado en pie lo que yo había construido.

Pero Menesteo... es como un médico que llora sobre el enfermo mientras le suministra veneno, persuadiéndole de que le sentará bien. En su interior tiene otro hombre, al que obedece, pero cuyo rostro no ha visto jamás.

Poco a poco, mientras yo estaba ausente, el poder cayó en sus manos. Pero ni siquiera estoy seguro de que intrigase. Al menos, el Menesteo que Menesteo conocía. Solía decir de sí mismo que enseñaba a los hombres a liberarse, a confiar en ellos mismos, a erguir las cabezas ante los dioses y los demás hombres, a no tolerar ultrajes. Quizá sea cierto que enseñara estas cosas, si todos los hombres las hubieran deseado.

Quiso que el pueblo lo amara. Pero él no amaba a hombre alguno por lo que en sí era; el hombre estaba muerto para Menesteo, a menos que constituyese una causa por la que luchar. Pero cuando, debido a las intrigas, Menesteo se vio enfrentado a poderosos enemigos, allí donde no tenía fuerzas que lo respaldaran, y había multiplicado sus propios ultrajes por seis, entonces tenía que odiar a seis hombres en lugar del que había odiado antes; tanto más le habría amado Menesteo y le habría recompensado por haber sido su amigo. En mis días, cuando topé con una bestia salvaje como Procusto, no me moví hasta que lo pude aplastar rápidamente y poner a sus prisioneros en libertad. Pero ante un opresor, Menesteo, amenazaba y bramaba antes de actuar, para de ese modo ser ensalzado por su odio al mal; entonces, el hombre se enfurecía y hería a todos aquellos que estaba en su poder herir, y Menesteo tenía más ultrajes que proclamar. Según él, los hombres que hacían el bien en

silencio, sin ira, carecían de espíritu o estaban corrompidos. Comprendía bien, pero no tenía ninguna consideración con las personas antes de que el mal se realizara, con lo que, quizás, habría podido evitar que se hiciera.

Odiaba todas las costumbres, hubieran sobrevivido o no. Odiaba toda clase de obediencia, tanto a las leyes buenas como a las malas. Arrancaba de cuajo todo el honor y reverencia de la tierra para que nadie tuviera más escrúpulos de los debidos. Quizá lo que ocurría era que odiaba todo cuanto se hallaba a su alrededor. Pues, si hubiera amado a los hombres o a la justicia, ¿no habría construido algo sobre las ruinas que él mismo había provocado?

Antes, yo sólo intentaba comprender a mis enemigos para trazar planes contra ellos. ¿Por qué intentarlo ahora, cuando todo está acabado? ¿Por qué no contentarse con maldecir? Pero mientras el hombre sea hombre, mira y piensa; si no hacia adelante, hacia atrás. Nacemos preguntando por qué y morimos con la misma pregunta. Así nos han hecho los dioses.

¿Me habría envenenado o apuñalado Menesteo, de haber podido? La gente de palacio demostró que todavía me amaba, de lo contrario, no habría vivido mucho. ¿Fue astucia, falta de voluntad o simplemente el deseo de pensárselo mejor lo que le obligó a dejarme vivo para luchar contra el caos de los reinos que estaban mucho más divididos que en tiempos de mi padre? Cuando lo desterré por su mala administración, se fue, pero sin alejarse. Ahora no hace falta ir muy lejos para salir del reino ático.

Creta se desgajó dos años antes. Idomeneo es ahora su rey. Mientras estuve enfermo, todos en la isla lo sabían menos yo. Megara ha encontrado un príncipe de su antigua estirpe; dicen que nadie puede cruzar el Istmo sin una guardia de setenta lanzas. Eleusis conserva su misterio inmutable, desde que Orfeo le dio forma. Existe allí una vida que ha crecido más allá de la suya o de la mía. Hará falta alguien mejor que Menesteo para apagarla. Más que las tinieblas, vencerá una luz mayor.

El secreto de mi enfermedad luchó en mi contra. Unos pocos del Pueblo de la Costa oyeron algo, ignorantes salvajes, que no supieron sacarle beneficio pero que dejaron volar aquí y allí, como semillas de ortiga. Quizá la vieja sabia lo incluyó en uno de sus cuentos. La verdad se ha mezclado con la mentira que yo inventé. Afirman que bajé a la tierra para robar a una sacerdotisa sagrada, me maldijo la Diosa y pasé cuatro años inmóvil en una silla mágica a la que se acostumbraron mis miembros; que mis piernas y mi pie izquierdo están estropeados porque la carne se desgarró en el momento en que me libertaron. Deducen que los dioses ya no están conmigo y que mi fortuna se ha desvanecido. Pero uno puede llegar a puerto aunque en el mar no haya señales.

Vi al joven Akamas, a quien dejé en Eubea con un hombre de confianza. Los atenienses no lo odian, pero tampoco tienen un alto concepto de un cretense y, además, Menesteo es de la antigua estirpe. Apenas puedo reprocharle que no le haya parado los pies, Menesteo comenzó a actuar cuando el muchacho tenía quince años. Quedó tan sorprendido por el cambio sufrido por mí, que al intentar ocultarlo me mostró su mente, aun cuando siempre fue fácil averiguar lo que pensaba. Parece no odiar a Menesteo, incluso piensa que éste ha hecho cuanto ha podido. Año tras año, mientras él crecía su herencia fue menguando, al parecer, al mismo ritmo que su ambición. No hablamos de su madre.

Él es completamente feliz entre los muchachos de Eubea, danzando, cabalgando y haciendo el amor (no se ocupa de las doncellas) y pareciéndose en todo lo que puede a los demás. Imagino el día en que Menesteo conduzca a los hombres de Atenas a una guerra de la que debía haberlos preservado, con Akamas llevando el escudo bajo su mando; si gana honor entre sus camaradas, no pedirá más. Sin embargo, es mi hijo y, como he podido ver, ha sido tocado por un dios. Algún día, en la hora de la necesidad de Atenas, el dios volverá a hablar y devolverá un rey a la ciudad.

En cuanto a mí, no puedo sostenerme en un carro ni aferrar un escudo; los dedos de mi mano izquierda jamás recuperaron su fuerza. Y yo, que sobre las rocas de Atenas quebranté a las hordas del norte, que limpié el Istmo y cambié las costumbres de Eleusis, que maté al Minotauro Asterio en el salón del Trono del Laberinto y llevé los confines del Ática hasta la isla de Pelops, me sentaré en casa de mis padres para oír preguntar a los niños: «¿Qué ha sido de Teseo?».

Menesteo ha sembrado; que sea él quien coseche. Pero estos hombres son mi pueblo e intenté avisarles antes de partir. Era tras era, la marea ha subido en las tierras del norte. Subió en mis días, volverá a subir. Sé que subirá. Pero mi rostro y mi voz han cambiado. El pueblo, al oírme presagiar el peligro, pensó que echaba una maldición sobre la ciudad. Y tuve que salir de Atenas. Tal vez los dioses sean justos, pero ha desaparecido el hombre que podía habérmelo demostrado.

Zarpé rumbo a Creta. Idomeneo es un ser al que comprendo. Una vez afianzado en el poder, actuará con nobleza. Nunca le he hecho nada de lo que pueda avergonzarme. Si yo hubiera ido a mi antiguo palacio, para terminar mis días en él, se habría comportado con cortesía, ofreciéndome muestras de su realeza, como yo hice una vez con su padre. Un hombre puede hacer algo peor que sentarse en una terraza cretense a ver cómo maduran las uvas, cuando no puede hacer nada mejor.

Zarpé de Eubea con esta intención. Pero el viento del hado me llevó a Skyros.

Es una isla tormentosa, que tiene forma de testuz de toro: de un cuerno cuelga la ciudadela construida sobre un alto acantilado, por temor a los piratas como yo. Skyros tampoco ha sido de lo peor para mí. Recibe su nombre de los campos pedregosos y las tinajas de grano medio llenas, y yo nunca he robado a los pobres. El rey Licomedes me acogió como lo habría hecho diez años atrás. Nos sentamos ante una jarra de vino y me contó que también él suele hacerse a la mar en busca de aventuras, cuando la cosecha es escasa. Así lo afirmó, aunque nuestros caminos nunca se cruzaron. Es un hombre del Pueblo de la Costa, de barba oscura, con ojos sombríos, incapaz de sincerarse por completo. Se dice que ha reinado en el santuario de Naxos y que es hijo de una sacerdotisa y del dios.

De esto no hablamos. Relatamos antiguas historias de mar y me dijo que él, como Piritoos, había ido, cuando niño, a las colinas de los centauros. El Viejo Manitas, afirma, sigue vivo en alguna cueva de Pelión; su pueblo se ha reducido pero su escuela sigue adelante. Uno de los niños, heredero del rey de Fila, está hospedado en Skyros, escondido, para evitar el peligro de muerte temprana que su madre sacerdotisa vio en los oráculos. Escogieron una isla para que no huyera, pues el hado de muerte implicaba conseguir fama eterna y el niño habría ido a su encuentro por voluntad propia.

Mientras estábamos sentados junto a la ventana, Licomedes me lo mostró subiendo por la larga escalinata de roca. Llegó arriba justo a tiempo para recibir el beso postrero del sol, tan primaveral y vivo como el del mediodía, con el brazo en el hombro de un amigo de cabello oscuro. El dios que le concedió orgullo tan ardiente no debió añadir el amor para que se abrasara en él. Su madre perderá sus dolores, pues lleva dentro de sí su propia condena. No me vio, pero sus ojos hablaron a los míos.

El rey Licomedes, de pie junto a mi hombro, dijo:

—Estaba corriendo por ahí en el momento en que entraba tu nave. Cuando sepa quién está aquí pensará que es el gran día de su vida. Siempre que, a causa de su padre, intento mantenerlo apartado de cualquier temeridad, me dice: «Teseo lo haría». Es su piedra de toque para calibrar a un hombre. —Llamó a su siervo y le ordenó—: Ve a decirle al príncipe Aquiles que se lave, se ponga su mejor ropa y suba aquí.

Me disculpé diciendo que el día había sido largo y la travesía agitada y que prefería ver al muchacho al día siguiente. Volvió a llamar al hombre y no habló más del asunto, sino que me condujo a mis aposentos. Estaban cerca de la cresta del acantilado, pues el palacio fue construido sobre él como un nido de golondrinas. Al resplandor del sol poniente podía divisarse la isla entera y, más allá, grandes franjas de mar.

—Si el día es claro —indicó— se puede ver Eubea. Aquel punto de luz debe de ser una fogata de centinelas. Tú estás acostumbrado a los nidos de águilas, creo que tu roca aún es más alta...

—No —respondí—. La tuya tiene una colina debajo, y la mía está en un llano. Esta es mucho más alta. Pero si sólo comparas el promontorio, creo que no hay mucha diferencia.

—Si mi casa te recuerda el hogar —dijo—, me haría feliz que la usases como si lo fuera.

Me arrojé sobre el lecho, cansado, y despedí a mis siervos. Antes de caer dormido pensé en el muchacho de pies ligeros al que vería al día siguiente. Sería mejor ahorrarle el mal trago y dejar que en su mente siguiera vivo el Teseo que habla como un dios. ¿Para qué trocar un dios por un viejo tullido con la boca torcida? Podía darle consejos, pero no le harían cambiar. El hombre nacido de mujer debe correr en pos de su sino. ¿Qué necesidad, pues, de turbar su

corta mañana con los dolores de los años? No vivirá para conocerlos. Así pensaba cuando el cansancio cerró mis ojos. Dormí y soñé con Maratón.

Me pareció que me despertaba el fragor de una gran batalla. Salté de mi cama: estaba en la choza de la vieja Hecalina, joven de nuevo, con las armas junto a mí. Las cogí y corrí fuera. El sol brillaba en todo su esplendor; anclada a lo largo de la playa había una gran flota de naves de guerra llena de extraños guerreros que saltaban a tierra. Eran demasiados para ser piratas. Se trataba de la guerra, de una gran guerra. Todos los hombres de Atenas estaban presentes, armados para defender sus campos. Pero, como siempre ocurre en los sueños, había en ellos algo raro. Lucían yelmos de bronce, con crestas curvas como las abubillas, y pequeños escudos redondos decorados con animales y pájaros. Pero pese a todo los reconocí como mi pueblo. Comparados con las hordas escitas parecían ser muy pocos. Pensé en la ciudad, en las mujeres y en los niños y olvidé que Atenas había sido injusta conmigo. Una vez más era su rey.

La lucha se desarrollaba a pie; no sé dónde estaban los carros. Precisamente entonces, algún jefe iniciaba el himno y todos lanzaban el grito de guerra, cargando a la carrera. Yo pensaba: «¡Saben que estoy con ellos! Maratón siempre me trajo suerte y yo soy la suerte de Maratón».

Mis pies eran ligeros mientras corría cuesta arriba a la vanguardia. Cuando llegué a la línea de los bárbaros, tenía en las manos el hacha sagrada de Creta, la que usé para matar al Minotauro. La blandí sobre mi cabeza y los extranjeros se echaron atrás. Entonces, los hombres de Atenas me reconocieron y comenzaron a gritar mi nombre; el enemigo corría hacia sus naves, tropezando, cayendo y ahogándose; era la victoria, clara y segura. Lanzamos un gran grito de triunfo y mi propia voz me despertó. Yacía con la luna sobre mi rostro, cuyo resplandor entraba por la ventana que miraba los acantilados de Skyros. Evocaba viajes placenteros en una noche tranquila. Incluso a aquella altura podía oír el rumor del mar.

El sueño ha desaparecido. ¿Por qué no ha dejado dolor o desilusión tras él? La esperanza viene con las olas, como el agua que llena un estanque seco. Aquí, desde la ventana, veo el mar liso como un espejo, bañado en la claridad lunar. Pero el sonido crece. ¿Es cierto, como me dijo Edipo en Kolonos, que el poder vuelve? Los dioses me enviaron como su guía, ¿han enviado ahora a Licomedes para que sea el mío? ¿No me había dicho, acaso, que si su casa me recordaba el hogar la usase como si lo fuera?

Sí; está surgiendo. No alta y exultante como en la Colina Pnyx, sino firme, segura y fuerte. La amargura desaparece. No ofreceré mi muerte a extranjeros, como hizo Edipo de Tebas. Que mi padre Poseidón la reciba, para remediar con ella la necesidad de mi pueblo. Llegará la hora, como predijo mi sueño. En él carecían de rey, me reconocieron y gritaron mi nombre. Algún rapsoda debió de llevarlo hasta ellos. Mientras el bardo cante y el niño recuerde, no pereceré fuera de la Roca.

Este balcón se aferra al acantilado. Veo un camino que serpentea por él. Resultará fácil. Si lo hago desde aquí, podrían decir que Licomedes me asesinó. Sería descortés deshonorar a mi anfitrión. Pero sólo queda Akamas para vengar mi sangre y él, aunque medio cretense, sabe cómo mueren los eréctidas.

Seguramente las cabras trazaron el camino. El muchacho, Aquiles, debe subir aquí por pura temeridad. No es lugar adecuado para pies que se arrastran; pero así es mejor. Parecerá un accidente, excepto para los que adivinen la verdad.

La marea sube. El mar está hinchado, tranquilo, fuerte y brillante. Nadar bajo la luna, siempre adelante, retozando con los delfines, cantando... Saltar sintiendo el viento en mi cabello...

FIN

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

PLUTARCO: Vida de Teseo. En: *Vidas Paralelas*. Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa. Editorial Espasa Calpe, Madrid.

M. VENTRIS & J. CHADWICK: *Documents in Mycenaean Greek*.

L. R. PALMER: *Mycenaean Greek Texts from Pylos, Achaeans and Indo-Europeans*.

J. CHADWICK: *Enigma micénico*. Editorial Taurus, Madrid, 1987

J. CHADWICK: *Mundo micénico*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.

A. J. B. WACE: *Mycenae; The Mycenae Tablets*.

J. D. S. PENDLEBURY: *The Palace of Minos, Knossos*.

C. ZERVOS: *Li Art de la Crete, Néolithique et Minoenne*.

J. THALLON HILL: *The Ancient City of Athens*.

S. RADHAKRISHNAN (ed.): *The Principle Upanishads*.

R. GRAVES: *Los mitos griegos*. Ariel, Barcelona, 1991.

Eranos Yearbooks 2: The Mysteries.

W. E. OTTO: *The Homeric Gods*.

G. GLOTZ: *Ancient Greece at Work*.

M.L. FINLEY: *El mundo de Odiseo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1980.

L. COTTRELL: *The Bull of Minos*.

HERODOTO: *Historia*. Editorial Gredos, 1987.

K. KERENYI: *The Gods of the Greeks*.

K. KERENYI: *The Heroes of the Greeks*.

K. KERENYI: *La religión antigua*. Revista de Occidente, Madrid, 1972.

H. L. LORIMER: *Homer and the Monuments*.

BOTHMER: *Amazons in Greek Art*.

G.C. ROTHERY: *The Amazons in Antiquity and Modern Times*.

L. CASSON: *The Ancient Mariners*.

E. O. JAMES: *The Cult of the Mother Goddess*.

E. O. JAMES: *Historia de las religiones*. Alianza Editorial, Madrid, 1990.

S. MARINATOS: *Crete and Mycenae*.